

# BIBLIOTECA NOVELESCO-CIENTÍFICA

DEL

## CORONEL IGNOTUS

Serie de interesantísimas y vibrantes novelas con lujosas y artísticas ilustraciones en color. En todas las librerías, a 4 pesetas tomo.

### OBRAS PUBLICADAS

(Cada volumen forma por sí solo un episodio completo.)

#### NOVELAS

#### VOLÚMENES

- |  |   |
|--|---|
| Viajes Planetarios en el Siglo XXII. . . . . | I.—De los Andes al Cielo.<br>II.—Del Océano a Venus.<br>III.—El Mundo Venusiano   |
| La Desterrada de la Tierra. . . . .          | IV.—El Mundo-Luz.<br>V.—El Mundo-Sombra.  |
| El Amor en el Siglo Cien . . . . .           | VI.   |
| La Mayor Conquista . . . . .                 | VII.—Los Vengadores.<br>VIII.—Policía Telegráfica.<br>IX.—Los Modernos Prometeos. |
| Los Naufragos del Glaciar. . . . .           | X.  |

### EN PREPARACIÓN

UN MUNDO NUEVO y otras muchas que se publicarán a razón de un volumen cada cuatro meses.

Coro: el  
Ignotus

LOS NAUFRAGOS DEL GLACIAR

Precio  
4  
pesetas

# LOS NAUFRAGOS DEL GLACIAR

(Primera jornada de Tierras resucitadas)

POR

## EL CORONEL IGNOTUS

BIBLIOTECA  
NOVELESCO-  
CIENTÍFICA



MILLAR NÚM. 49







BIBLIOTECA NOVELESCO-CIENTÍFICA

---


# LOS NAUFRAGOS DEL GLACIAR





BIBLIOTECA NOVELAS CIENTÍFICAS

# LOS NAUFRAGOS DEL GLACIAR

Es propiedad. Prohibida la repro-  
ducción, incluso la "cinematográ-  
fica", sin permiso del autor. 





# LOS NÁUFRAGOS DEL GLACIAR

(PRIMERA JORNADA DE TIERRAS RESUCITADAS)

POR

EL CORONEL IGNOTUS

JOSÉ DE ELOLA



MILLAR NÚM. 49

1923



LOS NAVEGANTES

DEL GLACIAR

PRIMERA EDICIÓN DE DIEZ Y SEIS MIL EJEMPLARES

EN COLOMBIA Y EN EL EXTERIOR

DEBEN PAGARSE

EN CASH

EN LA OFICINA DE VENTAS

DE



# INDICE

	<u>Páginas</u>		<u>Páginas</u>
I.—¡Socorro! . . . . .	7	XIV.—Vuelve el «América» al ma-	
II.—Perplejidades . . . . .	11	terno seno . . . . .	63
III.—Un ayuda de cámara que		XV.—Arteijo cambia de derrota...	68
sabe astronomía . . . . .	15	XVI.—De cómo los polacos comen-	
IV.—Un obstáculo inesperado e		zaron su azaroso viaje . . . . .	71
inexplicable . . . . .	20	XVII.—Por qué corría tan de prisa el	
V.—La exploración . . . . .	23	glaciar . . . . .	77
VI.—Decepción, esperanza, incer-		XVIII.—El profesor acaba su relato..	81
tidumbre . . . . .	28	XIX.—Ana compone un brazo y se	
VII.—El pozo . . . . .	34	gana un amigo de por vida . . . . .	85
VIII.—De cómo se salvaron con los		XX.—Donde lo que se ve y se ha-	
vivos unos ilustres muer-		bla es lo de menos . . . . .	89
tos de remotísimas edades . . . . .	38	XXI.—Balleneros a la vista . . . . .	94
IX.—Una amistad que crece muy		XXII.—La pesca de ballenas en el si-	
de prisa . . . . .	43	glo XXI . . . . .	98
X.—El atasco del canal danés . . . . .	47	XXIII.—Los barcos siberianos . . . . .	103
XI.—Ríos de hielo . . . . .	50	XXIV.—Arteijo prueba cuán diferen-	
XII.—Historia añeja . . . . .	54	tes son talento y seso . . . . .	108
XIII.—Donde lo absurdo se hace		XXV.—Un consejo de los geólogos y	
realidad . . . . .	59	una revelación de Arteijo..	113



# BIBLIOTECA NOVELESCO-CIENTÍFICA

por «EL CORONEL IGNOTUS»

Pesetas.

DE LOS ANDES AL CIELO.—Primera etapa de «Viajes Planetarios en el siglo XXII», segunda edición.....	4
DEL OCEANO A VENUS.—Segunda etapa de la misma obra, segunda ídem.....	4
EL MUNDO VENUSIANO.—Tercera y última etapa de la misma obra, segunda ídem....	4
LA DESTERRADA DE LA TIERRA.—Primera parte.—EL MUNDO-LUZ.....	4
EL MUNDO-SOMBRA.—Segunda parte de la anterior.....	4
EL AMOR EN EL SIGLO CIE.....	4
LA MAYOR CONQUISTA.—Primer episodio: LOS VENGADORES.....	4
POLICIA TELEGRÁFICA.—Segundo episodio de la anterior.....	4
LOS MODERNOS PROMETEOS.—Tercer y último episodio de la anterior.....	4
LOS NÁUFRAGOS DEL GLACIAL.—Primera jornada de Tierras Resucitadas.....	4

## EN PREPARACIÓN:

ANA. BATTORI.—Segunda jornada de la anterior.

## OTRAS OBRAS DE JOSÉ DE ELOLA

MODERNAS BRUJERIAS DE LA CIENCIA .....	6
MÁS BRUJERÍAS CIENTÍFICAS.—En preparación.	
EUGENIA.—Novela.....	3
LA PRIMA JUANA.—Novela, dos tomos.....	3
BOSQUEJOS.—Cuentos.....	3
CORAZONES BRAVÍOS.—Cuentos.....	1
CUENTOS ESTRAFALARIOS DE AYER Y MAÑANA.—(Agotada).	
REMEDIO CONTRA CEGUERA.—Comedia en dos actos (agotada).	
LA NIETECILLA.—Idem en íd., íd.	
IN ARTÍCULO MORTIS.—Idem en un acto, d.	
PRECOCIDAD.—Idem en íd., íd.	
MACBETH.—Versión de la tragedia de este nombre, de William Shakespeare.....	2
OBRAS DRAMÁTICAS.— <i>El salvaje, Luz de belleza</i> .....	2
EL FIN DE LA GUERRA.—Con el seudónimo IGNOTUS.....	3,50
EL CREDO Y LA RAZÓN.—Segunda edición.....	3
LA VERDAD DE LA GUERRA.—Versión del inglés (agotada).	
LAS CAUSAS DEL DESASTRE.—Con seudónimo IGNOTUS (agotada).	
LA CAMPAÑA DEL ROSELLÓN.—(Agotada.)	
EL PLEITO DEL REGIONALISMO.—Con seudónimo <i>Don Nuño</i> (agotada).	
LA ENFERMEDAD DE LA PESETA.....	2
LO QUE PUEDE ESPAÑA.....	1
PLANIMETRÍA DE PRECISIÓN.—Premiada por la Escuela de Minas, cuatro volúmenes..	50
LEVANTAMIENTOS Y RECONOCIMIENTOS TOPOGRÁFICOS.—De texto en varias Escuelas de Ingenieros, tres volúmenes.....	30
AGENDA DEL TOPÓGRAFO. ....	7
ESPAÑA EN MARRUECOS.—Mapa de la zona de influencia española..	3

## EN PRENSA:

LAS HERRAMIENTAS DEL TOPÓGRAFO EN EL CAMPO



## ¡SOCORRO!

Poco después de las diez y cuarto de la mañana del 14 de mayo del año 2003 el radioteléfono del Iberia repitió tres o cuatro veces "NOR", señal fijada en la clave internacional de comunicación radio-marina para la primera llamada de socorro de los buques en alta mar necesitados de ajeno auxilio, a la cual respondió el radiotelegrafista de servicio con la reglamentaria "UT", indicadora de haber un barco recibido el aviso. Inmediatamente después de transmitirla oyó a los desconocidos comunicantes hablar en una lengua no entendida por él, y, por medio de la señal "PO", les contestó que no la conocía, agregando en seguida: "Español, francés, inglés; Spanish, french, english; Espagnol, français, anglais": con lo cual manifestaba, diciéndolo en los tres idiomas que poseía, ser éstos en los que podía comunicar, y consiguiendo así ser entendido y contestado en francés en la siguiente forma:

*"Comisión polaca investigaciones ártico-geológicas, arrastrada a la deriva sobre hielo flotante desprendido, hace nueve días, costa Tierra Federico VIII, perecerá si pasan cinco o seis sin recibir auxilio."*

La respuesta dada fué:

*"Recibida demanda socorro en vapor Iberia, voy a avisar a mi jefe. Aguarden unos minutos atentos al aparato, para comunicarse con él."*

Con el indicado objeto salió el telegrafista del gabinete telegráfico, retornando a poco en compañía de dos hombres, que sin perder tiempo se encasquetaron sendos cascos auditivos, y uno de aquéllos dijo inmediatamente en la boca de la bocina del micrófono transmisor:

—Al aparato Eduardo Arteijo, jefe de la expedición polar a bordo del Iberia, y el capitán Maucelo que lo manda. ¿Me oyen?... ¿Quién pide auxilio?

—Nueve desdichados en muy cercano

riesgo de perecer, y en su nombre el profesor Lubecki.

—¡Walter Lubecki! ¿El eminente geólogo?

—Sí, señor: es decir, Walter y geólogo, pero eminente no.

—Eso dígaselo al mundo entero que por tal lo tiene.

—Mil gracias, caballero; mas lo importante ahora es que si no somos pronto socorridos...

—Lo serán, si Dios quiere.

—Que él se lo pague y gracias, gracias. ¿Pero desde dónde hablan ustedes? ¿Están a distancia que les permita llegar a tiempo de auxiliarnos?

—Lo primero es saber dónde están ustedes, y cuál es su situación.

—¡Ah, sí!: es verdad. Vamos arrastrados al sur por la corriente oriental de Groenlandia. Desde que...

—Entonces—interrumpió el Capitán, poco amigo de perder tiempo cuando el tiempo urgía—lo mejor será que nosotros vayamos a cruzar frente a la costa a la altura de la ensenada del Rey Oscar, donde dicha corriente llega a la cercanía del ramal opuesto a ella que al norte lanza la del Golfo. Puesto que allí ha de llevar a ustedes la que los impulsa, allí los aguardaremos dando bordadas.

—Temo que así no sea eficaz su generosa ayuda.

—¿Porqué?—preguntó Arteijo.

—Porque de llegar a esas aguas, relativamente calientes por la proximidad de las del *Gulf-Stream*, estaríamos perdidos irremisiblemente; y porque, aun sin eso, tardaremos en llegar allá más tiempo del que dentro de toda probabilidad durará sin derretirse el bloque sobre el cual derivamos entre grandes salientes de la llanura del congelado Mar Polar y los que al otro lado forman los arrecifes de hielo que prolon-



gan mar adentro los glaciares de la tierra firme, estrechando los canalizos, a veces muy angostos, por donde vamos en continuo zig-zag; y en los cuales solemos permanecer horas y horas detenidos por acumulaciones de témpanos sueltos, hasta que la corriente deshace los atascos, dejándonos paso, y en donde con frecuencia nos amenaza la embestida de los hielos que vienen detrás de nuestro refugio, de día en día más precario; pues lo prematuro e inusualmente tibio en este año de la primavera por la derriete y disgrega tan de prisa, que temo no nos dure siquiera una semana. Supuesto que antes no sobrevenga la voltereta, que en cualquier momento puede precipitarnos al mar.

—¡La voltereta! No es de esperar. Pero todavía no nos ha dicho usted en dónde se hallan. Y es lo más urgente.

—Es verdad. A diez o doce millas de la costa oriental de Groenlandia y a la altura de Cabo Bismark. Cuando hace una hora nos situamos a mediodía estábamos a 77 grados, 3 minutos y 12 segundos latitud, y a 17, 15, 53 de longitud occidental de Greenwich. Y desde entonces apenas nos hemos movido.

—¿Y ustedes dónde están?

—A unos 61 grados de latitud por 53 de longitud, y a punto de embocar el estrecho de Dawis entre los cabos Chidley y Farewell (1).

—¡Gracias a Dios! Entonces tal vez pue-

dan llegar a tiempo, porque la distancia no debe ser sino de... de...

—Cosa de 1.600 a 1.800 millas—respondió el Capitán—, que en derrota directa, estando el paso franco en el Canal Danés y con la marcha del Iberia, podríamos salvar en dos días y medio. Pero yo no puedo meter mi barco en el canal donde hormiguarán ahora los témpanos, empujados por la misma corriente que a ustedes los arrastra; porque tendría nueve probabilidades contra una de perderlo antes de encontrar a ustedes.

—Entonces, ¿no pueden hacer nada por nosotros?

—No es eso, no es eso, Señor Lubecki: el Capitán no ha querido decir lo que supone usted. ¿Verdad, Maucelo?

—Desde luego. Cuando me interrumpió este caballero... ¿Me oye usted desde ahí?

—Sí, sí.

—Iba a decir que el rodeo que habremos de dar en busca de mares más francos nos retrasará cuando menos un día... Tal vez dos.

—Entonces serán cuatro o cinco... Con tal que no sean más y entretanto no ocurra...

—Acaso sea antes—dijo Arteijo atajando con viveza al Señor Lubecki y haciendo una seña a su compañero para que no quitara ánimos al pobre náufrago—. Ello depende de lo que mientras nosotros navegamos hacia el norte avance al sur el témpano en que ustedes derivan.

—Para ir rectificando mi derrota, aprovechando cuan ventajosamente quepa esos avances, sobre los que no cabe previsión, es necesario que de seis en seis horas nos telefonen ustedes adónde llegan.

—¡Cada seis horas!... No habiendo estrellas en esta época a la latitud en que nos encontramos, pues el Sol que donde hoy estamos salió hace cinco días (9 de mayo) no se pondrá en estos parajes hasta el 2 de agosto, no podremos hacer sino las dos observaciones solares de mediodía y de medianoche en el meridiano.

—Y a las seis de la mañana y tarde en las separaciones máximas del Sol, a oriente y a occidente (1), del mismo meridiano.

(1) Cabo Chidley, en la península lacustre de El Labrador, y Cabo Farewell, en el extremo meridional del continente groenlandés, son hitos que distantes entre sí más de 1.000 kilómetros, señalan la entrada al enorme golfo en cuyo fondo se halla el Estrecho de Davis, de comunicación con la Bahía o Mar de Baffin.

Allí empieza la ruta por donde no se va sino a los solitarios mares boreales, y el adiós (significado de *farewell* en inglés), que es nombre de uno de esos cabos, dice al explorador boreal, cual Julio Verne hizo notar en una de sus obras, que allí ha de despedirse del mundo, de la vida y de los mares frecuentados por los navegantes, para sumirse en las regiones de la soledad, los misterios, los terribles peligros. Adiós que si no tiene la fuerza del terrible *Lasciate ogni speranza* del Infierno de Dante—pues allí aun queda la esperanza en Dios y en el propio esfuerzo—dice que más allá ya no puede contarse con auxilio humano.

Este es el camino que siguieron la mayor parte de los exploradores de las regiones árticas; pues sólo escasos tomaron el del Estrecho de Bering, entre América y Asia, y algunos más el del Mar de Noruega y el Spitzberg. Por allí pasaron muchos que jamás habían de volver, los fenecidos héroes de las grandes tragedias boreales.

(1) La observación del profesor polaco respondió a que en el largo día estival de las regiones en donde se hallaba era el sol visible sin interrupción durante muchas fechas, sin que en las veinticuatro horas de cada una de ellas saliera por oriente, subiera al meridiano, se pusiera al occidente para quedar oculto hasta el orto de la si-



—¡Es verdad, es verdad!

—Si algún día se nublase a las horas de observarlo, suplan la determinación de la latitud telefoneándonos frente a qué parte de la costa estén ustedes a dicha hora. Es decir, suponiendo dispongan de buen mapa detallado de ella.

—Magnífico. Y la tengo perfectamente estudiada.

—De la longitud no se cuiden; pues sabiendo que van en la corriente cuyo rumbo es conocido, me bastará la latitud o la indicación de a qué altura de la costa se hallen para saber dónde se encuentren poco más o menos.

—Permítame una observación, caballero: navegando Canal Danés arriba es posible, si lo hacen cercanos a la costa de Islandia, que al llegar ustedes y nosotros a la misma altura en latitud quedemos todavía separados por muchísimas millas del infranqueable mar helado que acaso les impida no ya acercársenos, pero ni aun vernos.

—No le preocupe eso—repuso Eduardo—; si llegamos siquiera a doscientas millas de ustedes tengo medios de verlos con certeza. Pero para ello es preciso que arboles alguna señal muy visible de lejos.

—En cuanto nuestra frecuente comunicación telefónica me entere de la aproximación de ustedes, izaremos sobre nuestra casa la bandera de Polonia.

—¡Sobre su casa!... ¿Pero tienen ustedes casa ahí?... Ya no me extraña su desgracia habiendo cometido la imprudencia de permanecer hasta la primavera en una que sin

---

guiente fecha, sino que describía durante cada veinticuatro horas una circunferencia entera en el cielo, siendo siempre visible: a las seis de la mañana en el punto más oriental de dicha circunferencia, a las doce de la mañana en el más alto, a las seis de la tarde en el más occidental, y a las doce de la noche en el más bajo, pero todavía por encima del mar, que a quienes pedían socorro les servía de horizonte. Y más alto—como toda la circunferencia descrita por el astro del día en las veinticuatro horas—a cada fecha hasta el solsticio de estío, y cada día más bajo pasado éste.

Los puntos más oriental y más occidental, correspondientes a las seis de mañana y tarde, marcan las *elongaciones* o *digresiones* máximas del Sol (o de otro astro cualquiera en que se las observe), y por verificarse a horas fijas como las de los pasos a medio día y a media noche por el meridiano, son utilizables del mismo modo que estos pasos para determinar la latitud del lugar donde el observador se halle, aunque empleando fórmula más complicada. No puntualizamos el cómo, por haberlo ya hecho en otras obras de esta biblioteca.

duda establecieron demasiado próxima al quebradizo borde del mar helado.

—No; no, señor. La catástrofe de que somos víctimas no ha sobrevenido como usted cree. Nuestra casa no estaba sobre el mar.

—Pues entonces, ¿cómo?

—Don Eduardo—dijo a media voz el Capitán, interrumpiendo a Arteijo—, deseo someter a usted el plan que para el salvamento de esos infelices se me ocurre, y algunas observaciones sobre nuestros propios asuntos. Y vistas las noticias que de su situación da ese caballero, no podemos perder tiempo para no llegar tarde.

—Tiene usted razón, Maucelo. Soy con usted en seguida. Perdóneme, Señor Profesor, pero por atender a interesantes observaciones que me hacía el Capitán, no me he enterado bien de lo que al mismo tiempo me decía usted, ni puedo enterarme ahora; pues con urgencia necesito dar disposiciones para ir sin demora en su auxilio. Cuando a las seis nos telefonee adónde llegue su témpano, espero tener tiempo para satisfacer mi deseo de saber cómo han caído ustedes en su apurada situación. Y en tanto, ánimo y esperanza.

—Mil gracias, mil gracias—contestó el teléfono, sin que Arteijo lo oyera por haberse quitado los auriculares al pronunciar sus últimas palabras y salir del gabinete telefónico, invitando a Maucelo a seguirlo al camarote de derrota; al llegar al cual, dijo el último:

—Para ir en socorro de esa gente por la derrota más corta habríamos de meter el Iberia en las aguas donde, al sudeste de Groenlandia y en el Canal Danés, amplio para estrecho, pero angosto para mar, bu llen ahora, entre ella e Islandia, los hielos flotantes que, según lo dicho por ese caballero, adelantan este año su viaje al sur; y como el choque con ellos es cosa peligrosa...

—No será allí el peligro mayor que en el Estrecho de Davis y en el Mar de Baffin, en donde nos disponíamos a entrar.

—Sí señor, mucho mayor; porque no sólo el Mar de Baffin es muchísimo más ancho que el Canal Danés, sino porque en aquél no habrá todavía tantos hielos sueltos como en éste; pues hallándose varios grados más al norte, estará allí el deshielo más atrasado; y porque tanto en él como en el Estrecho de Davis, que allá se va en anchura con el canal, podríamos rehuir los topetazos con facilidad que en éste no tendremos.



—¡Ah, sí! La corriente fría que baja por las costas de Tierra Baffin a las de la Península del Labrador.

—Claro: como la mayor parte de los hielos descienden por ella, la caliente que por la opuesta orilla sube, bordeando el occidente de Groenlandia, ofrece ruta mucho más desembarazada; mientras que el Canal Danés estará a estas horas, desde margen a margen, lleno de témpanos traídos, a lo largo de la otra costa groenlandesa, por la corriente que desde más arriba viene arrastrando a los náufragos con quienes acabamos de hablar.

Por eso, de embocar el canal por el sur, nos sería preciso navegar contra ésta y contra el aluvión de aquéllos impelidos por ella, lo cual sería una temeridad tremenda; pero no tan grande como la que, cuando alcanzáramos la misma latitud que esos desgraciados, tendríamos que cometer para llegar a ellos poniendo el buque en rumbo atravesado a la marcha de los témpanos, capaces, en su mayor parte, de echarnos a pique sólo con tocarnos.

—Verdad, verdad.

—Por eso, aun cuando haré lo que usted mande, creo una locura meternos por el sur en el canal, y mucho menos arriesgado llevar la derrota por el mediodía de Islandia para rodearla por oriente; pues cuando la dejemos atrás, es verosímil hayan llegado ya los polacos al canal, donde, en seguimiento de ellos, podremos entrar por el norte a favor de la corriente, para que nuestra velocidad, mayor que la de ella y sus hielos, nos permita escapar ante éstos, evitando sus abordajes.

—Sí; tiene usted razón... Pero ¿y si cuando hayamos remontado la costa oriental de Islandia no hubieren aún llegado ellos entre ésta y Groenlandia?

—Seguiríamos por el este de la Isla de Juan Mayen, para envolverla por el norte y volver luego al sur corriente abajo en la forma indicada. Pero si el témpano se les derriete tan aprisa como dicen, mucho me temo que entonces no llegáramos a tiempo de que les aproveche nuestra ayuda.

—¡No lo quiera Dios!

—Además, sin que lo tome usted a propósito de apartarlo de su generosa resolución, pues yo también deseo vivamente socorrer a esos infelices, mi deber de capitán del barco, y conocedor de los mares polares, me obliga a no ocultarle las posibles consecuencias que para los fines de la ex-

pedición que manda puede tener el desviarnos de nuestra propia ruta y el aplazamiento de diez días, cuando menos, y acaso quince o diez y seis, que el salvamento impone a los planes de usted.

—¿Tanto?

—Naturalmente, pues no sólo perderemos el tiempo de la ida y la busca de los polacos, sino el que después tardemos en volver a reanudar aquí nuestra derrota. Y claro es que todo el estudio que usted y yo hicimos de fechas de llegada a las etapas del itinerario en relación con la época y las temperaturas, y todos sus cálculos del tiempo para la empresa disponible hasta la llegada del invierno ártico caerán por su base.

—Efectivamente, y más en vista de la precocidad con que llega el verano, según dice Lubecki, y nosotros mismos comenzábamos a sospechar por la insólita abundancia de hielos sueltos en esta latitud y fecha; pues a tal adelanto es frecuente corresponda prematura llegada del invierno.

De ocurrir así este año, entre ello y los días que invirtamos en buscar a esas pobres gentes, puede muy bien reducirse casi en un mes el tiempo con que conté al proyectar y organizar mi campaña.

Al oír estas desagradables cuentas tuvo Maucelo en la punta de la lengua decir: "Eso es muy grave en mares y climas tan traidores como los polares." Y habría dicho bien; pues un retraso o un irreflexivo cambio en planes bien madurados, puede significar allí la pérdida de un barco y la muerte de toda su tripulación. Pero no dijo nada por no querer que sus palabras inclinaran al jefe de la expedición a desistir del propósito de acudir al socorro de los infelices que lo habían pedido.

Arteijo guardó silencio por un rato, en el que prudentemente argumentaba el seso en contra del impulsivo corazón y la recta conciencia, reprochando al primero haber dejado escapar la impremeditada promesa de auxilio hecha a Lubecki y mostrando a la segunda las dificultades de prestarlo. Y queriendo engañar a uno y a otra, agregaba que los náufragos atribuirían la falta de él a imposibilidad de ser hallados, y argüía que otros barcos podrían oír la demanda de socorro y estar en mejores condiciones de atenderla.

Y la lucha se prolongaba, por contrariar extraordinariamente al que consigo mismo



la sostenía trastornar planes que eran fruto de concienzudo estudio y laboriosas meditaciones, con verosímil riesgo de comprometer el feliz éxito de la magna empresa, muy semejante a hazaña de titanes, que lo llevaba a las inhospitalarias regiones sobre las cuales el frío glacial de inverni- zas inacabables noches, prolongadas meses y meses, tiende manto inmenso de hielo: mortaja de las tierras que sepulta, losa que inmoviliza las inquietas aguas y suelda continentes e islas a olas petrificadas, juntan- do en una sola desolación horrenda las tie- rras y los mares.

Y la contrariedad llegó a ser tanta, que le hizo exclamar con tono de mal humor:

—La verdad es que la catástrofe de esa

gente no ha podido ocurrir más inoportu- namente.

Fiel a su propósito de absoluta inhibición en aquel conflicto de conciencia, no hizo Maucelo observación ni comentario al des- ahogo de su jefe, en pos del cual recayó éste en el silencio e interno batallar de an- tes, hasta que, transcurridos unos cuantos minutos, se levantó bruscamente, diciendo, con el acento de convicción firmísima y la alegría de quien ve claro su camino, antes oculto en brumas:

—AMARÁS A TU PRÓJIMO COMO A TI MIS- MO: Maucelo, rumbo a Islandia. Y después, Dios, que nos pone esa desdicha en el ca- mino, apartará del nuestro la desdicha.

## II

### PERPLEJIDADES

Cerca de siete horas de navegación con rumbo a Islandia llevaba ya el Iberia, cuando Arteijo, que en el puente mataba el tiempo charlando con el Capitán, miró el reloj; y viendo que iban a ser las seis de la tarde, cortó la parla para ir al gabinete telefónico, a fin de hallarse allí cuando Lu- becki llamara a aquella prefijada hora; pues además de interesarle recibir el dato que, según lo convenido, le había de trans- mitir, deseaba oírle cómo había la Comi- sión llegado al apurado trance en que se hallaba.

Tal deseo era grande, pues tenía excita- dísima la curiosidad por lo extraño de que sobre un pedazo de hielo derivante en la corriente marina tuvieran una casa los geólogos, y todavía más por la negativa del profesor polaco de que el accidente que los lanzó a merced de aquélla hubiera sobre- venido, cual suponía Arteijo, a causa de aumento de la temperatura, que de la gran masa sólida del helado mar disgregara el témpano que les hacía oficios de barco, aun cuando ingobernable; puesto que no se le alcanzaba otra racional explicación de tal catástrofe, ni era posible suponer que por su voluntad se instalara nadie en un hielo flotante, y menos un hombre cuya fama de sabio era mundial.

Dicha negativa y la existencia de la casa eran cosas tan absolutamente inconcilia- bles, en opinión del que con ellas se pre-

ocupaba, que habiendo sido vanos sus es- fuerzos para reducir las a compatibilidad, tenía impaciencia de ver descifrado el lo- gogrifo, aun más enrevesado para él quan- do pensaba que no sólo tenían aquellas gen- tes casa, sino maquinaria eléctrica de po- tencia capaz de lanzar al espacio la ondu- lación de su radiotelefonía a la grandísi- ma distancia a que aquella mañana fue- ron perfectamente oídos; lo cual, encima de un terrón de hielo ocupado por impre- visto accidente constituía novedad, más aún que extraordinaria, inconcebible.

Por último, aquellos canalizos por los que iban bajando los polacos entre la costa y la llanura del congelado mar, que en tal época, latitud y costa, suele estar siempre soldado sin interrupción a las tierras, eran otra cosa incomprensible sobre la cual deseaba inte- rrogar al geólogo.

Pero por aquel día quedóse insatisfecha la curiosidad de Arteijo, pues llegaron las seis, las seis y cuarto, las seis y media, y no solamente no hablaron, *motu proprio* por el radioteléfono los de la mañana, sino que nadie contestó a las llamadas repetidas del telegrafista del Iberia.

Los recelos despertados por la falta de la esperada comunicación, que en Artei- jo eran temores, subieron en el Capitán, al enterarse de ella, casi a convicción de que en la imposibilidad de atribuir dicha falta a descuido en asunto tan vital para



aquellos infelices, era vehemente indicio de que habían perecido en cualquiera de los varios cataclismos a que estaban expuestos: tal vez la voltereta que tanto parecía temer el Señor Lubecki.

—¡La voltereta!— exclamó Eduardo al oír esto—. He ahí otra cosa que me extraña y confunde en ese extrañísimo..., lo llamaré naufragio mientras no sepa lo que es; pues quebrarse, fundirse, deshacerse son las usuales muertes de todos los témpanos llegados a los mares templados; pero que den volteretas es disparate en que no cabe incurra sino quien los confunda con *icebergs*, únicos hielos flotantes, en lo interno de cuyas masas pueden producirse desequilibrios capaces de ocasionar esas inopinadas volteretas. Y esto está harto de saberlo el ilustre geólogo con quien hemos hablado (1).

Y como no cabe, de otra parte, en humana cabeza la idea de establecer una casa sobre un *iceberg*, y aun cuando cupiera sería punto menos que imposible la empresa de escalarlo, esto es otro enigma incomprendible.

—Para mí, don Eduardo, la voltereta a que se refería el Señor Lubecki era la que pudiera causar la embestida de otros témpanos en una de las colisiones de ellos que constantemente lo amenazan.

—Eso ha de ser forzosamente. Sin duda la emoción que experimentaba y su dificultad, que ya advertí, de expresarse en idioma diferente del suyo, le ha hecho explicarse mal.

Aceptada, por lo pronto, la anterior explicación del acertijo, surgió, naturalmente, el dilema de si el Iberia continuaría en el nuevo rumbo tomado para ir en busca de quienes probablemente habrían muerto, o si, desistiendo del rodeo ya emprendido, retornaría a su propia derrota, decidiendo Arteijo no adoptar esta última resolución hasta ver si a media noche llegaba o no la llamada para dicha hora convenida; pues la falta de la de la tarde podría muy bien haber obedecido a avería en los aparatos transmisores de los polacos, que, dada la

situación de éstos, debían estar muy precariamente establecidos.

Y no sólo esto, pues al hablar de la hora de la próxima conferencia, advirtieron Arteijo y Maucelo no haber hasta entonces hecho alto en que ni dicha hora ni la de la pasada, y no oída, correspondían a la media noche ni a las seis de la tarde de ellos; porque hallándose el Iberia cuando se habló por teléfono treinta y seis grados al oeste del témpano en donde Lubecki estaba, resultaba de ello que al llegar para éste las seis de la tarde o las doce de la noche, marcarían los relojes del barco las tres y diez y seis o las nueve y diez y seis (1), puesto que el Profesor había visto salir el sol dos horas y cuarenta y cuatro minutos antes que los del buque.

Al caer en esto, se fueron en seguida al gabinete radiotelefónico, pensando que acaso a las tres y diez y seis hubiese llegado llamada, no recogida por descuido o ausencia del telefonista, que no la aguardaba sino mucho después; pero interrogado éste, juró y perjuró no haber faltado un minuto de su puesto junto al receptor, ni haber caído en descuido; y al ofrecerle Arteijo que por aquella vez no castigaría, si le era confesaba, la grave falta de haberse separado del aparato, contestó:

—La prueba de que puedo responder de que no han hablado los de esta mañana, y de lo muy atento que he estado al aparato, es que no se me escapó un pequeño movimiento, sumamente perezoso, que, aun no siendo seguido de ninguna transmisión, hizo la aguja del *gonio* (el radiogoniómetro) (2), sin duda al paso de un despacho de algún barco demasiado alejado, para que el telegrama fuera recogido por nuestro receptor.

—¿A qué hora ocurrió eso?

—¿Qué dirección marcó la aguja?

Estas dos preguntas, de Arteijo y del Capitán, respectivamente, fueron hechas a la par por haber tenido ambos una misma idea.

—A poco de hacerme cargo del servicio: entre tres y tres y media. La dirección mar-

(1) Oportunamente se puntualizarán las fundamentales diferencias entre *témpano* e *iceberg*: términos que quienes no son marinos ni cultivan la geofísica confunden a veces. El significado de *iceberg* resulta del de las dos palabras *ice*, inglesa, que quiere decir *hielo*, y *berg*, alemana, que significa montaña.

(1) Salvo la pequeña discrepancia de lo que uno y otro se hubieran movido.

(2) No se entra en detalles sobre el radiogoniómetro por haber ya hablado por extenso de él en otra novela de esta Biblioteca: *Policiá Telegráfica*; y porque aquí y por ahora basta saber que es un bastidor móvil de la estación receptora que las ondas radiotelegráficas o radiotelefónicas orientan en dirección perpendicular a la de la estación transmisora, y el cual mueve una aguja que señala el rumbo de una a otra estación.



cada no la aprecié en grados, pero era hacia el nornordeste.

—Veo, Maucelo, que, como a mí, se le ha ocurrido a usted que tal vez no han muerto. Y me parece que acertamos.

—Sí señor: la hora coincide con la convenida; la dirección cae hacia donde ellos andan. Pudiera muy bien ser... Pero ¿por qué no se los ha oído?

—Tal vez alguna avería, que, sin llegar a imposibilitar la emisión de ondas por su antena, haya impedido a la voz del que hablara modularlas en la forma necesaria para la comunicación telefónica.

—Pudiera ser.

—Si es así, a estas horas la estarán componiendo, y acaso puedan telefonar a las nueve y diez y seis.

.....

A las nueve y cinco ya estaban los tres hombres que habían mantenido la conversación anterior con los oídos atentos al teléfono, los ojos fijos en el índice del radiogoniómetro y el ansia natural en quienes preguntaban a uno y otro si vivían o habían muerto las nueve criaturas, cuya suerte los inquietaba.

Los minutos les parecían inacabables. Pasaron cinco, diez, doce, trece, y a los diez y nueve gritó Maucelo:

—Ya, ya.

Era que la aguja tomaba leve pero perceptible movimiento, muy pausado y con intermitencias de quietud, como si la fuerza que la movía hallara grandes resistencias o tuviera escasa intensidad para vencer la inercia de la goniométrica antena de bastidor giratorio del Iberia. El movimiento continuó hasta que, después de varios lentos saltos, se detuvo la aguja definitivamente en una graduación que marcaba el rumbo de las electromagnéticas ondas impulsoras en dirección promediada entre el norte y el nordeste.

Mientras tanto no produjeron los teléfonos sino inarticulados rumores, cortados por chasquidos duros de las placas vibrantes de sus auditivos.

—Están hablando, es indudable—exclamó Arteijo—; pero no nos llegan sino impulsos discontinuos y desordenados, incapaces de reproducir sus palabras en nuestros teléfonos.

Y tienen que ser ellos; no pueden ser sino ellos; la doble coincidencia de horas

de esta tarde y ahora no deja lugar a duda (1). ¿Qué hace usted, Maucelo?

Esta pregunta la hacía el jefe al ver a aquél quitarse de la cabeza el capacete de los auriculares y acercarse al mamparo del camarote, donde estaba colgado un mapa del Atlántico septentrional con la situación de todas las estaciones radiotelegráficas y de todos los faros luminosos o electromagnéticos de sus costas (2).

(1) Ha de advertirse que aun cuando los relojes de Arteijo, el Capitán, y la estación telegráfica del Iberia señalaban las nueve y diez y nueve cuando se movió la aguja radiogoniométrica, no era esta la hora en el lugar donde el barco se hallaba, pues dichos relojes habían sido puestos en las doce el mediodía anterior al tiempo de tomar la altura máxima del Sol, al paso de él por el meridiano del lugar donde estaba el barco en tal momento; pero habiéndose navegado después con rumbo casi al este desde el cambio de derrota, la diferencia de longitud con los naufragos derivantes en dirección sensiblemente al sur, había disminuido en los ocho o nueve grados que en las diez horas desde entonces transcurridas y a la velocidad de unos treinta nudos, a la cual se marchaba, debía haberse avanzado hacia oriente.

Como la marcha no era exactamente al este, el avance en tal sentido se reducía a cosa de veinticuatro a veintisiete millas por hora; y como el grado de longitud geográfica a los sesenta de latitud a que el Iberia navegaba mide no las sesenta del grado de Ecuador, sino treinta no más, de aquí que las 240 ó 270 recorridas en las diez horas equivalleran a ocho o nueve grados.

La milla geográfica o nudo vale en metros 1.852.

Pero por cada grado navegado hacia el este, avanzando en sentido contrario al movimiento aparente del Sol, se ganan cuatro minutos de tiempo—los minutos que por grado se pierden marchando al Oeste—; es decir, que a la llegada al siguiente meridiano, el reloj, que no altera su paso, señala cuatro minutos menos de la hora correspondiente en aquél y por lo tanto al llegar al octavo o noveno meridiano marcarían los relojes del Iberia—pues los de los barcos no se arreglan sino a mediodía, cada veinticuatro horas, sin tocar, por supuesto, a los cronómetros de a bordo—treinta y dos y treinta y seis más de la hora en uno u otro, siendo por tanto la verdadera del lugar cuando se movió la aguja, no la indicada de las nueve y diez y nueve, sino las diez con ocho o con doce minutos, según cuál hubiera sido la real marcha del barco y su avance en longitud.

(2) Los faros a que aquí se hace referencia, de los cuales ya existen bastantes en los mares (algunos recientemente establecidos en las costas de España) representan un colosal progreso sobre los lumínicos, no visibles desde los buques en tiempos de nieblas, que son el mayor de todos los peligros en las navegaciones costeras, y causa de grandísima parte de los siniestros marítimos; pues en vez de emitir destellos de luz como los ópticos, lanzan ondulaciones electro-magnéticas, que al llegar a los aparatos receptores de los barcos dotados de los de esta clase, les permiten determinar los lugares donde se hallan, saber si han llegado a paraje peligroso y, en caso afirmativo, alejarse de él.



—Apreciar, poco más o menos, en este mapa la dirección en que se halla la antena que ha lanzado esos impulsos, y ver que tiene usted razón, que ellos son; porque esa dirección corta la corriente que los arrastra y la costa de Groenlandia al sur del Cabo Bismark, donde a mediodía estaban, y a mitad de distancia entre el cabo y la Isla Shannon. Son ellos; son ellos: no me queda duda. Acertó usted: la catástrofe en que pensábamos, no pasa de avería.

Continuando fija la aguja en la misma graduación del cuadrante de rumbos, de nuevo crujieron inexpressivamente los teléfonos, y al oírlos, ordenó Eduardo al telegrafista:

—Llame usted, llame usted, Rodríguez. Los pobres estarán alarmadísimos de no haber recibido respuesta esta tarde.

Hecha la llamada, y reiterada al poco rato, ninguna de las dos dió otro resultado que oír nuevos murmullos en el teléfono; en vista de lo cual, cogió Eduardo la bocina del micrófono transmisor, y, hablando en ella, dijo:

—Soy Arteijo, y hablo a la Comisión Geológica Polaca... Esta tarde no hemos oído a ustedes, y ahora llega su transmisión en forma totalmente incomprensible.—Y volviéndose al telefonista y al capitán, agregó: —No sé si ellos me entenderán; pero aun cuando no entiendan, es de creer que oigan gruñir a sus teléfonos como nosotros a los nuestros, y comprendan quiénes les hablan y que no hemos desistido de ir en su auxilio, como estarán temiendo desde que dejamos sin contestación su anterior llamada. Sin duda es de importancia la avería que hace incomprensible su transmisión cuando en seis horas no han logrado componerla.

—Pero, entonces, si ven que recibimos su onda y la nuestra también les llega, y ven que por teléfono no nos entendemos, ¿por qué no transmiten por telégrafo?—dijo el telegrafista.—. Como no sea que sus aparatos no sirvan sino para telefonar...

—Pues si es así, y no saben o no pueden

Así se evitan hoy muchísimos naufragios, y así se salvarán en lo porvenir innumerables buques y más de día en día, a medida que sea mayor el de los provistos de aparatos radiotelegráficos; pues en definitiva, estaciones de telegrafía sin alambres son los citados faros.

Los detalles del modo cómo son por los navegantes utilizados tales faros y los diversos sistemas de éstos han sido explicados con detalle en la obra *Los Vengadores*, de esta misma biblioteca,

arreglarlos, va a ser poco fructífera esta deficiente comunicación, cuya utilidad queda reducida a decirnos "aquí estamos", y "nosotros aquí", pero sin puntualizar dónde está el aquí de ellos, como nos es indispensable para poder ir en su busca.

Probemos de otro modo, Rodríguez. Llámelos con el manipulador telegráfico.

Maucelo, que se había sonreído al oír a su jefe lamentarse de la insuficiencia para realizar el salvamento de aquella incompleta comunicación, no dijo palabra; pero mientras aquél atendía al resultado que pudiera dar la nueva tentativa, se salió él del gabinete telegráfico sin que Eduardo lo advirtiera, yéndose al camarote de derrota, donde, sobre la carta marina de las regiones árticas, allí desplegada sobre una mesa, y mucho más completa y exacta que el imperfecto mapa de comunicaciones anteriormente consultado, repitió, con transportador y compás, la operación que a ojo de buen cubero acababa de hacer sobre el último en la estación telegráfica (1); y cuando, después de terminarla se disponía a salir en busca de su jefe, llegaba éste en su busca con cara de mal humor, y preguntando:

—¿Porqué se salió usted de la estación sin aguardarme?

—Porque tenía que hacer aquí una cosa urgente. Y como usted estaba interesado en la nueva probatura.

—De la que no he sacado sino los mismos ruidos del teléfono que en las anteriores intentonas.

Está visto que no hay que esperar más, y como mañana no hayan arreglado esa avería, nos habremos fastidiado. Digo, se habrán fastidiado esos desdichados.

—No, señor.

—¿Cómo que no!

—Porque para buscarlos y hallarlos basta que en lo sucesivo nos lleguen, como hoy

(1) Para ello comenzó por marcar en la carta la actual situación del Iberia, determinándola aproximadamente, por el rumbo seguido desde que lo situó a mediodía, y las millas, leídas en la corredera, desde entonces marchadas. Seguidamente trazó de lápiz el meridiano del punto de tal modo señalado; después una recta, que el este de la parte norte de dicho meridiano formaba con él ángulo igual al que el índice del radiogoniómetro había marcado en el cuadrante de este, y por último trazó un círculo chiquitín alrededor del punto donde dicha recta cortaba a la corriente de la costa oriental groenlandesa señalada muy visiblemente en la carta hidrográfica con unas flechitas grabadas en ella.



han llegado, las ondas de sus aparatos, aun cuando no lleguen sus palabras.

—¿Qué, qué? Pero...

—Venga, don Eduardo... Aquí, en este redondelito, y veinte o treinta millas más acá o más allá están ahora los polacos a unas cincuenta y tantas al norte de la Isla Shannon y cuarenta al sur de Cabo Bismark. Y hoy no se quejarán de los entorpecimientos de los témpanos, pues desde que esta mañana hablamos con ellos, han descendido casi tres y media millas por hora, andando casi tan de prisa como el *Gulf-Stream*, que corre a razón de cinco.

—Es verdad, es verdad. ¡Qué majadero soy! Tiene usted mil razones.

La contestación de Arteijo respondía a que al mostrarle Maucelo el circulito que en el mapa había señalado como lugar donde se hallaba entonces la comisión geológica, vió que estaba en el cruce de una raya de lápiz (que marcaba la dirección según la cual había llegado la onda telegráfica) con la de la corriente en donde derivaban; y, sin necesidad de pedir explicaciones, comprendió lo que aquello significaba; pues sabiendo que los naufragos seguían la ruta perfectamente conocida de dicha corriente, bastaba el conocimiento de otra sola dirección, sobre la cual se hallaran en cualquier instante para saber que donde ambas se cortaran habían de estar precisamente.

### III

#### UN AYUDA DE CÁMARA QUE SABE ASTRONOMÍA

En cuanto el Iberia dejó atrás por babor el Cabo Farewel—extremo meridional de la Groenlandia—, cruzó el extremo sur del ramal occidental de la corriente fría en que, mucho más al norte, bajaban los polacos, y por la que, corroborando las noticias de Lubecki, descendían hacia el sur los témpanos flotantes, mucho más copiosos que en otros años en análoga época, para ir a detenerse a su salida del Canal Danés, en las aguas templadas de una bifurcación que la corriente del Golfo lanza al Norte entre dicho cabo e Islandia (1).

No vamos a relatar por menor, y día por día, la navegación en busca de los perdidos geólogos, sino sólo a indicar sus más interesantes etapas. Pero antes preciso es dar noticias de un incidente provocado por la

alteración de la derrota, que, sin constituir episodio del viaje, no puede ser pasado por alto, a causa de su venidera influencia en el desenvolvimiento de esta historia, por haberlo suscitado importantes personajes de ella y darnos propicia y oportuna ocasión de conocer a éstos.

Alrededor de la media noche siguiente al cambio de rumbo en que el Iberia dejó de navegar en demanda del Estrecho de Davis, para poner la proa hacia Islandia, un hombre que desde las diez se hallaba sobre cubierta y, arrimado a la borda, contemplaba con insistencia el cielo, se apartó del barandal de aquélla para ir hacia el centro del barco, desde donde, después de mirar atentamente por un rato a las estrellas, que con alturas medias y bajas lucían en la región del firmamento del lado de proa, y de darle la espalda, se dirigió a la escotilla de acceso a los camarotes de la oficialidad del buque y de algunos auxiliares de categoría en la empresa de Arteijo. Los de éste y Maucelo estaban sobre cubierta.

Aquel hombre era un criado, que al llegar a la puerta de uno de dichos camarotes tocó en ella con los nudillos.

—¿Quién es?—preguntó en inglés desde adentro una voz.

—Soy yo, señor—respondió en el mismo idioma el que llamaba, a quien Mister Shifter, ocupante del camarote, franqueó en seguida la entrada, volviendo a acostarse en la litera de donde para abrir había saltado,

(1) El ramal oriental de la gran corriente fría polar se expande hacia la costa norte de Islandia, la cual está defendida de él por otro de la templada del golfo que contornea dicha isla por oriente y norte, mientras otro se dirige a occidente a la salida del Canal Danés. Otro ramal del inmenso *Gulf-Stream* se dirige por el oeste del cabo Farewel a seguir por la costa occidental de la Groenlandia. Mientras la inmensa masa de agua que desde el Golfo de Méjico sube hasta Nueva York cede a la costa de América, cambia de dirección al sudeste hacia el septentrion de Escocia, y va a lamer las costas de la Península Escandinava, de clima muchísimo más suave, por tal causa, que la Groenlandia, situada a las mismas latitudes; y a su vez más fría que la propia Islandia, aun cuando ésta sea vulgarmente tomada cual prototipo de países fríos.



y preguntando al recién llegado, en la misma lengua antes usada:

—¿Qué hay, Nusi-Tolo?

—Novedades importantes, que, como durante el día es posible estemos vigilados, y no falta a bordo quien hable inglés, me han hecho venir a despertarte—respondió en voz muy baja el criado, a quien su condición de ayuda de cámara de Mister Shifter (como tal, a lo menos, había sido admitido en el Iberia) no le impedía tutear a su amo.

—No estaba todavía dormido. Bueno; ¿de qué se trata?

—Que hemos cambiado de rumbo, y en vez de navegar hacia el estrecho, vamos hacia Islandia.

—¿A Islandia! ¿Cómo lo sabes? ¿Es que también vamos a salir ahora con que eres marino?

—Sabes que yo entiendo un poco de todo cuando lo necesito. Aparte que para conocer adónde vamos no hace falta ser hombre de mar, bastando saber un poco de Astroνομία y otro poco de Geografía.

—Pero ¿estás seguro?

—Segurísimo. Ya hacia medio día me había sorprendido que la sombra de mi cuerpo al pasear sobre cubierta no estuviera dirigida hacia la proa, como por la mañana y en los días pasados, sino hacia la banda de babor, porque en vez de dejar el Sol a popa, lo teníamos a estribor. Pensé que sería causa de una enmienda de rumbo meramente transitoria, para esquivar algún bajo; mas como durante la noche hemos seguido en el mismo...

—¿Cómo puedes saberlo, si de noche no hace sol? Por tu sombra no habrás averiguado mucho.

—Querido Shifter, reconozco que en leyes, modo de enredarlas y en tretas curialescas eres un lince; pero, no te amosques, tienes una ignorancia absoluta en otras cosas que, por lo pronto y mientras llega tu hora, nos interesan más.

—Lo confieso, y no me amosco. Por ignorarlas y saber que en ellas eres ducho, te propongo para mi ayuda de cámara a *los señores* que nos pagan este viajecito, no precisamente de placer. Continúa.

—A falta de sol, hay en el cielo estrellas. De seguir el Iberia en su natural derrota, debía estar navegando desde hace dos horas hacia la constelación Orión, y, en vez de ello, lleva esas mismas avanzando recto hacia el espacio entre el Cangrejo y el León; y cuando he bajado de cubierta enfilaba la

proa a la estrella Betelgeuse (1), que a esta hora marca hoy el rumbo de Islandia, en vez de ir apuntada a Régulo, que señala el del Estrecho de Davis. Ya tienes explicado cómo he averiguado que el Señor Arteijo toma camino diferente al declarado a quienes me favorecieron con la plaza de ayuda de cámara del distinguido Señor Shifter, cuya hora de intervenir ha llegado, en vista de mi inesperado descubrimiento.

—Bien; pero ¿cómo?

—Formulando mañana mismo acta del cambio de derrota, si lo confiesa él.

—Ya, ya.

—Con ello no habremos puesto a ese mozo sino una chinita, pero será la primera del montón. Si trata de engañarte diciendo que continúa en la misma ruta, hazte el tonto, aparentando creerlo; y ya veremos después modo de sacar partido de su mentira.

—Entonces, ¿cómo debo plantearle el asunto?

(1) La magnífica estrella roja Betelgeuse (o alfa de la constelación Orión) es uno de los gigantes del firmamento, y aun por muchos tenida por la de mayores dimensiones de cuantas hasta ahora han podido ser medidas en los observatorios; lo cual no quiere ni con mucho decir que sea de las mayores realmente del universo, pues algunas de las que más pequeñas se nos muestran, a causa de lo colosal de sus distancias, aventajan con mucho, a cuantas conocemos más de cerca.

Su diámetro, el de Betelgeuse, es 318 veces mayor que el Sol, a su vez 108,5 veces el de la Tierra, lo cual da para dicha estrella, anchura 34.503 veces superior a la de nuestro mundo, y para su ecuador, longitud igual a la de 10.833.942 ecuadores terrestres. Lo que esto significa, buscando comparación más expresiva que la proporcionada por ese frío número de ocho guarismos, es que un aeroplano que, a la velocidad de 200 kilómetros por hora, tardara ocho días y catorce horas y media en dar la vuelta al globo terráqueo, habría menester para hacer igual viaje en torno del sol rojo que se llama Betelgeuse, doscientos siete siglos y setenta y siete años largos. El volumen de esta descomunal hoguera celeste es 32 millones de veces mayor que el del Sol, y superior al que resultaría de juntar seis billones de Tierras.

Y sin embargo, Betelgeuse no es el mayor de los soles medidos, pues Antares, de la constelación del Escorpión, y también rojo como aquél, tiene diámetro 500 veces el del Sol, con volumen cuatro veces mayor que el de Betelgeuse.

Se acaba de decir que estos dos colosales del cielo tienen luz roja, noticia (no muy fresca) que parece invitar a completarla diciendo que el análisis espectral de las estrellas, es estudio que comenzó en 1863 por Sir William Huggins, examinando precisamente los espectros de las dos de primera magnitud Betelgeuse y Aldebarán (en la constelación Tauro), lo llevó, no solamente a puntualizar el color amarillo anaranjado de ésta y el rojo de la primera, sino a averiguar que en Betelgeuse arden sodio, hierro, calcio, magnesio y bismuto; y en Aldebarán estos mismos cuerpos y además telluro,



—Preguntándole si piensa tocar en Frederikshaab—puertecillo de Groenlandia—, a cuya altura deberíamos llegar mañana temprano a no haber cambiado de dirección.

—Ya...

Pocos minutos después terminó la conversación, que a quien, siendo observador, la oyera le habría llamado la atención, por lo anómalo de que en ella diera el criado al amo instrucciones parecidas a órdenes. Terminadas éstas, salió Nusi-Tolo, yéndose a acostar.

A la mañana siguiente, cuando Arteijo salía de su camarote, o, mejor dicho, del departamento, compuesto de varios, donde se alojaba, se encontró con Mister Shifter, que, bien abrigado, paseaba por la toldilla.

Era este personaje un australiano recriado en Manila, donde durante muchos años ejerció la profesión de notario, y de donde trasladó su residencia a Wáshington siete años antes de emprender, con misterioso objeto, que el tiempo aclarará, el viaje que estaba realizando. En la capital yanqui se había dedicado a negocios de diversa y muy variada índole, y últimamente se había re-

validado en su antigua profesión, aunque sin abrir bufete.

Al ver a Arteijo, en cuyo acecho estaba, lo saludó con su más meliflua sonrisa, y después de ponderar la hermosura del día, entabló conversación diciendo:

—Ya debemos estar cerca de Frederikshaab, donde me gustaría pisar tierra firme, aunque no fuera sino un rato. Porque supongo parará usted allí algunas horas.

—Siento no pueda usted por ahora realizar su deseo, porque en lugar de acercarnos a ese puerto, cual supone, nos vamos alejando de él.

—¡Ah! ¿Hemos pasado de largo y dejándolo atrás ya?

—No, Señor Shifter: ni hemos llegado, ni llegaremos a su altura en varios días, pues he ordenado variar el rumbo, y ahora navegamos hacia oriente en vez de al norte.

—¡Un cambio de rumbo!—exclamó el notario, fingiendo perfectamente gran asombro, cual si ignorara en absoluto lo que oía—. Pero, entonces, ¿es que abandona usted su proyectado itinerario?... Y perdone, querido amigo, si le parece indiscreta mi pregunta.

—Ni por pienso. Se trata de una desviación pasajera, para acudir en auxilio de unos infelices que por radiotelefonía nos han avisado de su angustiosa situación. En cuanto los salvemos o nos convenzamos de la imposibilidad de ello retornaré a mi anterior derrota.

—Vamos, se trata de unas horas no más.

—Eso no: tal vez la empresa consuma bastantes días.

—¿Y no podrá esa dilación dificultar los planes que a estas inhospitalarias latitudes nos traen?

—¿Nos?... Muchas gracias por el interés que con tal modo de referirse a los míos demuestra usted en ellos.

—Pues claro está. ¡Cómo no, ilustre amigo!

—Repito las gracias. Y por lo que hace a su preocupación por ellos, no le impedirá pensar, como he pensado yo, que, aun cuando la demora me ocasionara luego algunas dificultades, después de todo problemáticas, sería inhumano desoir por egoísmo esa demanda de socorro.

—Tiene usted mil razones, aun cuando no por eso sea menos abnegada y heroica su conducta al exponerse a esos albuces por filantropía.

—Filantropía, no; caridad.

antimonio y mercurio: todo deducido de las posiciones en los respectivos espectros de las rayas correspondientes a los colores de las luces emitidas por los vapores en ignición de dichos cuerpos.

Desde entonces ha progresado mucho el análisis espectro-estelar, no ya en la obtención de resultados de igual índole, sino permitiendo además desdoblar en estrellas dobles y triples, o sea sistemas de igual número de soles, estrellas que se creía no eran sino uno, aquilatar el sentido de sus carreras en el Universo, y las velocidades de éstas aplicando el sistema de Doppler, consistente en observar la distancia a que en los espectros se hallan las rayas de la luz de la estrella estudiada; y así se ha averiguado que Sirio se nos acerca corriendo 15 kilómetros por segundo, y Capella se aleja a razón de 24.

El Padre Secchi, el glorioso jesuita, verdadero patriarca de la astronomía moderna y la astrofísica, fué el primero que dividió las estrellas en cuatro grandes clasificaciones, atendiendo a los colores de sus destellos, dependientes de la composición y temperatura de ellas. He aquí dichas clasificaciones: estrellas blancas (Sirio, Vega, Rigel; Altair Regulo...), que son las más brillantes; amarillas (nuestro Sol, Capella, la Estrella Polar, Polux, Arturo, Aldebarán...); rojas (Betelgeuse, Antares...), y rojas de tinte sombrío, poco brillantes y entre las cuales no hay ninguna conspicua.

Respecto a temperaturas, los límites son muy distantes. En nuestro Sol se ha observado la de 7.000 grados, y en las estrellas más calientes, 30.000.



—Que honra a usted mucho.

—No es para tanto, Señor Shifter.

—Sí señor; sí señor. Y le felicito con más viva efusión, para que, apreciando usted bien cómo aplaudo y admiro su proceder, haga la justa distinción entre mis sentimientos íntimos y los móviles del acto puramente formulista, nacido del cumplimiento de mi deber en este barco, que me veo obligado a realizar.

—Usted dirá a qué vienen esos distingos y circunloquios.

—A que se haga cargo de mi situación, y comprenda que al enterarme de ese cambio de ruta no puedo menos de actuar en armonía con las órdenes de mis poderdantes.

—Supongo que esos *poderdantes* no le habrán dicho que yo deba someter a usted las órdenes que al capitán del Iberia o a mis demás subordinados tenga por conveniente dar, en mar o en tierra, en esta expedición, cuya absoluta dirección es mía.

—De ningún modo, queridísimo amigo; no faltaba más.

—Pues ¿entonces?...

—Únicamente me han ordenado, bien lo sabe usted, pues al hacerme el honor de admitirme en su barco prestó asentimiento a mi cometido en él, levantar acta de cualquier peripecia o novedad en el viaje o en el desarrollo de sus futuros trabajos, y de todo hecho que, en mi modesto juicio, estime merezca ser acreditado en forma garantida por notarial fe. Y como, salvo el más ilustrado criterio de usted, creo que una desviación de ruta y una demora en el itinerario es incidente susceptible de alcanzar importancia...

—¿No es más que eso?

—Nada más.

—Pues levante cuantas actas quiera, y dé fe de cuanto se le antoje. Ahora mismo voy a decir al Señor Capitán que le facilite la ejecución de esa diligencia, y que, además, le avise en lo sucesivo siempre que cambie el rumbo, que le muestre el diario de a bordo cuando usted quiera verlo y le deje copiar de él cuanto quiera. Supongo bastará para que usted pueda cumplir sus deberes con sus *poderdantes*.

—Vivamente deseo y confío, Señor Arteijo, que esto no produzca molestia a usted.

—De ningún modo.

—Es que lo contrario sería para mí tan gran disgusto, que...

—Nada, hombre, nada; no se preocupe.

Le repito las gracias por sus anteriores y actuales finuras, y no es preciso insista en ellas para dejarme convencido de su afectuosísima amistad. Dentro de cinco minutos puede ir a *actuar* a la cámara de derrota.

Con estas palabras, dichas en tono que, a despecho de los esfuerzos del jefe de la expedición, poco ducho en disimuladas artes, le pareció al notario poco acorde con el convencimiento de que hablaban, se apartó aquél de éste sin darle tiempo de contestar, y se encaminó al puente, viéndolo Shifter subir a él, hablar brevemente con el Capitán, que allí estaba, volver a cubierta, y desaparecer por el hueco de una de las escaleras de bajada al entrepuente.

Pasado un rato se presentó el notario a Maucelo, que con pocas y secas palabras y gesto de vinagre se puso a su disposición para el levantamiento del acta, que ambos firmaron. Hecho esto, se despidió Shifter, deshaciéndose en cortesías y cumplimientos, mal pagados con un bufido del Capitán.

\* \* \*

Al vencer el Cabo Farewel fué preciso enmendar el rumbo para navegar al sudeste durante varias horas de la tarde y la noche entera de la segunda singladura, a fin de esquivar los abordajes de los hielos, vanguardia de los que aquel río, de aguas corrientes entre orillas de aguas estacionarias, arrastraba desde el Mar Polar, y en medio de los cuales, y 2,500 kilómetros más arriba, bajaba el precario refugio del profesor Lubecki y sus compañeros de desventura: ora impelido, ora detenido, y siempre azarosamente zarandeado.

Conforme el Iberia avanzaba por las aguas, más templadas, del mediodía y el oriente de Islandia, fueron los témpanos haciéndose más raros, hasta desaparecer, para mostrarse de nuevo a las pocas horas de un nuevo cambio de rumbo al noroeste: no tan cercanos entre sí como los vistos antes entre Cabo Farewell e Islandia, pero mucho más grandes: colosales, desmesurados, altísimos; con formas, no redondeadas, como aquéllos, sino violentas, bravas, agudas; erizados de picos y de aristas, donde la cristalina naturaleza de su masa, frescamente rota, se veía al descubierto, reflejando la luz del Sol, que matizaba sus salientes con irisaciones de variados tonos.

La temperatura, que mientras se estuvo al sur de Islandia se mantuvo por cima de



cero alrededor del mediodía, descendió en pocas horas al pasar al oriente y, sobre todo, al norte de la gran isla, hasta llegar a siete grados por debajo: una dulcísima primavera para aquellas regiones.

Cinco horas después de haber dejado atrás, en el lejano horizonte occidental, la nevada cumbre del Smioerfioll, montaña que, casi a pico sobre el mar, yergue su imponente mole en la costa islandesa, atalayando la extensión de los mares que se tienden hasta el Polo, se efectuó el cambio de rumbo al nordeste, con objeto de acercarse a la entrada nortoriental del Canal Danés.

Entonces comenzaron los verdaderos peligros para el Iberia, pues ya fué preciso ir constantemente vigilando la aproximación de los hielos que del norte venían a cortar de través su derrota, aunque dejando todavía, por lo común, ancho espacio entre ellos.

La causa determinante de dicha maniobra, que indicaba no ser preciso remontarse hasta la Isla de Juan Mayen, cual Maucelo había temido pudiera ser preciso, fué la llegada de mensaje de los náufragos haciendo saber que estaban, tres grados al sur y dos al oeste del Cabo Barclay, en la margen septentrional del Canal Danés, escarpada con abruptos cantiles y adentellada por los hondos barrancos desgarrados en las tierras por los *fjords* característicos de las costas de la Groenlandia, que el mar, cual gigantesco espejo interpuesto entre ellas y las de Escandinavia, parece reproducir en los de ésta, pero achicados, disminuídos.

En aquel rumbo se seguiría avanzando mientras lo consintieran los hielos; y cuando se entrara en la corriente, donde menudearían y aumentarían los peligros nacidos de la excesiva proximidad de unos a otros, sería variado para seguir a favor de ella hasta dar alcance al témpano de los polacos, según el plan anteriormente expuesto por Maucelo.

Lo recién dicho sobre recepción de aviso de la altura donde llegaban puede inducir a creer que en el transcurso de los días empleados por el Iberia en costear la típica isla de los helados montes y los hirvientes manantiales se había conseguido restablecer la comunicación telefónica entre el buque y los náufragos, cuando no fué así; pues ni una sola palabra había vuelto a cambiar Arteijo con el profesor Lubecki ni con ninguno de sus compañeros después de las de aquella única conversación que lo determinó

a intentar el salvamento. Pero era evidente que, o ellos debían de oír lo que aquél les decía, cuando cuatro veces diarias oscilaba en el barco, a las horas convenidas, el índice del goniómetro y chascaban los teléfonos con inarticulados ruidos, o de algún otro modo se daban cuenta de que sus salvadores recibían y contestaban las llamadas que se les dirigían.

Puntualidad que, dando qué cavilar a Maucelo, le hacía decir, preguntando a su jefe, la tarde que embocó el canal:

—¿Nos oirán ellos? ¿Nos oirán cuando la primera noche les dijo usted que, aun sin entender las palabras que traían, digo, que no traían, sus ondas, recibíamos éstas, y que nos eran suficientes para enterarnos de por dónde andaban ellos?

—Vaya usted a saber, amigo Maucelo. Pero lo esencial es que todavía no se les ha acabado de derretir el vehículo; e indudablemente tienen certeza de que no hemos desistido de socorrerlos, cuando siguen telegrafando. Ahora, el cómo y porqué la tienen no es fácil adivinarlo.

—La verdad es que todo esto es tan extraño como la incomprendible catástrofe de que son víctimas esas gentes.

—¡Que sí lo es! Como que casi tanto como el deseo de salvar sus nueve vidas me preocupa la curiosidad de hallar explicación a lo que no consigo explicarme.

—¡Calla! Las siete. Se me ha pasado la hora, pues hoy deben llegar los gruñidos telefónicos alrededor de las seis y media. Gracias que la aguja seguirá quieta en el rumbo en que nos la hayan puesto ellos. Pregúnteselo a Rodríguez.

Por el tubo acústico que comunicaba el puente con el gabinete telegráfico preguntó Maucelo si había llegado, a qué hora y en qué rumbo el aviso de las seis, contestando el telegrafista: "A las seis y veinticinco, con rumbo tres grados al sur del oeste. No he avisado a usted ni al jefe porque tampoco han hecho los teléfonos sino murmurar como siempre" (1).

(1) Haciendo un breve paréntesis diremos que no debe extrañar llegara ahora el aviso de los náufragos, no, como antes, a hora anterior en el barco a la en que era por aquéllos enviado, sino más avanzada; pues conforme fué el Iberia navegando hacia oriente y el témpano de los geólogos derivando de norte a sur, sin cambiar sensiblemente de meridiano, fué disminuyendo el adelanto de la de llegada hasta que, estando al sur de Islandia cortó el buque el meridiano del lugar mismo desde donde aquéllos telegrafaban: día en el cual se anuló dicho adelanto por coincidir los



Empleando ahora diferente procedimiento que, para obtener la situación de los que telegrafiaban, vimos anteriormente usar al Capitán, pudo Arteijo decir después de hacer un breve cálculo y sin mirar el mapa,

que aquéllos estaban a unas 150 millas al oeste y a ocho escasas al sur del Iberia, y solamente separados de él por distancia de 289 a 290 kilómetros en línea recta. (1).

## IV

## UN OBSTÁCULO INESPERADO E INEXPLICABLE

La escasa distancia a que estaban los que se iba a socorrer, su situación aguas abajo de la corriente entre Islandia y la costa groenlandesa, y la rápida marcha que al Iberia imprimían sus magníficos motores tele-eléctricos impulsados por la ondulación de la Central Sahárica de Techiasco (1), hacían esperar que aquéllos serían alcanzados de ocho a nueve de la mañana. Y eso porque durante la noche se alejarían ellos y el barco acortaría la velocidad por temor a algún choque con los témpanos, cuyo número crecía inquietamente desde media tarde, siendo preciso, mientras no hubiese luz del día, atender, más que al avance, a vigilar con los proyectores de iluminación eléctrica la aproximación de los hielos para sortear colisiones.

Felizmente, en aquella latitud y fecha era breve la ausencia de la luz, pues el Sol, puesto a las diez y diez y seis minutos de la tarde, salió a la una y cuarenta y cuatro de la madrugada, no llegando a tres horas y media la duración de aquella noche.

Pero si esto era indudable ventaja, por disminuir el tiempo perdido en la marcha a velocidad reducida, no pudo aprovecharse; pues cuando el Sol brilló de nuevo en el horizonte alumbró hacia el sur, por la proa, un panorama inesperado y alarmante, muy distinto del que cuando se puso se veía desde el barco.

Instantes del mediodía en el témpano y en el barco; pero a partir de él y por haber pasado el Iberia del oeste al este del meridiano donde los naufragos estaban a mediodía, esta hora y todas las demás llegaban para Arteijo antes, y no después como en pasados días, que para los otros: es decir, que a la hora de la transmisión del aviso correspondía en el buque hora más avanzada que en la casa flotante de la comisión, aunque los instantes de transmisión y recepción fueran uno mismo, pues las telegráficas corren tanto que desde Madrid a Nueva Zelanda no emplean sino doce centésimas de segundo y, de Buenos Aires a Nueva York seis centésimas.

(1) La construcción de esta central heliodinámica de fuerza solar está relatada en la obra *La mayor conquista*, de esta Biblioteca.

que aquéllos estaban a unas 150 millas al oeste y a ocho escasas al sur del Iberia, y solamente separados de él por distancia de 289 a 290 kilómetros en línea recta. (1).

En vez del movedizo mar de la tarde anterior, prolongado hasta unirse con las nubes en la lejanía, y mecido en lo alto de sus olas sueltos y errantes témpanos que se alejaban impelidos por la fuerte corriente, se vió con los primeros claros del amanecer un mar cuyas aguas morían a distancia del buque no mayor de dos millas en una larga barrera transversal, cuyo borde era costa, emergida en brevísima noche, de una blanca llanura tendida desde dicho borde hasta confín remoto, no alcanzado por la vista, y constituida por un vastísimo campo de hielo, al parecer formado por la súbita congelación del mar en una sola masa, cuya extensión era, desde el Iberia, inmensurable.

Esto fué lo que al ver la novedad a los iniciales y brumosos resplandores del alba creyeron de primera impresión Arteijo y Maucelo, que entera habían pasado en el puente la noche atentos a la parte opuesta por donde venía la amenaza de los témpanos. Pero ya antes de crecer la luz, y permitir a sus ojos deshacer el error, comprendieron que a menos de una violenta baja de temperatura, impropia de la estación y no sentida en la pasada noche, era

(1) Véase el método y la cuenta, claro es que meramente aproximada, por hallarse el barco en movimiento, y apreciarse a ojo de buen cubero la marcha de él desde el medio día en que se lo situó: veinticinco minutos de diferencia de horas equivalen a seis y cuarto grados geográficos de diferencia de longitud, y conteniendo veinticuatro millas el grado de longitud, medida en el paralelo 60°-30' en que el buque estaba, resultaban las ciento cincuenta indicadas de multiplicar 24 por 6,25.

Valliendo el arco de 3° de ángulo 0,05235, y multiplicándolo por 150, se tienen las 7,85 millas halladas para distancias al sur.

Por último, la hipotenusa de un triángulo rectángulo esférico, asimilado al rectilíneo de cateto 150 y 7,85 millas dieron los 289 kilómetros, teniendo presente que una milla geográfica vale 1,852 metros.



imposible se helaran los mares en tan gran extensión y breve tiempo. Y todavía más imposible hallándose removidos, como aquél, por intensa corriente.

Y pensaban bien, pues el obstáculo donde batían las olas y rompía la corriente, aconchando contra él témpanos y más témpanos del norte traídos, no era un solo e inmenso bloque de mar helado que agarrado a la costa la prolongara canal adentro, sino amontonamiento de sueltos trozos flotantes que hacia el lado de la Groenlandia—única margen del Canal Danés visible desde el barco—lo obstruían, y en la proximidad de Islandia lo angostaban en un estrecho paso donde los témpanos, que en la barrera resbalaban sin quedar acuñados entre los anteriormente detenidos, se precipitaban con ímpetu creciente entrechocándose y escapando hacia el sur.

El obstáculo formado por la acumulación de unos aumentaba incesantemente, acercándose al buque a medida que allá llegaban otros y se adherían al inmenso dique, encastrando salientes de ellos en los entrantes de él y viceversa; y la aglomeración y las incesantes colisiones de los que lograban escapar por el canalizo de la costa islandesa hacían suicidamente temerario el intento de tomar su camino.

Cuando Maucelo se dió cuenta cabal del apurado trance en que, aun siendo imposible explicarse el porqué, estaba su barco, dijo a Arteijo:

—No podemos continuar en este rumbo, don Eduardo; pues si ponemos proa a la corriente acaso nos perdamos; pero de no ponerla nos perdemos irremisiblemente, y pronto, despachurrados entre las desmesuradas moles que de allá bajan y las que se acumulan en el montón de hielos que por ahí nos cierra el paso.

—¡Contra corriente! Pero si eso era lo que a toda costa quería usted evitar.

—Sí, cuando no me amenazaban sino martillazos sueltos, pero no ahora cuando estoy entre martillo y yunque; porque de martillazos de témpanos aislados podía librarme corriendo más que ellos: cosa imposible, ahora faltando por delante mar libre por donde escapar.

Al enemigo de frente y a los toros por los cuernos: eso es lo que hay que hacer en este apuro. Navegando contra corriente, cara a los témpanos que encima se nos echan, podré a lo menos verlos venir; e intentaré esquivar los abordajes, si lo que

se nos venga encima me deja espacio para maniobrar, lo cual es problemático; pero no lo es que de aguardarlos junto al yunque nos perdemos sin remedio.

—Pero eso es alejarnos de los infelices por quienes hemos llegado hasta aquí; perder la esperanza de salvar de la muerte nueve vidas.

—Sí, señor. Pero, ya usted lo ha dicho, esas son nueve y las que en el Iberia peligran más inminentemente si pronto no se adopta la única resolución posible pasar de sesenta.

—Pero arriesgar la vida no es cosa nueva en los salvamentos de naufragos.

—Por eso está usted dispuesto a jugarse la suya, y al darle yo mi leal opinión no me acuerdo de la mía, sino de las que de mí primero y de usted en último término dependen. Además, que naufragar nosotros no me parece buen camino de salvar a nadie. Y ya no digo más, pues usted manda aquí, y haré lo que resuelva; mas lo que sea urge lo determine pronto.

—Intente lo que crea mejor para salvar el buque y su tripulación... Aquí no manda ahora nadie sino usted.

—Gracias.

Cumplidas por el timonel y el maquinista órdenes del Capitán, efectuó el Iberia la virada a escasa marcha y con grandísimo tiento, para no ser embestido de costado por los témpanos o, lo que habría sido más grave, por alguno de los altísimos icebergs, verdaderas montañas de hielo terrestre despenadas del continente al mar y menudeantes en gran número entre los otros hielos de formación marina.

Mientras tanto se paseaba Arteijo por el puente, con aire de hondísimo disgusto, pues su razón se había sometido al imperio de sus responsabilidades de jefe, mas con protesta del corazón, entonces menos resignado que nunca al abandono de la tentativa de socorro, por haberla creído inmediata poco antes, cuando el parte—llamémoslo así—de la pasada media noche le había dicho, con su hora de llegada y con la dirección de sus ondas transmisoras, hallarse los polacos tan sólo a 50 millas; es decir, casi al lado del Iberia: proximidad que, habida cuenta de lo andado por el barco desde el aviso de las seis de la tarde, era indicio de que aquéllos apenas habían derivado, sino tres o cuatro; ya que de haberlo hecho a la velocidad habitual deberían estar, no a 50, sino a 80 ó 90, porque desde la víspera, en



que el buque cambió la última vez de rumbo, marchaban ya en la misma dirección y por delante de él.

A las tres y media de la madrugada—es decir, de la madrugada de por acá, puesto que allí era día desde las dos menos cuarto—acabó el Iberia su virada y emprendió franca marcha al norte sobre el azul intenso del mar esmaltado con perlinos témpanos, bajo el celeste azul del firmamento y circundado por diafanísima atmósfera radiante de esplendorosa más suave claridad; porque los resplandores del oro de los rayos del luminar que la encendía en luz eran suavizados al entremezclarse con la plata de los reflejos de ellos en el albo sudario que en extensión de millares de kilómetros cubre de nieve las cumbres y los valles de casi toda la Groenlandia, y con el ópalo de los reverberantes en los lechosos hielos del mar.

Hízose Arteijo cargo de estar ya el buque avanzando contra la corriente al verlo avanzar hacia el enjambre de hielos del frente entre dos extensos movedizos islotes flotantes a babor y estribor, y a distancia de cuatro y siete cables de las orillas de ellos (1), surcando entre éstas un estrecho e inestable canal, donde las olas-agua ondulaban entre las olas-roca, sin que nadie supiera si a la salida de él se hallarían otros peñascos de agua tan cercanos a la desembocadura que no dieran tiempo ni dejaran escape para evitar sus embestidas, ni si vaivenes de las olas o empujes de otros hielos juntarían con fuerza incontrastable las márgenes del precario estrecho, aplastando el barco si antes de salir de él aconteciera el cataclismo.

Mirando uno de los témpanos entre los cuales navegaba echó de ver Arteijo la lentitud con que el Iberia los iba dejando atrás, pensando entonces que la prudencia y precauciones naturales en aquel arriesgado paso, la posible eventual necesidad de tener que parar y aun ciar de pronto, sin el retraso ocasionado por el impulso remanente de una rápida velocidad, eran las razones de la pausadísima a que el barco era llevado por su capitán. Pero, además de esto, la preocupación por el desamparo de los que no se apartaban de su pensamiento hizo advertir a Eduardo cuán poco podría alejarlo de ellos aquella marcha de tres a cuatro nudos por hora (cinco y medio kilómetros largos a siete y medio cortos) si no se

prolongara mucho tiempo, no habiendo, por lo tanto, todavía por qué desesperar; pues la barrera de pronto levantada entre el Iberia y los náufragos no podía proceder sino de un atasco procedente de amontonamiento de hielos semejante, aunque mucho mayor, a los descritos por Lubecki la sola vez que con él había hablado.

De ser así, y así tenía que ser, poco tardaría en ser arrollado el obstáculo, pues el empuje contra él crecía y crecía con la llegada y la presión de nuevas masas de hielo que la corriente acumulaba sin cesar contra las anteriormente detenidas. Y entonces, y por mucho que la desobstrucción se hiciera aguardar, diez, veinte, treinta millas, nada en suma, sería lo más que el Iberia se alejara de los náufragos, que verosímilmente habían de estar presos en el atasco.

En estas reflexiones; en ir a la popa a mirar con un catalejo la barrera helada, en acecho de la rotura que su impaciencia creía inminente; en volver al puente a conocer la opinión sobre sus esperanzas del Capitán que las corroboró, pero muy brevemente y sin comentarios por preocuparle más entonces el gobierno del buque y no querer conversación que de él lo distrajera; en consultar el mapa y en retornar a popa con su antejo, se le fué a Arteijo el tiempo mediante hasta la llegada del aviso de las seis de la mañana, que aunque mudo y por señas como todos le pareció muy elocuente e interesante; pues al hacerle saber que solamente a 30 millas estaba la comisión, en lugar que una vez puntualizado resultó *ser el mismo* desde donde había teleografiado a media noche, le dijo claramente que desde dicha hora *no se había movido* el flotante refugio de los geólogos; que, por lo tanto, *estaban atascados*, según había supuesto, y que el atascamiento tenía extensión *mínima* cercana a 30 millas. Y en cuanto vió todo esto corrió al puente, donde llegó gritando:

—Maucelo, están ahí: cogidos entre los hielos que nos han cerrado el paso. Es desesperante tenerlos al lado y no poder hacer nada hasta que la corriente arrastre el estorbo.

Cuando el Capitán iba a contestar, no pudo hacerlo porque Arteijo, que todo se lo hablaba, no le dejó meter baza, prosiguiendo, cada vez más excitado:

—¡Ca!: si aguardamos a que se deshaga esa maldita maraña de *icebergs* y témpanos no hay salvación para los infelices; pues el empuje colosal necesario para romperla

(1) El cable marino tiene 120 brazas, equivalentes a 200 metros.



causará innumerables y espantosas colisiones, que harán a unos hielos montarse, resbalar, encaramarse sobre los inmediatos, aplastándolos, hundiéndolos. Otros se quebrarán, cual vidrio, en trozos a los golpes recibidos al entrar en el torrente tumultuoso que se desatará al ceder la obstrucción. Y en ese cataclismo, como en toda lucha, prevalecerán los fuertes y los grandes, sucumbiendo los pequeños o débiles. ¿Qué será entonces de esos desventurados ya hace seis días inquietos con la escasa resistencia de su refugio?

O ahora o nunca, Maucelo: no ir en su socorro en seguida es resignarse a dejarlos morir. Si es que ya no han sido aplastados o pasados por ojo por uno de los montañones, cuyos picachos sobresalen allá abajo sobre los témpanos marinos entre los que están aprisionados.

—¿Y qué le hemos de hacer, don Eduardo, si no está en nuestra mano...?

—Aprovechar este único momento.

—Pero usted no pretenderá que el Iberia vuelva atrás, ni navegue sobre campos de hielo.

—Claro que no, pero ya usted sabe que tenemos otro medio.

—¡Ah! ¿Se propone usted ir a buscarlos en el anfibio...?

—Sí; pero no perdamos tiempo: solamente he venido para consultar a usted si, como yo, opina que forzosamente han de estar sujetos en el montón de hielos; y si en esa creencia coincidimos, no aguardo más.

—Pero ¿cómo he de saber yo si están o no están ahí?

—Verdad es que todavía no le he dicho a usted nada.

Rapidísimamente impuso Arteijo al Capitán de cómo del nuevo aviso de los geólogos había deducido la opinión consultada y la causa probable del fenómeno que había trastornado sus planes cerrándoles el paso; y al oírle manifestar que hallaba lógicas tales deducciones declaró su propósito de co-

menzar sin pérdida de tiempo los preparativos para realizar el salvamento en el anfibio.

—Pero aun supuesto, y no es poco suponer, que pueda hallarlos en esa inmensidad de revueltos hielos, ¿cómo podrá usted volver luego al Iberia no estando anclado éste en paraje conocido, e ignorando yo mismo si inopinadamente me verá obligado a variar de rumbo y hacia dónde?

—Como no tengo que alejarme sino a escasa distancia y por pocas horas, y el buque marcha a pequeña velocidad, no ha de serme difícil buscarlo, desde lo alto, en las treinta o cuarenta millas que a lo sumo podré separarme del punto donde lo deje a mi partida. Además, usted olvida que por radioteléfono puedeirme comunicando las marcaciones que tome sobre la costa; y si se aleja demasiado de ésta sobre Islandia o Juan Mayen, según hacia donde tenga que llevar el barco.

Maucelo, que no olvidaba nada, sino que por temor a la aventura a que su amigo iba a lanzarse no quería sino suscitarle dificultades, agregó:

—Pero si por atender ahora a la maniobra de remontar el anfibio descuido el gobierno del buque, nos perderemos sin remedio.

—No, no: Usted a su barco, sin cuidarse de más; pues para lo otro me basta con la ayuda de Roca y de Lebrija. Adiós. Ya nos daremos por si acaso un pretón de manos antes de remontarme.

No contestó Maucelo sino con mudo asentimiento de cabeza, por conocer que el temblar de su voz descubriría, si hablara, la penosa emoción que le había causado y quería ocultar el "por si acaso" de su querido jefe, a quien nada más dijo para disuadirlo de su abnegada resolución; pues, conociéndolo, estaba persuadido de la inutilidad de pretenderlo; y porque, puesto en su lugar, era probable hiciera lo mismo él.

## V

### LA EXPLORACIÓN

El apremiante trance en que va a ser empleado el novísimo aerostato con nombre genérico de *anfibio*, e individualmente bautizado con el de *América*, no es en verdad oportuno para frías descripciones me-

cánicas; pues es probable que las mismas impaciencias de Arteijo por acometer su generosa tentativa tenga el lector de ver si ésta es fructuosa.

Por ello, dejando otros detalles para más



adelante, sólo diremos del aparato lo preciso para que sea comprendido cómo iba a intentarse el salvamento.

El aéreo ingenio era transportado en el Iberia semiencastrado en la mitad de popa, asomando lo cimero de su lomo a lo largo y tres metros por encima del centro de la cubierta alta, reposando por su parte inferior en gradas fijas a las cuadernas del casco de aquél y atravesado verticalmente por el segundo de los dos únicos palos del buque, en realidad sin aplicación marina; siendo la principal de él guiar el ascenso del anfmóvil cuando, levantadas las partes laterales de la cubierta que lo retenían, se le inyectaba el helio destinado a elevarlo.

Salva la aparente falta de barquillas de los tipos corrientes en los dirigibles, que en ocasión más oportuna veremos cómo eran reemplazadas, tenía el anfmóvil la apariencia de un pequeño zeppelin, rígido, ordinario, con longitud de 60 metros y diámetro de 15.

Gracias a dicha supresión (la de las barquillas), en nada que ofreciera resistencia evitable tropezaba el viento en su tersa superficie, de la cual solamente sobresalían cuatro hélices: horizontales e impulsoras, dos a popa, y dos impulso-elevadoras, repartidas en la total longitud del aeromóvil, bajo el cual asomaban levemente inclinadas respecto a la horizontal. Todas eran movidas desde el Iberia hasta distancia de 300 millas; recibiendo la fuerza en ondas electro-magnéticas emitidas por aquél y capturadas en el anfmóvil por antenas espirales de grueso alambre tendidas en lo alto de éste paralelamente y a ambos lados de su aleta dorsal.

Lebrija, el segundo de a bordo, dirigió la operación de levantar los trozos laterales de cubierta que sujetaban el aerostato, haciéndolos girar alrededor de charnelas inmediatas a las bordas. Maniobra realizada por el agua del mar, que entrando, a ocho metros por bajo de la línea de flotación, en cuatro compartimientos estancos del buque, empujaba hacia arriba largos émbolos resbalantes en cilindros verticales, en cuya parte superior era ayudada la presión del agua con bombas de succión que enrarecían el aire de encima de los émbolos, cuyos empujes elevaban las pestañas de la cubierta.

Al mismo tiempo, Roca, comandante del América, extraía el aire de los globillos interiores de éste e inyectaba helio en ellos, paulatinamente y de tal modo que el alige-

ramiento así obtenido en el aeromóvil, por disminución de peso, era en todo momento igual al aumento que en el del barco determinaba el volumen del agua entrada en los aljibes-émbolos, logrando así no se alterara el equilibrio del último durante el inflamiento de los globos, ni cuando, llenos éstos, dejaba el América de pesar sobre las gradas de la cala del Iberia; pues al ocurrir esto se cerraban las compuertas de acceso a él del agua.

Los pesos del mar circundante y del aire sobre él gravitante eran, por tanto, los que destapaban el *estuche* donde, mientras no hubiera de volar, era transportada la voladora máquina.

Cuando ésta no pesó, es decir, no pesó más ni menos que el volumen de aire en la atmósfera desalojado por ella, quedando en equilibrio indiferente en el interior del buque, sin subir todavía, mas sin pesar sobre él, avisó Roca a Arteijo; y éste, que en un camarotillo situado a proa, y en lo más bajo del anfmóvil revisaba unos extraños aparatos, ordenó a aquél que hiciera embarcar al primero y el segundo maquinista.

—¿Y nadie más?

—No: solamente vamos usted y yo; porque habiendo la carga de aumentar a la vuelta es preciso no llevar a la ida sino la menor posible.

—¿Están a bordo los acumuladores?

—Todavía no, pero ya han ido a cargarlos y en seguida vendrán.

—Vigile usted en persona la carga, mientras voy a decir dos palabras al Capitán y a darle un apretón de manos.

La importancia que daba Arteijo a los acumuladores era porque, en caso de avería que impidiera al Iberia irradiar fuerza o al América recibirla, ellos darían a éste medios de volver al amparo del buque; pues contenían carga para recorrer las 300 millas, que era la distancia excepcionalmente máxima a que uno de otro habían de separarse al ejecutar sus normales cometidos en la empresa para que habían sido fabricados.

No un apretón de manos, sino un fortísimo abrazo dió Maucelo a su jefe cuando, con hermosa confianza en lo noble y santo del empeño a que se arrojaba, le dijo éste no adiós, sino "hasta luego".

—Sí, sí: hasta luego, hasta luego, Dios querrá traerlo a usted sano y salvo y sacarnos, a nosotros, con bien de estos aprietos.

—Más que en mí confío en él... ¿Pero qué



es eso? No, no: nada de enternecimientos. Adiós, adiós. Digo no: hasta la vuelta.

Bien a su pesar, no pudo Maucelo seguir a su jefe para despedirlo en el mismo momento de elevarse el América, por retenerlo en el puente la comprometida situación del buque, al que ya una vez había sido preciso apartar de un témpano empujando en el flanco de éste con largas pértigas, manejadas por la tripulación, repartida a lo largo de la borda; pues la flotante mole se venía encima antes de que la guinada ya empezada para rehuir el encontronazo hubiera producido pleno efecto.

Embarcados en el América los cuatro hombres que iban a tripularlo, puso Roca en comunicación los acumuladores con las dinamos motrices de las bombas internas expulsoras del aire de los vanos comprendidos entre los globos esféricos y la pisciforme envuelta general externa que los cubría, reemplazándolo con helio de los cilindros de fundición de los repuestos de éste, donde se almacenaba comprimido a sesenta atmósferas. Pero la substitución del aire por dicho gas se hizo en pequeña cantidad y muy despacio, para que, guiado el anfmóvil por el mástil del buque, ascendiera sin sacudidas a lo largo de él, y tan lentamente, que desde que su lomo superior comenzó a elevarse hasta llegar su quilla—no es equivocación su quilla—al nivel de la cubierta, transcurrió cerca de medio minuto, y casi uno más hasta que la punta del palo se desenhebró del cilindro metálico que de arriba abajo perforaba el aerostato.

Una vez en franquía éste, cesó de inyectársele helio; pues en aquella máquina, destinada a navegar en alturas por lo común pequeñas, era el empuje ascensional del gas reforzado por las hélices inclinadas, que, además de coadyuvar, cuando así convenía, a la propulsión avante obtenida de las horizontales, imprimían movimiento en dirección levemente ascendente que hacía ganar tanta mayor altura cuanto más creciera del lado de la popa, y por debajo de la horizontal, el ángulo con ésta de los ejes de aquéllas.

\* \* \*

Al cuarto de hora de zarpar del Iberia el aeromóvil—pues anclaje era, aunque *sui generis*, el enganche del mástil—, llegaba éste sobre la margen norte del amontonamiento de los hielos, que en extensión hacia

el sudeste, acaso superior a cien millas, prolongaba con llanuras de aguas sólidas los nevados montes de la Groenlandia, siendo posible a Arteijo diferenciar la línea divisoria entre la blanca tierra y el duro y albo mar, por mostrar aquélla al descubierta en la cercana costa la roca de altísimos cantiles, en cuyos flancos tajados a pico no podía sostenerse el casquete de nieve congelada, bajo el cual queda constantemente sepultado casi todo al continente (1).

(1) Las exploraciones de Markham, Greeley, Lockwood, Erichsen, y finalmente de Peary y Astrup, han puesto en claro que ni la Groenlandia es una península—cual en tiempos sospechaban marinos y geógrafos, prolongación al sur de un continente ártico, que hoy se sabe no existe—ni está unida a la América septentrional, sino que forma una inmensa isla de unos 2.500 kilómetros de extensión de norte a sur desde la Tierra de Peary al Cabo Farewell, con forma sensiblemente rectangular y anchura media de 1.300 desde el paralelo 60 grados hacia el norte, adelgazándose hacia el sur en un triángulo cuya base es la línea Isla Disko, Cabo Brewster, y el vértice el cabo Farewell. La superficie de lo que más que isla es continente alcanza unos dos y medio millones de kilómetros cuadrados: unas cinco Españas.

Desde luego que los anteriores números no son sino groseramente aproximados, pues sobre la falta de mapas exactos de las costas, no es fácil saber en gran parte de ellas dónde acaba el mar y comienza la tierra, por sarcasmo llamada verde (Groenland significa tierra verde), pues según dice un autor inglés: "Al pie de los farallones el helado mar forma una helada y sólida plataforma" soldada a los entrantes y salientes de la costa "cuyo real trazado oculta, pues alcanza altura" hasta de 30 pies sobre el nivel natural de las "aguas, calando, por lo tanto, ocho o nueve veces más. Esta prolongación de los hielos de la "tierra por los hielos del mar no se deshíela "nunca en las altas latitudes, variando únicamente en extensión más reducida en el verano, "mientras en las partes meridionales se rompe y "desaparece durante éste."

Esta masa constituye un verdadero y continuo banco marítimo en la costa oriental, donde en inviernos fríos llega a hacerse enorme, conservándose el recuerdo del de 1785, en que ese campo de hielo se tendió sin interrupción entre Groenlandia, la isla de Juan Mayen y la de Islandia. La razón de ello es que esta costa es mucho más fría que la occidental, donde existen porciones de ella no cubiertas permanentemente de hielos, en donde habita la escasísima población groenlandesa.

La corriente fría en la que derivaba la comisión polaca, no sigue en general la costa misma, sino el borde del banco helado, lo cual explica una de las extrañezas de Arteijo, a la que ya nos hemos referido.

La Groenlandia entera, salvo las pequeñas franjas costeras de occidente y mediodía, está cubierta con un descomunal caparazón de hielos y nieves, tendido en extensión de millares y millares de kilómetros. Estos campos, o mejor, campo inmenso de endurecida nieve que se convierte en hielo, se llaman *Inlandzia*. No es de extrañar, en vista de lo dicho, que



Las aguas líquidas del Canal Danés corrían, en su mayor parte, por debajo del inmenso banco helado, y el resto de ellas, por el portillo, todavía franco, allá muy lejos, entre el extremo de los hielos e Islandia; pero esto no pudo apreciarlo Arteijo hasta después de haber ganado altura haciendo funcionar las hélices inclinadas. En la dirección paralela a la costa, en que avanzaba, tendíase, inacabable, blanquísima llanura, o más bien sucesión de llanos en escalones a diversas alturas, según la elevación sobre el agua donde flotaban, de los témpanos, cuyas superficies superiores constituían tales mesetas. En los lugares donde aquéllos no habían llegado a adaptar bordes con bordes, encastrando salientes de unos en entrantes de otros, veíanse por doquier lagunejas o charcas, donde brillaba el agua.

Por último, en no pocos parajes emergían de lo llano cristalinos montes donde todo era cumbre, sin laderas ni faldas: cerros empinadísimos, dentadas crestas, rotas aristas, picos, agujas, en lo alto de las cuales aparecía translúcido el hielo de que estaban formadas, mientras en los costados, por donde caían al blanco descampado, se percibían manchas terrosas en su masa. Eran los *icebergs* de congelada nieve de las tierras con formas mucho más agudas, mucho más extrañas, caprichosas,

fantásticas que las de los lisos témpanos de hielo marítimo.

Al hacerse cargo de la extensión del inmenso banco, vió Arteijo claro no haberse equivocado al suponer presos en él a los polacos, e infiriendo de ello y de la inmovilidad de aquél que habrían de continuar donde se hallaban a la hora de su último aviso, dió orden a Roca de aproar en la dirección por dicho aviso conocida, y cumplimentada ésta, de suspender el funcionamiento de las hélices inclinadas, para que descendiera el anfibóvil; pues desde la gran altura a que estaba remontado sería imposible ver cosa tan menuda como la bandera polaca, que, según convenio, debía ondear sobre la casa de los geólogos, ni siquiera ésta, tan blanca verosíblemente como cuanto la vista divisaba; pues, según costumbre de las invernadas polares, estaría enterrada o, por lo menos, semienterrada en nieve.

Cuando desde la partida se hubieron recorrido en línea recta poco menos de las treinta millas resultantes del último aviso, supuso Arteijo haber llegado ya a la zona donde, según toda probabilidad, habían de estar los naufragos, y comenzó la exploración de ella haciendo describir al América círculos de radios progresivamente crecientes en torno de un colosal *iceberg*, elegido por su gran tamaño e inconfundible

---

tan desolada tierra, donde sólo por excepción se ve la tierra, sea prácticamente desconocida, sin que los exploradores de sus vastas neveras, Hayes, Whympier, Brown, llegaran a penetrar en su interior sino en escasas distancias. Nordenskiöld y Berggren consiguieron adentrarse algo más, pero le estaba reservado al célebre explorador Nansen ser el primero que atravesara la Groenlandia de costa a costa (1888), si bien en la parte meridional del continente y donde su anchura no llega a la tercera parte de la que en regiones más septentrionales tiene.

Con todo, hubo de emplear casi tres meses en la hazaña, sufrir espantosas penalidades y derrochar valor y energía (pues no obstante efectuar la expedición en estío, experimentó temperaturas oscilantes entre 40 y 50 grados bajo cero), y usar alternativamente trineos y palines de nieve. En esta expedición alcanzó altura de 3.000 metros sobre el nivel del mar.

Por mucho tiempo se creyó que todo lo interior era una enorme meseta, idea hoy desechada, pero nacida de que así lo parece: pues la nieve y el hielo llenan casi todos los valles hasta lo alto de los montes.

Es digno de notar el hecho, cuyo conocimiento está poco divulgado, como no sea entre geógrafos e historiadores, de que la Groenlandia fué conocida de los pobladores del mundo antiguo seis si-

---

glos antes del descubrimiento de América por Colón. Fué el descubridor un marino islandés, Gunblorn, o mejor dicho, la casualidad; pues una tempestad fué la que lo arrojó a la costa oriental. Un siglo después, Erick el Rojo (un asesino fugitivo de Islandia) redescubrió la Groenlandia, siendo él quien le puso este nombre de Tierra Verde, alegando como razón para ello "que un nombre de buen augurio atraería colonos". Tal es la explicación dada por Reclus a esta ironía, y por él comentada diciendo que Erik "no tuvo el éxito que buscaba, pues el nombre más justificado de *Tierra de Desolación*, por Baffin dado a Groenlandia, es el que sucesivos visitantes y residentes han hallado más acorde con la realidad".

Es asimismo raro que ni Erik ni los colonos daneses que en pos de él se establecieron en la costa occidental, enfrentada a América y no distante de ellos sino de dos a tres días de navegación con favorable viento, no fueran quienes la descubrieran, y que fuera preciso que Colón y los españoles hubieran de navegar durante sesenta y nueve días para llegar a las regiones de ella más alejadas del antiguo continente. Y es que sin duda, el hecho magno que duplicaba la extensión del mundo, poniendo fin a la Edad Media, era un acontecimiento providencial que no podía nacer de casual evento, sino del genio de un iluminado, del corazón de una reina magnánima y del valor de una viril raza.



forma como centro de referencia para tener certeza de no dejar sin registrar parte ninguna en dicha zona, sobre la cual volábase a no más de cien metros de altura para apreciar todos los detalles del suelo. Porque suelo creo puede llamarse a lo alto del mar cuando está helado.

La precaución era necesaria; pues según se había ido avanzando desde la orilla del helado banco, había ido creciendo la irregularidad de formas de su superficie, estando tan revueltos y trastornados ya los hielos en los lugares adonde se llegaba, que todo eran quiebras y lomos, prominencias y hoyancas, grietas y aristas, entre las cuales quedaban escondidos muchísimos rincones, pues los témpanos más pequeños, o que por más delgados calaban menos en las aguas donde venían flotando, cuando se detuvieron no estaban ya sobre éstas, sino encima de otros más grandes que los precedieron: inclinados aquí, volcados allí, enhiestos y de canto más allá; escupidos a lo alto al encontrarse entre la resistencia de los ya detenidos y los empujes de los de mayor masa llegados en pos suyo: principalmente de los *icebergs*, que con frecuencia suelen tenerla enorme, calar centenares de metros y alcanzar gran altura, y los cuales era preciso rodear uno por uno con el anfmóvil para evitar que detrás de sus moles quedara sin examinar algún repliegue.

Con preferencia registraba Arteijo en su prolija faena las numerosas depresiones y los pocos llanos que por allí había; pues en estas zonas bajas pensaba hallar a los polacos, de no haber perecido, como era muy posible, en una de las muchas convulsiones semejantes a terremotos—no me atrevo a llamarlos *hielomotos*, aun cuando este me parezca el propio nombre—, de las cuales daba testimonio el desordenado hacinamiento de los hielos.

Hora y media duraría ya el reconocimiento cuando, no en un barranco ni en un llano, sino en una mesetilla de lo alto de un pequeño *iceberg* semicaído y apoyado por uno de los bordes de aquélla en la enriscada ladera de otro mucho más grande, antojósele a Arteijo que se removían las siluetas de unos oscuros bultos, muy diminutos a causa de su lejanía.

Latiéndole fuertemente el corazón, por suponer serían los que buscaban, gritó, temblándole con la emoción la voz:

—¡Allí están, Roca! ¡Roca, ya los tenemos ahí!

—¿Dónde, dónde?

—Allí, por nuestra derecha: junto a aquel picacho que parece una pirámide cuadrangular de cristal cuajado.

—El pico sí lo veo; pero no veo más.

—Sí, hombre, sí. Mire a la izquierda, a la gran mole de lo alto de la cual arranca la pirámide, y donde como a un tercio de la altura del tajo vertical se recuesta en él un montecillo medio derribado... ¿No ve usted en ése, en el pequeño, un rellanito un poco más abajo de su cumbre?

—Sí, sí, ahora veo allí unos bultos.

—Pues rumbo a ellos a toda marcha.

.....

Efectivamente, bultos en movimiento eran los que desde el América se columbraban muy confusamente, por tenerlos todavía a gran distancia; pero con la disminución de ésta pudieron advertir quienes de aquéllos no apartaban los anteojos cuán atareadísimo estaban, y que, salvo alguno, sólo por breve tiempo erguido de rato en rato, todos andaban tan encorvados, que casi parecían moverse a gatas.

—¿Qué harán? Parece como si cavaran.

—No; porque entonces se agacharían y se enderezarían alternativamente.

—A la distancia a que estamos, y teniendo detrás de ellos el Sol, que de frente nos deslumbra, los vemos muy mal.

—Pero lo que me extraña es su gran corpulencia.

—Es efecto de que los vemos contra luz. Y que, míreme a mí, con estos abrigos peludos todos aquí abultamos mucho y parecemos osos, como ellos.

.....

Los que parecían osos lo parecían por serlo, según Arteijo y su ayudante vieron al llegar suficientemente cerca para distinguir sus formas, y cuando el Sol, iluminándolos de costado, hizo ver con toda claridad cinco osos blancos que estaban excavando ahincadamente en la nieve endurecida.



## VI

## DECEPCIÓN, ESPERANZA, INCERTIDUMBRE

Dolorosísima fué la decepción del generoso salvador cuando, después de oír a Roca que eran osos, pues Roca fué quien primero se dió cuenta de ello, se cercioró por sí de que la perspicaz vista de aquél no lo había engañado.

—Verdad es—dijo—: son osos. Hemos perdido el tiempo, y hay que buscar por otra parte.

Pero entre el que tardó en rendirse a la evidencia y el empleado en orientarse y recapacitar hacia dónde era preciso retroceder para proseguir la interrumpida pesquisa en metódica forma, que no dejara atrás inexplorados claros, ya había transcurrido el suficiente para que el rumbo y la velocidad del anfibio llevaran a éste sobre la mesetilla del pequeño iceberg medio caído, y no del todo derrumbado, gracias a hacer con él oficios de puntal el hermano muchísimo más grande contra el que estaba recostado, sosteniéndose así mientras nuevos movimientos de los hielos, cuya anterior agitación lo habían desajustado, no los desjuntaran.

—¡Claro! ¡Si no podían estar aquí! He sido un majadero al no fijarme en que esto es un iceberg. En los témpanos bajos, es donde hay que buscarlos—exclamó Arteijo, de malísimo humor contra sí mismo.

—Y, sin embargo, don Eduardo—objetó Roca, cuya penetrante vista, hecha a mirar desde lo alto de su aérea nave, inspeccionaba atentamente la meseta—, están, o han estado.

—¡Qué dice usted! ¿Por qué?

—Porque allí veo tronchada la parte alta de un palo grueso que parece un mástil de bandera.

—Yo no.

—Haré descender el América para acercarnos y que vea usted mejor.

Detenido el giro de las hélices inclinadas y dejada escapar escasa cantidad de helio, descendió la máquina hasta no más de treinta metros sobre la mesetilla donde estaban los osos, sobre la cual voló muy despacio y en redondo.

—Ya, ya lo veo.

—Y vea todavía clavada en el hielo la parte baja del asta, de donde el otro trozo ha sido desgajado.

—Sí, sí. Y allá, en la hondonada angosta que con el paredón del iceberg grande forma la cuesta que desciende del rellano alto del pequeño, hay otro mástil; pero mucho mayor y de celosía de hierro. Mírelo, Roca, cruzado sobre los bordes de zanjón.

—Sí, sí; y alambres enredados.

—Esos son restos de una antena telegráfica.

—Otra cosa, otra cosa. Detrás de donde está clavado el tocón del asta rota hay esparcidos jirones de telas de colores blanco y rojo.

—¡Los de la bandera de Polonia! Ahora no hay duda ya: aquí estaban... Pero ¿dónde están ahora?, ¿qué ha sido de ellos?

—Yo no veo por ninguna parte vestigios de la casa que dice usted tienen.

—Es verdad... Y, sin embargo, cuando ahí están la bandera y la antena, ahí debía de estar.

—Tal vez el encontronazo que contra el iceberg grande ha dado éste al caer sobre él, lo haya sufrido por el lado donde tuvieron la casa; tal vez al golpe se haya resquebrajado el pequeño y desprendiéndose de él la parte donde aquella estuviera... Mire abajo. Acaso sean restos del pedazo arrancado los bloques de hielo roto que flotan en aquel boquete por donde al pie de los dos icebergs se ve el agua.

—Tiene usted razón, Roca. ¡Infelices!

—Por eso probablemente está el mástil de la antena en el ángulo entrante que ha quedado en el lugar donde el choque se produjo. A causa de su altura, ha debido la antena tropezar antes que la casa en el otro iceberg, e irse encorvando hasta romperse antes del choque de hielo contra hielo, quedando sostenida por los alambres de lo alto, enredados en alguno de los salientes que abundan en el risco de arriba. Después, al llegar el trastazo y abismarse la casa, tiraría ésta de la parte inferior de los alambres, y ellos del mástil, que si con ella no cayó hasta abajo, fué porque al ponerse



en contacto las superficies de los dos *icebergs*, según la línea de encuentro donde el mástil ha quedado, cerraron el hueco por donde pasó aquélla.

—Sí, así puede haber sido... Pero no, eso no explica por qué la bandera, que debería haber caído con la casa, está ahí rota a trescientos metros, lo menos, del lugar del choque. Aparte que el golpetazo de esos cerros no habría hecho jirones la tela ni esparcíolos en varias direcciones.

—Es verdad, tiene usted razón: eso más bien parece obra de los osos enfurecidos. Y, además, ¿qué significa su rabioso e incesante escarbar en aquel llanejo que, como un cobertizo o una terraza rectangular en escalón, sobresale de la pendiente de la ladera que sube a la cumbre?

—Diríase que quieren desenterrar algo... ¿Estarán esos desdichados sepultos bajo el hielo?... ¿Serán sus cadáveres lo que esas bestias buscan?...

—Roca, yo no me voy de aquí sin registrar bien la meseta entera.

—¿Registrar! ¿Cómo?

—Bajando a ella.

—¿Bajar! Pero ¿y los osos?

—Los mataremos antes desde aquí.

—No lo veo fácil con nuestras pistolas. Como no pensábamos en tal encuentro, no hemos traído rifles.

—No importa. Como usted pueda mantener su aparato quieto, no en absoluto, pero poco menos, de mi cuenta corre despacharlos.

—¿Desde aquí?

—Desde aquí. Sólo depende de que nos movamos poco.

—En eso puede usted confiar.

—Pues mientras usted lleva el anfibóvil, no enteramente encima, sino a distancia como de cien metros, y lo mantiene con la proa dirigida hacia ellos los pocos minutos que yo tarde en avisarle, voy yo a lo mío.

Al separarse de Roca entró y se encerró Arteijo en el camarotillo de debajo de la proa, donde se hallaban los extraños instrumentos que dijimos había revisado antes de la partida del Iberia.

En cuanto estuvo dentro examinó dos grandes ampollas, de cristal una, de cuarzo otra, tras las cuales había sendos reflectores cóncavos de parafina montados en dos varillas verticales.

Sobre una articulación engranante en ellas giraba un anteojo que trabado a reflectores y ampollas podía moverse de modo

que, al ser apuntado a un objeto, a éste quedara enfilado el eje de uno de los reflectores, y el del otro a un espejo, también de parafina, montado en lo alto del anfibóvil al extremo de una a modo de chimenea, cuya boca inferior se abría en el techo del camarote sobre el reflector correspondiente.

Por último, entre las dos varillas sobresalía del piso un botón pulsador semejante a los de los timbres eléctricos ordinarios.

De las ampollas fué Eduardo a un gran arcón, en el cual penetraba un alambre de comunicación con las antenas espirales por donde el América recibía la electricidad que lo impulsaba; lo abrió mediante combinación de letras, como las de las cajas de seguridad para guardar caudales; empleo de una segunda llave, y diferente combinación de letras; penetración más honda de la llave, y segunda vuelta de ésta.

Una vez abierto, y teniendo cuidado de orientar previamente los reflectores de las ampollas de modo que apuntaran en direcciones divergentes, movió un conmutador montado en lo interior del arca, en la cual resonó inmediatamente una ligera crepitación. Volviendo a las ampollas, pisó el pulsador, y ambas se iluminaron sin el menor ruido: una con suave luz violácea, y otra con el áureo centelleo de una culebrina que la atravesaba de extremo a extremo.

Suelto el pulsador, y apagadas las ampollas, cuya forma recordaba, aunque remotamente, los conocidísimos tubos de los rayos X, descubrió una vidriera situada frente al anteojo; y volviendo a éste, lo apuntó a través de ella a uno de los osos, con lo cual quedó a éste dirigido el eje de uno de los dos reflectores y enfilado hacia la chimenea el del otro. Tornando, por último, a perfeccionar la puntería, pisó durante un fugitivo instante el pulsador.

No se oyó ruido alguno, no pasó allí sino lo que había pasado antes al encenderse las ampollas; pero las radiaciones por éstas emitidas fueron proyectadas por los reflectores en forma de rayos, invisibles entre la luz del día: directamente una por la ventana, reflejada la otra en el espejo de lo alto del América (que venía a ser un periscopio inverso de los de los submarinos), y yendo ambas a converger en el punto al que el anteojo había sido enfilado.

En tanto Roca, con curiosidad excitadísima, miraba a los osos, suponiendo que en el misterioso camarote, donde jamás entraba nadie sino el jefe, habría alguna terri-



ble ametralladora de modernísimo sistema, cuando tanto se ocultaba, y aguardaba oír de un momento a otro la detonación, o, cuando menos, ver el fogonazo de ella.

Pero, sin percibir resplandor ni estampido, vió desaparecer de pronto entre vaporosa polvareda uno de los osos, y al disiparse ésta rapidísimamente, le pareció que ya no veía cinco, sino cuatro osos. Por no creer en la posibilidad de desaparición tan inexplicable, iba a contarlos, cuando se lo impidió segunda nubecilla, seguida de la instantánea desaparición de otro oso.

—Sí, sí. ¡No hay más que tres!—decía, frotándose los ojos.

Con intervalos a lo sumo de medio minuto, tres veces más se repitieron a su vista las misteriosas desapariciones, y con el quinto remolino de vapores se fué el último oso.

Era que las radiaciones partidas de lo alto y de lo bajo del América habían sido sucesivamente concentradas por Eduardo sobre cada una de las cinco fieras.

Cuando ya no quedaba ninguna en el llanaje, se acercó al arca, movió el conmutador, desconectando el aparato de la antena, cerró aquélla, echó la llave a la puerta del camarote, y se la guardó en el bolsillo.

Fuése de allí en busca de Roca, hallándolo asombrado; pues, después de mirar y remirar, ya estaba convencido del increíble hecho, pero sin conseguir explicarse cómo ni por dónde ni adónde se habían ido aquellos animales, cuyos voluminosos corpachones se habían desvanecido como fuegos fatuos; porque, no habiendo oído detonación ni visto fogonazo, no pensaba que su jefe los hubiera matado. Así que al ver a éste, dijo:

—Se han ido; ya lo habrá usted visto... Pero ¿cómo y por dónde?

—No se han ido: los he matado; es decir, los he deshecho.

—¿Usted?... ¡Deshechos!

—Sí: cada partícula, cada molécula, cada átomo de sus cuerpos, se han roto, y, en fragmentos demasiado infinitesimales para ser visibles, han volado a difundirse en el espacio: han vuelto a la nada, de donde salieron.

—Pero ¿es posible! Pero ¡ha sido usted! ¡Desde aquí!... ¿Cómo, cómo? Yo no he visto nada, nada he oído.

—Las mayores fuerzas de la Naturaleza son tan invisibles, impalpables y silenciosas como la que yo he usado para aniqui-

lar los cuerpos de esos animales, desintegrando sus átomos al libertar los electrones y los núcleos con que electricidades de opuestos nombres forman todos los átomos de todos los cuerpos. Se han deshecho como se desharía nuestro sistema planetario si el núcleo de él, el Sol, y sus electrones, los planetas, salieran despedidos en irradiantes direcciones al espacio; se han deshecho como íntegramente se deshace un pedazo de radio que, en vez de disgregarse y desaparecer en centenares de siglos, se desvaneciera en un instante (1).

(1) Claro es que al llamar Arteijo electrones a los pianetas, no pretendía decir una realidad, ni suponer a estos ingentes orbes iguales a aquéllos, minúsculas porciones de electricidad que no llegan a ser físicamente apreciables como materia, sino que metafóricamente aludía a una hipótesis de la ciencia moderna, que aunque muy razonada y hasta apoyada en hechos experimentados, asimila la constitución de los átomos de los cuerpos materiales a sistemas planetarios; pero que no tiene la fuerza de hecho demostrado.

Según dicha hipótesis, todo átomo material consta de un núcleo central pequesísimo, infinitesimalmente pequeño, de materia cargada de electricidad positiva—*ion positivo*—, en torno del cual giran a diversas distancias y a velocidades inconcebiblemente vertiginosas uno, dos, diez, veinte *cargas de electricidad negativa* unas dos mil veces más pequeñas que la carga positiva del núcleo. Estas cargas son los *electrones*: los mismos que saltan y corren de átomo en átomo por los de un alambre en cuanto existe un desnivel eléctrico entre dos puntos de él; los mismos cuyo torrente constituye la corriente que entonces fluye por dicho alambre; los mismos que saltan en la chispa eléctrica.

Viene así a resultar cada átomo de materia como un infinitesimal sistema planetario donde el ion positivo hace de sol, y los electrones de planetas. Y así como los sistemas planetarios astronómicos han de ser variadísimos, dentro de toda racional presunción, de igual modo lo son los sistemas planetarios atómicos, de los cuales ha averiguado ya la ciencia moderna que el átomo de hidrógeno consta de un solo electrón, el de helio de cuatro, el de oxígeno de quince, el de carbono de doce, el de aluminio de veintiseis, el de azufre de treinta y dos... Más todavía: también se sabe cuántos electrones voltean en los átomos de ciertos gases en la Tierra inexistentes, más descubiertos por el análisis espectral de las luces de ciertas nebulosas astronómicas.

Otra analogía en estas sorprendentes semejanzas: tan enormes como son, comparadas con los tamaños de los planetas, las distancias de ellos a sus soles, así son de desmesuradas en relación con las dimensiones de electrones y núcleos en torno de los cuales voltean, las distancias entre éstos y aquéllos. Poniendo un ejemplo: supongan ustedes un átomo de carbono agrandado hasta el tamaño de una plaza de toros; pongan en el centro una lenteja y hagan volar en torno de ella doce mosquitos de los más diminutos, y así podrán formar idea aproximada a la realidad de lo que con res-



—Mas ¿cómo, entonces, no han hecho explosión sus cuerpos?

—Porque no han tenido fuerzas con que luchar. A haber estado enterrados, capaz habría sido la desarrollada al desaparecer los cuerpos de los osos de volar esta inmensa acumulación de témpanos, de levantar hasta las nubes el mar que los sostiene.

—¡Y usted ha podido, usted ha sabido! Es usted grande, grande, omnipotente.

—No, Roca, no. No hay más omnipotencia que la del Creador de esa y de tantas otras fuerzas como calladamente realizan en torno nuestro obras inmensas: la del Padre, que ha dejado entrever a uno de sus hijos, no el insondable secreto de una de

ellas, no el modo de crearla, sino de utilizar la que El ha creado. Dios es la sola omnipotencia, Roca.

—Pero...

—Ahora—dijo Arteijo, cortando la conversación, pues ni quería dar más explicaciones (que nosotros, más astutos que Roca, sabremos con el tiempo olfatear), ni diferir el reconocimiento personal del iceberg—busque manera de cebar el ancla en una de esas barrancas.

Después de varias intentonas se consiguió engarrar el áncora entre dos bloques de hielo de irregulares formas caídos en una ancha grieta inmediata al rellano donde estuvieron los osos. Cayó del América una escala, y por ella descendieron Arteijo

pecto al átomo son el núcleo y sus planetas, digo los electrones.

¿Y cuántos átomos piensa el no versado en estas cosas que existen por ejemplo en un miligramo, pongo por caso, de hidrógeno? Doscientos trillones. (*Etat actuel de la Science Electrique, Devaux-Charbonnel; París, 1908.*)

¡Sistemas planetarios, átomos! ¡Lo grande, lo pequeño! ¿Qué es lo grande, qué lo pequeño? ¿Dónde está el límite de lo uno y lo otro, si tan menudos son soles y mundos en el Universo como núcleos y electrones en el átomo?

Otro paso en la *mecánica celeste* de lo inconcebiblemente pequeño: así como para empujar las colosales masas de los planetas en los ideales rieles de sus órbitas con velocidades pasmosas a las cuales comparada es rastrear de oruga la marcha del más rápido tren expreso; así como para evitar que esas velocidades arrebatase a esos orbes disparados a los abismos insondables del Universo, alejándolos de los soles en donde liban vida, están soles y planetas trabados por colosales atracciones recíprocas, del mismo modo en los minúsculos remedos de sistemas planetarios que los átomos forman giran los electrones a velocidades incomparablemente superiores a las de las carreras de los mundos y actúan a toda hora inmensas fuerzas. Las primeras de lo estupendamente grande nacen de la *energía* llamada *gravitación universal*, las otras, de *otra energía intra-atómica* que es a la par cimiento y trabazón sin el cual no existiría la materia de ningún cuerpo sólido, líquido, gaseoso. Esa energía es, pues, la *gravitación de lo indefinida e infinitesimalmente menudito*, y acaso toda la energía intra-atómica que labora sin tregua ni descanso en la vastedad del Cosmos sea mayor que la gravitación. Más aún, acaso una y otra sean lo mismo para el Creador, que con igual facilidad hizo nacer las dos de la energía suprema de su Voluntad Divina, de su Omnipotencia.

En otra novela (*De los Andes al Cielo*) he dado ya noticia tan vulgar y ramplona como todas las científicas dadas en esta biblioteca, de cómo un cuerpo, el radio o *radium*, esparce, no, lanza, proyecta, dispara al espacio los elementos constitutivos de sus átomos actuando al exterior con fuerza y calor (en definitiva una modalidad de la fuerza) que no son sino energía liberada al dejar de temperse en mantener unidas las partes de los átomos que se van deshaciendo. Por

eso un pedazo de radio se gasta, se aniquila por sí mismo, hasta desaparecer, hasta *no ser*; pero tardando en volver a la nada, de donde fué creado, muchos, muchos, muchísimos años, siglos, desintegrándose a lentísimo paso *medido en los laboratorios*.

Pero el radio no es el único cuerpo radiactivo, sino tan sólo el más radiactivo. Gustave Le Bon fué, salvo error, el primero que afirmó que iguales propiedades gozaban o padecían—pues como tantos otros ese goce acarrea la muerte—otros muchos cuerpos, y presintió que todos los de la naturaleza se van paulatinamente deshaciendo.

Probó además que muchos de esos aniquilamientos pueden acelerarse por la acción de la luz ordinaria, de la ultravioleta, por descargas eléctricas, acciones químicas, etc., etc. Thomson, Rutherford, Sody, Stokes y otros, han comparado algunos de los experimentos y conclusiones de Le Bon, y de día en día va ganando adeptos la creencia de que la radiactividad es una propiedad general de la materia; y que si el tiempo llega—y en hacerlo llegar trabajan muchos sabios—en que la separación de los elementos que constituyen los átomos de un cuerpo se efectúe, no en millares de años o de siglos, sino en un instante o en un breve lapso de tiempo, esos portentosos tesoros de energía producirán, al quedar disponibles con la desaparición del cuerpo donde estuvieran empleados, explosiones cuya potencia no sería comparable a ninguna de las ocasiones por los más potentes explosivos; pues *ha sido calculado* que las fuerzas que incesantemente trabajan en el interior de una moneda de cinco céntimos, de dos o tres almen dras, para mantener unidos los elementos de sus átomos y conservar el sér a éstos, bastarían, una vez liberadas, a arrastrar un tren con cincuenta vagones cargados, en un recorrido de 1960 kilómetros!: lo cual es de creer haría bajar las tarifas de los ferrocarriles, a menos que las empresas no quisieran convertir toda la economía en ganancia.

De esta índole era el descubrimiento de Arteijo, el cual... Alto, no es cosa de descubrirle el secreto, cuando él quiere callarlo; y pues ya hemos cometido la indiscreción de curiosar por fuera los aparatos que cuidadosamente oculta a la vista de todos, no es cosa de incurrir en otra todavía mayor, desentrañando lo que dentro contienen. Paciencia; pues todo llegará.



y el segundo maquinista, pues ni el primero ni Roca podían abandonar el cuidado de motores ni timón.

Afirmar bien el anclaje fué el primer cuidado de los que bajaron, y una vez conseguido principiaron a examinar el espacio. sensiblemente rectangular, como de cincuenta metros de largo por treinta de ancho, sobre el que poco antes se movían los osos.

Hacia un ángulo de él, sobre un montoncillo de nieve endurecida, estaba todavía clavado el regatón de la bandera, con la parte baja del asta tronchada, y cerca del centro del rectángulo quedaba un ancho hoyo, en donde aquellas bestias habían escarbado el hielo, menos duro allí que en el resto del *iceberg*, y mezclado con nieve, arrancando uno y otra de la parte central, y arrojando a zarpazos lo removido al exterior del contorno del hoyo, que ya alcanzaba profundidad de más de un metro y anchura de tres o cuatro.

Obsesionado por la idea de que el ahinco con que había visto ahoyar a las fieras, que en medio de aquel helado desierto estarían probablemente famélicas, debía ser indicio de haberles su olfato revelado la existencia bajo la nieve de cadáveres con que aplacar su hambre, decidió Arteijo proseguir la faena de los osos, para no renunciar al salvamento sin tener certeza de haber ya muerto los infelices a quienes buscaba.

De no hallarlos allí, desistiría de continuar las pesquisas, retornando al Iberia; pues ello sería prueba de que, según supuso Roca, habían sido precipitados de lo alto por la fuerza del choque de su *iceberg* contra el que lo había detenido en su derrumbamiento. Y lanzados desde aquella altura de sesenta metros, tanto daba hubieran caído al agua de la lagunilla de abajo o sobre los hielos, duros como roca. Razón tenía el pobre profesor en temer la voltereta, que Eduardo creía imposible, por parecerle absurdo que los geólogos derivaran encima de un *iceberg*.

Y, sin embargo, derivaban, aun cuando ni después de verlo acertara a explicárselo.

Faltos de picos y de palas, y no teniendo garras cual los osos, comenzaron los dos hombres a escarbar con el trozo desgajado del mástil de la bandera y con el del regatón, que deshincaron del montoncillo donde estaba; pero a los pocos minutos advirtieron que, de limitarse a remover la nieve endurecida—no sirviendo al efecto, por demasiado blanda, la madera del trozo no he-

rrado del asta—, dejando en lo hondo la arrancada, nada adelantarían, y que arrojarla con las manos a lo alto de los bordes del hoyo, tenía, sobre el inconveniente de la lentitud, el de que, aun preservadas por los guantes, se les enfriaban hasta hacerles imposible el manejo de sus deficientes herramientas.

Pero en tal trance tuvo Eduardo una feliz idea, y saliendo del hoyo y llamando a Roca, que se hallaba a no más de quince o veinte metros de altura, le pidió que atados a una cuerda le echara dos sopletes oxhídricos de los que en su herramental llevaba el América para efectuar soldaduras en caso de romperse alguno de sus elementos metálicos.

Tan pronto tuvo los sopletes abajo trazó con el regatón de la bandera en lo hondo del hoyo un cuadrado de algo más de un metro de lado, y por uno él y por el opuesto el maquinista, comenzaron a morder con las llamas de aquellas eficaces herramientas el hielo comprendido dentro del cuadrado. No a morder: a devorar; pues la temperatura de muchos centenares de grados de las lenguas de fuego derretía rapidísimamente la nieve, que no solamente no quedaba ya en terrones en el fondo de la excavación, sino que apenas hecha agua subía a las nubes convertida en vapor.

Al ver el hielo deshacerse cual manteca en un horno y desaparecer como la gota de agua caída sobre candente hierro, experimentaba Arteijo penosísima impresión, causada por la esperanza de ver pronto recompensados sus esfuerzos con el hallazgo del primero de los cadáveres que buscaba.

Aun no habrían pasado diez minutos desde que comenzaron a funcionar los sopletes, y ya llegaba el pozo a un metro de profundidad—más de dos por bajo del nivel a que los osos empezaron la tarea—, cuando gritó el maquinista:

—¡Esto no es hielo!

—¿Qué?

—Que aquí debajo hay cinc.

—¡Cinc! A ver, a ver—exclamó Eduardo, sintiendo que el corazón le daba un vuelco.

Y convencido de que, efectivamente, tenía razón su compañero de faena, le ayudó, dirigiendo su soplete hacia la misma parte donde el del otro hacía hervir la nieve, con lo cual en breve descubrieron en lo hondo del agujero, cuyas duras paredes caían ver-

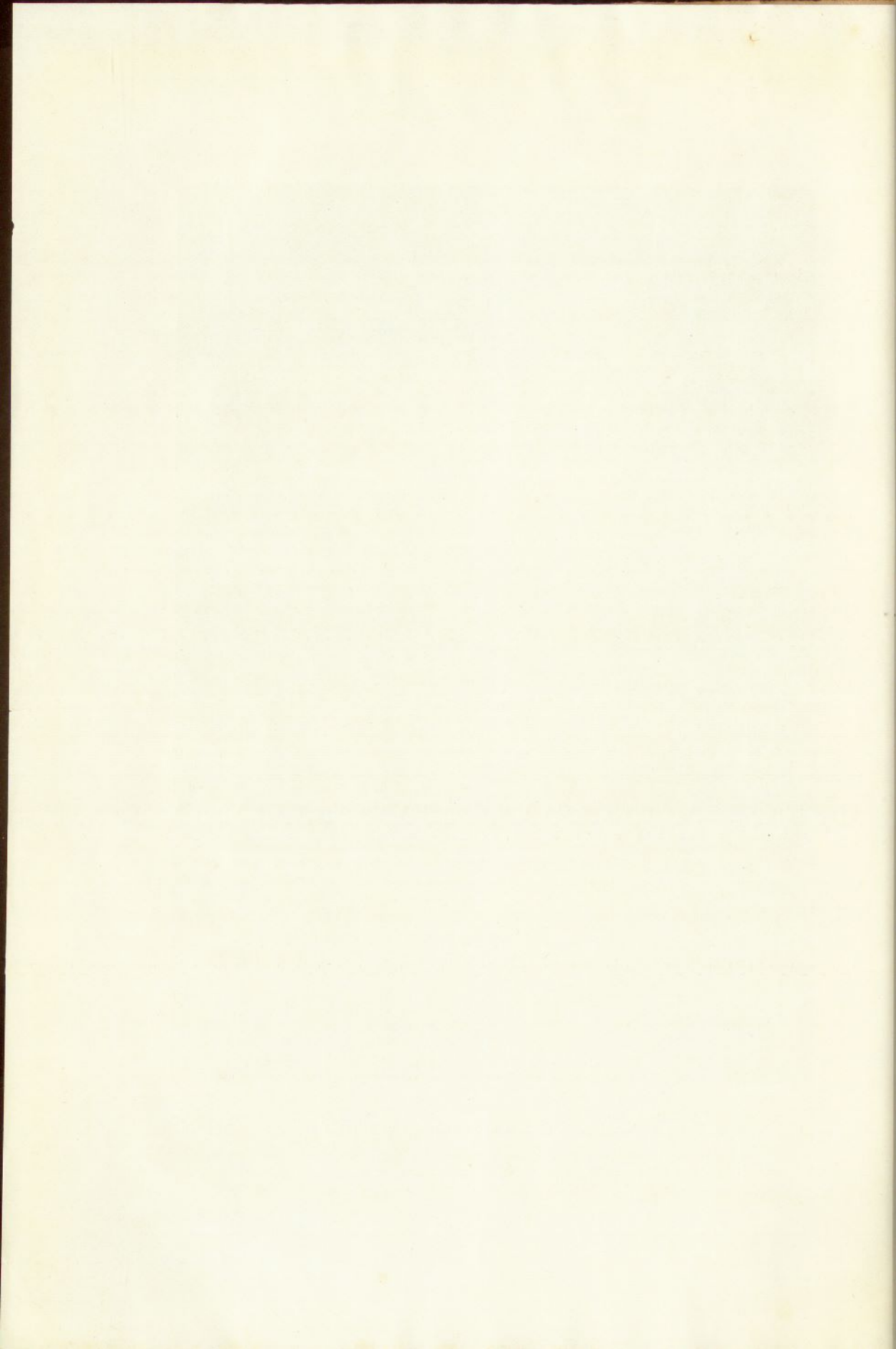




—¿Le ha ocurrido algo?

—Nada. Todo va bien; pero diga a esos señores que han de tener un poco de paciencia.







ticales de lo alto, una placa de cinc, que lo cerraba en toda su extensión.

Esperanza muy otra del doloroso temor de un momento antes nació en el alma de Arteijo, le brilló en los ojos y alentó en su voz al decir al maquinista:

—Jalisco, o mucho me equivoco, o estamos sobre el tejado de la casa de esas pobres gentes.

—Es muy posible, don Eduardo.

—Deben estar ahí, deben estar vivos.

—Pero si esto es el tejado debe de haber paredes y en ellas puerta y ventanas... Vamos, vamos abajo. Como hemos venido por encima de la casa no hemos podido verlas. Vamos a buscarlas y a llamar a esas gentes, que sin duda se han encerrado huyendo de los osos.

Por dos de los lados del llanejo rectangular en donde los dos hombres habían abierto el pozo, rellano que ya se ha dicho formaba un escalón saliente en la ladera que subía a la cercana cumbre, era imposible la bajada, por caer desde sus bordes casi a plomo los taludes de seis o siete metros de altura de lo que suponía Arteijo eran paredes de la casa, o más bien paramentos exteriores de la nieve de sus revestimientos. Otro de los costados era el de unión al monte, desde donde en vez de bajada nacía una cuesta arriba a lo alto de él, siendo el cuarto el único por donde cabía tantear el descenso, aunque difícil y peligrosamente; pues sobre haber de hacerlo en pendiente empinadísima, hallábase ésta desgarrada por numerosas grietas, hoyos y vuelto montón, erizado de bravíos filos, aguaristas del peñascal de hielos caídos en redos, vivos, como cristales recién rotos en el derrumbamiento ha poco ocurrido en lo alto. Y en los pocos lugares que después de bien mirados parecían ofrecer asiento suficiente ancho para apoyar el pie, resbalaba éste al menor descuido, con riesgo de caída de 60 metros de altura, según estuvo a punto de ocurrir dos veces a Jalisco al comenzar la bajada. En vista de lo cual la prosigue-

ron él y Arteijo tendidos boca abajo; agarrándose con las manos y estribando los pies en las irregularidades de la quebrada superficie de la pina pendiente, detrás de la cual presumió Arteijo era verosímil estuviera el talud exterior del revestimiento de otra de las paredes de la casa de los naufragos, oculto por la hacina de pedruscos de hielo sobre él caídos y cuya masa pasaba de seguro de 2.000 toneladas.

Una vez debajo, se afirmaron en la idea de que detrás de las otras dos superficies lisas, libres y casi verticales, debían de estar dos de los muros de la casa; pero no viéndose abertura ninguna, y habiendo de tener seguramente varios metros de espesor el hielo que los protegía, no cabía esperanza de ser oídos de adentro, al golpear desde afuera. Como, además, la falta de huecos en aquellos dos frentes parecía indicar ser el recubierto con el montón de hielos por donde los dos hombres habían bajado el correspondiente a la fachada donde estuviera la puerta y la ventana, hasta las cuales sería locura pretender abrirse paso, ni siquiera con las llamas oxhídricas, faltando previo conocimiento de dónde pudieran caer, se quedaron aquéllos perplejos, hasta que discurriendo, discurriendo y mirando hacia lo alto, dijo el jefe:

—Pero si lo de arriba es un techo y aquí viven los polacos forzosamente tendrán una chimenea por donde podamos hacernos oír de ellos. Pero no la veo por ninguna parte.

—Tal vez la hubiese y ahora esté sepultada, como este lado de la casa por donde hemos bajado, bajo el montón, que hacia la derecha cubre también aquel extremo de lo que suponemos sea el tejado.

—Entonces si en ese amontonamiento de hielos y de nieve no hay rendijas es muy de temer estén ya asfixiados o les falte muy poco. Jalisco, si todavía es tiempo de salvarlos no tenemos para ello más camino que volver al hoyo y procurar abrir un boquete en el techo.

—Lo mismo me parece, don Eduardo.



## VII

## EL POZO

Tan pronto llegó arriba, y antes de comenzar a cortar la placa con los sopletes, dió Arteijo fuertes y repetidos golpes en el cinc con el regatón de la bandera, movido de esperanza, que le salió fallida, de oír debajo otros que los contestaran. Mas no queriendo rendirse aún a sus temores, dijo:

—Puede que la techumbre sea muy gruesa y apague el ruido de los porrazos. Ea, no perdamos tiempo.

Cortada la plancha en unos cuatro minutos, pues no tenía grosor sino de tres milímetros, quedaron a la vista en el vano descubierto, al levantarla, dos de las viguetas que la sostenían. El hueco entre éstas y el espacio que debajo de las mismas quedaba lo hallaron relleno los perforadores del extraño pozo (que tenía su fondo en un tejado) con paquetes de heno, que prensados formaban una capa de un metro poco más o menos de espesor, aisladora del frío externo.

Con la facilidad que es de suponer fueron cortadas con los sopletes las cabezas de las viguetas, pero teniendo antes la precaución de arrancar y echar afuera los paquetes de heno acunados al lado y debajo de dichas vigas; pues de prender el fuego en ellos habrían las llamas envuelto a los dos hombres que operaban en el hoyo.

Una vez levantadas las viguetas, fué arrojado el resto de los paquetes a lo alto y fuera del pozo: con no poco trabajo, pues los bordes de él quedaban ya a metro y medio por cima de las cabezas de los excavadores.

Limpio de heno el boquete, se encontraron Eduardo y Jalisco encima de un entarimado de recios tablones, a los cuales aplicó el primero el oído, tendiéndose sobre ellos en cuanto los vió; y al no oír nada después de golpearlos, como antes el cinc, con igual negativo resultado, dijo:

—Mucho me temo que de toda esta faena no vamos a obtener sino un triste resultado. Pero lleguemos hasta el fin. Ya no puede faltar mucho.

Bajo los tablones quedaba todavía nuevo vano vacío, es decir, lleno de aire, con profundidad poco menor de un metro hasta otra cubierta de tablas delgadas que parecían ser de un cielo raso, porque entre sus juntas se filtraba la luz de una habitación con ellas techada.

Al ver que bajo los tablones recién aserrados—aunque aserrar no fuera lo que realmente hicieran los sopletes—aún faltaba algo que arrancar, dijo el mejicano—pues el maquinista lo era—: “No, no hay cuidado de que si abajo hay alguien le entre el frío.” E inmediatamente sonaron al otro lado de las tablas varias voces de quienes por haberle oído, cuando ya no tenían la menor esperanza de salvación, gritaban todos y todas a la vez en un idioma tan desconocido de Jalisco como de su jefe, que a su vez prorrumpieron en gritos de júbilo; porque, aun incomprensibles, bastaban las que oían a decirles que sus afanes, inquietudes y trabajos alcanzaban la hermosa recompensa de salvar de la muerte a quienes ya daban por muertos.

Al estallar el doble vocerío no habían quitado aún los salvadores sino un tablón de los de arriba, abriendo hueco, que suficiente a dejarles ver los hilillos de luz filtrados por las rendijas de la tablazón, no lo era para dar paso a un hombre. Por ello, ya sin cesar de hablar, o más bien de gritar, se aplicaron los de arriba, con nervioso apresuramiento, a quemar los extremos de los inmediatos, mientras los de abajo no cesaban en su clamoreo; mas ya en diversas lenguas, por no haber entendido el español de Arteijo y de Jalisco. Los idiomas empleados por los polacos fueron ahora el suyo, alemán, inglés, y francés, entendiendo Eduardo entre la embarullada confusión babélica algunas de las frases dichas en los dos últimos:

—*Who is comming? Are you those of the ship we were waiting for? Which side of the house do you speak from?*—¿Quién viene? ¿Son ustedes los del barco que aguardábamos? ¿Desde qué lado de la casa hablan ustedes?



—*Pressez-vous, de grace; si vous n'arrivez dans une heure vous nos trouverez morts.*—Apresuraos, por favor; si no llegáis en una hora nos hallaréis muertos.

—Somos los del Iberia. Por el techo. Estaremos ahí en unos minutos—gritó Arteijo, con todos sus pulmones, en francés y en inglés sucesivamente, suspendiendo un instante su trabajo al asomar la cabeza, para mejor hacerse oír, al hueco del tablón ya arrancado.

Mas como al hacerlo notara en la cara el tibio, pero fuerte soplo de una mefítica tufarada subida por las rendijas de las tablas, y al aspirarla experimentara sofocación que le obligó a levantar la cabeza en busca de aire más puro, dijo a su ayudante:

—Aprisa, Jalisco, aprisa; esos desgraciados están ahí respirando veneno.

En brevísimo tiempo quedó entre los tabloncillos espacio más angosto que la anchura del pozo, pero suficiente a dar paso a un hombre. Y entonces ocurrió que la nerviosa precipitación de Arteijo lo impulsó, no a descolgarse, sino a saltar. Sin parar mientes en que los cielos rasos no suelen tener resistencia capaz de soportar el peso de un hombre, y mucho menos su violenta caída cuando, como acontenció entonces, no cae encima de un durmiente, sino sobre delgadas tablas de ripia. Así, aquella laboriosa perforación acabó, de impensada manera, con la rotura del techo del amplio comedor de la comisión geológica, cuya altura no era felizmente sino de unos tres metros sobre el suelo donde cayó Eduardo de pie, mas con violencia que lo derribó de costado.

Se levantó por sí antes de llegar en su ayuda quienes abajo estaban y Jalisco que en pos suyo se había descolgado. Tranquilizó a unos y a otros en francés, en inglés y en español, peregrinamente entremezclados, y a los que preguntaban en polaco o en alemán tocándose la cabeza, moviéndola de arriba abajo, a derecha e izquierda, y flexionando brazos y piernas con cómica expresión indicadora de tener intacto todo lo esencial del individuo y haber escapado del porrazo con unos cuantos cardenales y varios rasguños hechos, en cara y manos, por las astillas de las tablas quebradas.

Ha de advertirse que las ocho personas que acudieron en auxilio del recién llegado tuvieron que saltar, para prestárselo, de otras tantas sillas, donde en pie se hallaban, a dos mesas encima de las cuales estaban las

sillas, y dar después segundo salto de las mesas al suelo; pues para respirar mejor en el viciado ambiente de aquel aposento se habían sus moradores subido a tal altura, donde eran menos sensibles los efectos del ácido carbónico de que el aire estaba sobrecargado; porque es sabido que tal gas, más pesado que aquél (vez y media), se acumula principalmente en lo más bajo de las habitaciones.

Por eso, tan pronto se convencieron de no haber sufrido grave daño el salvador, volvieron unos, sin curarse de más, a encaramarse prestamente a las alturas de donde habían bajado, en tanto otros, menos egoístas, instaban con gran apremio a Eduardo y al maquinista, en francés, en inglés o tirando de ellos, a imitar a aquéllos para evitar la asfixia; pues allí solamente era posible respirar, no bien, pero medianamente, junto al techo.

Mas cuando atropelladamente daban explicaciones y tirones, advirtieron que su opresión respiratoria ya no era abajo tan insoportable como cuando, para substraerse a ella y escapar a la muerte que del suelo subía, o dilatar al menos su llegada, se habían subido a las sillas primero, colocado, después, éstas sobre las mesas, y encaramándose por último ellos sobre mesas y sillas; pues tanto habían variado desde entonces las cosas, que los arriba retornados se echaron otra vez rápidamente abajo, gritando unos: "Ahora se está peor allí", y otros: "Ya estamos perdidos, ya llega a lo alto el ácido carbónico."

—No, nos hemos salvado—contestó, en polaco, un viejecito muy menudo y simpático, al caer en la cuenta de lo que ocurría y cesar en su empeño de subir a Arteijo encima de una mesa—, pues ya no hay que temer al ácido carbónico, expulsado hacia arriba por la fuerte corriente de aire puro que desde afuera y por abajo entra.

—Es verdad, es verdad.

—Por eso no se puede ahora respirar junto al boquete del techo.

—Y aquí abajo está el aire más frío.

—¡Gracias a Dios!

Al oír a su espalda esta exclamación, que Eduardo no entendió, por haber sido dicha en polaco, se volvió sin embargo vivamente, impulsado por la grandísima sorpresa que le produjo el armonioso y dulce timbre de la voz de quien la había proferido; porque, no habiendo hasta entonces pensado hallar mujer ninguna en la comisión geológica



polar, querían sus ojos deshacer la que suponía era alucinación de los oídos.

Mas no era tal; pues al volverse se encontró cara a cara con una señora. Y no pudiendo contener su asombro, dijo con admiradísima expresión:

—¡Una mujer!

Aun cuando tampoco el viejecito entendió estas palabras, castellanás, percibió la sorpresa en la cara de Arteijo; y al comprender la causa de ella dijo en francés, señalando a la dama:

—Mi esposa... Soy el Profesor Lubecki.

Y ya no pudo decir más, ni Eduardo contestarle, por impedirlo un siniestro rechinar de la armazón de madera de la casa, seguido de aterrados alaridos de casi todos cuantos allí estaban; pues sabían bien que aquello provenía de nuevos estremecimientos del *iceberg*, y temían fuera el principio de su definitivo volquetazo o del total estrujamiento entre moles más grandes.

—Cuerdas, cuerdas—gritó Arteijo en francés al Señor Lubecki al darse clara e inmediata cuenta de la causa de los crujidos y del peligro con que amenazaban, corroborado por el movimiento experimentado por la casa: pequeño, pero indudable; pues que no era aprensión de los atemorizados lo atestiguó el piso, que si ya antes no estaba completamente horizontal por haberlo desnivelado anteriores movimientos semejantes al actual, al finalizar éste quedó todavía más inclinado.

—Venga, Jalisco—dijo en español—. Cuerdas fuertes: en seguida, no podemos perder tiempo—repitió en inglés, para ser entendido de quienes no hablaran el francés.

—Ahora mismo—contestó Lubecki, saliendo de la habitación en busca de ellas, seguido de tres de sus compañeros, que en uno u otro idioma habían comprendido lo que se les pedía.

Mientras tanto, los dos españoles saltaron a una mesa, que arrastraron antes hasta ponerla debajo del boquete del techo por donde habían entrado, y subiéndose en las sillas de encima de aquélla comenzaron a ensanchar, a violentos tirones de las tablas partidas del cielo raso, el agujero de éste, hasta darle tamaño capaz de ofrecer paso, sin tropiezos ni enganches, a una persona.

El movimiento del *iceberg* había cesado, pero continuaban rechinando las maderas de la casa al acoplarse a sus nuevas forzadas posiciones, o tal vez contrastando to-

davía, en lucha de incierto resultado, los empujes de la nieve circundante al tomar nuevo asiento; y avisando en uno y otro caso que si el riesgo de inmediata catástrofe había tal vez pasado, era urgentísimo no malgastar tiempo.

—Ya están aquí—dijo en polaco un moctón tan alto y recio como era el maquinista, entregando un rollo de cuerda gruesa a Arteijo.

—Jalisco, tráiganme entre los dos aquella mesa más pequeña para ponerla encima de ésta. Las sillas no aguantarían.

Ayudado el maquinista del que trajo las primeras cuerdas, de quien se hizo entender reforzando con el ejemplo la expresividad de sus señas, único idioma común a ambos, cumplió el primero la orden de Arteijo, que mientras tanto tiraba, a puntapiés, las sillas de la mesa al suelo, echaba luego desde arriba una mano a la recién traída, que aquéllos levantaban, los ayudaba a ponerla encima de la otra, y brincaba a ella en cuanto estuvo colocada, llevando arrollados a un brazo los cabos de dos cuerdas.

Ya hecho esto, se volvió hacia Lubecki y en francés le encargó dijera a sus compañeros que cuando desde lo alto del pozo gritara él estar ya todo listo, sucesivamente se fueran aquéllos amarrando una de las cuerdas a la cintura, y tiraran de ella cuando el amarre estuviera bien firme, para avisar a los que ya estarían arriba que podían halar; pero procurando por su parte los que en tal forma iban a ser subidos ayudar al izamiento trepando por sí por la otra cuerda; pues así se abreviaría y aligeraría la faena de los haladores. A la par que dictaba estas instrucciones introducía los cabos de los cordeles entre su cuerpo y el cinturón, enganchándolos a éste; y cuando hubo acabado de enterar a Lubecki de cómo iba a efectuarse la evacuación de la casa, gritó:

—Súbame aquí, Jalisco, y súbame a ese mozo.

Al ver cumplidas estas órdenes, para lo cual tuvo el mejicano que subir a empellones al indicado, siguiéndolo él, dijo el que las había dado:

—Póngase a gatas.—Y echando mano al robusto cerviguillo del polaco, empujó en él a la par que con la otra mano le mostraba al maquinista a cuatro patas: consiguiendo con su argumentación mímico-compulsiva que aquel hombre entendiese lo que se le



mandaba, e imitara a quien se le ponía por modelo.

Cuando las dos espaldas estuvieron horizontales, puso un pie Eduardo en cada una; se enderezó, metió al erguirse, cabeza, torso y vientre por el agujero del cielo raso, cuyo borde le llegaba a lo alto de los muslos, alzó los brazos, aferró las manos a los dos tablones laterales del boquete de arriba, y con dominación que sólo intentarían hombres tan seguros como él de sus fuerzas, se elevó hasta quedar con el cuerpo colgante de los hombros, estribados éstos en los brazos rígidos por cima de los maderos, ya de los cuales no colgaban las manos, sino que en ellos apoyaban sus palmas.

Había pensado que al alcanzar tal posición daría un impulso de costado al cuerpo para lograr sentarse sobre uno de los tablones laterales; pero para ello quedaba demasiado bajo.

En aquel crítico momento, cuando el esfuerzo de la dominación hercúlea y los que continuaba haciendo para sostenerse hacían vibrar sus brazos, y el canto agudo de uno de los maderos se le clavaba dolorosamente en una mano, chilló:

—Pronto, Jalisco; cogedme cada uno por un pie y empujad hacia arriba; pero a una.

En vano intentó el maquinista explicar mímicamente esta orden al que, ya en pie como él, desde que Arteijo los libró de su peso, tenía al lado.

Así que al oír a su jefe gritarle nuevamente: "Pronto, pronto", desistió de su intento, y agarrando con cada una de sus propias manos uno de los pies que oscilaban a flor del boquete del techo, hizo un titánico esfuerzo que, aun no bastando a levantar en peso a Arteijo, le alivió manos y brazos de gran parte de él.

—No basta; empujad más—volvió a gritar el que de nuevo veía que no iba ya pudiendo sostenerse, aumentando al decirlo la rigidez de sus piernas, estiradas desde que se sintió empujado por los pies, con impulsión que iba amenguando ya en lugar de crecer.

Hizo Jalisco otro esfuerzo aún mayor, que amorató su cara con la sangre afluyente a ella, y que habría resultado tan impotente como los anteriores a no ser porque al verlo pugnando por sostener a Arteijo se hizo cargo el mocetón que junto a sí tenía de lo que con la anterior incomprensible mímica le había pedido el maquinista, que

de pronto sintió una de sus manos empujada hacia arriba por las dos manazas del polaco.

Aquel impulso brusco en que la fuerza aplicada a una pierna era muchísimo mayor que la ejercida en la otra no levantó suave y verticalmente a Arteijo, sino que, desaplomándolo, lo arrojó con violencia de costado encima de uno de los tablones entre los que estaba, lo cual le permitió montar una rodilla en él y agarrarse a un pie derecho de sostenimiento del entramado de viguetas donde descansaba el cinc de la techumbre; y disponiendo ya de dos puntos de apoyo consiguió arrodillarse primero y enderezarse luego con un pie en cada madero, a horcajadas sobre el boquete entre ellos comprendido.

Dió unos cuantos resoplidos, paseó la vista por el estrecho espacio y musitó:

—Es imposible que los tres nos rebullamos aquí. He de hacerlo todo solo.

—Don Eduardo, don Eduardo—llamó desde abajo el mejicano, que al no oírle temió le hubiera el empujón roto la cabeza con tra los maderos—. ¿Le ha ocurrido algo?

—Nada, nada. Todo va bien; pero diga a esos señores que han de tener un poco de paciencia.

Por no saber ninguna de las lenguas habladas por aquella gente, cumplió Jalisco lo que se le mandaba con gestos y ademanes, en su opinión clarísimos y que aun se ignora si fueron entendidos. Pero paciencia la tuvieron; pues ¿qué remedio les quedaba?

Con los pies donde se ha dicho, tenía Eduardo toda el arca del cuerpo por cima de los bordes de la chapa de cinc que al descender había cortado. El prensado heno no arrancado y el hielo no excavado formaban por encima y por debajo de ella, respectivamente, las paredes del pozo por donde pretendía subir.

Cogiendo uno de los sopletes dejados a la bajada sobre los maderos donde ahora se sostenía, abrió en el hielo, con su llama, en escasos cinco minutos, cuatro agujeros a modo de escalones: dos en cada una de otras tantas paredes adyacentes y separados cosa de pie y medio del ángulo entre ambas comprendido: el más bajo en la de la derecha e inmediatamente encima de la chapa, y otro dos pies más arriba en la misma pared, correspondiendo los de la de la izquierda, entre sí separados por la misma



distancia, a los vanos de los abiertos en la otra.

Finalizada esta labor se encogió, y en cuanto tuvo la cabeza otra vez debajo de la chapa de cinc, nuevamente se arrodilló sobre las pestañas de los maderos donde acababa de tener los pies. Cogió los dos tablones cortados que allí habían quedado, talló con el soplete en agudas púas sus extremos y los empotró fuertemente, por ambos lados, entre las juntas de los paquetes de las paredes de heno: de modo que, atravesados en un ángulo de ellas y cercanos al rincón, prolongaran hacia abajo la improvisada escala que acababa de hacer en las de hielo de lo alto del pozo.

Por ella habían de subir cuantos abajo estaban; y aunque en verdad no era muy cómoda, siquiera ellos podrían valerse de la cuerda a que se agarrarían y serían ayudados desde arriba por quienes tiraran de la que se amarraran a la cintura, en tanto él había de encaramarse sin otro auxilio que fuerza e ingenio propios.

Para ello le fué preciso recostar la espalda en el rincón opuesto al ángulo de los peldaños de madera y los agujeros de hielo; estirar las piernas, apalancando en aquéllos para hacer resbalar hacia arriba el cuerpo sobre las paredes donde sus hombros se apoyaban; subir un pie al escalón de más arriba, manteniendo rígida la pier-

na correspondiente al otro, y estribarse de nuevo sobre el escalón recién ganado para dar nuevo empuje ascensional al cuerpo: empujes en los que se ayudaba con el asta de la bandera que sobre los tablones no arrancados quedó después de utilizada en llamar inútilmente a los polacos; para lo cual afianzaba las manos en el palo de ella haciendo fuerzas hacia abajo: primero, contra los maderos, donde hincó el regatón, y después, contra la parte subsistente de la placa metálica.

Así logró salir al fondo de la parte alta y ancha del agujero abierto por los osos, cuya pendiente, aunque muy dura, pudo subir andando como todo el mundo.

Sin cuidarse del cansancio, que le hacía respirar dificultosa y apresuradamente, echó mano a las cuerdas que desde el cinturón pendían pozo abajo; miró en torno, buscando dónde amarrarlas, lo cual hizo a una gran roca de hielo, con nudos corredizos que, para evitar resbalamiento de los cordeles en la lisa superficie, la rodearon en un estrechamiento del contorno de ella.

Los tirones que para asegurarse de la firmeza de las cuerdas dió Eduardo con todas sus fuerzas, acabaron con las que le quedaban, al extremo de que no pudiendo volver inmediatamente, como se proponía, a la boca del hoyo, se dejó caer jadeante en el suelo.

## VIII

### DE CÓMO SE SALVARON CON LOS VIVOS UNOS ILUSTRES MUERTOS DE REMOTÍSIMAS EDADES

En cuanto Eduardo tuvo seminormalizado el resuello, cuyo jadeo anhelante le impidió hasta entonces hablar, se acercó a la boca del pozo, y gritó:

—Ja... lisco, arriba. ¡cese por sí solo por la cu... cuerda, pues yo no estoy..., ¡uf!..., para tirar de nadie... Entre el agujero del cinc y el boquete de los tablones hallará atravesados y fijos los que quitamos... E... e..., ¡uf, uf!..., en ellos y en unos agujeros que más arriba he abierto en el hielo, puede ir apoyando los pies... pa... ra... ayudar-se. Al subir los irá viendo.

Poco después, llegado el maquinista arriba, y ya más sosegado Arteijo, llamó éste a gritos al profesor Lubecki para enterar-

lo de la existencia de los improvisados escalones, a fin de que cuantos habían de subir los aprovecharan en el ascenso, y decirle que por delante de todos subiera el mozállón, a quien las circunstancias habían hecho ayudante de Jalisco.

Con mayor facilidad que los dos ya llegados arriba subió a poco el polaco, porque, además de cuerda a qué agarrarse, tenía el alivio de que tirara de él el maquinista: único que desde lo alto halaba, porque el jefe seguía y continuaría por un rato sin fuerzas; pues si el tremendo esfuerzo exigido a las suyas no lo rindieron antes, fué por templarlas los nervios, sostenidos en férrea voluntad, que, alcanzado el objeto



perseguido, había cesado de mantenerlos en tensión: siendo precisamente para que Jalisco no siguiese halando solo, para lo que había ordenado subiera el primero de todos al mozo aquel, que ya había visto era forzado.

Este y el mejicano, puestos a la faena, izaron en primer lugar, trabajosamente, con grandes precauciones y suspendido por las axilas, a uno de los polacos que no podía ayudarse en la subida por estar herido en la cabeza y privado de conocimiento. Después, uno en pos de otro, fueron apareciendo en la boca del pozo todos los servidores, hasta una *servidora* y, claro es, la señora de Lubecki.

El no ser ésta la primera salvada, después del herido, según en casos tales pide la más elemental galantería, sugirió a Arteijo no sólo comentarios, sino epítetos poco halagüenos para los señores de la comisión, solamente de Jalisco entendidos por haber sido dichos en español. En realidad, injustamente, pues el orden de prelación en el salvamento, donde todos los aspirantes a salvarse deseaban ocupara la dama el primer puesto, fué alterado por las irreductibles voluntades de Lubecki y su esposa, declarando él que, como jefe, sería el último que abandonara la que durante varios meses había sido segura, cómoda y estable residencia, y hacía dos semanas era errante y precario refugio en donde habían viajado más de trescientas leguas en continua zozobra, y manifestando ella que, estando decidida a no apartarse de su marido hasta que no tuviera otro remedio, si él era el último en subir, ella sería la penúltima. Y cual lo dijo, fué; pues no era empresa fácil hacer a la señora de Lubecki volverse atrás de una resolución tomada.

Con incidentes que no llegaron a accidentes, y unos cuantos chichones en dos o tres cabezas, fueron extraídos de la casa cuantos media hora antes se daban ya por muertos.

Los chichones no se hincharon tanto que merezca la pena de hablar de ellos, y de los incidentes no mencionaremos sino el último (ocurrido al subir al Profesor), que, sobre revestir alto interés científico, llenó de asombro, hasta no conocer su causa, a cuantos ya estaban en salvo: maravillados ante el hecho incomprensible de que el más flaco y chiquitín de todos los miembros de la comisión (un verdadero escrúpulo de

hombre) fuera el que más pesara a quienes tiraban de la cuerda de donde venía suspendido. Y eso aun tirando de ella tres en vez de dos hombres, que sudaron con aquél como con ningún otro de sus compañeros hasta verlo arriba, sin que tampoco entonces se explicaran el absurdo; pues lo de menos era no haberse él ayudado en la subida lo más mínimo por traer las manos empleadas en apretarse contra el pecho unas grandes carpetas de papeles henchidas de informes y noticias ártico-geológicas atadas con balduque; sino que cuando, ayudado por quienes al verlo asomar en el agujero acabaron de sacarlo con grandísimos e incomprensibles esfuerzos, logró él sentar el pie en el suelo y aquéllos lo soltaron, se cayó de espalda atravesado en la boca del hoyo; porque la cuerda ceñida a su cintura, que al verlo fuera aflojaron quienes la cobraban, tiró de él hacia atrás por el opuesto lado, colgante aún en lo interior del pozo.

—Tirad, tirad—chilló el viejecillo—. Tirad, que detrás vienen los documentos.

Los documentos eran una colección de pedruscos de todas las edades de nuestra vieja Tierra y los fósiles más interesantes de los recogidos en las excavaciones practicadas por la comisión: unos y otros precipitadamente seleccionados por el sabio durante el salvamento de sus compañeros y metidos en el baúl de sus ropas, que abajo quedaban esparcidas por el suelo del comedor.

El baúl venía sujeto, no a la cuerda a que él debió agarrarse y no se había agarrado, sino a la que se amarró al cuerpo; pues con el apresuramiento, en vez de atarlo a aquélla, cual creyó, lo había sujetado al extremo libre de ésta. Por eso pesaba tanto el Profesor a quienes de él tiraban, y por eso los científicos y pesados ejemplares geológicos tiraron hacia abajo de él, dando con él en tierra tan pronto aquéllos aflojaron la cuerda al verlo fuera del pozo.

No fué poco el esfuerzo que costó levantarlo a quienes jadeaban con el peso insólito del diminuto sabio; pues por grandes que fueran los de su ciencia y su cerebro no podían serlo tanto que explicaran los improbables esfuerzos de tres hombres para levantarlos: ni menos que de nuevo se cayera él una vez puesto en pie; porque ya debía estar acostumbrado a llevar la carga de su sabiduría y de su encéfalo...



—Walter, ¿qué tienes? ¿Por qué no te levantas? ¿Te has roto una pierna?

—No, no. Tranquilízate, Ana; no tengo nada roto.

—Pero ¿qué le pasa a usted, señor Lubecki?

—Es el baúl, Locketek; el baúl.

—¿Qué baúl?

—En el que subo—eso quería él, subirlo—nuestros más notables descubrimientos.

—¿Pero qué tiene que ver eso—preguntó el botánico Bopp—con que no pueda usted sostenerse en pie?

—Que sin duda al amarrar el baúl he trocado las cuerdas, y el peso de él tira de mí.

Desde donde se hallaba preparando el embarco de toda aquella gente en el América, acudió Arteijo al grupo, atraído por las voces de todos, llegando cuando ya Lubecki había sido libertado del peso de sus rocas: muy laboriosamente, pues cuando vió que iban a cortar el cordel por el lado de donde pendían, se enfureció como un energúmeno el pacífico y suavisimo sabio, siendo preciso que quienes habían halado del otro extremo lo soltaran para deshacer el enredijo que le rodeaba la cintura, sin que con esto terminara la pelotera; pues a poco de que, accediendo a las instancias del geólogo, comenzaron Jalisco y su adjunto a tirar de la cuerda para sacar el baúl, ocurrió que la torpeza con que había sido atado, con su mayor longitud dispuesta no en forma que subiera verticalmente por el pozo, sino atravesada a lo ancho de él, y dando encontronazos contra sus paredes, fué causa de que al llegar al estrechamiento de los tablonos de debajo del heno quedó allí atascado, resultando baldíos para desatorarlo los esfuerzos de los que al comprender lo que ocurría y convencerse de la inutilidad de persistir en ellos, acabaron por soltar la cuerda, siendo entonces increpados por el indignado Profesor, que juraba y perjuraba estar decidido a volverse abajo y perecer allí antes que volverse abandonando su rana y su lagarto permianos.

Bueno, él no lo decía de tan vulgar manera, sino designando a aquellos valiosísimos representantes de los primeros vertebrados que por el mundo se arrastraban en remotísimas edades con los nombres, mucho más distinguidos, de *pariosaurio* e *inos-transevio*; pero, en definitiva, rana y lagarto eran, aun cuando todo lo preciosos que

Lubecki quisiera. Digo, eran no, fueron dichos fósiles (1).

No, no había fuerza capaz de separar al entusiasta geólogo de aquellos respetables precursores de toda la actual fauna terrestre ni de sus dátiles petrificados, frutos de una especie de palmera estrechamente emparentada con las de la tibia huerta valenciana, pero que habían nacido y fructificado ¡en las cercanías del polo! cuando en ellas reinaba temperatura comparable a la de las playas levantinas de España o de Málaga o Niza (2).

Cuando el que hacía cabeza de tantos como la habían perdido se enteró del porqué del altercado, le asomó a los labios una sonrisa, que, naciendo burlona, se convirtió al crecer en benevolente, y brilló en su mirada, no ironía hacia lo que alguien llamara chifladura, sino respeto, a su juicio debido, al anciano dispuesto a sacrificar la vida a un científico ideal; y mandó repetir la tentativa de salvar los dátiles, el lagarto, la rana y los pedruscos. Y aun hizo mucho más; pues persuadido de la inutilidad de reiterarla en la forma intentada anteriormente, ordenó al maquinista que entre él y el polaco forzudo mantuvieran tensa la cuerda, a fin de sostener el baúl junto al obstáculo en donde se atasca, mientras él, metiéndose en persona en el pozo, bajaba hasta el sitio del atoramiento a dar la vuelta a aquél de modo que su mayor dimensión quedara a lo largo del hueco entre los tablonos; y cuando esto estuvo hecho, avisó a los de lo alto que tiraran despacio.

Dos minutos después, al ver el sabio aparecer en la boca del agujero el cofre y detrás a Arteijo, que dentro del pozo había guiado su ascenso, abrazaba con efusión vivísima al salvador de sus queridos esqueletos de muchísimos milenios y milenios. Y en los hermosos ojos de la señora de Lubecki, con los que casualmente se tropezaron los de Eduardo, vió éste una sim-

(1) El calificativo *permiano* les venía de haber vivido en el remotísimo período geológico de tal nombre, inmediatamente posterior en la Tierra al carbonífero, y en el cual aparecieron en el mundo los reptiles de tales edades, primeros animales vertebrados que en él vivieron.

(2) Claro es que antes de sobrevenir los períodos glaciales de los cuales son restos las nevaras y glaciares polares, que transformaron por millares de siglos los climas de la Tierra, con mudanza que todavía dura, aunque atenuándose con el transcurso de centurias y centurias: muchas, muchas.



pática mirada de agradecimiento a quien había ahorrado un pesar a su marido: un pesar que muchos reputaran ridículo, pero que, aunque lo fuera, no por eso le habría dolido menos: siendo, por tanto, el evitarlo caridad e indulgencia con la debilidad inofensiva de un buen hombre.

—Gracias, gracias — repetía Lubecki, abrazando a Arteijo—. Todavía no había podido dárselas por habernos salvado de una muerte cierta.

—Con ayuda de Jalisco y de los osos, porque sin ellos no habrían salido ustedes de allá abajo: a los osos, a los osos corresponde, en justicia, la mayor parte de ese agradecimiento—contestó Eduardo soltando una franca carcajada, porque ni el alto temple del animoso corazón del héroe de esta historia, ni la energía, tenacidad a veces, de su roqueña voluntad, obstaban a las frecuentes expansiones de la cordial jovialidad que era rasgo saliente de su alegre carácter.

—¡A los osos! ¿Qué osos?

—Los que estaban abriendo en el techo de la casa ese agujero que nosotros hemos acabado; pues los osos fueron los que, cuando ya desesperaba de hallar a ustedes, me hicieron pensar que para desenterrarlos escarbaban ellos.

—No teníamos noticia de esos osos.

—¡No?

—No, señor.

—Entonces pasarían o caerían al *iceberg* de ustedes desde el grande, cuando los dos chocaron.

—Así debió de ser, y como ese choque fué el que produjo los derrumbamientos de hielos que nos tapiaron puerta y ventanas, por eso no nos enteramos de tener semejante vecindad.

—Pues a ellos debió de enterarles su olfato de la proximidad de ustedes, a juzgar por el ahinco con que escarbaban para abrirse camino que les permitiera visitarlos.

—Pero ¿cómo ha conseguido usted ahuyentarlos?

—Ya se lo diré a usted cuando salgamos del apremio de ahora, que, salvadas ya las ranas, no nos permite perder tiempo en acabar de salvarnos nosotros; pues no parece que todavía estemos muy seguros aquí.

Justificaba este temor de Arteijo el que con posterioridad al movimiento del *iceberg*, que aterró a todos estando aun en la casa donde creyeron perecer aplastados,

se habían advertido otros dos más leves, pero amenazadores de que en cualquier momento podía faltarles bajo los pies el piso, que, con ser muy duro, no ofrecía entonces la confianza que el de las oscilantes plataformas del flotante anfibio.

Provenían dichos movimientos de ser la hora del reflujo, en la cual el descenso de las aguas donde se sostenían los hielos hacía hundirse a éstos en busca del apoyo de aquellas que se les escapaban; y como témpanos e *icebergs* no formaban un todo homogéneo que por doquier gravitara con igual pesantez, ni siquiera una masa continua, sino aglomeración desordenada de sueltas moles de diversos tamaños e irregulares contornos, que al ponerse en contacto habían dejado entre sí grietas y aun boquetes. Y como muchas de ellas estaban mantenidas en forzado equilibrio por las presiones encontradas de las contiguas y del mar que debajo tenían, al bajar éste determinaba el hundimiento general de todas, que al reajustarse o sumirse entre las inmediatas, ocasionaban resbalamientos acompañados de típico y estridente chirriar, semejante al de vidrio contra vidrio, bien conocido de los navegantes de los mares polares, y estallidos de los más pequeños y frágiles bloques cristalinos al romperse estrujados entre los más potentes: rasgando con sus notas agudas el opaco y fragoroso retumbar de los peñascos que desde lo alto se desplomaban al quebrarse los hielos por sus líneas de menor resistencia.

—Es la marea—dijo Lubecki.

—Sí, ya lo sé—contestó Arteijo.

—El perenne peligro sobre nosotros suspendido desde que estamos aquí presos. Cuando sube, escupe a lo alto, y vuelca, los hielos más ligeros; cuando baja caen en pedazos los débiles, rotos al estrujón de los más fuertes (1).

(1) Son erróneas creencias, pero muy extendidas, la del silencio, por nada turbado, de las vastísimas extensiones de los polares campos de hielo marino, y la de la quietud absoluta y solemne de la llanura sin ondulaciones, lisa como una mesa de billar, del congelado Océano Ártico, cuando en realidad está en constante movimiento la helada costra de él, con rechinchamientos, estallidos, retumbos que a veces hacen surgir verdaderos cerros de lo llano, en convulsiones semejantes a las de los terremotos.

Y no hablamos ahora de las roturas y choques consiguientes a las resquebraduras ocasionadas por parciales deshielos primaverales y estivales, sino de fenómenos propios del invierno.

En el corazón de éste, el blanquísimo campo



—Esta es la tercera vez que hoy nos amenaza.

—Pues para que no sea la vencida—replicó Eduardo, mirando hacia la parte en donde el inclinado *iceberg* se recostaba en el más grande sobre el que apoyaba, e inquieto al advertir que, aun cuando lentamente se iba deslizándose sobre éste—, nos vamos ahora mismo.—Y levantando la voz, gritó en francés y repitió en inglés: —A las escalas quienes sepan usarlas, y los que no, al canasto.

Mas viendo que unos cuantos permanecían quietos, por no saber sino polaco, pidió a Lubecki les repitiera la orden; y al ver ésta cumplida, prosiguió:

—Señor Profesor, y usted, señora, vengan.

Mientras, por las escalas del América gateaban unos, y en tanto les llegaba el turno de utilizarlas se ataban otros a cuerdas de él largadas en previsión de un repentino desplome del *iceberg*, con el torno de a bordo era izado el canasto, capaz para dos plazas, en donde iban el herido y la criada esquimal. En un segundo viaje de la cesta subió el matrimonio Lubecki, al mismo tiempo que el resto de los polacos trepaba por las escalas, a cuyos últimos peldaños estaban amarradas por sendos cabos dos cuerdas de nudos, cuyos opuestos extremos se habían arrollado a las cinturas Jalisco y Arteijo, para evitar quedarse en tierra al dar el anfibio habitual salto en el momento de faltarle la sujeción del ancla

cuando entre ambos ejecutaran la peligrosa operación, a que se disponían, de desengarrarla; pues en los pasados movimientos del *iceberg* había caído sobre ella un peñascote, y ni podía ser levada por los medios usuales ni quería Arteijo cortar el cable de ella para no perderla.

Bamboleándose en las puntas de las cuerdas, ya terminada la arriesgada faena, fueron aquellos dos valientes arrancados del *iceberg* por la sacudida del América, que, aun atenuada por precaución de Roca, fué muy dura.

Con el alma en un hilo los miraron los que arriba se hallaban ascender por las cuerdas, pasar a las escalas y ganar en éstas los últimos peldaños; y cuando los polacos—a quienes los precipitados e impresionantes lances del salvamento les habían hasta entonces impedido exteriorizar su gratitud—los vieron, sanos y salvos ya, entrar en el esquife, los rodearon, dando rienda suelta, todos a la vez, en diversos idiomas y con iguales gritos, a las efusiones de aquélla: tan viva en la feísima esquimal, que la hizo besar con frenesí a Arteijo. Librándose Jalisco de igual trato por haber tomado la precaución de ponerse a distancia honesta en cuanto vió la suerte de su jefe.

Cuando ya iba amainando el ruidoso clamoreo de los generales transportes de agradecimiento, logró hacerse oír la voccecita de Lubecki, que, temblorosa de emoción, decía:

—Gracias, gracias, gracias. En cuanto

boreal se tiende en extensión cuya amplitud entre las costas septentrionales del antiguo y el nuevo continente alcanza anchuras, variables según direcciones y años, de 3.000 a 4.000 kilómetros; su grosor oscila entre ocho y quince metros, constituyendo, a causa de la forma de la Tierra, una bóveda cuya resistencia, no obstante parecer debiera ser incontrastable, no basta a contrastar incólume la fuerza con que por debajo es empujada a lo alto por la marea creciente, ni las presiones de su peso cuando el reflujo la deja sin apoyo, retirando las aguas en donde antes flotaba.

Chasca entonces el hielo, cruje, se agrieta, se desgarran con cisuras según las líneas de menor resistencia. Llega después el flujo y lo eleva todo: las grietas se agrandan, el agua surge por ellas desbordándose arriba y tornándose sólida a la temperatura del aire, y vuelta a derrumbarse todo en la inmediatez de las fracturas, con nuevos estampidos, con nuevos estridores, con roturas por donde en el descenso suben a lo alto escupidos los pedazos que ya no caben en el angostado espacio. Acerca de estos fenómenos leo en un extracto de la exploración de Nansen en su buque *Fram*, hecho por G. Firth Scott:

“Descomunales masas son empujadas a lo alto en extensión a veces hasta de 300 y más kilómetros cuadrados, chocando, ludiendo duramente unas contra otras, hendiéndose, quebrándose en pedazos al bajar la capa de hielo que a veces cede aquí o allá al paso de esta sobrecarga, y se pandea y se quiebra con estruendo. Aumentase la confusión del cataclismo con la agitación de los entrecrocantes bloques del tamaño de catedrales o de cerros acumulados en montón que cuando la presión de la marea cede buscan su asiento, sólo logrado a costa de estremecimientos y chirridos incesantes en tanto aquél no es alcanzado, y el frío traba en una sola masa el disforme montón a su vez soldado al campo de hielo.”

En cataclismos de tal índole que hoy ocurren aquí y mañana allá, en la inmensa sabana polar, han quedado aplastados muchos, muchísimos buques durante sus invernales en los hielos, y perecido sus tripulaciones.

Más adelante diremos cómo Nansen ideó una forma de barco con que, si no imposibles, se hacen muchísimo más remotas la posibilidad de estrujamiento de él entre los hielos.



tenga el gusto de saludar a su jefe le haré saber la inteligencia y heroísmo con que han desempeñado ustedes su difícil cometido.

—Gracias a mi vez por esos exagerados

elogios, de los que el jefe de la expedición polar ibero-americana está enterado ya: porque el jefe soy yo.

—¡Cómo! ¿El Señor Arteijo?

—Para servir a usted.

## IX

### UNA AMISTAD QUE CRECE MUY DE PRISA

Al deseo de reconocer hasta dónde llegara la acumulación de hielos, de cuya pronta desaparición o permanencia dependía que el Iberia pudiera o no utilizar el camino más corto del Canal Danés, en su vuelta a la otra costa de Groenlandia, a reanudar la interrumpida derrota, se unía la inquieta y obsesionante curiosidad que acucia a todo sabio digno de tal nombre tan pronto ve un fenómeno de cuya causa no logra darse cuenta, y asaltó a Arteijo en cuanto dejó de preocuparlo el anterior afán de salvar a los naufragos.

Acaso sorprenda a algún lector el enterarse ahora de la sabiduría de hombre de los arrestos de Arteijo, de su alegría, sus fuerzas y sus prontos, rayanos en irreflexión cuando los sentimientos perturbaban su juicio, cosa no rara en él.

Y no hay motivo para la extrañeza sino en quien crea que por fuerza ha de ser todo sabio melancólico, huraño y apocado; pues de lo errado de tal creencia es prueba fehaciente el propio Eduardo Arteijo, en quien exuberancias cerebrales no habían atrofiado otras exuberancias de la sangre y la vida, y a quien ni libros ni laboratorios lograron desmedrar ni entristecer.

Sentado ya que no hay por qué extrañarse de su sabiduría, lógico fué que, en lugar de dar vuelta en seguida hacia el buque, decidiera continuar volando Canal Danés abajo; pues habiéndole deparado su buena estrella—buena estrella científica—oportunidad de ver el insólito fenómeno del súbito surgimiento de la barrera helada, no podía avenirse a volverle la espalda sin averiguar antes hasta dónde llegara, y si posible fuera, cómo y porqué se había formado, no en un estrecho paso, sino en un amplísimo canal, en estación templada y en latitudes relativamente bajas: cuestiones todas propias a despertar el interés de un hombre de ciencia.

Por ello, cuando Roca se le presentó para enterarlo de las marcaciones de los lugares por donde el Iberia andaba, las cuales habían sido telefonadas por Maucelo cuando Arteijo estaba salvando los tesoros fósiles del Profesor, le dijo:

—Bien, Roca. Conteste que ya hemos encontrado, y tenemos en salvo, a estas pobres gentes, y que me entero de dónde está el buque; pero al cual demoro la vuelta, es de creer que por pocas horas, para ver hasta dónde llegan estos hielos, porqué no andan y cuál es el obstáculo que los detiene; pues cuando entre el empuje de sus enormes masas y el de la corriente tardan tanto en arrollarlo, ha de ser colosal. Y ponga usted en seguida rumbo al sudoeste.

¡Cuán varias son las opiniones de dos hombres sobre un mismo hecho! La orden, que sin rechistar cumplió el piloto del América, mas pareciéndole muy mal, causó al sabio geólogo no menor alegría que la gozada al ver en salvo su *pariosauro* y su *inostransevio*, exteriorizándola extremosamente cuando oyó a Arteijo decirle:

—Señor Profesor, exprofeso vengo a buscar a usted para evitar se alarme con la tardanza en llegar al buque, aplazada unas horas; pues ahora volamos alejándonos de él.

—¡Ah!

—Sí, señor. Antes de volver allá deseo explorar este atasco de témpanos, para ver hasta dónde llega y reconocer...

—¡Reconocer!... ¿Reconocerlo hasta su extremo? Entonces, tal vez podamos averiguar de qué procede.

—Ese es, al menos, mi deseo.

—¡Caballero, caballero! ¡Pero si mi constante preocupación desde que se nos paró el iceberg es ésta, precisamente ésta!... Señor Arteijo, amigo mío, no puede usted sospechar el alegrón que me da. ¡No contento con salvarme la vida, con salvar mis



preciosos hallazgos de obscura e ignorada muerte—claro es que el geólogo hablaba en estilo figurado de muerte para la ciencia, pues los hallazgos estaban archimuerdos desde muchos centenares de siglos—, todavía ahora realiza mi más ferviente anhelo!... Gracias, gracias, caballero; mil gracias, mil millones de gracias. Jamás podré pagar...

—No es para tanto, Señor Lubecki.

—¡No ha de ser! Vaya si es. Ana, Ana.

—Perdone, aguarde un momento—dijo Eduardo, sujetando por un brazo al viejecito, que se le escapaba para ir a enterar a su mujer de aquella inesperada felicidad—. Porque no creo oportuno inquiete usted a sus compañeros enterándolos de esta dilación en el definitivo salvamento.

—En eso dice usted bien; pero, sin embargo...

—A usted, por jefe de ellos, no he querido ocultársela; pero...

—Pues por eso no hay inconveniente en que lo sepa Ana, porque mi mujer es como yo mismo, y en diciéndola que calle, no hay el menor cuidado.

—De ser así, y si usted tiene tan gran seguridad—contestó Eduardo, recalcando la frase con incrédula mueca—, a su discreción dejo el apreciar qué deba hacer.

—Mire, caballero: es que tan grande es la alegría que me ha dado usted, y de tal modo me rebosa, que no puedo ocultarla, y necesito compartirla con ella. Pero no tenga recelo: no se lo digo a nadie más.

El anterior diálogo, terminado con la precipitada marcha del señor Lubecki, se había desarrollado en la parte de afuera de una de las puertas del comedor, situado en el centro de la parte habitable del América, donde estaban reunidos los polacos y adonde lo había llamado Arteijo para hablarle a solas, sin sospechar el entusiasmo que la noticia del retraso en la vuelta iba a causarle, y el cual continuaba desbordándose, según atestiguaba la viveza de ademanes con que su reciente amigo informaba de la fausta nueva a su esposa, sentada junto a una de las ventanas por donde, a través de hojas de celuloide, recibía luz el comedor por ambas bandas del anfitrión.

Al ver juntos a marido y mujer y mirarlos con la calma hasta entonces no consentida por los sucesos en que tan activamente había intervenido, paró Eduardo atención en el vivo contraste que ofrecían los cónyuges, preguntándose cómo y por

qué una mujer cuando más de treinta años e indiscutiblemente bella se había casado con aquel viejecillo, muy simpático, sí, pero nada agraciado; y que si no tenía setenta sería por haberlos transpuesto. A ser el viejo un potentado o un magnate, interés o vanidad darían explicación que no cuadraba al caso de un pobre catedrático a cuyo lado llevaría ella modestísima vida, sin otras vanidades que las proporcionadas por la mundial fama del ilustre sabio, ni más galas, ni joyas, ni riquezas que las de sus colecciones de rocas de todas las edades de la Tierra y fósiles de todos los ex vivientes, que en ella no pueden vivir ya en estos tiempos: cosas a las que, por muy geogénicas o muy estratigráficas que las rocas fueran (1), o aunque los fósiles igualaran en valía a los del cofre de marras, no suelen conceder gran atención las damas a la hora de casarse. Ni en las horas siguientes.

Mas preocupado a la sazón Eduardo con el otro problema, más positivo y del momento, dió media vuelta, y de mano a aquél, para dedicarse a la exploración geofísica desde su camarote, enfrentado hacia proa, comenzando sin pérdida de tiempo a examinar con un anteojo la vastísima extensión que por delante veía, y en acecho del momento en que de la blancura de ella surgiera allá a lo lejos la línea azul donde empezara el mar.

Pero el azul no apareció en el horizonte tan de prisa cual pedía su deseo; así que, mientras se impacienta él, vamos a aprovechar esta ocasión en que *no pasa nada* para decir acerca del América algo más de lo poco precipitadamente dicho mientras se realizó la maniobra de botarlo del Iberia a los aires.

Su parte inferior se asemejaba, más que a la de un globo, al casco de un barco—y por eso fué dicho antes de ahora que no era

(1) Rocas geogénicas son las engendradas al enfriarse en la superficie de la Tierra, en remotas edades, las fundidas por el terrible fuego de ella, que todavía perdura en su interior; estratigráficas o sedimentarias, las formadas por las aguas al depositar unas sobre otras, capas y más capas de partículas disgregadas de aquellas rocas, de conchas o huesos de animales y de polvo de plantas: todo consolidado, endurecido, transformado en piedra al cabo de centenares o millares de siglos por la acción del peso de las capas superiores y de las aguas de los mares, en el fondo de los cuales fueron sedimentándose, para ser más tarde sacadas fuera de ellos por los movimientos geológicos, que levantaron los actuales continentes.



*Japsus calami* el hablar de su quilla—; mas por cima del casco cesaba toda semejanza con un buque; pues en lugar de arboladura o chimeneas erguidas sobre aquél, cubríalo por completo de popa a proa y de estribor a babor la balumba inflada del aerostato propiamente dicho, cuya envuelta externa montaba sobre las bandas del esquiife mediante una pestaña ancha de dos metros.

Con lo anterior se dice que esquiife era llamado el casco de la parte baja del anfímóvil, de longitud igual a la del globo superior, cuyas pestañas o, mejor, haldas se adherían por presión neumática a todo su contorno, bien calafateado en juntas y costuras. Largueros y crucetas, del mismo material del esqueleto del elemento de aérea flotación, formaban fuerte y ligerísimo entramado, sobre el cual descansaba la techumbre del esquiife, separando el hueco interno de éste de la parte alta del anfímóvil, cerrada por la envoltura externa donde se alojaban los doce globos esféricos llenos de helio: techumbre análoga a la cubierta de los barcos comunes, pero solamente por su situación con respecto al casco inferior de la extraña nave, y no por su destino; pues sobre ella no se andaba sino en el solo caso de reparación urgente de averías, y con precauciones especiales, y porque cuando el anfímóvil flotaba en el aire no lo había allí, por haber sido reemplazado con helio; siendo imposible, por lo tanto, la respiración sobre tal cubierta.

Estaba construído el esquiife con planchas de corcho cementado, invención de los últimos años del siglo XX, que dos más tarde (siglos, no años) María Pepa Bureba, nacida muchos después (años, no siglos) de nuestro Arteijo, perfeccionó con la invención del vidrio-corcho, con el cual fabricó el *autoplanetoide* u *orbimotor* en donde realizó su viaje a Venus (1).

Mas dejando el orbimotor y a María Pepa, no del caso ahora, tornemos a nuestro anfímóvil, más modesto. Y séale perdonada la digresión a *Ignotus*, en gracia a la brevedad de ella y en atención a lo excusable de su debilidad paterna al recordar a una hija queridísima.

Bajo el techo del esquiife, elevado cuatro metros por cima de la quilla, corrían a lo largo de aquél dos cubiertas. Sobre la más

alta estaban los aposentos destinados a alojamiento de la tripulación, cuartos de derrota y timones, camarotes, comedor, gabinete radiotelefónico, etc., etc.; y entre ella y la inferior se hallaban los depósitos de reservas de helio, bombas expelentes de aire e inyectantes de aquél, batería de acumuladores, maquinaria electromagnética, receptora de la fuerza enviada por vibración etérea desde el barco-nodriza, y electromotriz para la propulsión de las hélices, etcétera, etc.

En el centro de la cubierta alta, promediando su longitud y ocupando su total anchura, estaba el comedor, con puertas de salida a pasillos centrales que, hacia proa uno, hacia popa otro, corrían entre mamparos de corcho, como allí eran todos los pisos y paredes, y a los cuales abrían las puertas de los camarotes y dependencias situados a una y otra banda.

El corredor de proa conducía a la puerta central del camarote donde hemos dejado a Arteijo. Sobre aquél, y volado al exterior, estaba el de derrota, quedando por debajo el laboratorio desde donde fueron fulminados contra los osos los aniquilantes y misteriosos rayos, que más adelante veremos utilizar en otros fines; pues aunque en dar la muerte los hemos visto empleados, otros más humanos eran los perseguidos al inventarlos para ser aplicados a la empresa que a las regiones árticas llevaban el Iberia y el América.

Llegando ya a lo referente al uso del anfímóvil cual nave destinada a moverse, en caso imprescindible, no a través de la atmósfera, sino sobre las aguas, doble aptitud que justifica su prefijo *anfi*, diremos...

Pero no puede ser—y ya se ve que está en desgracia la descripción del globo-barco, pues se ha de hacer a pizcas—, porque en este momento llaman a la puerta del camarote en donde Eduardo no aparta la vista del ocular de su catalejo, ni éste del paisaje visto por la proa, hacia el cual ya lo tenía dirigido cuando allí lo dejamos.

Tras los tímidos golpes dados en la puerta, oyó una voz que con la misma timidez decía:

—Señor Arteijo, señor Arteijo. Usted perdone.

Era Lubecki, que en cuanto Arteijo le franqueó la entrada repitió:

—Usted perdone; aun cuando yo no me perdone mi indiscreción de molestarlo.

—No es usted indiscreto.

(1) Todo según relatan los *Viajes planetarios en el siglo XXII*, donde se narran los inventos, proezas y aventuras astrónomo-amorosas, de la citada y hermosísima heroína aragonesa.



—Sí, señor, lo soy; pero, aunque yo lo reconozco, puede más mi interés que mi respeto a las conveniencias.

—Usted dirá de qué se trata.

—Pues que agradecería mucho tuviera usted la bondad de decirme desde dónde podría yo examinar bien esa soberbia maravilla—al decirlo apuntaba al ventanal—, porque allí, entre tanta gente, no pudiendo mirar hacia adelante y no viendo el paisaje sino a través de celuloide, me entero de muy poco.

—Vaya, que a usted le gustaría más mirar por un cristal: como ése, por ejemplo.

—¡Ya lo creo!

—Pues siéntese, y mire cuanto quiera.

—¿Cómo? ¿Aquí mismo, donde usted estará acaso trabajando? Voy a ser importuno.

—No, señor; tranquilícese usted.

—Gracias, gracias. Yo no sé cómo pagar...

—Tantas me lleva usted ya dadas en poco más de dos horas que llevamos de conocimiento, que me doy por pagado, no solamente hasta ahora, sino para lo futuro. Prescinda usted ya de ellas en lo sucesivo.

—Gra...

—¡Otra vez!

—No, no, señor... Pero es el caso que como para el objeto de este delicioso viaje es preciso apreciar detalles en el examen de los hielos y en el de la costa a la que mis ojos, no muy de fiar, me hacen creer se ha aproximado usted, con buen acuerdo, y como mi vista es bastante mala...

—Acabemos: que necesita usted un antejo.

—Sí, señor. Los míos se han quedado allá abajo..., y desearía, si usted no cree que es abuso...

—¿Pedirme uno? ¡Qué ha de ser! Nada más natural; ya usted ve que mi buena vista no ha sido óbice para que me haya pertrechado de este que mira usted con tanta envidia.

—No, no..., ¡por Dios! No crea usted... Yo no pensaba... Me basta otro peor, aunque sea pequeñito.

—Lo tendrá usted más grande. Y observaremos aquí juntos. Y en lugar de hacer yo a usted un favor...

—¡Señor Arteijo!

—... usted será quien me lo haga; pues siendo dos a mirar, uno verá lo que al otro se le escape...

—¡¡Señor Arteijo!!

—Y nos comunicaremos lo que veamos y las ideas que lo visto nos sugiera...

—¡¡Señor Ar...

—... y en la investigación que a ambos nos interesa, de seguro serán las más fructíferas las deducciones del célebre geólogo con cuya ayuda no podía yo soñar.

—No, no: eso no. Pero mi alegría es tanta, que apenas me deja hablar; y no sé cómo...

—¿Cómo darme las gracias?... Pues me alegro. Y si se le ha olvidado el cómo, procure no recordarlo más. Vuelvo en seguida. Voy a mi camarote a buscar otro antejo.

En cuanto Arteijo retornó, se echó a reír al ver que Lubecki dejaba apresuradamente el catalejo, al que se había avalanzado en cuanto aquél salió, y con el cual había estado mirando mientras estuvo solo; pero, por no apurar a su nuevo amigo, sorprendido infraganti, simuló no haberse enterado, y aun lo dejó en posesión del mismo antejo para que no se viera descubierto; pues al usarlo habría tenido que variar el ajuste ocular, cosa que, de volver a cogerlo, habría de ver forzosamente Arteijo.

Ya instalados frente a la ventana, formaban la más violenta contraposición que entre dos hombres quepa imaginar: uno en la flor de la vida, gallardo, hermoso, recio; flaco, viejo, diminuto, el otro. Y, sin embargo, había entre ambos armonías y semejanzas esenciales de índole más elevada que los contrastes físicos; pues en los serenos ojos y en la mirada honda e intensa del mozo, y en las brillantes pupilas y en la inquieta mirada del anciano, únicas cosas que en él perduraban lozanas, se leía "inteligencia, lealtad"; y quien pudiera adentrarse en las almas descubriría que eran las de dos niños de treinta y dos y de setenta y un años.

Tan loco estaba el chico setentón con el juguete nuevo, que, olvidado de la tarea en que debía emplearlo, se echó a corretear con él por los campos de armiño; subiéndose a los cerros, que, cual en cuentos de hadas, resplandecían como cristal de roca, saltando de uno a otro, triscando por el paisaje incomparable y gritando a cada brinco de su antejo:

—¡Qué belleza!... ¡Qué asombro!

Y cuando ya se le acabaron los adjetivos y superlativos a la medida de su admiración, le rebosó el deseo que desde hacía rato le reconcomía, escapándosele:



—¡Qué lástima que no vea esto Ana!

Pensando Arteijo al oírlo que el chico iba siendo por demás pedigrifeño, se hizo el distraído, aparentando no enterarse del nuevo capricho; mas habiendo repetido Lubecki “¡Qué lástima!”, como si hablara para sí, pero en voz alta, parecióle al otro imposible mantener el fingimiento sin rayar en grosería, y, no creyendo fuera la oferta aprovechada, contestó:

—Si quiere usted, puede traerla.

—Gracias, mil gracias. Voy por ella.

Sin protestar esta vez de las gracias, se quedó Eduardo arrepentido de su obsequiosidad; pues ni estaba de humor para atender señoras, ni tenía ganas de que lo distrajeran de las observaciones que lo tenían preocupado. Así que su satisfacción fué grande al ver volver solo a Lubecki y oírle:

—¡Qué raras son las mujeres!

—¿Por qué?

—Porque no quiere venir.

—Estas cosas no tienen para las señoras los encantos que para nosotros.

—¡Ca! No es eso: no conoce usted a mi

Ana. Por cultura y por temperamento, la deleitaría contemplar este incomparable espectáculo, y acaso no fuera inútil su ayuda en lo que deseamos averiguar; pero dice que la distinción de que usted me hace objeto es explicable por mi carácter de presidente de la Comisión, pero que los miembros de ella podrían sentirse heridos si vieran que, excluyéndolos a ellos, se hacía extensiva a otra persona.

—¡Ah! ¿Dice eso la Señora Lubecki?

—Sí.

—Pues creo que acierta... ¡Ea! Volvamos a lo nuestro.

Al volverse a lo suyo calló Eduardo, mas para sí pensó: “Esa señora no es una mujer vulgar: tiene talento, discreción y sabe mirar hondo.” Y pasado un rato, al acordarse de ella y del efecto que le habían producido poco antes su edad, rostro y porte, volvió a pensar, cual a la puerta del comedor pensara: “¡Qué rareza! ¡Tan joven ella y él tan viejo! ¡Qué rareza que se hayan casado!”

## X

### EL ATASCO DEL CANAL DANÉS

En hora y media de observación atenta de la blancura deslumbrante del campo sobre el cual se volaba no fué advertida otra novedad que el crecimiento de la fragosidad de formas de los hielos, más grandes, más altos, más inverosímilmente desequilibrados y revueltos cuanto más al sur: enhiestos unos y caídos otros en hacinaamientos tan desmesurados, que era asombroso cómo el peso enormísimo de sus billones y billones de toneladas no los hacía correr canal abajo, sin que ni Lubecki ni Arteijo pudieran concebir cuál fuera el dique cuyos cimientos, asentados en movedizas aguas, tuvieran resistencia capaz de contrastar tales presiones.

—Otra cosa me llama, además, la atención—dijo Lubecki.

—¿El qué?—preguntó Eduardo.

—Que conforme avanzamos hacia donde forzosamente está la orilla de esta perecedera isla, sentenciada a deshacerse en agua, ocurra lo contrario que en las tierras firmes.

—¿Lo contrario?

—Sí; todas las tierras van descendiendo de lo interior de ellas a las playas, y aquí sube el suelo según nos acercamos a la orilla.

—Eso quiere decir que estamos viendo todavía las laderas tendidas hacia la costa donde quedó el Iberia, y que aun no hemos llegado al nudo central de estas fantásticas cordilleras, desde donde veremos las que descenden hacia el sur.

—Bien. Pero como no sé a qué distancia estamos del barco, no puedo calcular...

—Entre setenta y ochenta millas.

—Entonces, como enfrente de nosotros sube todavía el terreno, digo, la nieve, hacia esas cumbres centrales, es probable que, cuando menos, estemos a igual distancia del borde sur del banco helado.

—Sí, sí, lógico es; pero, a despecho de la lógica, me parece imposible.

—¿Por qué?

—Porque, a estar tan lejana esa orilla, forzosamente llegaría...



—No siga usted; entiendo, entiendo. A meterse en las aguas templadas de los ramales de la corriente del Golfo.

—Ha adivinado usted mi idea.

—Que es juiciosísima; porque en tal caso, en lugar de apretarse unos contra otros, estarían los hielos disgregados. ¿Qué será? ¿Qué será? Cada vez está esto más obscuro.

—Otra cosa me llama la atención.

—¿Qué?

—Ir viendo cada vez menos témpanos y más *icebergs*. Cuando dejé el Iberia apenas veía sino hielos marinos poco elevados, y sólo algún que otro picacho o meseta de *iceberg*; después fueron ya alternando, en proporción sensiblemente igual, llanos y cerros; y ahora casi no se ve un témpano.

—Es cierto, es cierto... Y esa progresión, que yo ignoraba, debe ser dato importantísimo si acertamos a interpretarlo. Estoy seguro de que ese hilo puede llevarnos al ovillo. Pero si los dos tiramos de él y lo quebramos, adiós hilo y ovillo. Discurramos, por tanto, con independencia, pues así no hemos de ser tan desgraciados que a los dos se nos rompa. Y el primero que llegue a conclusión que merezca la pena de consultar al otro...

—Conformes.

Prestado su asentimiento a aquel sistema de trabajo, fijó Arteijo atentamente la mirada en una crestería de hielo de unos cuatro kilómetros de longitud, cuyas aguijas eran dientes de la sierra donde culminaba lo cimero de un colosal *iceberg* formando cordillera con las cumbres más bajas de los contiguos a él por ambos costados.

Pasado breve rato de contemplación, ordenó a Roca que descendiera para acercarse a aquellos cerros (que al frente estaban como a 20 kilómetros) volando a altura aproximadamente igual a la de ellos.

—¡Bajar! Pero entonces aún dominaremos menos—hizo notar Lubecki al oír la orden, dada por el tubo acústico de comunicación con el cuarto de derrota.

—Ahora no me propongo ver, sino otra cosa. No digo cuál, porque hemos convenido pensar cada uno, por ahora, para sí.

—Verdad, verdad. Dispense—contestó el profesor.

Mas no teniendo genio para callar por mucho tiempo, y menos estando tan excitado como estaba, no hablaba en alta voz, pero de cuando en cuando, y como gotas

sueeltas de sus razonamientos, se le rezumaban lengua afuera ideas del cerebro en breves frases masculladas entre dientes: que no bastando a decir a Arteijo por dónde discurrían los pensamientos de su inquieto colaborador, sobraban para distraerlo y perturbar los suyos; pues en dos minutos había ido oyéndole exclamaciones de este jaez: "Parecen hermanos de aquéllos"... "Esto de que apenas haya témpanos"... "¡Calla! Si fueran éstos los caídos allá arriba antes de que nosotros..."

Y no solamente le distraían tales apartes, hechos muy poco aparte, sino que excitaban su curiosidad, que al oír "Mucho será que lo nuestro no sea la causa de todo", llegó al colmo, haciéndole preguntar:

—¿Me quiere usted decir qué significa eso de lo nuestro; qué hermanos son los que se cayeron antes que ustedes; adónde, cuándo y dónde ocurrieron esas caídas?

—¡Ah! ¿Me ha oído usted? Me refería a nuestra catástrofe, a la que nos echó a la corriente.

—¿La catástrofe de ustedes? ¿Cómo fué?

—Ya se la contaré cuando salgamos de esto; pero ahora no: sería muy largo y me distraería. No, ya me he distraído. Déjeme, déjeme, no me haga perder la ilación de mis deducciones.

—Bueno; mas le agradeceré que *ile* en voz baja, pues hace rato que sus exclamaciones me impiden a mí *ilar*.

—Dispense, dispense.

Para poner por obra la idea que le había movido a ordenar disminuir la altura del vuelo, descolgó Eduardo de la pared un perpendicular compuesto de una masa metálica, como las plomadas corrientes de albañil, mas no colgante de una cuerda, sino de una varilla rígida portadora de un anteojo perpendicular a ella y a su vez pendiente de un gancho a la misma ligado por articulación loca.

Se colgó de un dedo el gancho, con lo que el peso inferior puso vertical la varilla, y *horizontal*, por tanto, la visual dirigida con el anteojo a las crestas del gran *iceberg* del frente, cuyas cimas vió poco más altas que el centro del campo visible de aquél: indicándole así el sencillo aparatito, muy usado en las navegaciones del anfibóvil, hallarse este poco más bajo que lo más alto del *iceberg*.

Seguidamente miró el barómetro, leyó en él "744 milímetros", y recordando que cuando, a la salida del Iberia, estaba el



América al nivel del mar marcaba aquél 762, y pensando que por estar muy fijo el tiempo no podría imputarse la bajada de 18 milímetros a variación meteorológica, dedujo que sólo era atribuible a la subida en altura del aerostato.

Sabiendo, cual sabía, que en las altitudes en que estaba la columna mercurial descendiendo un milímetro por cada diez y medio metros de ascenso, dedujo que la altura del vuelo era cercana a 190, resultando, por tanto, el *iceberg*, muy por lo corto, a 200 sobre el nivel del mar. A él fué entonces a quien se le escapó:

—¿Qué atrocidad!

—¿Qué?—preguntó el viejo, a quien ya le pesaba su mutismo.

—Nada, nada.

—¿Nada? Pues entonces...

—Tenga paciencia un momento.

Sólo a medias obedeció Lubecki, pues aguardó, *pero con impaciencia*, por suponer que Arteijo pensaba algo importante, y más al verle consultar un mapa. La carta de los mares árticos correspondiente al Mar de Noruega y el Estrecho Danés, cuyos sondeos consultaba, incurriendo en lo mismo que había censurado; pues no queriendo entablar diálogo mientras sus sospechas no se cambiaran en confianza, monologaba sin embargo:

—Ciento veinte, doscientas..., seiscientas cincuenta... Doscientas por seis dan mil doscientos, y por nueve, mil ochocientos... Nada, que no cabe.

—¿Qué diferencia habrá entre esos números femeninos y masculinos?—se preguntaba el Profesor.

A menos—y esto, dicho más bajo, no lo oyó Lubecki—que en estos parajes donde faltan sondas aumente la profundidad de un modo improbable. Roca, que va pendiente de por dónde vamos, ha de saberlo. "Roca, Roca, dígame a punto fijo dónde estamos."

—¡A punto fijo! No puedo puntualizar más—contestó el tubo acústico—sino que el saliente de costa que vemos a la derecha es el que separa las tierras de Scoresby y de Egede, y que al otro lado, pero muy lejos, tenemos el Cabo Norte de Islandia.

—Entonces estamos en lo más estrecho del canal.

—Seguramente; pero lo más estrecho pasa de doscientas millas.

—Gracias, Roca. Señor Lubecki, hágame el favor.

Con un brinco, más a la medida de su curiosidad que de sus años, se puso el anciano junto a Arteijo, que no fiando en sí mismo le preguntó:

—¿Me hace el favor de decirme cuál es la mayor altura que usted tiene noticia haya alcanzado un *iceberg* sobre las aguas?

—Algunos pasan de setenta metros; pero no se sabe de ningún marino que los haya visto de cien.

—Por ahí concordamos. ¿Y cuál es su opinión sobre el calado de ellos?

—Variable con la mayor o menor cantidad de tierra y rocas que contengan. Scoresby, descubridor de una costa de la que no hemos de estar lejos, dice haber visto algunos que llevaban hasta cien mil toneladas de peñascos aprisionadas entre el hielo; pero por lo común la parte sumergida cala hasta profundidad entre seis a ocho veces mayor que la altura descubierta sobre el agua (1).

—Eso es; y como veo que mi memoria no me engañaba, ya puedo aventurarme a decir lo que pienso.

—Dígalo, hombre, dígallo.

—Ese *iceberg* del que ya estamos cerca, el más grande del frente, tiene sus cumbres a doscientos metros sobre el nivel del mar.

—Imposible: ya le he dicho que nadie los ha visto de esa altura.

—Aguarde, aguarde. Ya ve usted que su borde superior está un poco más alto que nosotros y nosotros estamos entre los ciento ochenta y los ciento noventa.

—¡Ah!, si es así...

—Así es, mire usted el barómetro. Resulta, pues, que su calado, de flotar en el agua, habría de andar entre mil doscientos y mil seiscientos metros; pero como la profundidad del canal, excepto en esta parte donde en el mapa no hay sondajes, no pasa de seiscientas cincuenta brazas (1.189 metros), deduzco yo que ese *iceberg* y los contiguos a él, poco más pequeños, no flotan, sino...

—¡Ah! ¡Qué ideal!

—Sino que están varados; que ellos son el dique que buscamos, y que resisten porque la mayor parte de los inconcebibles pe-

(1) La densidad del hielo viene a ser poco más o menos nueve décimos de la del agua; así que en un témpano marino que no contiene sino agua congelada, el calado es mayor con relación a la parte descubierta; pero, en cambio, como son mucho más chatos que los *icebergs*, no abundan tanto en las aguas como éstos.



sos de sus descomunales moles descansan en la tierra del fondo.

—Sí, sí.

—Creo que únicamente fallaría mi razonamiento de ser ésta la parte del canal cuya profundidad no consta en el mapa y suficiente ésta a que por él naveguen esas montañas de hielo.

—Ni aun así. Ni aun en tal caso dejaría usted de tener razón.

—Eso no, porque ¿cómo podrían haber varado en fondo más profundo que su calado?

—Encallando, no en tierra ni en roca, sino en hielo.

—¡Hielo más ligero que el agua bajo ella y sin subir a la superficie!... ¡Ah!...

—Sí, el de los rabos, o espolones, de las inmensas masas de los glaciares que relleñan los valles desembocantes al mar; el de esas colosales barras de hielo, que por los extremos del lado del continente están hincadas en las tierras y por los opuestos avanzan buceando por debajo de las aguas, y erizando las costas de invisibles cabos, puntas, promontorios, arrecifes en suma, tapados por el mar y en los cuales pueden estar embarrancados o enredados esos *icebergs*, que ahí permanecerán cual presa que continuará deteniendo a los que detrás quedan, hasta que los submarinos hielos suban a convertirse en flotantes *icebergs* cuando los espolones de los glaciares se rompan en la forma ordinaria, o antes sean tronchados y barridos por la tremenda masa que contra ellos empuja.

Sea como quiera, tiene usted razón; pues *icebergs* de esos tamaños no pueden estar inmóviles a no estar varados.

—Pronto vamos a salir de dudas; pues, de ser así, al vencer sus cumbres no vere-

mos prolongarse hacia el sur este blanco páramo en la extensión que ya antes nos parecía inverosímil tuviera, sino el mar.

—Lo veremos, lo veremos: estoy seguro. Vaya si lo vemos. Apueste usted algo.

—Nunca apuesto con ganas de perder.

El América llegaba a escasa altura encima del gran *iceberg*, cuya superficie superior era una meseta que tenía por borde norte las crestas cuya altitud había medido Arteijo. Surcábanla barrancos en donde el duro hielo estaba oculto bajo nieve fresca y blanca, y su extensión hasta el opuesto borde sur pasaba acaso de una legua, antes de recorrer la cual completamente se ensanchó el cielo ante los aeronautas; pues en lugar de ver tan sólo como antes lo alto de la celeste cúpula sostenida en pilares de hielo, la divisaron toda entera hasta el mar, que bañaba sus asientos.

¡El mar! Pero no ya un muerto mar de aguas petrificadas, sino el ingente y verdadero mar, cuya vida palpita con vaivenes de olas.

—¡El mar, el mar!—gritaron a la vez el viejo y el joven.

—Ya está bien claro que tenía usted razón—dijo el primero.

—O usted, porque aun no sabemos...—contestó el segundo—, ni es fácil lo sepamos nunca si es en tierra o en hielo en donde está encallada esta isla de nieve; pero a la vista está que, como dijo usted, está varada; porque las aguas rompen junto al pie mismo del cantil de la ladera.

Llamamos la atención, marcándolo con piedra blanca en los anales de la Ciencia, sobre este extrañísimo debate sostenido entre dos sabios, no para arrebatarle, sino para cederse la paternidad de un éxito científico.

## XI

### RÍOS DE HIELO

No solamente la belleza y la grandiosidad inefables del panorama visto desde el América, en absoluto inusitado, más todavía, inconcebible, para quien no ha viajado por las regiones glaciales, nos invita a esbozarlo, sino que el fenómeno cuya clave buscaban entre polaco y español merece algunas líneas, por constituir hecho tan fuera de lo acaecido normalmente, hasta en

aquellos mares, que el entusiasmo del primero lo calificó de suceso geofísico rayano en acontecimiento geológico; pues verosímilmente en muchos centenares de años no habría visto la Tierra ni volvería a ver otro como él.

Además, y por suerte, lo que ahora digamos será muy útil como antecedente en estrecha relación con la catástrofe, aun por



referir, de los geólogos, y con la empresa de Arteijo, desconocida todavía, a la cual servirá de introducción.

Eran las diez y cuarto de la noche, o más bien tarde, al divisar nuestros viajeros el mar libre, tendido en extensión de 16.000 kilómetros, siquier sólo los vieran en su pensamiento, hasta los mares cálidos del ecuador, y más allá de ellos hasta romper sus olas contra otros hielos, los del Gran Banco Austral, permanente blindaje de las costas del continente antártico, todavía más ignoto y medroso que los mares boreales. Faltaban pocos minutos para la ocultación del Sol tras las montañas de la Groenlandia, y siendo al día siguiente plenilunio, la Luna casi llena resplandecía en el opuesto lado, partiéndose entre Sol y Luna el dominio del mar, la atmósfera y el cielo.

La contraposición de estas opuestas luces hacía que las laderas, las cumbres y los riscos de los cristalinos *icebergs* enfrentados a occidente lucieran matizados con dorados y rojos del ocaso solar, y a la vez parecieran montes de ópalo esmaltado con plata los cantiles y picachos alumbrados por la luz del oriente.

Análogos contrastes luminosos mostraban las espumas del bullente hervidero de las aguas que en incontables golfillos, abras y ensenadillas al pie de la empinada costa de los *icebergs* se revolvían agitadas: entrechocándose las empujadas del sur por la marea contra las llegadas en la corriente, que somorgujadas bajo el banco de hielo, cohibidas o presas, fluían del norte; y que al sentirse libres de la abrumante losa resurgían a lo alto, deshilándose en chorrillos, que al tropezar con el poniente Sol se deshacían en gotas encendidas arriba en chispas de iris y apagadas, al caer, en burbujas de albas espumas.

Suspensos ante lo augusto de aquel incomparable espectáculo, cuya imponente solemnidad hablaba quedo, pero con elocuencia incontrastable, de la Omnipotencia, se olvidaron los sabios de que lo eran, sintiéndose creyentes; y transcurrido un rato de mudo arroboamiento, en uno y otro despertó el poeta que según fama llevamos todos dentro, haciéndoles gozar la poesía de la Naturaleza, sin que hasta haberla a su placer saboreado volvieran a acordarse de su ciencia.

Por si lo ya visto no fuera suficiente a corroborar la explicación sugerida por Arteijo sobre la formación del enorme banco

que cerraba la navegación en el amplio canal, abierto siempre en otros años por tal época, vieron al mirar a la costa dos altas lomas violentamente muertas al llegar al mar a golpe de ciclópeo tajo, que había dejado heridas bien patentes en los escarpes casi verticales que de las cumbres caían a las aguas. Comprendida entre las laderas de ambas lomas estaba la boca por donde al mar llevaba su tributo el valle por las dos formado: mas no vertiendo un líquido caudal como los ríos de las zonas templadas, sino hundiéndose en aquél el espólón con que el *sólido río de hielo que corría* en el valle se habría paso, apartando las aguas para sumirse, seguir corriendo bajo ellas y continuar viviendo como corriente río en el seno del mar: sólo que en vez de correr ceñida entre márgenes de tierra, cual la de los terrestres ríos, su maciza corriente submarina avanzaba entre orillas de agua mar adentro.

La desembocadura que veían era la de uno de los muchísimos glaciares de la Groenlandia que, como todos los del mundo, son, según es sabido, los ríos de las tierras donde el agua no es agua, sino nieve o hielo, y que a favor de las pendientes de las cañadas donde están contenidos resbalan a lo largo del fondo y las laderas de ellas: es decir, corren (aunque la lentitud de su corriente no permita percibirla a quien la mira sino tras larga y persistente observación), y corriendo llegan, aun cuando en ello tardan, al final de los valles, acarreado escondidas en sus masas o asomando a su superficie tierras y rocas que de los fondos y los flancos de los cauces arrancan al ludir contra ellos, o que rodadas de lo alto de los montes inmóviles caen al glaciar en marcha (1), en donde el tiempo y nuevas nieves las entierran o *enhielan*.

Diferentes sus lechos de los angostos y someros álveos en que por lo profundo de los valles fluyen los míseros caudales de los ríos que todos conocemos, y en donde apenas caen las aguas de las nubes escapan presurosas río abajo, se ensanchan los glaciares en amplísimos cauces, ocupando las oquedades casi enteras de cañadas y valles, lle-

(1) Estas son las rocas llamadas *erráticas*, que en los lugares donde en tiempos corrieron glaciares, hoy desaparecidos, dan testimonio de que allí fueron llevados por aquellos glaciares de ayer. Europa y América están llenas de ellas, y ellas han permitido establecer hasta dónde llegaron esos glaciares en la época glacial de la Tierra.



nándolas hasta muy cerca de las cimas de sus laderas con la nieve caída en años y años, siglos y siglos, que frío, peso y tiempo endurecen hasta trocarla en hielo.

La pesantez inmensurable de estas masas, la de la nieve acumulada en los circos y puertos de lo alto de las cordilleras, fresca en los ventisqueros, dura en las heleras, en donde los glaciares tienen los manantiales de su helada corriente, empujan a ésta obligándola, ya que fluir no puede, a deslizarse por los valles abajo.

Al encontrarse dos glaciares se clavan uno en otro, se penetran y juntos corren por un cauce; y recibiendo nuevas afluencias engrosa el principal hasta llegar al océano en las tierras polares o deshacerse en agua y dando nacimiento a un río en las zonas templadas (1).

El que a la vista tenían el Profesor y Arteijo no era de los mayores, ni con mucho, de la Groenlandia, pues la masa de hielo que en su desembocadura veían prolongarse mar adentro sólo tenía 20 kilómetros de anchura y de alto a bajo unos 100 metros de grosor.

Tales eran las dimensiones de la blanquecina barra que, asribada en la costa y empujada por el glaciar entero, cuya cabeza estaba 400 kilómetros tierra adentro, se metía en el mar, sin que bajo él fuera quebrada por la acción del peso de su parte colgante y libre—acaso de 50 kilómetros de longitud—porque en el agua *no pesaba*; pues el hielo, con menor densidad que el agua, era no solamente sostenido, sino empujado hacia arriba por la presión de aquélla.

Esta es comúnmente la fuerza que, cuando la parte submarina del glaciar se prolonga mucho, y a la par pierde resistencia con el parcial desgaste en el hielo ocasionado por el agua más caliente que él, rompe los disformes agujones y sube sus pedazos hasta hacerlos flotar encima de las olas.

Esos pedazos son los *icebergs*, a los cuales llama algún autor montañas o cate-drales de cristalino hielo, cuyo engendramiento en las tierras les da aspecto por completo diferente del de los témpanos marinos formados por la congelación de las capas altas de los mares. Y ahora se ve por qué no comprendía Arteijo, ni nosotros comprenderemos en tanto no lo explique el

Profesor, cómo la comisión tenía su residencia sobre un *iceberg*, por parecer tan imposible la instalación mientras se hallara bajo el agua como escalar sus altos y empinados contornos cuando estuviera en movimiento sobre ella (1).

Y, sin embargo, algo se ha ganado; pues, aunque continúe pareciendo incomprensible el cómo de la instalación, ya no lo es el temor de Lubecki a la *voltereta*, que a Arteijo parecía absurda; pues tales volteretas son frecuentes en los *icebergs*, cuyas condiciones de flotante equilibrio se alteran a menudo y a medida que desheliéndose paulatinamente van dejando caer al fondo del mar rocas en su interior sujetas hasta entonces por el hielo, ocasionando tales caídas variaciones en la repartición de los pesos de dichas moles, que aligerándolas donde sueltan las rocas, las elevan bruscamente por tal lado y las chapuzan por otros: con lo cual se sumergen parcial o totalmente las partes descubiertas por cima de las aguas, emergiendo otras ocultas bajo ellas. Así se producen en los aspectos de los *icebergs* transformaciones tan extraordinarias que, salvo el caso rarísimo de poder presenciar la mutación en el fugaz instante de sobrevenir, nadie podría tomar por un solo y mismo monte de hielo, el visto antes y el mirado después de ella.

Los espolones de donde los *icebergs* proceden no alcanzan en circunstancias ordinarias la longitud del que tenía el glaciar contemplado por nuestros exploradores desde el anímóvil; pues la temperatura de las aguas circundantes los desgasta rápidamente en relación con la escasa cuantía del avance que la lenta corriente de los glaciares les imprime. Pero en la época a que esta narración se refiere debían de haber actuado en la aceleración de la velocidad de los macizos ríos groenlandeses desembocantes en aquellas costas, causas extraordinarias, que sin duda debía de conocer Lubecki, y en las cuales había de estar pensando al pronunciar sus entrecortadas e

(1) Otro modo menos frecuente tienen de nacer los *icebergs*, pues tales moles pasan a veces bruscamente desde la tierra al mar despenadas a éste al romperse los espolones de glaciares cuyos extremos no quedan al nivel de las aguas sino en lo alto de cántiles, de donde sobresalen suspendidos en los aires hasta que el peso los desgaja y la caída los chapuza antes de que su fuerza de flotación los eleva de nuevo hasta sobrenadar.

Mas tampoco parece hacedero para nadie instalarse ni hacer vida en *iceberg* de tal naturaleza.

(1) Ejemplos El Ródano, El Rin, El Amazonas, El Mississippi, El Garona.



incomprensibles frases, que parecían trabar el fenómeno del atasco de hielos con la catástrofe sufrida por la comisión que presidía, pero aplazando el dar explicaciones sobre tal relación y tal catástrofe.

En tanto llegan, preciso es atenerse únicamente al hecho positivo de que el alargamiento de los rabos salidos de los glaciares de la Tierra de Eguede y de otras situadas más al norte, habían formado en el Canal Danés extensa malla de transitorios bajos donde encallaron o se enredaron los *icebergs*; que, también por las causas que nos explicará Lubecki en breve, eran en número y tamaño excepcionales y suficientes a formar con ellos el dique *contensor* de los que en pos llegaron.

Descubierto esto, y logrado el objeto de la exploración, pensó Arteijo ser tiempo de volver al Iberia; pero al ir a dar las órdenes para ello ocurriósele que pues antes no pudo satisfacer a su nuevo amigo el deseo de mostrar a su mujer lo que detrás había quedado, y pues ahora no estorbaban los mirones, era aquella oportuna sazón de cumplirle el gusto, sin tropezar en el inconveniente por dicha señora señalado. Además, la belleza y la magnificencia del panorama a la vista eran dignas de aplazar diez minutos la virada para que durante ellos pudieran disfrutarlas todos los refugiados en el América, a quienes el Profesor, que por él andaba ya como Pedro por su casa, fué a buscar, encantado con la cortés invitación que les llevaba, y condujo al camarote, desde donde a los últimos resplandores del Sol poniente y a los de la Luna triunfante contemplaron extasiados el maravilloso espectáculo en que sólo a ellos en el mundo les era dado recrearse.

Las presentaciones oficiales de dichos señores no fueron hechas por el Presidente sino después de empezado el viaje de retorno al Iberia, cuando todos estaban de vuelta en el comedor del América. Pero aprovechando el rato en que ellos se deleitaron con la perspectiva que miraban, las anticiparemos: con lo cual ganaremos en brevedad a las que después hizo Lubecki, reduciéndolas a una lista de personajes cual las usuales en cabeza de las obras dramáticas; porque son muchos para dar ahora más amplias noticias, y porque sus hechos nos harán conocerlos más a fondo:

Ana Battori: veintinueve años, mujer de Lubecki y médica de la comisión.

Nema: cuarenta ídem, criada esquimal,

semicivilizada por larga residencia en Upernavick y contratada en los comienzos de la expedición de los polacos.

Boleslao Bopp: treinta y cinco ídem, catedrático, como Lubecki, de la Universidad de Lodz, y especialmente encargado en la comisión de las investigaciones botánicas.

Esteban Loketeck: cincuenta ídem, gran autoridad en litología, o sea distinguido petrólogo.

Casimiro Lesko: eminente zoólogo, notable electricista y utilizado como radiotelegrafista (nada más que mediano) en la expedición.

Segismundo: criado de Lubecki, habilitado como cocinero por su amo, y más tarde utilizado por Arteijo como ayudante de Jalisco en el salvamento.

Un carpintero y un herrero.

Como Eduardo había ya visto a su sabor lo que miraban los polacos, y antes le había faltado tiempo y vagar para mirar a éstos, empleó aquellos minutos en echarles la primera ojeada, que al llegar al Bopp de la anterior lista convirtiéndose en mirada insistente al advertir que suponiendo éste a los demás exclusivamente atentos al panorama, lo miraba él mucho menos que a la señora de Lubecki.

A causa de la curiosidad, al fin no satisfecha, de saber si ella lo advertía, prolongó Eduardo más de lo pensado la exhibición de la *película* con que obsequiaba a sus huéspedes, hasta que el Sol le recordó, al ponerse, ser ya hora de regresar al barco.

Una vez dada a Roca esta orden, invitó a aquéllos a volver al comedor, acordándose entonces de que desde antes de la caza de los osos no había probado bocado y sospechando no estarían menos hambrientos los polacos, quienes, como él, hubieron de contentarse con fiambres que en persona sacó de la despensa por imposibilidad de hacer una cena formal; pues la salida precipitada para breve excursión, y la necesidad de llevar disponible hueco en el anfimóvil para la gente que a buscarse iba, fueron las respectivas causas de que no se embarcaran víveres frescos y de que en el Iberia se quedara el cocinero.

Mientras se reponían las fuerzas, hizo Lubecki las presentaciones, seguidas de animados comentarios sobre lo recién visto: el salvamento, las penalidades y angustias durante la deriva, los tumbos y el atascamiento del *iceberg*; todo entre bocado y trago sin que, ya consumido el abundante refri-



gerio, terminaran por ello las conversaciones; pues el pasaje no tenía los nervios para pegar los ojos antes de llegar al barco, y siendo Arteijo el único a quien el sueño le hizo irse a dormir tan pronto aplacó el hambre. Cosa muy natural después de un día en que, tras una noche en vela, había usado y abusado de sus fuerzas.

Recién puesta la proa al nordeste se telefonó a Maucelo pidiendo datos sobre el lugar donde estuviera; y recibida la respuesta que daba para situación del barco la enfilación de la isla de Juan Mayen y distancia de ciento y pico de millas de la nave

aérea, rectificó ésta levemente el rumbo hacia el este para volar tan recta a aquél como fuera posible.

No habiendo ofrecido el viaje de retorno particularidad interesante, utilizaremos las pocas horas de su duración en dar algunas noticias de los personajes más importantes, entre los que la fuerza de las circunstancias van a hacer pasajeros del Iberia, testigos de las aventuras de Arteijo en los mares polares y aun actores en ellas; pues tales antecedentes son indispensables por su influencia en los sucesos relatados en esta historia.

## XII

### HISTORIA AÑEJA

Treinta y dos años antes del salvamento de Lubecki, sus compañeros y sus fósiles—no alarmarse, pues ese largo lapso lo recorreremos muy de prisa—, era aquél catedrático de la Universidad de Varsovia, tenía treinta y nueve años y un amigo, Sergio Battori, a quien quería entrañablemente como él sabía querer. Sergio era astrónomo del observatorio de la citada capital, y él y Lubecki vivían juntos como hermanos.

Doce años llevaba de fecha su amistad entrañable cuando se enamoró Lubecki, con pasión capaz de llenar una vida, de Elena Zukany, hija de un caballero húngaro, sumamente rico con anterioridad a la conmoción política en que todos sus bienes fueron confiscados, y que, extrañándolo de Hungría, le obligó a refugiarse en Polonia, donde para subsistir sólo contaba con el sueldo de un modesto empleo en un banco de Varsovia.

Mas, por desgracia del pobre Lubecki, también Battori, ocho años más joven y no menudo ni escasamente agraciado como aquél, sino arrogante y hermoso, se enamoró de Elena, y la lógica quiso que ni por un instante dudara la húngara cuando, cual resultado de leal convenio de los dos amigos, le encomendaron éstos que fallara el pleito.

Esta repulsa fué para Walter un terrible golpe; pero era tan bueno y tanto quería a Sergio, que en nada aminoró su afecto a él, que ni tenía la culpa de ser joven y guapo ni con ello traicionaba una amistad

que, inmovible, perduró en lo hondo de los dos corazones. Pero faltando fuerza al pobre desdeñado para ver a Elena en brazos de otro, y no teniéndola tampoco para cortar, de seguir en Varsovia, el trato con su amigo, se lo confesó a éste francamente al comunicarle su decisión de marcharse a Lodz, en cuya Universidad había solicitado y obtenido la cátedra de geología, vacante a la sazón.

Aquello era un descenso de categoría en su carrera; pero a Lodz se fué, adonde nunca dejó Sergio transcurrir más de dos o tres meses sin ir a pasar otros tantos días con su amigo: demostrando así ambos cuán firme y acendrada era su amistad.

Inopinadamente triunfaron en Hungría los correligionarios de Zukany, a quien el cambio de situación política devolvió sus propiedades, encumbrándolo a un alto puesto en la gobernación de su país. No queriendo separarse de su hija ni de su nieta, pues ya Battori tenía entonces una niña de dos años, consiguió de éste que aceptara un puesto importante, para el que hizo lo nombraran en el Observatorio de Pest.

Al cabo de siete años, en los que, con menor frecuencia, claro es, no dejó Sergio de hacer algunas escapadas a abrazar a Walter, estalló en Hungría una contrarrevolución, y a los tres días de leer Lubecki, en Lodz, las primeras noticias telegráficas de ella, recibió una concisa carta, donde únicamente la temblorosa firma era de letra de su amigo. Dicha carta decía:



*Herido y muy cercano a la muerte, dejó a mi mujer y a mi hija en la miseria. Seguro de que no las desampararás, muere tranquilo, y te envía su último abrazo, SERGIO.*

A las treinta horas llegaba Walter a Buda-Pest, hallando el Palacio Zukany incendiado y saqueado por las turbas, que, al asaltarlo, asesinaron al suegro de Batori e hirieron mortalmente a éste, que intentó defenderlo.

En una de las pocas habitaciones respetadas por el fuego en el edificio que ya no era de ellas, por haber caído nuevo decreto de confiscación sobre todos los bienes de su propietario, halló el generoso Lubecki a las que ya eran viuda y huérfana sin otro amparo que el de la caridad de su antiguo portero, y sin recurso pecuniario alguno; pues ni el saqueo les dejó un solo *heller* ni el incendio otras ropas que las puestas.

Madre e hija, a la sazón de nueve años, se hospedaban a los dos días en un hotel de Lodz, donde al bajar del tren las llevó Lubecki, y allí permanecieron los invertidos por éste en buscar y amueblar la casita donde las instaló definitivamente.

Razón tenía Sergio al confiar en Walter, pues ya no era Ana huérfana y tenía Elena un generoso y desinteresado protector: tan generoso que no consintió a la viuda trabajar, cual quería, para serle menos gravosa; tan desinteresado, que, cuando a la vista de aquella mujer (entonces todavía más hermosa que cuando se hizo dueña de su corazón), sintió que del rescoldo de su amor, siempre vivo, se levantaban nuevas llamas, fué su mayor preocupación taparlas para que no las viera Elena, ni las creyera ofensa al pobre muerto, ni sospechara, en quien vivía abrasado en ellas, ruin propósito de explotar la protección que dispensaba.

Así, durante los diez años en que subvino a las necesidades de madre e hija, cercenando la satisfacción de las propias al extremo de levantar su casa, y ponerse a pupilo en modestísimo hospedaje, por falta de medios para sostener dos casas, tuvo aquel hombrecillo expansivo, inquieto, y al parecer débil la fortaleza de resistir el ansioso deseo de hablar de amor a la que adoraba, de no hacer nada para alcanzar una felicidad que Elena creería profanación del amante recuerdo que perduraba con ferviente idolatría en su alma. Anhe-

lando verla a todas horas, no la visitaba sino una o, a lo sumo, dos veces al mes; y supo dar a su voluntad el temple necesario para que nadie vislumbrara el amor que recataba: nadie sino Elena, que lo veía clarísimo en el miedo con que rehuía él mirarla cuando ella lo miraba, en la inocente prisa con que apartaba los ojos cuando, creyendo no ser visto, los recreaba contemplándola, y de pronto tropezaban con los de ella; en la misma parquedad de sus visitas, impuesta por apartamiento sistemático.

Viendo y agradeciendo todo esto, la pobre mujer, que, incapaz de amar sino a la memoria de su muerto, adoraba, no cual si fuera un hombre, pero adoraba a Walter como a un santo, receló que de ingrata pecaba no correspondiendo en la única forma que en su mano tenía, en la sola que él apreciaría, a tanto y tanto beneficio noblemente dispensado, no solamente a ella, sino a la hija de Sergio; y aun convencida de la imposibilidad de transformar aquel afecto hondísimo a su bienhechor en cariño que jamás llegara a parecerse al que la había inspirado su marido, mortificábala la duda de si acaso éste desearía, en la mansión eterna, que con su vencimiento y sacrificio satisficiera ella la deuda contraída con su noble amigo.

Tanto y tanto pesaban en su ánimo estas cavilaciones cuando iban a cumplirse los diez años de la muerte de Sergio, que, para zanzar dudas y sosegar escrúpulos, recusó como juez de unas y otras a su egoísta amor a la memoria de él; y apreciando ya en Ana talento y juicio muy por cima de sus diez y nueve años, decidió confiarse a ella y tomarla por consejera y árbitro.

A medida que la niña crecía a mujer habíale ido creciendo, bien fomentado por su madre, el cariño rayano en culto, tan entusiasta como respetuoso, al que con ella hacía veces de padre, no hallándole otra tacha sino la de que iba a verla poco. Veía Ana en Lubecki el colmo de la bondad, conocía su talento, mas la facheja del geólogo, la viveza de su carácter y, en suma, su menguado físico, teníanla completamente ajena a idea ni aun sospecha de que en su abnegación hubiera sino hermosa caridad de quien alegre soportaba voluntarias estrecheces para que no las padecieran ellas.

De aquí que su sorpresa, su admiración, fueran grandísimas cuando, después de oír



la historia, ignorada de ella, del amor negado a Walter y otorgado a su amigo, se enteró del caso de conciencia que su madre exponía, precedido de la afirmación de estar completamente cierta de que la pasión de él seguía viviendo para su desventura; puesto que ella se sentía incapaz de compartirla.

Según Elena hablaba iba viendo su hija a qué sublime altura insospechada subía la generosidad del protector de ambas. Entonces conoció que la escasez de sus visitas era duro sacrificio, privación dolorosa de la vista de la mujer amada: mucho más dolorosa que las materiales privaciones. Entonces admiró la energía de aquel hombre, en quien nadie creería hallar un héroe de la voluntad, que enfrenaba sus más vivos anhelos para que nadie adivinara su secreto, ni Elena viera en sus beneficios egoístas caminos de ganar su amor, ni propósito de esfumar en su memoria la adorada imagen del perdido esposo. Entonces apreció la exquisita delicadeza de sentimientos de Walter, del diminuto, del pobrecito, del cuitado Walter, que a los ojos de Ana creció hasta la gigantesca altura de voluntario mártir de la amistad: no con heroísmo que en un instante da la vida, sino que para toda ella acepta martirio inacabable; y al conocerlo y desde aquel punto, veneró la muchacha en él la caridad recóndita, incomparablemente mas augusta que la visible, pues se había sostenido años y años, no a costa de físicos dolores, sino pechando con morales torturas valientemente vencidas, abnegadamente ocultadas: caridad que, por ser generosa hasta lo último, escondía la dádiva de los padecimientos que costaba.

El cariño de Ana a su padre de adopción, muy efusivo, pero un tanto infantil, por parecerle aquél un poco niño, a pesar de sus años, cambió instantáneamente al sondear la grandeza de su alma, el temple de su voluntad y al medir en toda su extensión la cuantía del sacrificio de él y de la deuda de su madre y ella.

A despecho de sus pocos años, no pecaba Ana de irreflexiva en juicios ni de propensa a partir de ligero en sus resoluciones; y, sin embargo, tal la conmovió el relato de Elena, tal la punzó su conmiseración del largo padecer de quien ella miraba como a padre, que para dar el fallo sobre las dudas y los escrúpulos que le eran consultados no sintió vacilación ninguna en cuanto

aquél le fué pedido, contestando con profunda convicción y conmovida voz:

—Estoy segura de que si con un poco de dicha pagaras, en los últimos años del pobre Walter, el amparo generoso a la viuda y la huérfana de mi pobre padre, y, sobre todo, los dolores que el respeto a los tuyos y a la memoria de él le ha hecho afrontar años y años, mi padre bendeciría tu sacrificio desde el cielo.

Pero, como en el mundo es muy frecuente, pedía consejo Elena para que se lo diera tal, que, librándola de resquemores, le permitiera proceder como ella apetecía. Contrarióle, por tanto, mucho el recibido, y para substraerse a lo que él la exigía, alegó imposibilidad de hacer feliz a Walter siendo su esposa; pues, aun queriéndolo muchísimo, conocería él no ser querido cual deseaba serlo.

—Engáñale para hacerle feliz, como él nos engañaba al ocultarnos su desdicha— respondió Ana.

—Ya ves que a mí no me ha engañado. Lo mismo me pasaría a mí: tampoco conseguiría ocultarle el sacrificio que uniéndome a él hiciera; y, por lo tanto, resultaría inútil que me sacrificara.

—No, mamá, no: la dicha es confiada; Walter es inocente, y con toda su ciencia y todo su talento es facilísimo engañarlo.

Y tenía razón la perspicaz muchacha; pues el inteligentísimo, el sapientísimo Lubbecki era tonto del corazón.

—Lo pensaré, lo pensaré— contestó la madre cortando la discusión con brusquedad que sólo malamente disimulaba su molestia de no haber hablado Ana al sabor de su deseo.

Pensándolo se estuvo larga temporada, más inquieta aún que antes, y agitada por el vano empeño de resolver el problema insoluble de si la hija habría acertado lo que en la Gloria pensaría el padre, y aumentándosele el desasosiego cuando de tanto en tanto oía, no directas sugerencias, mas sí alusiones de Ana a la desgracia de su viejo amigo; pues aunque los llevara bien, no por eso dejaba Walter de tener ya sesenta años.

Por entonces advirtió éste que las efusiones con que Ana le seguía demostrando su cariño no habían amenguado, pero sí transformándose al perder su antiguo aroma de ligera infantil espontaneidad, para hacerse más graves, más deliberadas, como nacidas de un afecto más hondo y respe-



tuoso, más seguro de cual lo merecía quien lo inspiraba.

“Se hace mujer, y expresa, como es lógico, en otra forma sus sentires”, pensó Lubecki al percatarse de tal mudanza y sorprender alguna vez la mirada de la muchacha fija en él con la veneración de quien mira a un santo, con el cariño de amatísima hija a un padre desgraciado.

Como era natural, más de una vez volvió a surgir entre las dos mujeres el caso de conciencia, y al cabo de seis meses ya iba Elena comenzando a convencerse de que debía seguir la opinión de su hija; mas sin llegar, por desgracia de Walter, a total convencimiento sino cuando, atacada de una pulmonía, y cierta ya de su cercana muerte, dijo a aquélla que le dolía morir sin haber atendido su consejo: siendo el último encargo que al morir le hizo el de pagar la deuda de ambas con devoción y amor de hija.

La grandeza de la pasión contenida años y años la leyó Ana aquella noche en los ojos de Walter, que, perdido el temor de revelar a los ya cerrados de la muerta el secreto de su inmólada vida, dejaban escapar la confesión de los amores y tormentos entre los que por ella había vivido.

Siempre ignoró que Elena había visto sus dolores, pues jamás Ana se lo dijo; siempre ignoró que a compasión de ésta debió el consuelo, tardío sí, pero consuelo al cabo, de poder dar a la que había sido su ídolo, el único beso de su vida entera consumida en amarla: beso que sólo él podía sentir, porque ella no vivía.

Pudo dárselo porque en la noche en que juntos la velaban él y Ana, vió ésta fija en su madre la mirada de Walter y adivinó con intuición del corazón el anhelo con que deseaba decir a su amada muerta, pero a *ella sola*, algo grande, muy grande, incapaz de expresarse con palabras; porque la generosa muchacha pensó entonces que el infeliz tenía bien ganado derecho a despedirse de ella, y porque obedeciendo, no a resolución deliberada, sino a impulso del alma, se salió de la cámara mortuoria para *dejarlos solos*.

Cuando regresó, pasado un rato, nada supo de aquel beso, pero sí de las lágrimas que vió todavía frescas en el rostro de Elena al acercarse a ella, y a las cuales se juntaron las suyas, que, a la par que a su madre, lloraban por la frustrada dicha del desventurado que junto a ella continua-

ba llorando, pero ya sosegado el congojoso anhelo que antes latía en su mirada.

\* \* \*

Quedó la huérfana en completa indigencia, pues todavía le faltaban dos años para terminar la carrera de médica, costeada por Lubecki como su cotidiana subsistencia; así que, desaparecido ya el obstáculo que impedía a éste vivir con quien miraba como a hija, y había menester de la cercana sombra de un padre, dejó su pupilaje, se instaló en la casa donde vivía ella y comenzaron vida en la que el respeto de Ana, que por carácter no se cuidaba Walter de exigir, era poco visible, pero profundísimo, y solamente aventajado por su filial adoración.

Así, en tranquilo y apacible vivir, pasaron para Walter tres años, hasta que uno después de acabar la muchacha su carrera, y doctorarse en la especialidad de enfermedades de la infancia, ganó por oposición plaza de médica en un orfelinato de Lodz.

Con ocasión de ello díjole entonces Walter, que, habiendo ya alcanzado la posición independiente que deseaba él tuviera, libre era y dueña de vivir cual deseara.

—¡Y cómo he de vivir?

—Como tú quieras... Si te apetece, con independencia.

—¿Me echas?

—¡Qué disparate! Pero como eres ya una mujer y yo no tengo derecho de imponerte mi criterio porque no soy tu padre...

—Verdad: No eres mi padre porque eres mucho más; tienes derecho, y lo has ganado bien a que por ti dé yo hasta la vida; y pues que todavía no me echas, no me voy.

Un abrazo del padre y muchos besos de la hija finalizaron esta escena.

\* \* \*

Ya antes de ganar su plaza en el orfelinato había sido Ana dos veces requerida formalmente de amores por galanes a quienes despenó rápidamente, sin pensar al hacerlo sino en que no eran de su agrado; aun cuando uno agradara a Lubecki, que inútilmente ponderó las altas prendas del desdénado, acompañando los elogios de juiciosos consejos dados a su pupila.



Pero como además de estos dos candidatos suficientemente decididos para ponerse en trance de ser expresamente desairados, otros pretendientes habían desistido, antes de llegar a él, de cortejar a Ana, cuando advirtieron el frío acogimiento obtenido por sus preliminares de formal asedio, cobró ella fama de fría y de orgullosa que durante algún tiempo la privó de adoradores hasta la llegada a Lodz de un nuevo catedrático de botánica con grandes méritos científicos y brillante porvenir, pues no contaba sino treinta años: Boleslao Bopp, que a poco de llegar trabó amistad estrecha con el Rector (Lubecki), cuyos entusiasmos por el saber del nuevo subordinado aprovechó éste para frecuentar su trato y casa, con pretexto de consejos y dirección que decía menester, y por las muestras a menudo, para guiar su inexperiencia en unas investigaciones sobre la procreación de los vegetales a grandes distancias.

No demasiado aprisa, pues no era hombre irreflexivo ni precipitado, ni claramente, pues de franco no pecaba; sin exponerse a desaires, para su orgullo intolerables; sin hablar, y hasta poniendo cauta prudencia en el mirar, supo arreglárselas de modo que ni a Walter ni a Ana les cupiera duda de que sólo de ésta dependía aprovechar la suerte que se le entraba por las puertas.

De perlas le parecía al tutor la proporción; y pensando que si tardaba Bopp demasiado en franquearse era por estar ella excesivamente reservada, llegó un día a reprehenderla su sequedad con aquel "buen amigo", que sería sensible se ofendiera.

—Más le ofendería—contestó Ana, yendo derecha al fondo del asunto—si con irreflexiva amabilidad le diera alas para pedir lo que no he de concederle.

—¡Ah!

—No te hagas de nuevas. Tan visto lo tienes como yo, pues a no haberlo visto no te habrías enterado de mi frialdad, que siento te moleste, porque no puedo ni entibiarla siquiera.

—No lo comprendo. Bopp es un hombre de muchísimo talento.

—Lo reconozco. Pefo en ese aspecto tus entusiasmos le compensan ampliamente de mis frialdades, y tu opinión será para él de mayor peso que la mía.

—Joven.

—Es cierto... Pero no creo que en eso

veas mérito relevante ni exclusivo, porque otros son más jóvenes.

—Vaya una salida... Además es guapo.

—No digo que no.

—Simpático.

—Ahí cesa ya mi asentimiento y aun mis dudas: a mí no me lo es.

—No sé qué quieres.

—Nada, papá. Si yo no puedo querer menos, porque no quiero nada.

—Subirá muy alto.

—¡Más!... Porque, según él mira a todos, debe haberlo subido ya bastante alto el humo que lleva en la cabeza.

—En ella tiene algo más sólido.

—No lo niego; pero a mí no me lo deja ver el humo.

—Está visto: le tienes injusta antipatía, que deploro, porque es un hombre de gran valer y lisonjero porvenir, porque tú tienes ya veinticinco años, porque yo ya soy viejo y...

—No: tienes años, pero no eres viejo.

—... y cuando me muera me moriría más tranquilo dejándote...

—No hablemos de muerte, y en cuanto a tu tranquilidad, no sé por qué teniendo yo, gracias a ti, una carrera que me permite no mirar el matrimonio como fatal necesidad, y no pensar en él sino siendo muy a gusto, te preocupa tanto casarme a toda prisa.

—No, tú no te das mucha. Va a ser cosa de creer lo que dicen por ahí.

—¿Que soy una vanidosa o un marimacho a quien no le gustan los hombres?... Ni vanidosa ni marimacho, y de que ninguno me haya gustado hasta hoy no puede deducirse nada con respecto al mañana. Aunque el no haber hasta ahora hallado quien para marido me agrade parece indicio de que efectivamente no me gustan los hombres.

—No te fíes. Yo también estuve muchos años creyendo que me eran indiferentes las mujeres, hasta que casi a los cuarenta me sacó una de mi error... ¡Dios te libre, hija mía, de llegar a saber por experiencia propia que amor tardío suele traer amarguras en lugar de dichas!

Aquel quejido arrancado a Walter por el recuerdo de remotos dolores, que él no podía sospechar fueran conocidos de Ana, llenó de agua los ojos de ésta, que, vista por aquél rebotante en ellos y a punto de



fluir en lágrimas, le hizo preguntar:

—¿Qué te pasa, hija mía? ¿Por qué lloras?

—Porque me apena—contestó ella, min-

tiendo para ocultar que sabía el secreto del anciano—tu empeño de apartarme pronto de tu lado.

—¡Qué disparate! ¡Qué atrocidad!

### XIII

#### DONDE LO ABSURDO SE HACE REALIDAD

El botánico, que, según con razón decía Lubecki, no era ningún tonto, no tardó en comprender que sería inútil pretender a Ana, no cesando por ello en sus visitas a casa del Rector; mas con prudencia fué separándolas a más largos intervalos: no en seguida, ni antes que la terminación de aquellos científicos trabajos las hiciera innecesarias. Las anteriores y siempre veladas insinuaciones a la muchacha fueron muy paulatinamente atenuadas, y por fin suprimidas, procediendo en lo uno y en lo otro con tan sutil habilidad, que al cabo de algún tiempo dudaba Walter si se habría engañado al interpretarlas. Por de contado, la actitud del de los humos con el tutor y la pupila no revelaba en él molestia ni resentimiento alguno.

Al poco tiempo Lubecki, que, a pesar de su facha, había tenido siempre resistencia de roble y una salud de hierro, tuvo una grave enfermedad. No siendo esto lo peor, pues escapó, aunque estuviera cerca de quedarse en ella, sino que tras larguísima convalecencia, y aun ya después de reanudar sus tareas habituales, quedó tan resentido, que había menester de solícitos y constantes cuidados de su hija de adopción.

Casi un año llevaba en tal estado, con muy vivas inquietudes de Ana, cuando al verlo ésta volver un día de la Universidad más tarde de lo acostumbrado, la asustó su descompuesto semblante; y al inquirir la causa, oyó asombrada:

—No vengo malo, no. Pero es mucho peor... Algo que... que en adelante nos obliga a vivir separados.

—¡Separados!... No puede ser... ¿Que nos obliga!... ¿Por qué?

—No puedo decírtelo, hija de mi alma; porque... porque sería risible si no fuera tristísimo... Pero tú, que sabes cuánto te quiero, comprenderás que si lo callo es porque debo, y si te digo que es preciso sepa-

rarnos, te harás cargo de que es porque no hay otro remedio... No, no me pidas explicaciones: no puedo dártelas.

—¡Separarme de ti!... De ningún modo... Y ahora que estás enfermo, menos.

—Hija mía, no me obligues a exigir obediencia a tu respeto; atiende a la súplica de mi cariño, que no quiere, que no puede querer sino tu bien.

—Ni mi cariño puede atender súplica, ni mi respeto obedecer mandato de abandono.

—No me fuerces a hablar. Bástete mi palabra de que si hablara me darías la razón.

—No, no te la daría. Sea la que quiera la que tengas, siempre me parecerá tan doloroso como infame dejarte solo cuando me necesitas más que nunca.

—Vaya, no hay más remedio: tengo que manchar tus oídos con la inmundicia vileza de ese infame mundo donde puede inventarse, acogerse y propagarse como explicación a tus desdenes a cuantos te han pretendido una monstruosidad que mancha por igual mi honradez y tu pureza.

—¡Imposible, imposible!... ¡Qué monstruosidad, qué infamia!

—Perdóname, hija mía... No quería decírtelo... Pero me has obligado. Era preciso hacerte obedecerme... ¡Qué vergüenza, que nosotros tengamos que hablar de esto!

—¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza!—repetía ella, llorando en una silla con la cabeza entre las manos.

—Perdóname, perdóname.

—¡A ti! ¿Qué tengo yo que perdonarte a ti?

—Este disgusto horrible... Ya lo ves: no hay otro medio de defender tu honra... ¿No me contestas?

—Déjame ahora; déjame acostumbrarme a la idea de esa separación; déjame convencerme de que todo, todo, hasta lo más sagrado, hasta la paz de los últimos años



del más bueno de los hombres y el cariño y el deber de una hija, hayan de ser sacrificados a una vil calumnia.

—Sí, Ana, sí; es muy malo este mundo, que mi estúpida candidez se empeñaba en creer bueno. ¡Malo, muy malo! Es muy fuerte, hija mía, muy fuerte la calumnia.

—¿Más que el deber?

—¿El deber? Aquí no hay más deber que el que yo tengo de velar por tu honra.

No pudo Ana contestar sino arrojándose a los brazos de Walter, y llorando, llorando, mientras el pobre viejo la besaba en la frente y también derramaba silenciosas lágrimas; hasta que, comprendiendo que aquel enternecimiento no podía prolongarse sin quitarle las fuerzas necesarias para el sacrificio, y que ni Ana ni él estaban de momento en estado de arreglar los materiales preparativos de la separación, la condujo a su cuarto, en donde la dejó, recomendándole se tranquilizara para hablar luego con serenidad.

Ella se dejó llevar como una niña, y en cuanto estuvo sola comenzó su memoria a evocar, para mostrarla a la conciencia, la vida entera de bondades, abnegación y sacrificio del nobilísimo Walter, que la había servido de padre, para quedarse sin su hija al final de la vida.

El rudo batallar entre las sugerencias de su espantado honor y los impulsos del cariño y la conciencia, dilató por dos horas la resolución que a la postre adoptó; con firmeza que se leía en su mirada al salir de su cuarto, entrar en el de Lubecki y sorprenderlo de bruces en la cama, con los brazos sobre ésta y la cabeza en ellos escondida.

—Walter—dijo al entrar, vibrándole la voz con la emoción, pues no se le ocultaba que era toda su vida, todos sus venideros años los que inmataba para pagar el sacrificio de los pasados años de la del pobre anciano—, Walter, ya está todo arreglado.

—¿Qué dices?

—Que casándonos queda a salvo mi honra.

—¡Estás loca! Mírate, y mírame.

—No se trata de eso. Sino que únicamente haciendo creer al mundo que soy tu mujer puedes seguir siendo mi padre.

—Gracias, gracias, hija de mi alma... Pero ¡qué absurdo, qué absurdo!... Además, te equivocas; porque si fuera yo tan insensato que aceptara tu heroico sacri-

ficio, no haría sino dar la razón a los calumniadores.

—La calumnia ya vuela, y ya no hay quién la ataje: *la levantó el despecho*, y le da alas la malevolencia; mas lo pasado es preciso mirarlo como ya irremediable.

—Pero no a lo pasado solamente, sino a lo por venir hay que temer.

—Será un escándalo, se comentará, nos pondrán en la picota, nos despedazarán durante algunos días; pero en seguida callarán y nos olvidarán... Y con el tiempo puede que hasta el recuerdo de la calumnia sea olvidado.

—No, de ningún modo. Tu abnegación es tan sublime como absurda.

—Pues, entonces, resignate a que sigan calumniándonos. Y piensa que no amparar mi honra con tu nombre será entregarme a los calumniadores, porque yo estoy resuelta a no dejarte.

—Es preciso, Ana, es preciso separarnos. Te lo mando.

—No te obedezco... No creo que emplees la violencia para echarme; pero aun cuando así fuere, volvería.

—¡Insensata, insensata! Este disgusto que me das es todavía mayor...

Baldíos todos los argumentos y reflexiones de Walter para convencer a la generosa muchacha de lo descabellado de su propósito, no hay por qué recoger sino el que cual razón suprema adujo en último término, diciendo:

—Reflexiona, hija mía, que mañana puedes encontrar un hombre que te llegue al corazón, y verte entonces tan encadenada como por un verdadero matrimonio; pues esa desatinada farsa de boda tendrá valor civil y sacramental fuerza, porque sólo para nosotros sería una ficción.

—No habiendo hallado ya ese hombre, no es de creer lo encuentre.

—¿Qué sabes tú, criatura?

—Además, aun sin la necesidad que nos crea esta infamia, yo tengo hace tiempo decidido no casarme en tanto tú me necesites.

—Faltaría que lo aceptara yo. ¡Qué locuras! No sabes lo que dices.

.....

La discusión, finalizante en absoluto desacuerdo, fué reanudada repetidas veces durante tres días, alguna provocada por Ana, reprochando a Walter que por su culpa se-



guirían manchándola los calumniadores, y sin que él viera medio de reducirla a la separación ni supiera qué camino tomar al ver lo real de su categórico propósito de no salir de allí sino sacada a viva fuerza. Y ni aun así, pues persistía en que si la echaba volvería.

A los tres días se rendía Lubecki, convencido de no tener su voluntad, sin duda decaída con los años, temple bastante para luchar con aquella otra voluntad más joven y más firme: siendo lo peor que al rendirse lo hacía asustado de si en su rendimiento tendría alguna culpa debilidad nacida del egoísta afán de no perder a su querida hija, y que lo atormentaba aquella idea de que algún día encontrara Ana hombre capaz de llegarle al alma. Pero sobre este extremo se decía en su inocencia: "Vigilaré, vigilaré constantemente; y si llegare ese hombre, lo veré, y le confesaré esta farsa, y le haré comprender que quien tiene mi edad y mis achaques no puede durar mucho."

Pero no sabía él cuánto se engañaba en lo último; pues si los años eran enfermedad incurable que no podía sino agravarse, de los achaques se vió libre en poco tiempo, volviendo a disfrutar la salud envidiable que siempre había gozado.

Innecesario es decir que la vida y las relaciones familiares entre Ana y Walter en nada variaron con la boda. El, mimado por su hija de adopción, se sentía tan feliz como antes lo había sido; ella, sin otro amor que el filial en el alma, estaba satisfecha de sí misma: felicidad que en esta perecedera vida no gozan muchos, por ser raro alcanzarla antes de llegar a otra donde no tienen nubes la dicha ni el deber dolores.

Pero corrido un año, parecióle a Ana, y al poco tiempo no le cupo duda, que Walter estaba a ratos preocupado, triste con gran frecuencia, melancólico siempre; y suponiendo causada tal mudanza por disgustos habidos en la Universidad o fracasos experimentados en el laboratorio, lo interrogó, negando él, no sólo la tristeza, sino realidad a la preocupación; y comenzando desde entonces a fingir forzado buen humor (por de contado mal, pues no era ducho en fingimientos) y extemporáneas alegrías, que, lejos de engañar a Ana, la hicieron insistir en sus preguntas, hasta arrancarle confesión de ser cierta la tristeza y producida ésta por arrepentimiento de haber encade-

nado los veinticinco años de ella a los sesenta y siete de él.

Como la explicación era verosímil, la creyó, y empleando su innata discreción, puso todo empeño en ahuyentar aquellos nubarrones de la mente y la conciencia de Walter. Pero a los pocos días oyó a éste una broma sobre su mutua situación, poniéndose a sí propio en ridículo con dureza sarcástica, que, disonándole a Ana en labios de quien jamás hizo víctima a otros de la acritud con que hablaba de sí, la hizo notar tan alarmante dejo de amargura bajo el tono festivo y aun burlón de la frase, que la incitó a observarlo disimuladamente, con deseo de que la observación desvaneciera una absurda sospecha que la asaltó en aquel momento.

Mas la sospecha no se desvanecía, pues varias veces en unos cuantos días sorprendió miradas que cuando Walter creía no eran vistas posaba en ella; aunque no consiguió ver la expresión de ellas, que huían en cuanto Ana levantaba la cabeza. Pero queriendo a todo trance saber a qué atenerse, se arregló una tarde de modo que cuando él creía no ser visto lo espiaba ella en un espejo, frente al que a intento se sentó, y en el cual vió mirada y rostro con la tristísima expresión de quien contempla un ansiado y adorado imposible.

La sospecha no era cavilación, lo increíble era cierto, y lo veía: Walter, que, a seguir viviendo cual vivía antes de la infame calumnia, jamás la habría mirado sino como niña con quien hacía veces de padre, la miraba ahora como mujer, más todavía, pensaba que era *su mujer*, y estaba enamorado. ¡Qué chochera! No la quería ya, la amaba; mas le daba vergüenza, y escondía su amor. ¡Qué chochera!... ¡Y qué desgracia!

Ana había visto bien. Aquel corazón niño, lleno en la juventud de amor que jamás recibió correspondencia, amaba ahora en el cuerpo de un viejo: tan viejo en años como mozo en sentires.

No cabía duda, no; y al convencerse de ello, la muchacha recordaba consternada la frase que en otra ocasión le había oído a él: "Amor que llega tarde no es amigo, es verdugo", y para sí monologaba:

—¡Pobre Walter! ¡Infeliz, infeliz! No he conseguido sino hacerlo más desgraciado que lo habría sido separado de mí... El era quien tenía razón, yo la equivocada: fui una insensata... Pero ¿quién puede prever



lo inconcebible ni precaverse contra lo absurdo? Yo una insensata entonces, y ahora él otro insensato. El veía claro entonces, y yo no le hice caso; y ahora veo yo claro, después que el mal es ya irremediable. ¡Triste sino el de ese desdichado! ¡Triste predestinación la de poner siempre su amor en imposibles! ¡Y qué funesto estigma el de las mujeres de mi casta! Mi madre le envenenó la vida hasta llegar a la vejez; ahora soy yo el veneno de sus años viejos.

.....

En cuanto Ana se persuadió de la desgracia, dos, no uno, fueron los preocupados en aquel hogar.

Veía ella el padecer de Walter, y pensaba que el pasado heroísmo con que cuando era aún joven y fuerte supo callar su amor a Elena, cobraba fuerzas, hallaba alivio y evitaba agudas crisis rehuyéndola, alejándose de ella, viéndola solamente allá de largo en largo; mientras que el reprimido anhelo, el disimulo, la renunciación de ahora, eran padeceres cotidianos; más todavía, torturas de todas las horas; porque de ella no podía alejarse, y porque su presencia lo martirizaba sin descanso ni tregua.

Al poco tiempo se habían cambiado ya las tornas, siendo él quien inquiría las causas de la tristeza que negaba ella. Hasta que, desistiendo de seguir preguntando, dijo a Ana:

—No es necesario que contestes: sé lo que es, y es natural, y había de suceder. Fuiste una loca, y yo archiloco: no, imbécil, culpablemente imbécil. Dios me castigará. Ya me está castigando.

—¡Castigarte a ti Dios! ¡A ti, que eres...

No acabó Ana la frase, porque Walter se había marchado al acabar las suyas.

.....

Los días eran tan largos, que no se acababan para Walter ni Ana. Asustados de la vida que se habían creado, apenas cruzaban la palabra, porque él temía venderse, y ella no quería dejar ver que había adivinado; y el terrible embustero secreto que los dos sabían y los dos callaban, siempre presente entre ellos, preocupados con ocultárselo mutuamente, era continuo torcedor de ambos.

Las noches, que el insomnio prolongaba,

eran no menos largas que los amenazantes días que los aguardaban al despertar del breve sueño.

Una semana haría que Ana *había visto*, cuando una noche fué tan abrumador y doloroso el mutismo de los dos en la silenciosa cena, que los tristes pensamientos de la muchacha le hicieron olvidarse de pedir el beso que en la frente recibía a diario de Walter al despedirse de él hasta el día siguiente.

No advirtió la omisión hasta estar en su cuarto arrodillada ante el crucifijo que oía sus cotidianas oraciones, y después ya de haberle dicho acojonada: "¡Como mi madre, Señor! ¡Como mi madre!"

Entonces recordó que no se había despedido del anciano, engendrando el recuerdo un impulso de conciencia tan borroso y confuso, que, no acertando el pensamiento a traducirlo en idea, y resistiéndose la flaca voluntad a convertirlo en propósito, turbó su alma; y sintiéndose torpe y sintiéndose débil, alzó los ojos, pidiendo silenciosa al crucifijo inspiración o fuerzas.

Algo muy grande debió decir al alma que con afán lo interrogaba el Salvador muerto por caridad; pues levantándose de pronto, corrió Ana al despacho, y llamando a Lubecki, no papá, cual solía, entró en aquel gritando:

—¡Walter, Walter, que hoy no nos hemos despedido!

—Es verdad—contestó el viejo, levantándose resignado a sufrir el tormento, al que ya creía haber escapado aquella noche, de dar a la mujer a quien adoraba, no como hija, sino cual mujer, *a su mujer*, un tibio y formulario beso de padre.

Pero se equivocaba; pues al acercarse a ella e inclinar la cabeza en busca de la frente, no fué la frente la que halló, sino los labios de Ana, que lo besaban ¡en la boca!

Estupefacto, enajenado, no pudiendo creer fuera verdad dicha tan grande, tuvo, no obstante, la energía de dominarse y resistirse a la evidencia, gritando tembloroso:

—Ana, ¡por Dios, por Dios! Esto no puede ser. ¿Qué quiere decir esto?

—Que soy tu mujer. Que quiero serlo.

—Ana, Ana mía... No, no... Es mentira, no quieres...

—Sí, sí.

—No puedo más. No puedo soportar esta dicha. Me ahogo, me ahogo... Es mentira, es mentira.



Efectivamente, Walter desfallecía, teniendo ella que sostenerlo y llevarlo a un sofá, donde sentándose a su lado y estrechándolo entre sus brazos, como una madre fuerte abraza al niño desvalido, le decía:

—No, no es mentira, Walter. Te quiero, te quiero, y mi mayor afán es que a mi lado seas feliz.

Y a la par pensaba: "Ya están totalmente satisfechas las deudas de mis padres y mías."

—Pero ¿es posible que tú me ames?

—Sí, te amo—contestó, esforzándose la valiente muchacha para decir lo que creía

mentira y no lo era, pues caridad es el más alto y desinteresado de todos los amores.

\* \* \*

Pasaron años, y Ana siguió engañando a Walter, fingiendo lo que tantas y tantas fingen en el mundo a sus viejos esposos por ambición, por vanidad o codicia, sólo que el móvil era mucho más alto en ella, y con satisfacción veía que, como tiempo atrás había dicho a su madre, era muy fácil engañar a Walter.

## XIV

### VUELVE EL "AMÉRICA" AL MATERNO SENO

Poco más de un año antes de recibir Arteijo la angustiosa demanda de socorro de la comisión polaca, había ésta salido del puerto de Dantzig para realizar la nonagésimatercera de las expediciones de boreal investigación geofísica realizadas con posterioridad al descubrimiento por Peary del polo norte en 1909. Expediciones que, aunque siempre penosas por razón del clima, y no exentas de múltiples riesgos, no eran ya tan temibles como las que en el siglo XIX y aun en el XX ocasionaron numerosas catástrofes y muchísimas víctimas (1).

Nansen, de una parte, ideando la extraña forma de su barco Fram, poco airoso, poco elegante y nada marinera, pero originalísima y hasta genial atendida la finalidad con ella perseguida, había descubierto el modo de librar a los buques durante las inacabables invernadas del peligro de aplastamiento entre moles de hielos:

(1) La larguísima lista de catástrofes ocurridas a los exploradores polares, puede verse en el artículo "Polo" de cualquier diccionario enciclopédico. Por eso no creo oportuno insertarla. Pero a dichos conocidos siniestros que el objeto científico de las expediciones hizo conspicuos se suman innumerables de balleneros, solamente conocidos por los armadores de los barcos y las familias de las víctimas, como no sea alguno que otro que por el gran número de las que en ellos perecieron se ha conservado en la memoria de los hombres de mar.

Tal entre ellas la que en 1871 sorprendió a toda la flota ballenera americana, de treinta buques, que, sin salvarse uno, fue estrujada entre los hielos.

el más temido de los navegantes, por constituir amenaza de toda hora durante varios meses, y al cual son imputables no pocos conocidos desastres de osados exploradores y muchos ignorados de atrevidos balleneros (1).

(1) Con posterioridad a la expedición en que Fridtjof Nansen cruzó la Groenlandia, pensó en intentar llegar al Polo Norte o aproximarse cuando menos a él más que los exploradores que le habían precedido en tan temeraria empresa, ocurriéndosele, al examinar las dificultades de ella, que, descartada la existencia de un mar libre de hielos, con que muchos soñaron en torno del Polo, la llegada a éste había de intentarse marchando sobre el helado Océano Polar, y llevando las provisiones en trineos. Mas como atestiguaba la experiencia que al llegar a muy altas latitudes era imposible a los buques continuar navegando hasta alcanzar paraje cuya distancia al polo permitiera recorrerla en aquella forma, tuvo la original idea de que no el buque, sino los hielos sobre que éste invernara, fuesen los que se aproximaran al polo en términos de hacer posible la llegada a él andando.

Esta idea no fué una ventolera del ilustre explorador, sino nacida de su conocimiento de que en junio de 1881, había naufragado el yacht La Juanita por aplastamiento entre los hielos, a causa de una convulsión de éstos, análoga a las que describimos en otra nota de este libro. La catástrofe había ocurrido cerca del Archipiélago de Nueva Siberia, y tres años después restos de aquel buque, de cuya identidad no había duda, habían sido arrojados a las costas occidentales de la Groenlandia a no pocos miles de kilómetros del lugar del naufragio.

De ello dedujo que indudablemente había de existir en el Océano Boreal una corriente desde Nueva Siberia a América, la cual debía pasar relativamente cerca del Polo en la que habría de



De otra parte, los progresos de la navegación de superficie, los de la submarina, especialmente estudiada por Mister Lake en su aplicación a las exploraciones polares, y cuyo pleno perfeccionado desarrollo, aunque no en esta Tierra, es conocido de quienes en *El Mundo-Sombra* hayan leído el viaje de Sara Haig bajo la helada corteza del nocto-hemisferio del planeta Venus, habrían reducido las dificultades de los viajes en altas latitudes: todavía más facilitados por la combinación *hidroaeronáutica*, que a finales del siglo XX había realizado colosales avances.

rivado el banco de hielo, sobre el que había quedado despedazada La Juanita, basando en esto un atrevido e ingenioso proyecto calificado de descabellado por cuantos prácticos lo conocieron; pero que al cabo llevó a su autor más cerca del polo que a ninguno de sus predecesores. He aquí en qué consistía:

Llegar en un buque a los lugares donde se perdió La Juanita, dejarlo aprisionar por los hielos, invernando sobre éstos, los cuales lo *arrastrarían verosíblemente hacia el norte*, siéndolo ellos a su vez por la presumida corriente, y cuando se llegase suficientemente cerca del polo, y la estación lo permitiera, emprender la segunda etapa de la expedición con trineos y patines de nieve.

¿Pero y si su barco corría la suerte de La Juanita, y de tantos otros como habían padecido la misma...? En la contestación que a esta pregunta dió Nansen escribía el principal mérito, no del hombre resuelto y decidido que iba a jugarse la vida y a desafiar espantosas penalidades, sino del pensador prudente y sesudo, y de su perspicaz ingenio, que contra aquel accidente se precavía ideando un barco que *no pudiera ser estrujado por los hielos*, dándole para ello forma redondeada por todas partes, sin salientes ni entrantes ni ángulos, donde los empujes cebaran, y que al experimentar éstos *fuera escupido por ellos a lo alto, resbalando sobre las superficies de las masas compresoras*.

Entre unas tenazas cojan ustedes, por ejemplo, una bola de billar, pero aplicándolas no a la parte más ancha de ella, y al apretar la verán escapar al apretón. Esto era lo que pretendía Nansen conseguir con su Fram, y lo que consiguió después de construirlo, haciendo oídos de mercader a burlas y chacotas de todos los marinos durante la construcción, las cuales arrojaron cuando botado al agua vieron su traza y corte nada marineros: ¡Un barco que parecía no tener proa ni popa!

El Fram estaba preso hacía ya tiempo y totalmente envuelto por los hielos que ocultaban sus formas, haciéndole parecer un montón de nieve: coraza que el invierno fué endureciendo más y más, y engrosando hasta darle muchos metros de espesor. Los chasquidos del banco helado aumentaban en intensidad y frecuencia de día en día y todo indicaba la aproximación de un cataclismo que rompería y trastornaría aquella masa. ¡Jus-

Además, en tal combinación, barcos, aviones y dirigibles gozaban gran libertad y soltura de movimientos, debidas a la transmisión aero-eléctrica, sin alambres, de fuerza mecánica que, a grandísima distancia, permitía prescindir de transportar combustibles. A no ser en escasa proporción para caso de avería de los motores eléctricos de las marinas o aéreas naves, normalmente impulsados por las fuerzas lanzadas al espacio, en las direcciones necesarias, desde las centrales de los países habitados.

Por último, la fácil comunicación radiotelegráfica y radiotelefónica mantenía a los

tificaría el barco, llegado tal momento, las previsiones del que lo había trazado?

Personas de gran autoridad, gentes expertas en las invernadas polares, habían asegurado que un buque apresado por completo entre los hielos quedaba tan sólidamente encastrado, tan soldado a la masa de éstos en el interior de ella, que venía a ser como una parte de ella misma, y que en cuanto esta comenzara a moverse y a empujar con antagónicas presiones, nada podría salvar a la nave de quedar hecha yesca al apretarla el colosal estrujón.

Como el estrujón se aguardaba para breve plazo, se tomaron precauciones para escapar del barco, si éste no respondía a lo que Nansen esperaba de él, sacando afuera provisiones, utensilios, etcétera, y llevándolos a una casa de hielo hecha sobre el mismo a prudente distancia de aquél.

Y el estrujón llegó, con tonante estruendo de choques y chirridos, con desnivelamientos y resquebrajaduras de verdadero terremoto...

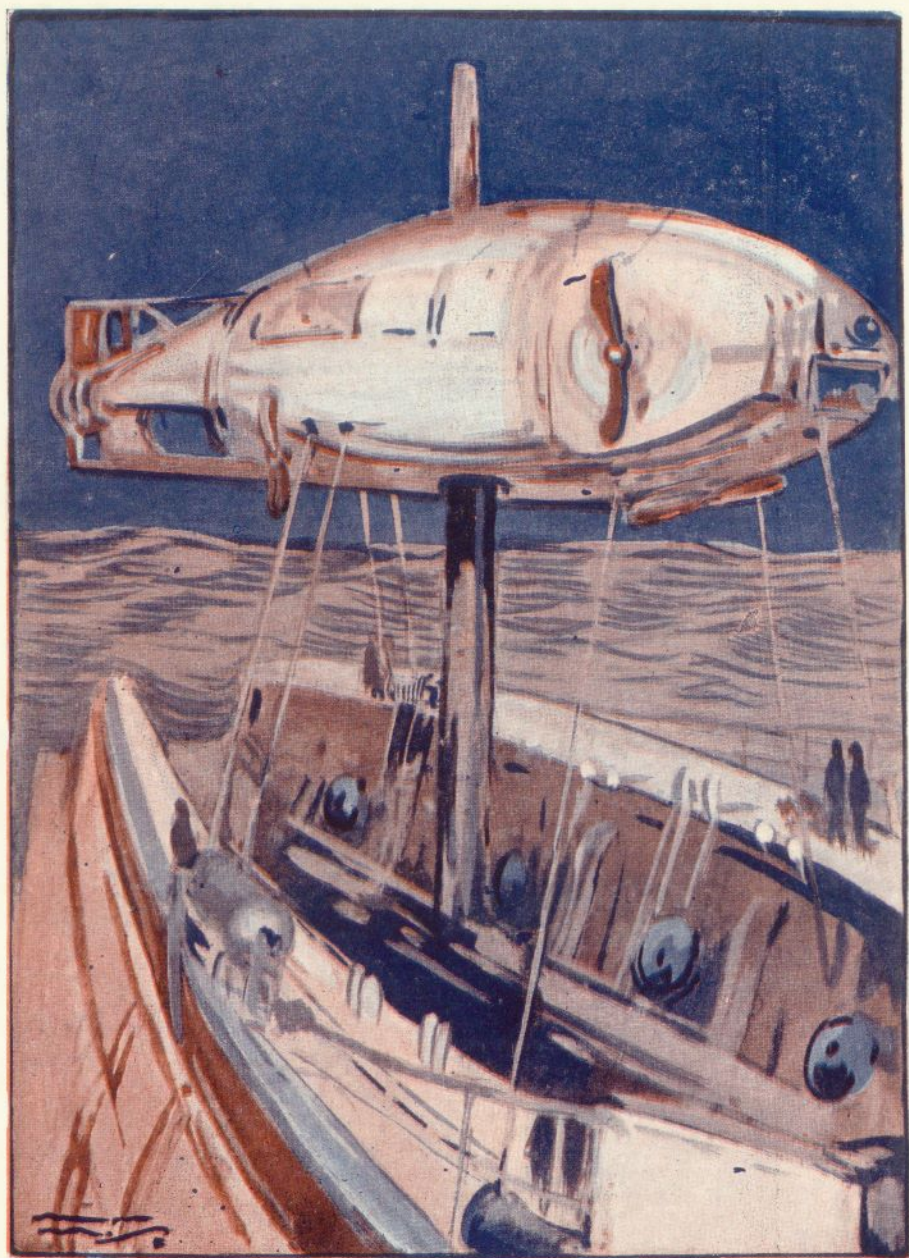
Las maderas del buque comenzaron a crujir siniestramente y un estremecimiento corrió por su armazón de banda a banda, de proa a popa; los tripulantes subieron todos a cubierta dispuestos a escapar cuando pudieran, y al salir vieron que los hielos subían alrededor del Fram, amontonándose unos sobre otros, en inestables murallones amenazantes de próximo desplome sobre él. El estruendo era espantoso, los estallidos de las fracturas de las enormes moles cristalinas, ensordecedor.

Los montones subían despacio, pero incesantemente, dominando el buque y *acercándose a él* por todas partes, deslizándose sobre las lisas superficies sobre que resbalaban. No parecía haber posible salvación... El barco se quejó con chasquidos de desgarramiento, y vibró al extremo que sus aterrados tripulantes vieron temblar sus mástiles.

Pero aquello no era el temido aplastamiento, sino el esfuerzo con que la robustísima y ágil nave se substraía a las tenazas que la comprimían, y resbalaba hacia afuera y a lo alto escapando al estrujón.

Cuando el movimiento de los hielos cesó, el Fram estaba encima de los cerros de hielo que intentaron aplastarle, y por debajo de él se veía el molde en hueco del lugar que durante meses había ocupado su casco.





Seis tornos pusieron en seguida tensas las maromas, obligando al globo a colocarse bien a plomo sobre la cavidad del barco donde había de ajustarse.







viajeros en comunicación constante con el mundo habitado, en vez de dejarlos perdidos meses y años en las soledades polares.

No es, pues, extraño que los sabios cultivadores de la geofísica, la meteorología y la oceanografía, la botánica y la zoología polares, menudearan hacia el año 2000 los viajes de estudio: que, gracias a tan potentes medios, eran no sólo menos peligrosos, sino hasta relativamente cómodos en comparación con los de antaño, únicamente realizados por sus precursores a fuerza de energía y a prueba de indecibles padecimientos; pues, según nos harán ver la vida y hechos de los viajeros del Iberia, los progresos de la ciencia daban ya medios de defensa que aquéllos no tuvieron contra el gran enemigo del hombre en las altas latitudes: el frío, el terrible frío de hasta cincuenta y más grados bajo cero.

\* \* \*

Los geólogos polacos iban a explorar los glaciares groenlandeses más cercanos al polo en busca de ejemplares, según indicios menudeantes allí, de fósiles procedentes de las épocas en que aquellas tierras, sepultadas después por muchísimos siglos en hielo y nieve, se engalanaban con flores de plantas y eran holladas por animales de

especies que ni brotan, ni medran, ni siquiera nacen sino en países tropicales, y en las que pululaban en aquellos mares algas, diatomas y corales, hoy solamente hallados en los mares cálidos de la zona tórrida.

El objeto final perseguido con la recogida de abundante y variada colección que se deseaba reunir de botánicos y zoológicos cadáveres de muchas centenas de siglos atrás, era ver de fallar el enconado pleito geológico—los sabios toman estas cosas muy a pecho—de si una o varias veces cayó sobre nuestro mundo el manto de hielo que, en tiempo o tiempos cuya lejanía no cabe sea medida en años, lo cubrió en toda o casi toda su redondez; de si a uno o a diversos sudarios de la Tierra pertenecieron los desmesurados pedazos que como restos de él o ellos perduran todavía en los casquetes polares, en Siberia, en las costas septentrionales de América; los sueltos jirones desgarrados constituidos por ventisqueros, heleras y glaciares de los Andes, el Himalaya, la Escandinavia; las menudas vedijas de los de los Alpes, de nuestros Picos de Europa, de los Pirineos, Sierra Nevada... Y hasta soñaban, y esto, mucho más arduo, era ya casi temerario, con averiguar, de ayudarles la suerte, cuándo se heló el mundo y fijar al acontecimiento fecha no discrepante de la verdadera en más de diez o quince mil años: error de escasa monta en

Diez meses después de la partida (marzo de 1895), el Fram, arrastrado por el hielo en donde reposaba, había derivado hacia el polo cinco grados de latitud, hallándose a los 84 y a 666 kilómetros de él.

¡Dos hombres solos! Nansen y el Teniente Johansen, salieron de él con los trineos y los perros para lanzarse en demanda del polo.

El barco continuaría derivando y volvería por sí a Noruega, si es que no naufragaba. Ellos quedaban en las inmensas soledades glaciales, y al final de su hazaña intentarían volver al mundo habitado, sin otra ayuda que sus heroicas voluntades, ni otro amparo que Dios.

Y Dios los ayudó, y volvieron, aunque pareciera increíble.

Partieron al comienzo del día o verano polar, voces sinónimas en aquellas regiones. En abril llegaron a los 84° 14', al punto más cercano hasta entonces alcanzado por explorador alguno. Ciertos de que hasta el polo, para el cual no faltaban sino 200 millas, sólo había hielo y más hielo, y comprendiendo que de intentar llegar a las tierras más próximas (Archipiélago de Francisco José) antes de que la terrible noche invernal les sorprendiera desprovistos de cuanto es menester para defenderse de ella, decidieron regresar; pues de cómo podría ser el invierno daban muestra los cuarenta y cinco grados bajo cero que en abril padecieron, durmiendo al aire libre

metidos en sus *sacos cama*, rígidos por el hielo, y aun durante el día al sol, que ya se ve servía de poco.

Pero no consiguieron su propósito, pues se vieron obligados a invernar en una reducidísima choza excavada en el hielo, y sin poder salir al exterior en meses. Ya no tenían trineos, los perros habían muerto o se los habían comido ellos. Allí vivieron de una foca y unos lobos cazados antes de enterrarse. La temperatura dentro de la cueva era de 24 bajo cero.

En mayo de 1896 volvieron a reanudar la marcha de regreso, y en el mismo mes se encontró Nansen *inopinadamente*, en medio de la llanura helada, al Dtr. Jackson-Harmsworth, de una expedición americana que hacía investigaciones científicas en el Archipiélago de Francisco José; estaban salvados. Ya no llevaban consigo sino sus personas.

Quiénes no creen en la Providencia, dirán que fué casualidad; pero pocos serán quienes no vean patente la protección que dispensaba Dios a los dos héroes, cuyas penalidades y peligros en aquellos catorce meses transcurridos desde la salida del Fram deploramos no quepan en este libro... Aparte que no hay por qué contarlas en él, puesto que ya lo han sido.

En agosto desembarcaban del Winward en el puerto de Wardo (Noruega) antes que el Fram que no arribó al mismo puerto sino una semana después.



geología; pues dicho lapso es breve etapa en la vida de este vetusto Globo.

Habiendo la Comisión de investigar extremos susceptibles de conducir a conclusiones adversas o corroborantes de unas célebres hipótesis con que el eminente Lubbecki había impresionado al mundo sabio en un discutidísimo libro, de su peso se cae que, aun siendo viejo y pareciéndole a Ana muy mal tal aventura, no podía él, ni menos aún quería, excusar su personal colaboración; y de prestarla, *ipso facto* recaía en él la presidencia, que su alto renombre no permitía le disputara nadie.

Mientras la expedición estuvo todavía en "veremos", hizo su mujer cuanto pudo para aguarle el entusiasmo; pero tan luego fué serio proyecto, desistió de disuadirlo de tomar parte en ella; pues sobre afirmar él, no sin razón, que a pesar de su edad estaba fuerte como una encina vieja, que las investigaciones no durarían más de año y medio, y que los exploradores irían pertrechados de elementos para reducir penalidades en términos que no pudieran asustar a nadie, comprendió ella cuán imposible era se aviniera su sabio esposo a dejar que torpeza o malicia ajenas torcieran las consecuencias de las observaciones ni el plan de éstas en trabajos de tan alto interés para su fama y crédito.

Pero apenas estuvo la mujer resignada a lo inevitable, llególe al marido la vez de impugnar el "*descabellado propósito*" de ser por ella acompañado; pues aun reconociendo Ana que la encina parecía en efecto estar tan fuerte como decía su jactancia, no era para olvidado el tambaleo de pocos años antes, ni que el plazo de la expedición era sobrado para confiar en que no sobrevinieran nuevos bamboleos del añoso tronco, y de acaecer no se avenía ella a que éstos cogieran a Walter sin tenerla a su lado.

Se discutió y hasta se disputó prolijamente el punto. Alegó Ana no ser aquél un caso único, pues el ejemplo lo había dado Mistress Peary acompañando a su marido en análoga empresa, acometida cuando los viajes polares eran mucho menos frecuentes e incomparablemente más peligrosos que en la época actual. Reforzando el argumento, agregó que de seguro se habría también Peary resistido, entonces, como Lubbecki se resistía ahora, a los deseos de su esposa; y bien se alegraría luego de haber cedido a ellos cuando a los primeros pasos

de su odisea ártica se rompió una pierna, y pudo ser cuidado por aquélla en lugar de asistido por extraños.

Ocurrió, según diversas veces había ya sucedido en aquel matrimonio, que a la de Ana se plegó la voluntad de Walter, protestando él tan de labios afuera como solía en todas sus derrotas, para ocultar el íntimo contento con que saboreaba siempre la dulzura que en ellas encontraba.

Como final antecedente sobre la expedición, sólo falta decir que dos semanas antes de la fecha de embarco fué sorprendido el Profesor con la inopinada noticia de que el ilustre botánico del Museo de Ciencias Naturales de Varsovia designado para formar parte de la comisión geológica había declinado tal honor por una ventolera originada en tiquis miquis de vanidad científica, y que el ministro de Industrias, Ciencias y Progresos había nombrado a Boleslao Bopp para el puesto vacante.

El Presidente acogió el cambio satisfecho, pero no así su esposa, que, si no disgustó, sintió viva contrariedad de llevar tal compañero, por tenerle prevención que, aun suponiéndola tan infundada como aquél decía, no por eso era menos positiva: si bien desde hacía tiempo no hablaba a Walter de ella, porque siempre que tocaban tal punto la tachaba de injusta y mal pensada, y temer ella serlo; pues sus desconfianzas de Bopp pudieran muy bien ser obra exclusiva de irrazonada antipatía añeja y presunciones frescas, temerarias tal vez por no basarse en hechos, sino en impresiones hijas, no más, acaso, que de la inicial antipatía.

\* \* \*

No siendo objeto de este libro relatar investigaciones y andanzas de la comisión geológica, sino las aventuras de Arteijo, tiempo es de cerrar el paréntesis en donde queda el retrospectivo relato recién hecho; pues si bien la catástrofe que puso a Lubbecki y sus compañeros a merced del *iceberg* y la corriente es episodio no interesante, sino interesantísimo, preferible es oírlo de labios de quienes corrieron la aventura, cuando, como es de creer, lo cuenten a su salvador.

Amaneciendo ya, aumentó Roca la altura del vuelo para ver de más lejos al Iberia, al cual buscó bordeando por el norte el contorno de la barrera de acumulados hielos, pues en las cercanías de ella estaba nue-



vamente el buque según los últimos radiofonemas de Maucelo; y cuando llegó a verlo, hizo inmediatamente despertar a Eduardo; pues la maniobra del aterrizaje en el barco —¿Aterrizaje? No. ¿Barquizado? ¡Uf, qué mal suena! Bueno, lo que sea ya se entiende—y la de la entrada del anfmóvil en su *estuche* eran faenas delicadas y expuestas a percances, cuya dirección se reservaba siempre el jefe.

Lo primero que Arteijo hizo al tomar el mando del América, cuya llegada ya había sido advertida por el capitán del Iberia, fué poner proa al viento, calzando en seguida los timones en la rectitud del eje del aerostato, para que obedeciendo éste a la presión de aquél, igual por los dos flancos, quedara exactamente enfilado en la dirección de donde soplabla, y hacer que las hélices amenguaran sus velocidades lo indispensable para contrarrestar el empuje del mismo sin avanzar en contra de él, ni dejarse arrastrar. Así quedó sensiblemente quieto el anfmóvil a los pocos minutos.

Ya logrado esto, apareció por debajo de la popa una bandera roja avisando a Maucelo de llegarle su turno de maniobrar con el buque, aproándolo al anfmóvil, pasando bajo éste, continuando en igual rumbo contra el viento, a muy escasa marcha después de haberlo rebasado: terminando con esto el cometido del capitán, desposeído del mando del barco desde entonces hasta el fin de la maniobra del encajonamiento, como poco antes lo había sido Roca del gobierno del aerostato; pues así que por delante de éste hubo ganado aquél como un cuarto de milla, telefoneó Arteijo a Maucelo la palabra “ya”, indicadora de que en aquel momento se encargaba de manejar por sí, desde el América, el timón del Iberia, mas sin abandonar por ello los gobernalles del primero, para que simultáneamente obedecieran uno y otro a una sola mano regida por una sola voluntad: único modo de tener certeza de la necesaria identidad de rumbos que en una misma línea recta habían de colocar proas y popas de la hidronave y la aeronave (1).

A tal efecto, sentóse Arteijo ante una mesa en cuyo tablero, de cristal transparente, había grabada en dirección de su

mayor longitud, una larga recta de interrumpidos trazos rojos, señalando visible y permanentemente la de proa a popa del aeromóvil. Junto al borde de dicha luna inmediato al asiento por aquél ocupado, terminaba la línea de trazos en un pequeño espejo donde titilaba la veleta enhiesta sobre la aleta dorsal del pisciforme globo: es decir, su imagen, que al espejillo caía por un tubo óptico en donde en lo alto era metida—no la veleta, claro es, su imagen—por otro espejo inclinado medio ángulo recto con respecto al tubo por el cual bajaba el reflejo de la posición del anemógrafo indicador de dónde venía el aire. Y si a alguien le molesta el terminacho técnico, ponga “veleta”; pues sólo en obediencia al maestro que dijo ser limpieza remudar vocablos se ha usado aquél al caer en la cuenta de haber ya dos veletas en el párrafo y ver que la tercera iba a ponerlo hecho una porquería.

Basta lo dicho a comprender que mientras el espejillo le mostrara la veleta en exacta prolongación de la línea de trazos tendría Eduardo seguridad de estar el aerostato rectamente enfilado contra el viento, y que cualquier desviación entre una y otra le avisaría de la necesidad de mover, mediante mando directo eléctrico, el timón, lo cual efectuaba por sí, actuando sobre la manivela giratoria de un cuadrante rotulado ANFMÓVIL y situada al alcance de la mano derecha. No más trabajo costará hacerse cargo de que cuando, a través del transparente tablero, fuera visto el buque enfilado y cubierto en toda su longitud por la misma línea roja con intervalos claros, ello daría fe de estar aquél exactamente alineado con el globo. De separarse de tal alineación volvíase a ella gracias a otra manivela y segundo cuadrante montado a la izquierda y en cuyo borde se leía BUQUE. Por medio de ella se ejercía el mando, eléctrico también, del timón del barco, observando simultáneamente veleta, buque y anfmóvil, visibles juntos y a la vez en el diáfano cristal; pero dicho mando no era directo, sino obtenido por transmisión de ondas electromagnéticas, al modo que son gobernados otros artefactos semejantes, cual, por ejemplo, el telekino Torres Quevedo (1).

(1) Nota que sólo han de leer los geómetras escrupulosos, y redactada únicamente para evitar mordiscos de ellos.

Con mayor propiedad, no en una recta, sino en un solo y mismo plano.

(1) Sensible es no hacer la autopsia al tal telekino en este libro donde no caben ya más cosas de las que forzosamente se han de meter en él; pero si Dios da tiempo, no faltará ocasión de ver en otros qué es lo que tiene dentro el curioso aparato.



A escasa marcha, y dando toquecillos ora a un timón, ora a otro, hizo Eduardo avanzar el anfmóvil hacia el Iberia. Al llegar sobre éste redujo aún más la velocidad de aquél para amoldarla a la lenta del buque, haciendo a la par descender el aéreo esquife en donde iba hasta poner su quilla a no más de 25 ó 30 metros sobre la punta del palo mayor, que por maniobra inversa a la que a la partida en busca de los polacos lo había zafado del tubo vertical que perforaba esquife y globo, había de enhebrarse en dicho tubo.

Al efecto, en cuanto alfiletero y alfiler, un poco grandes, estuvieron en la mencionada cercanía, cayó desde la boca del primero un recio cable de alambre a la cubierta del Iberia, que recogido en ella y enfilado por su tripulación de arriba abajo en roldanas montadas en lo alto del mástil fué al pie de él amarrado a un torno que hacia abajo comenzó a tirar de cable y aerostato hasta conseguir que en el agujero de éste entrara la punta del palo.

En el instante mismo de quedar hecho este primer enganche, otras seis cuerdas, por mitad repartidas a babor y estribor del anfmóvil, cayeron de él y fueron apresadas en los lugares de los bordes de la enorme muesca de la cubierta del barco donde había de alojarse el América. Seis tornos pusieron en seguida tensas las maromas, obligando al globo a colocarse con sus contornos bien a plomo sobre los de la cavidad donde habían de ajustar. Cesaron de girar las hélices propulsoras del globo, que principió a bajar por la acción de los tornos; y puestas en actividad por las mismas cuerdas que tiraban de aquél, funcionaron las bombas compresoras del helio entre envuelta externa y globillos interiores, para que aumentado con la entrada del aire en dicho vano el peso del artefacto aéreo quedara reducido a poca cosa el trabajo de los cables-guías.

Después de ya asentado el anfmóvil en su alvéolo, maniobras recíprocas de las ejecutadas a la partida vaciaron los globos esféricos, desalojaron de agua los compartimientos del Iberia y sobre aquél dejaron caer las pestañas de la cubierta de éste.

Por no soplar sino suave brisa, fué breve y fácil la faena del *aparcamiento*—pues parque del globo era el Iberia—sin las dificultades y aun riesgos que solamente expertísimo mando lograba sortear cuando era realizada con viento vivo: sobre todo si durante ella cambiaba de improviso cogiendo de través al aerostato; pues en tal caso, segundos de demora en su rápido apartamiento del barco—conseguido cortando las cuerdas con automáticas cizallas y soltando de golpe 300 kilogramos de lastre no usado sino en tal emergencia—podían acarrear vuelco del buque, desgarramiento del anfmóvil o cuando menos torcedura del mástil.

Con viento no duro, pero siquiera fresco, ni se intentaba la maniobra, y navegaban en conserva ambas naves hasta que amainando aquél permitía al globo arregazarse en el seno de su barco madre: nombre perfectamente aplicado al Iberia, que no sólo sostenía y conducía al América mientras le faltaban fuerzas propias, sino que le infundía las necesarias para alzarse por sí y volar suelto y horro.

¿Había pensado Arteijo al ponerles nombres en ciertas analogías históricas que acuden a la mente de quien repara en las trabadas vidas de anfmóvil y barco? No se sabe, mas las analogías son patentes en lo visto. Y en lo que por ver queda del armónico funcionamiento de ambas naves hallaremos otras con la Unión Ibero-Americana constituida en las postrimerías del siglo XX, en que la madre *IBERIA* rodeada de sus robustas hijas, en ellas apoyada, remontaba la centuria XXI hacia la realización de los fines de una raza.

## XV

### ARTEIJO CAMBIA DE DERROTA

Desde la terraza descubierta, situada a popa del América, habían presenciado los polacos la que para ellos era novísima y extraordinaria maniobra, donde, en consorcio suavemente acordado, laboraban el buque, o sea la tradición, la historia de remotos

tiempos, con el aeromóvil, o progreso de ayer, y unidos en la fantasía de hoy marchaban al mañana donde la fantasía cristaliza a veces en realidades de un venidero hoy, que caerá en el ayer de los relatos de la futura Historia; y cuando ya el anfmó-



vil descansó en su *garage*, *desembarcaron en el barco*, maravillados e interesadísimos con aquel doble y peregrino ingenio material ideado por el sutil ingenio de quien, gracias a ambos, impulsados por animoso corazón y sostenidos en firme fortaleza, los había salvado.

El placer de conocer tan impensada novedad, llegado tras la satisfacción de mirar ya como pasado mal los terribles peligros en que pensaron perecer, tenía los a todos entusiasmados, y a Lubecki no entusiasmado, sino loco; pues el fogoso viejecillo gritaba que todo, todo: catástrofe, espantosos días a la deriva, temiendo en todos los momentos zozobrar; la continuada angustia, cuando a cada instante aguardaban derrumbamiento que los aplastara mientras estuvieran atascados; el miedo a morir de asfixia al desplomarse los hielos que obturaron chimeneas, puertas y ventanas, todo, todo lo daba por bien empleado el sabio, y de todo le habían ampliamente resarcido el pasmoso espectáculo de la tarde anterior, el fascinante progreso de *onmilocomoción*—la palabreja es inventada por el impresionable viejecillo—recién visto; y por cima de todo y más que nada, el haber conocido al genial, y valiente, y simpático, y sabe Dios cuántos más calificativos diti-rámbicos en espeso chaparrón prodigados sobre Arteijo por el geólogo, que cuando ya no halló más adjetivos en el diccionario, acudió a las admiraciones, repitiendo: ¡Qué hombre, qué hombre!... ¡Pero qué hombre!

Cuando ya se cansó de tanto repetirlo, se fué a buscar *al hombre*, a quien no había visto desde que la noche anterior se había ido a dormir, y a quien le parecía obligado reiterar su agradecimiento y el de sus compañeros en el momento de pisar el barco donde eran acogidos. Pero el hallarlo no fué fácil ni breve; pues aun cuando en polaco, francés, inglés y alemán preguntaba a cuántos marineros veía, no le daban razón, por ser todos españoles, portugueses o hispano-americanos; y porque cuando al cabo halló un oficial capaz de entenderlo y por él supo que *el jefe* debía de estar con el capitán en el puente o en la camarota de derrota, no se atrevió sino a pasearse en espera de la salida de Arteijo, por parecerle mal colarse de rondón en donde acaso lo ocupaban asuntos importantes.

Efectivamente lo eran, o mejor dicho iban a serlo, a consecuencia de la conversión entonces mantenida entre las tres

personas que en el camarotillo estaban; pues además del grande hombre y Maucelo se hallaba allí el melifluo Míster Shifter, recién llegado solicitando, con su habitual finura, prestara Arteijo conformidad a un acta notarial que le exhibía, y, subscribiera la constancia en ella de las exactas fecha y hora del retorno del América, y pidiendo noticia de la situación geográfica del Iberia en tal momento para llenar un claro en blanco reservado a tal dato en aquel testimonio.

Pero antes de darle tiempo de explicar lo que allí le llevaba, y tan pronto le vió franquear la puerta, se disparó Maucelo increpándole en los siguientes términos:

—¿Pero qué, ya está usted aquí otra vez con otra actita? ¿Es que no vamos a poder vivir sino envueltos en papel sellado, ni dar una bordada sin enredarnos en los garabatos de esas enmarañadas rúbricas de escribano?

—¡Maucelo!—exclamó Arteijo.

—¡Caballero!—protestó al mismo tiempo Shifter—. Esta recepción contrasta lamentablemente con mi mesurada forma de cumplir mis deberes. Creo que sin dar a usted el menor motivo para quejarse de mi cortesía.

—¡Ca!: si estoy hasta el cogote de corte-sía y de finuras. Pero cuanto más fino, peor y más posma.

—¡Por Dios, Maucelo!—exclamó Eduardo, esforzándose para contener la risa y aparentar que lo escandalizaban los modales de su subordinado.

—Oiga, oiga, don Eduardo: apenas se fué usted, acta de la partida; acta, después, en cuanto salía al puente un oficial con un sextante; acta tan pronto variábamos de rumbo; y ahora, apenas llega usted, ya tenemos aquí a este caballero con su acta.

—Sosiéguese, Maucelo. Hágase cargo de que Míster Shifter...

—Es que si se me ponen entorpecimientos en el cumplimiento de las funciones que autorizadamente...

—¿Qué?—preguntó muy alarmado Arteijo—. ¿Le ha impedido a usted el Señor Capitán...

—No, eso no. Pero ya ve usted en qué forma...

—¡Ah!... Pues si no ha encontrado obstáculo, que tampoco hallará en lo sucesivo para ejercer esas funciones, no tiene usted derecho para quejarse en cuanto *funcionario*.



—Sí, pero, pero... Los modales de ese caballero.

—Ese es asunto no oficial, y completamente diferente: incompatibilidad de caracteres. Usted es el espejo de la urbanidad, el Capitán un poco brusco... Poco no, mucho, convenido; pero como ya es demasiado tallado y estoy seguro de perder el tiempo si pretendo suavizarlo, me inhibo de intervenir en el aspecto meramente particular de esos rozamientos entre ustedes.

—Pero, es que...

—Y vuelvo a responder de que así como hasta ahora no le ha negado a usted dato ninguno de los que le ha pedido, tampoco se los rehusará en adelante.

—Sí, pero en formas...

—Si tanto le molestan, entiéndase con él para hacer que las cambie. Yo no puedo atender sino al fondo, a lo oficial.

—Es que...

—No perdamos más tiempo. ¿Trae usted un acta?... Venga... Sí, señor, sí: está perfectamente redactada. ¡Ah! Falta la latitud y la longitud... Deme una pluma, Maucelo. Ya ve, Señor Shifter, que no sólo no tengo el menor inconveniente en subscribir esta acta, y cuantas proceda redactar, sino que yo mismo lleno el claro... Listo. Tómela. Yo no le tengo inquina al papel sellado ni a las rúbricas, y en cortesía procuro aproximarme, aunque no llegue, a la de usted.

—Entonces—prosiguió Shifter, tascando el freno, pues veía que Eduardo se burlaba o quería hacerle perder los estribos—de su amabilidad, que no ha menester requerimientos, espero la atención de que cuando en la vuelta al antiguo derrotero lleguemos al punto donde lo abandonamos para realizar el salvamento ya realizado y por el que le felicito, tenga usted la bondad de avisarme.

—¿Para levantar también acta?

—Sí, señor.

—¿Y ha de ser precisamente en el punto...?

—Ya usted comprenderá mi intención: quiero decir, millas más, millas menos; cuando vayamos a embocar el Estrecho de Davis.

—Ya, ya... Pues vaya descansado, que cuando llegue el caso no dejaré de avisárselo. Hasta cuando usted quiera, Mister Shifter.

En la última parte de su diálogo con el notario, y tan pronto éste manifestó propósito de tomar constancia del día en que

se reanudara el interrumpido derrotero, varió, de cáustico a serio, el tono de Eduardo, diciendo lentamente las pocas palabras sobre el asunto cruzadas, como quien calla más de lo que dice; pues estaba pensando que el objeto perseguido por aquel antipático personaje no podía ser sino dejar documentalmente aquilatado el número de días en total perdidos en finalidad ajena a la de la expedición dirigida por Arteijo, a quien la rapidez que era en él propia de decidirse en trances de importancia le hizo tomar una resolución en la cual no pensaba dos minutos antes.

Disponíase ya a comunicársela a Maucelo en cuanto el otro se marchara, cuando la voz del oficial de cuarto gritando desde el puente: "Capitán, Capitán, suba en seguida, en seguida", hizo a éste y a Eduardo subir a la carrera por la escala por donde la voz había bajado, dejando solo al australiano, que se marchó diciendo para sí:

—Al freír será el reír, y ya veremos quién ríe el último.

\* \* \*

Preciso nos es ahora volver atrás, por menos de un minuto, para decir que a las pocas horas de la partida de Eduardo en el América comenzó a disminuir considerablemente el número de *icebergs* y de témpanos que del norte venían sobre el Iberia, y que ya le habían puesto en más de un aprieto; que tal disminución se fué acentuando en sucesivas horas, aminorando los peligros que lo amenazaban, pues el número y tamaño de tan temibles vecinos y las distancias entre ellos permitían ya verlos venir de lejos y esquivar sus embestidas: mejora de situación que aprovechó Maucelo para satisfacer su deseo de aguantarse cuan cerca fuera dable del anfibóvil, a fin de facilitar su regreso; pues no siéndole preciso ya mantener el buque proa al norte pudo virar en redondo para volver a las cercanías del gran banco de hielo. Allí lo había encontrado el América a su regreso, y desde allí era perfectamente visible el borde norte de la aglomeración de aquéllos, en la cual ocurrían las novedades que fueron causa de la precipitada llamada del oficial, quien al ver llegar a sus jefes al puente les gritó: "Es el banco que se rompe."

Efectivamente, en cuanto la vista alcan-



zaba, veía ésta que las cumbres de los blancos cerros, quietos anteriormente en los parajes donde estaban acuñados, oscilaban, subían, bajaban como si aquéllos se acomodaran con mayor holgura, hasta que continuando el movimiento fueron apartándose unos de otros hasta llegar a flotar sueltos, y a moverse para alejarse: muy despacio al principio, y todos en dirección al sur, impelidos sin duda por la corriente.

—Se ha roto el atasco—dijo Arteijo.

—¡Gracias a Dios!—contestó Maucelo—. Porque, a lo sumo, dentro de media hora tendremos practicable el canal.

—No ha sido poca suerte que cuando menos lo esperábamos se nos limpie el camino.

—Me tiene sin cuidado, Maucelo, porque no pienso ir por ése.

—¡Pero es que, como a la venida, vamos a dar a la vuelta el rodeo por el sur de Islandia! Es doblar el camino.

—¿Quién habla de Islandia?

—Pues, o lo uno o lo otro... Porque ¿no vamos a Davis?

—Eso querría Shifter y sus... Ibamos, Maucelo, pero ya no vamos. En vez de subir a la Groenlandia septentrional y a los mares boreales por la costa occidental, según pensábamos, iremos por la oriental en donde estamos: con lo cual recupero los doce o quince días que para el comienzo de la campaña teníamos perdidos.

—Como usted le había dicho a ése que lo avisaría en llegando a Davis, yo creí...

—Pues que espere sentado el aviso y la llegada.

—¿Entonces?

—Ponga usted, ahora mismo, rumbo al norte para entrar en el Océano Polar entre Groenlandia y Spitzberg. Solamente lo siento por los pobres polacos, que no sé cómo ni cuándo podrán ahora volver a su país. Mas qué le hemos de hacer: baza mayor quita menor.

## XVI

### DE CÓMO LOS POLACOS COMENZARON SU AZAROSO VIAJE

Al separarse del Capitán, con intento de enviar recado al Profesor de que deseaba hablar con él, se lo tropezó Arteijo; pues se recordará que paseando por delante de la escalerilla del puente estaba aquél aguardando a éste, que tan pronto pudo atajarle el chorro de felicitaciones y entusiasmos, lo invitó a irse con él a su camarote, donde tenían que hablar de asuntos graves. Mas de pronto y cuando entraban en dicha habitación se excusó, diciéndole que aguardara su vuelta breve rato, y echó a correr a la estación radiotelegráfica, de donde salió tres minutos después, cuando ya en los principales puertos del Atlántico septentrional habían recibido el siguiente radiofonema:

"Peligrosísimas desde mañana en grado inusitado derrotas entre Europa y puertos Canadá y Estados Unidos.

"Adelantado este año desprendimiento hielos polares, bajan témpanos e *icebergs* en número y tamaños jamás vistos. Temeridad navegar en más altas latitudes de treinta y cinco grados.

"Por haber visto inmensidad de hielos

"que hoy rebasarán Islandia por oriente y "occidente insisto necesidad desviar al sur "todas derrotas, y aun así preciso navegar "grandísima vigilancia."

Sin duda tenía Arteijo especiales razones para no autorizar con su firma el fonograma ni dar el nombre de su barco, pues lo envió con la de "Jorge Maucelo, Capitán del Aconcagua", barco cuyo mando había dejado éste para mandar el Iberia.

De vuelta ya en el camarote que le servía de despacho, manifestó Arteijo a Lubecki que hasta momentos antes tenía pensado aprovechar el retorno al derrotero abandonado al recibir la petición de socorro, para dejarlo con sus compañeros en un puertecillo de la Groenlandia o el Labrador, donde no pasarían más de dos o tres semanas sin que tocara algún vaporcillo que pudiera llevarlos a tomar un transatlántico para Europa en Halifax, Boston o Nueva York, o, en el peor caso, a Terranova, donde hallarían muchos grandes pesqueros noruegos del bacalao, que, aunque con escasas comodidades y no tan pronto como quisieran ellos, podrían utilizar para



volver a su país, cuando a Europa regresaran dichos barcos. Pero inopinadamente habían surgido imprevistas y apremiantes circunstancias, obligándolo a desistir de tal proyecto, cuya realización comprometía con su implicate demora el buen éxito de la expedición que dirigía: al extremo de hacer imposible arrostrar las graves contingencias del aplazamiento de sus planes.

Las multiplicadas emociones en rapidísima sucesión experimentadas por el Presidente no le habían dado tiempo de acordarse de la vuelta a Polonia hasta oír hablar de ella a Arteijo; y preciso es confesar que aun cuando al enterarse de la imposibilidad de efectuarla respondiera que él y sus compatriotas estaban ya demasiado obligados a su salvador para pretender absurdamente fuera en su interés modificado el destino de un buque ni perturbado el plan de un viaje, nada menos que a los mares polares, se le transparentó la contrariedad sentida al pensar que él, sus compañeros y, sobre todo, Ana tomaban otra vez, sin saber hasta dónde ni por cuánto tiempo, la ruta al norte: es decir, el camino de las penalidades y los peligros, dejando ver tan clara esta impresión, que hizo decir a Eduardo:

—No por esto deben ustedes perder toda esperanza de regreso, pues es fácil que antes de llegar a la altura del archipiélago de Spitzberg encontremos algunos balleneros, a los cuales podrán acogerse y regresar a Europa en ellos; aun cuando no inmediatamente, sino cuando terminen la campaña de pesca, que esos buques no habrán de interrumpir para llevarlos.

—Sí, tal vez sea ese un remedio, de tener la suerte de encontrar alguno.

—Procuraré ayudar a la suerte ordenando al Capitán que al ganar latitud lo haga acercándose a los lugares más frecuentados por los balleneros. Aunque eso pueda retrasarme algo, nunca será, en definitiva, más de uno o dos días, que daré por bien empleados con tal de evitar a ustedes las contingencias de mi viaje y un largo retraso en la vuelta a su patria.

—Si no fuere indiscreción preguntar la duración de ese viaje...

—No, señor. Con la reserva de que quien se mete donde voy a meterme no puede responder de cuándo volverá, ni de si logrará volver—y por eso he de hacer cuanto pueda para evitar me acompañen ustedes—puedo decir que, habiendo de pasar allá

arriba la venidera invernada, dentro de un año largo será lo más pronto que podré efectuar mi regreso, cuando ya esté bien avanzado el deshielo del próximo.

Puso el viejo una cara muy larga ante tal perspectiva, y la consternación que le causaba el "allá arriba", le hizo preguntar irreflexiblemente:

—¿Muy arriba?... Dispense, dispense mi irreflexión. No haga caso. No me suponga propósito de dirigirle preguntas impertinentes en quien no tiene título para...

—No, señor; aun siéndome imposible, al menos por ahora, declarar el objeto de mi viaje, no tengo inconveniente en decir a usted que cuando yo pensaba subir por la otra costa era mi proyecto avanzar hasta la bahía de Kane (1). Pero ahora, que con el cambio de ruta habré de operar, para no perder tiempo, hacia este lado de la Groenlandia, llegaré con el buque hasta el estrecho de Peary; y en vez de fijar el centro de mis operaciones, según mi primitiva idea, en tierra sobre el Glaciar de Humboldt, lo estableceré en cualquiera de los de la Tierra de Erichsen.

—¡No, no por Dios! De ningún modo.

—¿Por qué no?... Y ¿por qué ese susto?

—Por lo nuestro, por lo nuestro... Verdad que todavía no lo sabe usted. Nuestra catástrofe... La tierra de Erichsen está cercana a la de Federico VIII, probablemente habrán llegado a ella los efectos del cataclismo; y aun dado que a sus glaciares no les haya ocurrido lo que al nuestro, es muy probable que, cuando menos, se hallen resentidos, inseguros...

—Señor Lubecki, no entiendo palabra en nada de lo que me dice; y como no sólo

---

(1) La bahía de Kane, al noroeste de Groenlandia, queda comprendida entre la isla llamada la Tierra de Grinnell, al oeste, y la desembocadura, al este, del glaciar de Humboldt, soberbiamente majestuoso.

Para que no se juzguen exagerados estos calificativos, diremos que al llegar al mar y verter (no, verter no, sumergir) en él su caudal sólido, mide la blanca masa del helado río 110 kilómetros de anchura de margen a margen, con altura cercana a 100 metros sobre la superficie de las aguas. Por debajo, Dios sabe cuál será la profundidad de su cristalino espelón, que se adentra millas y millas bajo ellas.

El estrecho de Peary es un larguísimo canal que separa la costa septentrional de Groenlandia por dicho viajero reconocida y fijada por la primera vez, y una isla al norte de dicha costa, la cual se llama también por esta causa Tierra de Peary. La Tierra de Erichsen forma a la entrada oriental del citado estrecho la margen sur de él.



tengo hace ya tiempo gran curiosidad de explicarme cosas que hasta ahora no he podido comprender en cómo sobrevino y en qué ha consistido esa catástrofe de que habla, sino que además barrunto en esos cataclismos ignorados por mí algo que acaso me convenga saber, por relacionado con mis planes, le agradeceré me cuente todo eso.

—Sí, sí. A no ser por el cúmulo de cosas que a los dos nos han tenido sujeta hasta ahora la atención, ya lo sabría usted todo.

Pero el relato es largo, lo más interesante es el final, y como tiempo habrá más adelante para referir con calma los preliminares de nuestra instalación y nuestros importantes descubrimientos geológicos, voy desde luego al azaroso desenlace de la expedición.

Cuando se volvió a Dantzig el buque que hace trece meses nos desembarcó, y que, cuando a final de julio, vuelva a recogerlos, no nos hallará donde vaya a buscarnos, quedábamos instalados en la casa de donde usted nos ha sacado, en la cual teníamos todas las comodidades y recursos posibles de allegar para defenderse del espantoso clima de estas desoladas regiones: solamente que casa e *iceberg*—que, entre paréntesis, no era aún *iceberg*—estaban a dos mil ochocientos o tres mil kilómetros de donde usted los halló; pues para mayor comodidad de nuestros estudios acerca de los glaciares árticos habíamos establecido aquélla a los ochenta y un grados de latitud, enterrándola en uno vastísimo, al cual pusimos el nombre de Glaciar Battori (el apellido de mi esposa), en lugar de él donde su anchura pasaba de veintinueve kilómetros y situado a cien, por corto, tierra adentro de su desembocadura en la costa de Federico VIII.

—¡Cien!... Metros, por supuesto.

—No, kilómetros: no es equivocación, no; pero comprendo el asombro de usted.

—Claro; porque entreviendo ya que la marcha del glaciar en donde se instalaron ha sido la que ha arrastrado a ustedes al Océano Polar...

—Sí, señor; así ha sido.

—Pues entonces, y aun suponiendo a ese glaciar corriente rapidísima, muy por cima de las observadas en los más veloces, cuanto cabe admitir es que corriera a razón de medio kilómetro por año, necesitando, por lo tanto dos siglos para llevarlos a ustedes al mar. Digo, me parece que no me equi-

voco en la cuenta; porque la mayor velocidad hasta ahora medida en un glaciar es de metro y cuarto en un día, y ni siquiera esa daría medio kilómetro por año.

—Tiene usted razón, y veo que conoce bien las particularidades relativas a los glaciares.

—Pues lucido estaría si, ignorándolas, me hubiese metido en esta emp..., en estas comarcas. Por eso me asombra oír a usted que hasta hace pocos meses estuvieran allá.

—Me explico el asombro, que no cesará hasta que sepa cómo se produjo el cataclismo que ha sido causa de nuestro extraordinario viaje.

Pero no pierdo ya más tiempo. Estando dentro de la casa tuvimos el primer indicio de que algo anómalo ocurría o podía ocurrir. Fué el 26 de febrero, fecha para nosotros señaladísima por ser la del primer día en que, después de estar privados de la vista del Sol desde que el 16 de octubre anocheció, lo volvimos a ver salir momentos antes de las doce de la mañana y desaparecer sin llegar a mostrarnos sino la parte superior de su redondez; pues la inferior no subió lo bastante a levantarse de la nieve, en la que parecía engarzada. Poco era para día, pues sólo escasos minutos nos duró aquél, pero mucho como alegre anuncio de que los sucesivos irían creciendo rapidísimamente hasta el 14 de abril, en que comenzaríamos a disfrutar el largo día en que el Sol no cesaría de alumbrarnos un instante hasta el 30 de agosto (1). Todo esto lo teníamos previsto y calculado, por lo que nos interesaba.

Pero, dispense: me he distraído del tema principal.

El indicio a que antes he hecho referencia fué una oscilación sumamente perceptible de paredes, piso y cuanto sobre éste estaba, que hasta hizo caer varios objetos de unos estantes y el cuadro calendario por mí calculado con las horas de los ortos y ocasos del Sol desde el 26 de febrero al 14 de abril, que para fácil consulta de todos durante nuestra melancólica primavera po-

(1) A la latitud citada. En otras inferiores el Sol del día estival de las regiones circumpolares se pondría en fechas anteriores, y en las más altas en otras más retrasadas, y tanto más cuanto más al norte, hasta llegar al Polo mismo, en donde es sabido que el 21 de septiembre se pone el Sol, que, salido el 21 de marzo, luce allí sin interrupción seis meses.



lar (1) estaba calzado con dos escarpas y reclinado en una pared.

Era, no nos cupo duda, un temblor de tierra de escasa entidad, pero inconfundible por su carácter oscilatorio, con los trastazos sin reacciones opuestas que más adelante experimentamos cuando el *iceberg* nació y flotó en el mar. No obstante haber conocido la naturaleza de dicho movimiento, no nos alarmamos, pues por su pequeñez no le dimos más importancia de la que se da al sinnúmero de estos fenómenos que constantemente sacuden el suelo de casi todos los países del globo, sin llegar a revestir carácter destructor (2). Aparte que entre nosotros y la tierra se interponía, como un magnífico amortiguador, la masa muy elástica del hielo del glaciar en donde estábamos, cuyo espesor hasta el fondo del valle

sacudido por el temblor tendría, por corto, de ochocientos a mil metros.

Pero nuestra confianza comenzó a vacilar tres horas después, al repetirse el mismo movimiento vibratorio de la casa y el hielo que la cubría y la rodeaba. Repetición que ya nos preocupó: no por la violencia del segundo *sismo* (temblor de tierra), menos fuerte que el anterior, sino por haber caído entonces en la cuenta de que estábamos sobre una de las anormales líneas de *agitación tectónica*—o sea estructural—de la Tierra: la que, siguiendo la costa occidental de Africa, continúa por Calabria, Sicilia, Murcia, Sierra Nevada, Lisboa, para subir a Islandia y prolongarse por la costa oriental groenlandesa, y por venirnos a la memoria el aforismo de los sismólogos: "Donde tembló la tierra volverá a temblar."

(1) Ya se comprende que para pasar la duración del día de unos cuantos minutos el 26 de febrero a veinticuatro horas el 13 de abril (víspera del día de varios meses) el crecimiento de horas de luz entre cada dos consecutivas fechas había de ser rapidísimo en las cuarenta y siete comprendidas entre las indicadas.

(2) No serán pocos los lectores a quienes sorprenda saber que las primeras estadísticas de la Asociación Internacional Sismológica (1903), dieron como resultado de sus primeros y muy incompletos datos, que las oscilaciones del suelo—no comprendiendo en las catalogadas las procedentes de múltiples causas que no permiten considerarlas como verdaderos temblores de tierra, y limitándose a las indubitablemente clasificadas como tales en los observatorios sismológicos—era en número que por año variaba entre 3.500 y 4.000 temblores: es decir, un promedio de diez por día, de los cuales, treinta alcanzaban las proporciones destructoras que los hace llegar a terremotos.

En la Península Ibérica, la media anual desde 1909 a 1915 fué de 64. (Boletín de la estación de los PP. Jesuitas en la Cartuja de Granada). Terremotos destructores, de triste recordación, fueron el terrible de Lisboa, en 1775, que en seis minutos hizo perder la vida a 6.000 personas; el de Granada y Málaga, en el que perecieron 2.300 el 25 de diciembre de 1884; y con menos proporciones, pero que produjeron roturas en el terreno y en muchos edificios, el del Segura, en 1920, y el de Benavente en 1909.

En Italia es sabido que el número de temblores es mucho mayor.

En Chile, según el Conde Montessus de Balore, primera autoridad hoy en Sismología y Jefe y fundador del servicio sismológico de aquel país, que figura en primera línea entre los castigados por estos fenómenos, se registraron 1.500 solamente en el 1909, y eso que en tal época aun no estaba terminada la red.

En la actualidad, estima la misma autoridad que pueden fijarse en ¡30.000! por año, uno cada quince minutos, los temblores que la Tierra experimenta. No es, pues, metáfora, decir que nuestro mundo tiembla constantemente. Claro es que la mayor parte de estos temblores son submarinos y

otros ocurren en países salvajes, inhabitados o desiertos, y que por dicha causa son pocos los que con carácter destructor asuelan lugares habitados.

Los *sismógrafos*, aparatos de maravillosa sensibilidad, revelan hoy temblores de tierra sobrevenidos a muchos millares de kilómetros de ellos, haciendo oscilar rapidísimamente una aguja indicadora o titilar un rayo de luz, con vaivenes que aquélla o éste dejan marcados en una tira de papel o en una película fotográfica: siendo tan expresivo el trazado de estas huellas del temblor, que a los pocos minutos de acaecido uno, bástale al sismólogo *leer su cinta*, para conocer a qué distancia de su estación ha temblado la Tierra y aun ciertos caracteres del temblor; y en cuanto por telégrafo se pone al habla con otras dos estaciones sismológicas (a veces basta una), puede decir, no sólo la distancia, sino la parte del mundo donde el temblor se produjo.

Así el año 1919, quien escribe esta nota supo por telegramas recibidos del sabio D. Vicente Inglada, jefe del servicio oficial español y de la hermosa y completa estación de Toledo, que las Islas Célebes (Oceanía) habían sido sacudidas por un intenso temblor, cuyo foco se hallaba cien kilómetros más o menos ¡a 15.000 de dicha estación!; así en el año 1920, otro telegrama del Padre Navarro Neumann, de la estación de Cartuja, en Granada, le participó haber acaecido en Calabria un fenómeno análogo con caracteres destructores: aviso recibido con doce horas de anticipación a la llegada de la primera noticia enviada por telégrafo de Italia!

Asombroso, ¿verdad? Sí, asombroso, pero extraño no, porque estos estremecimientos de la corteza terrestre los transmite la Tierra a lo largo de su superficie y a través de su seno desde el lugar del temblor al aparato que registra las vibraciones de ellos, y porque las velocidades de transmisión de estos *mensajes* varían según corran a menor o mayor profundidad entre 3.800 metros y 15.000 metros por segundo.

¿Las causas de los temblores de tierra? ¿Cómo los aparatos realizan tales maravillas? Esa es mucha materia, no ya para esta nota, pero aun para este libro. Mas, Dios mediante, se tratará en otra novela venidera.



Pero estoy perdiendo el tiempo y desviándome del asunto principal.

—No, no. Me interesa muchísimo todo eso, porque no es solamente una tragedia humana, sino una catástrofe terrestre lo que usted me cuenta, y no me importa menos una que otra.

—Entonces sigo a mi paso. Transcurrieron algunos días sin novedad, y cuando ya iban adormeciéndose nuestros recelos, el seis de marzo sobrevino tercer temblor, que habiendo sido el mayor de todos, según vimos más tarde, nos pareció casi insignificante en cuanto al movimiento oscilatorio; pero ofreciendo en cambio la extraña novedad de venir acompañado de agrios chirridos *asordados* por la lejanía o profundidad, y terminar en un crujido formidable, seguido de fuerte retemblar del piso de la casa semejante al que en un entarimado se produce cuando una masa pesada cae sobre él de alguna altura. Y aun cuando de ello no pueda responder, pues de existir, fué muy pequeño, nos pareció apreciar leve descenso del piso y nuestros propios cuerpos, como si la mole de hielo donde la casa se cimentaba se asentara más firmemente en su hondo fundamento.

—¿Y después? ¿Qué ocurrió en seguida?

—Nada; ni ruido, ni vaivenes, ni sacudidas. Después de las ocho y media de la mañana, en que apenas percatados de dichos movimientos nos dimos cuenta de su cesación, nada anormal volvimos a advertir, pues no se dió importancia, y la tenía grande, a una discusión que mi mujer sostuvo con Lesko al abrir las dobles contraventanas para ver el pálido sol, que en aquella fecha salía ya a las once menos cuarto.

La causa de la discrepancia entre ambos era que al mirar hacia el altísimo pico de un monte lejano que más allá de la cresta de la loma terminal hacia occidente del glaciar se veía por encima y a la derecha de un alto monolito natural de ella constituido por basálticas rocas, limpias de nieve por erguirse verticales, desgarrando la que cubría la cumbre de la loma, le pareció a Ana que el monte y aquel desmesurado tubo de órgano—tal parecía la roca—estaban entre sí más cercanos que la víspera, mientras Lesko afirmaba que para él estaban donde siempre.

Llamados los demás como árbitros, se partieron las opiniones, llegando a la consecuencia, dado que fuera realidad lo que Ana veía, de que habría de obedecer a ilu-

sión dependiente de fortuitas desviaciones de la luz producidas por anómalas refracciones laterales de ella. Cosa muy verosímil en día como aquel en que la atmósfera estaba cargadísima de vapores muy desigualmente repartidos sobre montes y valles.

—Es muy curioso todo eso; curiosísimo. Siga, siga. Y no tema pecar de prolijo, porque no sólo me preocupa el desenlace, sino en más alto grado el desenvolvimiento del proceso de la terrestre conmoción que fué su causa.

—Pasaron otros dos días, en que estrafañísimas y obscuras nieblas nos ocultaron las lomas de las orillas del glaciar, dedicándonos ahincadamente durante ellos a clasificar e interpretar los fósiles que durante el buen tiempo habíamos recogido: trabajo que, dentro de la casa, venía ocupándonos todo el invierno.

Pero el tercero, ya más despejado y muchísimo más largo (pues sabe usted que los consecutivos crecen o menguan vertiginosamente en aquella latitud), nos quedamos atónitos al oír gritar: "Señor, Señor, su cerro ya no está en su sitio."

El que gritaba era mi criado Segismundo, el mocetón de quien echó usted mano para ayudarle en las faenas de nuestro salvamento, y *mi cerro*, el lejano monte de la discusión de Ana y Lesko, que no estando registrado en mapa alguno, le había sido dado como nombre el mío por empeño de mis compañeros.

Miramos todos en seguida, viendo que, efectivamente, en vez de asomar su cumbre sobre la loma por la derecha del obelisco de basalto, era vista encima de éste, cuya negra silueta resaltaba violentamente en la blancura de la nieve de las laderas de aquél sobre la cual aparecía recortada.

Entonces vimos que Ana tenía razón al sostener días atrás que monte y roca se habían acercado; y meditando en tan extraña novedad, sentimos el primer recelo de que...

—De que el último terremoto hubiera roto el glaciar transversalmente—interrumpió Arteijo sin poder contenerse.

—No, todavía no sospechamos tanto; mas comprendiendo que ni monte ni loma podían moverse, ni menos estar moviéndose tan rápidamente durante tres días, nos pareció única explicación admisible la de que en la normal marcha del glaciar se hu-



biera producido un aumento muy grande de velocidad.

—Claro. Pero engendrada por algo tan anormal como ella: la rotura de la masa de hielo, acaso resentida por los dos primeros temblores y totalmente quebrada por el último, que siendo probablemente el más fuerte, pareció a ustedes leve porque las más potentes vibraciones de él consumieron sus fuerzas en tronzar, tal vez a gran distancia, la inmensa barra de hielo de veintitantos kilómetros cuadrados de gruesa; y porque, ya roto el glaciar, no podían las siguientes oscilaciones ser transmitidas al pedazo de él donde ustedes estaban, pues morían al otro lado de la grieta que interrumpía la continuidad de la masa de aquél.

—Sí señor; sí señor. Perfectamente adivinado; no, admirablemente visto. Eso es lo que en reconocimiento al otro día practicado descubrimos nosotros.

Pero lo que me maravilla es que usted lo haya visto desde aquí sin más antecedentes que los escasos que yo le...

—Y sobra: porque los estridores rechinantes por ustedes oídos indicaban la lucha de la cohesión interna de las moléculas del hielo contra las fuerzas que tendían a separarlas, siendo quejidos que el tirón les arrancaba al distender aquél al límite de su elasticidad; el violento estampido no podía provenir sino de la impetuosa entrada de aire en una cavidad inopinadamente abierta.

Y ¿en dónde sino en el glaciar mismo podía abrirse ésta, ni qué podía ser sino una enorme hendidura?

—Tiene usted razón, mil razones. Lógico, sí; muy lógico todo; pero magníficamente lógico, con lógica solamente al alcance de quien posee intuición maravillosa.

—¡Quia, hombre, quia! Además, el retumbo simultáneo con el descenso del pavimento de la casa, siquiera el hundimiento de éste no fuera sino de pocos decímetros, es clarísimo indicio de que al lado de acá de la falla—línea-huella del paso del terremoto marcada en el suelo entre dos zonas de terreno, hundida una, solevantada otra, a opuestos lados del escalón que entre las dos forman—abierta por el temblor en el valle del glaciar se desplomó el fondo del cauce, y para no perder su apoyo en éste descendió en pos de él la masa de hielo entera. Que aun cuando solamente descendie-

se de muy pequeña altura, había de producir, con los billones y billones de toneladas de su peso, un tremendo retumbo al detenerse en su caída y recobrar el perdido asiento. Pero prosiga, prosiga.

—Eso que usted ha visto tan rápida y certeramente no lo sospechamos nosotros hasta después de medir y comparar la nueva velocidad de resbalamiento del glaciar con la que anteriormente llevaba, medida por nosotros esmeradamente al instalar nuestra residencia sobre el lomo del helado río que hasta entonces nos había arrasado consigo perezosamente a lo largo de su valle...

—¿Cuáles eran esas velocidades?

—De las observaciones verificadas desde nuestra llegada todos los primeros días de mes, resultaba que en ocho meses nos habíamos movido, con respecto a las orillas, sesenta y cinco metros escasos: total, que daba veintisiete centímetros por día o unos once milímetros por hora para velocidad media de deslizamiento.

—Es muy verosímil; el Mar de Hielo corre en el Mont-Blanc a trece largos; el Sermialisk se desliza a razón de quince; el Jacostaab...

—¿Pero se sabe usted de memoria las velocidades de todos los glaciares conocidos?

—No tanto. ¡Ja, ja, ja!... Las de algunos nada más.

Pero continúe. ¿Cuál fué la nueva que les dió a ustedes el cambio de situaciones del picacho basáltico y Monte Lubecki? Porque supongo que observándolos sería cómo determinarían tal velocidad.

—Claro: pues no teníamos otro medio de averiguar la que llevábamos sino midiendo cómo nos movíamos con respecto a dichas referencias fijas, cuyas posiciones teníamos bien determinadas.

—Y qué, ¿qué resultó?

—Pues que en vez de deslizarnos suavemente, como antes, corríamos ya, si despacio para río, vertiginosamente para glaciar, a razón de noventa metros por hora.

—¡Qué atrocidad!... Eso equivale a metro y medio por minuto... No puede ser.

—Perdone. Pero así era.

—No lo dudo, basta que usted lo afirme; pero tan espantosa corriente no es explicable ni aun con la rotura del glaciar.

—Es que había otra causa.



Llamando al comedor impidió la campana de a bordo que inmediatamente satisficiera el geólogo la curiosidad de Eduar-

do, imponiéndole espera que mientras duró el almuerzo lo tuvo consumido de impaciencia.

## XVII

### PORQUÉ CORRÍA TAN DE PRISA EL GLACIAR

Entre Lubecki a su izquierda y Ana a su derecha almorzó Eduardo, cuyo deseo de oír el fin del relato interrumpido era tan grande, que antes de haber el primero acabado los postres lo invitó a que, sin aguardar en el comedor el café, se volviera con él al despacho, donde podían tomarlo; y apenas obtenido asenso, ya estaba en pie. Pero advirtiéndole a tiempo la desatención que, dejando a la señora sola en la mesa, estaba a punto de cometer, hizo extensiva a ésta la invitación, costésmente rehusada por ella manifestando que hallándose rendida, por no haber hasta entonces hecho sino descabezar ligeramente el atrasado sueño, deseaba dormir, y no quería exponerse a que el café la desvelara.

—¿De cuándo acá te desvela el café?

—Normalmente, no — respondió Ana, echando a su marido una mirada como diciéndole que era poco oportuna la pregunta—; pero hoy, todavía no repuesta de las emociones de los terribles días pasados, estoy nerviosísima, y sería fácil me quitase el sueño. Mientras ustedes reanudan su conversación, que sospecho ha de ser larga, me voy al camarote.

Dijo esto ya levantada de la mesa; pero al disponerse a echar a andar se detuvo perpleja, y exclamó:

—¡Calla! ¡El caso es que no sé por dónde se va allá!

—Ni yo—dijo Lubecki—. Aun no he tenido tiempo de orientarme en el barco.

—Pues no puedo sacar a ustedes del apuro, porque tampoco sé dónde están alojados. Maucelo, Maucelo, ¿dónde ha instalado usted a los Señores de Lubecki?

—En mi camarote—contestó el Capitán levantándose de su mesa y acercándose a la de los otros.

—De ningún modo; ni mi mujer ni yo podemos consentir...

—Mil gracias, Capitán; pero mi marido tiene razón: es imposible que nos avengamos a abusar de su amabilidad.

—No se preocupen de eso. Yo estoy bien en cualquier parte, y además perfectamente alojado. Y hasta comodísimo en el cuarto de derrota, donde tengo más a la mano que antes instrumentos, cronómetros y mapas.

Iba a insistir el matrimonio en sus negativas a ocasionar molestias a Maucelo, cuando al ver Arteijo que el obsequioso debate amenazaba retrasar su deseada conversación con el geólogo, lo cortó diciendo, con vivacidad parecida a impaciencia:

—Se acabó la discusión. Maucelo dice bien; y aun cuando no, entre que un viejo lobo de mar hecho a descomodidades pase algunas o que las padezca una señora...

—Pero...

—No hay pero. Yo, con mi autoridad de jefe, ordeno y mando a usted, Señor Presidente, que no chiste, porque si chista lo envío al cepo.

—Ya no digo ni pío.

—Pues llevaremos a su señora al camarote y después nos iremos a lo nuestro.

Cuando al acercársele Eduardo se disponía Ana a tomar su brazo, varió de pronto de idea al ver que desde el otro extremo del comedor la estaba Bopp mirando, y cogiéndose al de Maucelo, dijo a aquél:

—Mil gracias: no quiero que la cortesía de usted haga mal tercio a su interés de reanudar pronto la conversación con Walter. Además faltaría a la que debo al Capitán, si, habiéndome él cedido su habitación, que solamente acepto para que no me envíe usted al cepo, no le rogara que él sea quien me haga los honores de ella.

Maucelo, a quien muchos años de mar aguantando el balanceo hacían andar habitualmente un poco esparrancado, y más de un poco amorrado, se enderezó como un muchacho al sentir sobre el suyo el brazo de la hermosa mujer que así lo distinguía; y al conducirla al camarote iba por la cubierta tieso como un trinquete y orondo como un pavo: tanto, que al verlo pasar



dijo uno de sus oficiales que el Capitán se había tragado el botalón, y otro que se le habían esponjado las blancas patillazas. Y si no era verdad, claro es, lo del botalón, tampoco lo era lo del ahuecamiento, sino que por llevar más erguida que de ordinario la cabeza, veíansele aquéllas separadas de los hombros y el pecho en donde de ordinario descansaban.

¿Era sólo deseo de hacer tal deferencia al marino lo que movía a Ana?

Maucelo no podía atribuírle a otra cosa; y de ahí la vanidad y el pavoneo.

\* \* \*

—Quedamos —decía Eduardo mientras servía el café al Profesor— en que la velocidad del glaciar tenía otra causa además de su rotura.

—Sí, señor. La conocimos porque pareciéndonos alarmante, e imprudencia permanecer en donde estábamos los muchos meses restantes hasta que el buque volviera a recogerlos... Pero nuestras personales preocupaciones me hacen olvidar lo que a usted más le interesa...

—No, no, señor; de ningún modo —se apresuró a replicar Arteijo; pues, aun siendo verdad lo dicho por el geólogo, le pareció incorrecto asentar a ello—. No me interesan menos las inquietudes y desventuras de ustedes y el saber cómo se precavieron contra aquella presentida amenaza.

—Siendo así—contestó cándidamente Lubbecki—, relataré las cosas en el orden en que las fuimos viendo. Aun siendo dura faena la de desenterrar y desmontar la casa sin el auxilio de la tripulación que nos había ayudado a armarla, y no breve la de montarla de nuevo sobre la nieve endurecida de encima de las lomas de la tierra firme cuyas laderas eran márgenes del glaciar, pensamos que nosotros siete y los dos perreros esquimales, de que hablaré después, podríamos realizarla en cinco o seis semanas. Siempre que halláramos sitio adecuado en dichas lomas u otro menos peligroso en el mismo glaciar; pues nunca creímos que todo entero corriera a tan inverosímil velocidad.

—Naturalmente.

—La cuestión era que el lugar adecuado para la nueva instalación no estuviera distante de la antigua en términos que imposibilitaran el transporte de la viguería y

la tablazón desarmada, o cuando menos de la indispensable para levantar, si más no se pudiese, un refugio seguro, aun cuando fuese más pequeño que el amplio y cómodo hasta entonces disfrutado.

—Pero ¿tenían ustedes medios de realizar ese transporte?

—Sí: a la rastra sobre el hielo con los perros y los trineos que teníamos en otra casa más pequeña, apartada medio kilómetro de la nuestra para librarnos del continuo ladrar y de los insoportables aullidos de los animales; pues en las traillas de los bravíos perros polares es incesante la pelea hasta que en cada tiro se hace uno rey a fuerza de colmillos. Y en cuanto el trono está ocupado, no por eso se acalla el estrépito, pues el déspota ejerce ruidosamente a mordiscos y ladridos su autoridad, provocando quejidos de la oprimida plebe, o clamores en ella de motín (1).

—¿Y qué fué de ellos?

—Poco antes de terminar nuestro terrestre viaje y comenzar la travesía marítima en el iceberg perecieron como diré a usted más adelante.

—Ya. Siga, siga.

—Lo primero era realizar un reconocimiento que hacia lo alto y los costados del glaciar emprendimos Bopp, Locketek y yo al día siguiente de medir la nueva velocidad, y en el cual estuve a pique de matarme.

—¿Cómo?

—Ya se lo contaré cuando estemos más despacio. Ahora no es cosa de perder tiempo en episodios. Cuatro días duró la expe-

(1) Sir George Nares, jefe de la expedición polar de los buques Alert y Discovery (1875-1876), dice de estos monarcas perrunos: "Cuando han escalado tan alto puesto tienen que conservar a fuerza de colmillos, pues la revolución puede estallar tan pronto, un perro joven llega a la virilidad—mejor sería *canilidad*—y siente aspiraciones de escalar el trono... En cada tiro nadie resiste, nadie rechista, cuando el rey ladra, sin recibir la dentellada que pena la falta de respeto; solamente la reina le gruñe siempre que se le ocurre. Ella es entre las damas lo que su cónyuge entre los de éstas, y ella las endereza por iguales procedimientos, si se le insubordinan."

Tan feroces son estos perros, que además de comerse, si los perreros se descuidan, hasta el cuero de sus arneses, cuenta Von Wrangel en el relato de uno de sus viajes por Siberia—1820, 1821—, que en una ocasión en que un perro mordió a otro, abriéndole una tremenda brecha, los otros se precipitaron, cual chacales, sobre el herido, en cuanto olieron sangre, despedazándolo y devorando sus pedazos.



dición, siendo lo primero digno de interés en ella visto que a veintitrés kilómetros más arriba de nuestra residencia estaba el glaciar roto de borde a borde; pero no cortado por una grieta más o menos ancha, y vacía, como era de creer, sino por un lago.

—¡Un lago!... No comprendo qué quiere usted decir; pues habiendo de estar tan heladas sus aguas como sus orillas, formadas por el hielo del glaciar, no comprendo cómo pudiera estar constituido el lago, ni cuál fuera la diferencia entre él y el resto del petrificado río.

—Es que no estaba helado; que era un lago de *agua viva*.

—¡En marzo y a ochenta y uno de latitud!... Pues ¿qué temperatura tenían ustedes?

—Alrededor de treinta y cinco bajo cero. Pero el agua estaba líquida por proceder de tres grandísimos *geysers* que, dos en una ladera, uno en la opuesta y todos más allá del lago, lanzaban ingentes surtidores de agua hirviendo.

—¿*Geysers* como los de Islandia?

—No; aquéllos son enanos, y los míos, no ya mucho mayores que el Gran Geyser islandés con su chorro de dos metros y medio de diámetro, sino que el mismo gigante Geyser Negro de Waimangu, en Nueva Zelanda (1); pues el más pequeño de los surgidos en la Tierra de Federico VIII es-

cupe una columna de agua y vapores con grosor, por lo menos, de diez metros, a altura superior a quinientos. Fluyendo desde cuatro días antes, habían desnudado de nieves las laderas en ancho espacio por donde corrían sus aguas a precipitarse en la grieta del glaciar, convirtiéndola en lago, agrandándola, aumentando las aguas en ella contenidas con las exudadas por sus orillas de hielo, que retrocedían, paulatina pero constantemente licuadas, al contacto de las bajadas de los tres *geysers* que veíamos. Y aun sospecho que de alguno o algunos imposibles de ver, pero cuya existencia allá abajo, en el fondo del hondísimo lago, era delatada por un significativo burbujeo que agitaba la superficie de él.

—En suma: que de la ponderada perspectiva mía, tan exageradamente encomiada por usted, no queda ya nada; pues, por lo visto, el glaciar no fué bruscamente roto por el terremoto, sino suave y lentamente carcomido por el calor de las aguas que derretieron el hielo.

—Nada de eso. La aparición de los *geysers* fué posterior, aunque sumamente próxima, al terremoto, y éste el causante indudable de la grieta, que los *geysers* no hicieron sino llenar primero y ensanchar después, vertiendo aguas en ella. De esto no cabe duda.

—Pero ¿cómo puede usted asegurarlo?

otros de América y Nueva Zelanda. Le rodean cerca de cien pequeños surtidores de agua caliente.)

En el Yellowstone Park, y entre más de diez mil fuentes termales, existen en las zonas ya reconocidas setenta *geysers*, siendo los principales Giant, Beehive, Liberty Cap y Old Faithful. La mayor altura a que el primero, El Gigante, lanza sus aguas, es de cincuenta o sesenta metros.

En Nueva Zelanda, y asimismo esparcidos en una región en donde por doquier bullen aguas termales en corrientes y charcas, abundan los *geysers*, de los cuales el Pluma, el Wairakei, el Charco de Relámpagos son los más importantes, pues el Geiser Negro de Waimangu, citado por Lubeckí, y el mayor de los que han existido, no existe ya. Su nombre de coloso estaba bien justificado, pues en alguna de sus erupciones llegó el surtidor de sus aguas hasta 1.600 pies de altura.

La existencia de este *geiser* fué breve, pues surgió en 1801 en el fondo de una grieta abierta por la erupción del volcán Tarawera en 1886; y a consecuencia de un descenso de las aguas del cercano lago de Rotomahana, que dejó el lago casi seco, quedó extinguido el *geiser*.

Aun cuando mucho más pequeño y menos conocido que los anteriores, existe otro campo de *geysers* en el valle de Furnes, de la isla de San Miguel, una de las Azores, el cual apareció hace más de tres siglos a consecuencia de un tremendo terremoto.

(1) Los *geysers* son volcanes en miniatura, de agua y vapor en vez de lava y piedras, aun cuando alguno de los del Yellowstone Park (parque nacional en las Montañas Rocosas EE. UU.), vomita todo.

Las zonas donde se encuentran son verdaderos hervideros de fuentes termales, descollando entre ellos, por la fuerza con que a lo alto lanzan sus aguas, y por la elevada temperatura de éstas, el Geiser Negro de Waimangu, negro como la tinta que arroja en ocasiones piedras con el ceno.

Las erupciones de ellos son intermitentes: en unos tardan días en sucederse: en otros estallan hasta veinte veces por día; y hasta existen extrañas parejas, en las cuales se corresponden los períodos explosivos de uno con los de descanso del otro. La periodicidad de las erupciones de los *geysers* cambia frecuentemente.

En general, surgen después de un terremoto: no de todos, sino de alguno, y en rarísimos casos, pues en todo el mundo no hay sino tres grandes campos de *geysers*; y a veces, otro terremoto los ciega: ejemplo, el Strokkur de Islandia, nacido en el de 1789 y seco en el de 1896.

Los campos principales son los de Islandia, Yellowstone Park e isla septentrional de las de Nueva Zelanda.

En Islandia, en el pequeño espacio de cuatro reducidos kilómetros, se cuentan hasta cien *geysers*, casi todos pequeños, sin que el mismo Gran Geiser alcance, ni con mucho, las dimensiones de



—Porque la Naturaleza dejó vestigios inconfundibles del proceso de la convulsión con que había sacudido las montañas.

—¿Cuáles, cuáles?

—Una línea de fractura del suelo: una larga y típica falla que de la cumbre de la derecha bajaba al lago, mostrando al descubierto en la pendiente las capas de rocas recién rotas al descender todo el terreno que a nuestra parte estaba hundido, mientras el del opuesto lado aparecía levantado en un resalto vertical de hasta dos metros de altura en algunos lugares. Aquella era la cicatriz, no la herida, todavía fresca, de la Peña tajada por el reciente terremoto.

—¡Ah!

—Y porque al otro lado de la laguna, otra herida en todo igual bajaba hasta su orilla, también desde lo alto de las opuestas cumbres: probando esto que los dos tajos que habían roto ambas laderas no eran sino una rotura, los extremos de un solo y mismo desgarrón, que de través cortaba el valle entero.

—Sí, sí; y la parte central del rompimiento estaría abajo, en el fondo, bajo el glaciar primeramente, y oculta luego por las aguas del lago; sí, sí... Pero... ¿y los *geysers*?

—Los tres sobre la misma falla, que al abrirse dejó paso a los vapores y a las aguas.

—Tenía usted razón, es indudable: el terremoto fué. ¿Y qué más vieron ustedes en su exploración? Porque veintitrés kilómetros de ida al lago y otros tantos de la vuelta no consumirían los cuatro días de duración de ella.

—No, señor. Ya convencidos de que cuanto más arriba en el glaciar y más próximos a la rotura nos instaláramos mayor peligro correríamos, no pensamos sino en abandonarlo, subiéndonos a alguna mesetilla de las que interrumpían los riscosos declives de los montes laterales de las márgenes entre las que deslizaba nuestro río de hielo.

—¿Siempre a la misma velocidad de noventa metros?

—No, señor; todavía más de prisa, pues ya había crecido a ciento dos.

—¡Qué atrocidad! Me explico la inquietud de ustedes, pues había motivo para pensar en un total descuajamiento del glaciar.

—Ese era el miedo que nos instigaba a echarnos fuera de él. Pero aquellos cuatro días de inútiles pesquisas nos decidieron a

aguardar donde estábamos lo que la Providencia quisiera depararnos, pues el paso a las laderas era imposible.

—¿Por qué?

—Porque el glaciar ya no llegaba a ellas.

—¿Qué dice usted?

—Que entre los bordes de derecha e izquierda del sólido río y sus antiguas orillas de tierra corrían otros dos ríos; pero flúidos, de *agua líquida*.

—¡Ah! ¿Sin duda la sobrante del lago de arriba y de los *geysers*?

—Sí, señor. Que al rebosar y correr entre los flancos del glaciar y las tierras adonde llegaban, había ido ahuecando en el hielo por ella derretido cauces a dos verdaderos ríos: no muy anchos, pero velocísimos, vertiginosamente hondos, y más y más de día en día. Entre ellos y la laguna estábamos irremisiblemente bloqueados.

—¡Qué horrenda situación! Pero también ¡qué grandioso fenómeno! Al oír a usted pareceme estar *viviendo* una geológica tragedia anterior en muchísimos milenios al nacimiento de la Humanidad, una de las innumerables catástrofes que no eran sino etapas de la evolución con que las fuerzas puestas en juego por la Omnipotencia iban modelando este mundo en donde el Hombre había de aparecer.

—Sí, sí. ¿Verdad, verdad? Como veo que usted no ha de llamarme *chiflado*, le confesaré que en aquella espantosa situación, entre peligros a los cuales parecía entonces imposible escapáramos, yo lo olvidaba todo, fascinado por aquella soberbia manifestación del poder de esa fuerza de que habla usted: de la Suprema Fuerza del Creador de mundos y de fuerzas.

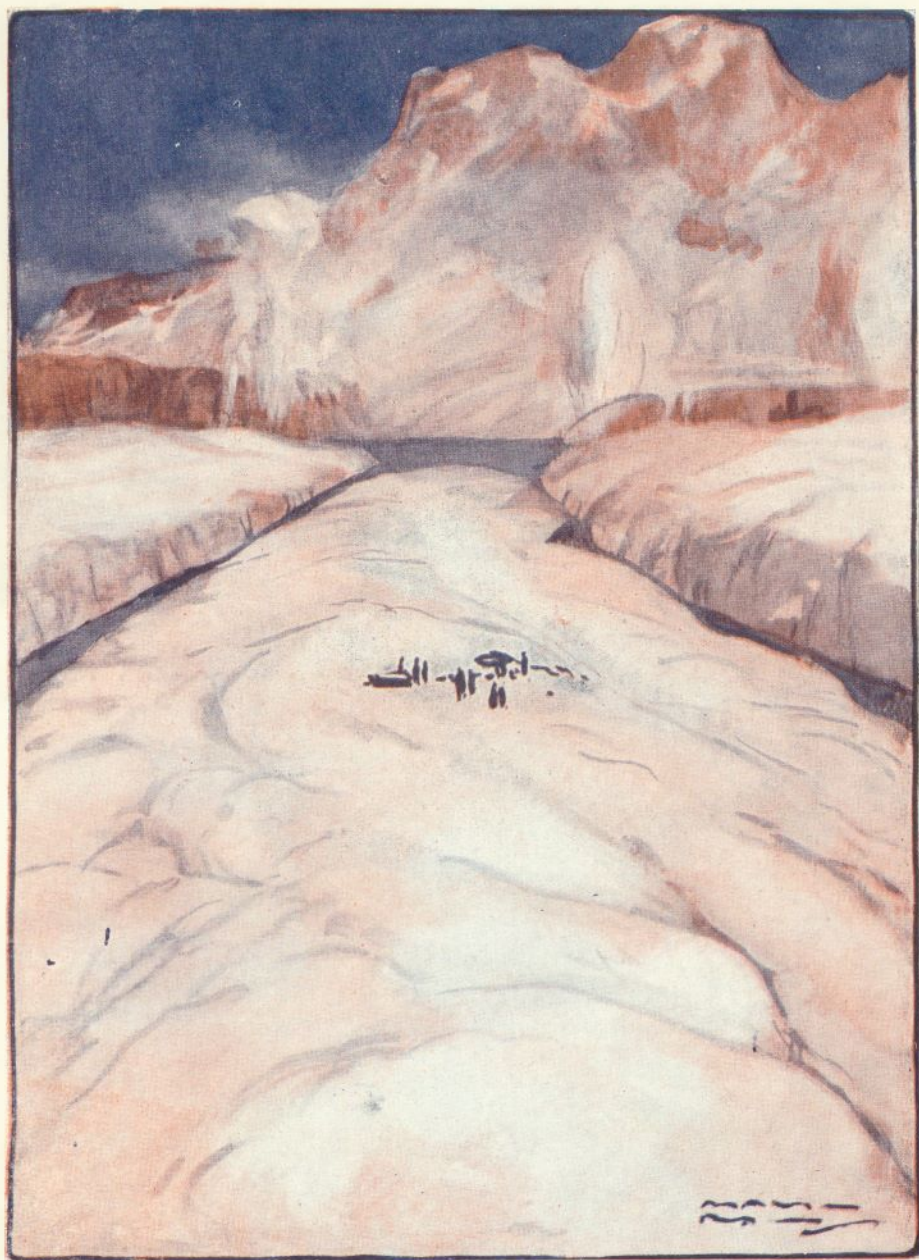
—Lo comprendo, lo comprendo.

—Por lo que llevo visto se me figura que usted y yo hemos de entendernos siempre.

—Sí, amigo mío. Ahora ya veo explicado que su glaciar corriera tanto; pues ya no resbalaba valle abajo, ludiendo duramente, cual todos los glaciares, contra irregularidades y asperezas de su lecho, sino ayudado por el flujo de aguas tibias, que, al infiltrarse en lo hondo por más densas que el hielo y correr por debajo del glaciar, entre él y las tierras del fondo y los costados de su cauce, dábanle *muelle* asiento líquido, sobre el que se deslizaba suavemente, sin lijar contra las anfractuosidades y peñascos del álveo.

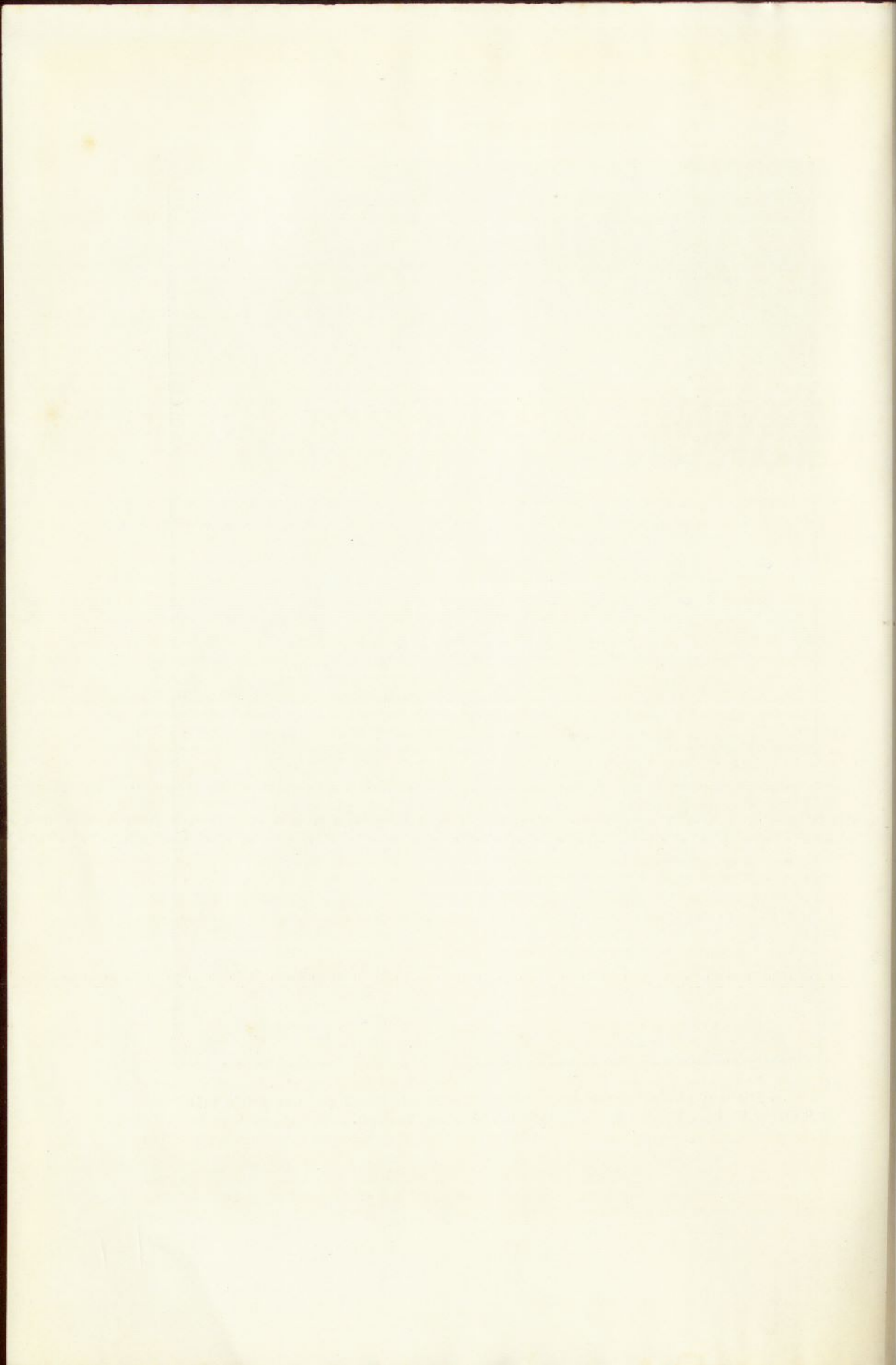
—Y hasta no sé cómo no corría más de prisa.





... estaba el glaciar roto de borde a borde; pero no cortado por una grieta más o menos ancha y vacía, como era de creer, sino por un lago.







—Vaya si corrió; aunque de tanto en tanto lo detenían, ora atoramientos de las salientes y entrantes de su helada masa de cien kilómetros de longitud hasta el mar, veintitantos de anchura y más de uno de profundidad al llegar a encajarse en los entrantes y protuberancias de las estribaciones descendentes de los montes al valle; ora enormes clavos de hielo, que, sobresaliendo por la parte inferior, se hincaban en el fondo al llegar a parajes donde éste era de fango o tierra blanda. Y mientras los espolones o los clavos no se derretían o saltaban en pedazos, se atascaba el glaciar. No, digo mal; ya no había un glaciar, sino pedazos de él: desmesurados, colosales, de leguas y leguas; pero al fin trozos en que el glaciar iba partiéndose. Por eso las velocidades iniciales crecían y crecían rapidí-

simamente a veces, en tanto otras se anulaban, haciéndonos temer en estos casos que, sin llegar a despenarnos en el mar, podríamos antes perecer por rotura o fusión del islote de hielo en donde íbamos, cuya constante disminución de tamaño vigilábamos angustiosamente (1).

—¿A qué distancia estaban ustedes del mar el día del terremoto?

—A cien kilómetros.

—¡Ah, sí! Ya me lo había usted dicho. ¿Y cuánto tardaron en llegar a él?

—Sesenta mortales días, más largos que mis setenta y pico de años de vida. Ya falta poco; pero para que lo poco no se alargue demás, déjeme recapacitar a fin de contraer exclusivamente mi narración a los episodios principales... ¿Me hace el favor de otra taza de café?

## XVIII

### EL PROFESOR ACABA SU RELATO

Después de saborear unos cuantos sorbos de café y meditar mientras los paladeaba, volvió a tomar Lubecki la palabra:

—Nuestro campo de hielo, que ya sólo tenía cuatro o cinco kilómetros cuadrados, quedó reducido casi a la mitad al partirse en dos trozos cinco días antes de salir al mar, ocasionándonos la pena de que en la misma línea de fractura estuviera la casa de los perros, que a nuestra vista desapareció en la grieta. Desdichadamente, con ella se abismaron los infelices conductores esquimales de los trineos.

Y ya llegamos al día crítico en que, al

dar vuelta al extremo de una estribación de los montes de la derecha, vimos el mar: es decir, unas manchejas de agua entre la costa de las tierras y el borde más próximo a ellas de la llanura del helado Océano Polar, prolongada hasta el confín remoto del horizonte. Sobre aquellas manchas oscilaban en incontable número los pedazos de glaciar llegados al mar por delante del nuestro y ya trocados en *icebergs*.

De cuando en cuando, surgiendo de las olas, uno acá, otro allá, otro más lejos, se veían saltar hacia lo alto cristalinos cerros, pirámides, promontorios, translúcidos y resplandecientes a la luz del día. Eran los

(1) Mas si al glaciar no se le ve correr, ¿cómo es posible medir su velocidad?

Muy sencillo: se clava una varilla de hierro en el hielo del glaciar, asegurándola para que se mantenga vertical, y establecido el observador con un anteojo en terreno firme, de una de sus márgenes, se apunta a la varilla la cruz filar de dicho anteojo y se anota la dirección de la visual, puntualizada mediante la lectura de un índice en un círculo graduado unido al anteojo, o bien observando una referencia fija del terreno en las cumbres de la opuesta margen del glaciar, por donde pase la prolongación de aquella. Se dejan pasar unos cuantos días, y con el anteojo colocado exactamente en el mismo lugar de la primera observación, se vuelve a enfilar la varilla aquilatando la dirección de la nueva visual. El círculo graduado nos dará otra graduación que anteriormente, y entre las dos leídas el valor del

ángulo comprendido entre ambas punterías; y ya la prolongación de la segunda no pasará por la misma referencia lejana de la primera, sino que cortará al terreno del otro lado del glaciar en lugar más agua abajo, quiero decir más hielo abajo que antes, lo cual es prueba de que la varilla ha sido arrastrada por el hielo en su movimiento según el declive del valle que recorre.

Conocida la distancia—que hay varios medios de medir—del anteojo a la varilla, el averiguar lo que ésta, o sea el glaciar, ha resbalado, constituye la solución de un sencillo problema de topografía: tan pedestre y poco entretenido para el lector, que no merece la pena de explicarlo. La longitud hallada para el resbalamiento, dividida por el número de días u horas entre las dos observaciones, dará la velocidad del glaciar por día u hora.



trozos recientemente despeñados que, después de caer y sumergirse, Dios sabe a qué profundidad, y ser subidos por la fuerza de flotación del hielo, cabeceaban sobre el agua hasta alcanzar equilibrio estable; y al alejarse majestuosos, impelidos al sur por la corriente, dejaban espacio frente a la desembocadura para los que detrás de ellos enviaba el glaciar.

Aquéllos habían ya dado el terrible chapuzón al que se encaminaba nuestro campo de hielo, y en donde verosíblemente quedaríamos ahogados antes de salir a la superficie: dado que subiéramos; pues, a tener la mala suerte de que las rocas y las tierras encastradas en lo interior de nuestro *iceberg* estuvieran altas y cerca de la casa, ésta, con cuanto entonces estaba arriba, quedaría bajo el agua por efecto de su mayor peso.

Lo grave era que sobraba motivo para creer probable tal contingencia; pues desde hacía dos días se iba inclinando progresivamente el llano de lo alto, y a medida que él se alejaba de la horizontalidad se tumbaría la casa más y más, hasta faltar poco para que a ella llegaran la fachada, los muros paralelos a ella y la chimenea, y para que se pusieran verticales piso y techo. Los muebles cayeron sobre las paredes de aquel costado en todas las habitaciones; nosotros andábamos malamente sobre el muro de fachada en vez de hacerlo sobre el suelo, y, en fin, juzgará usted de cómo estábamos con sólo saber que el mar lo vimos asomándonos a la chimenea, por cuyo tubo, casi horizontal, nos fuimos arrastrando tendidos, unos en pos de otros, los que tuvimos tal curiosidad.

—¡Bonita situación!

—Y, sin embargo, a esto, que entonces nos alarmaba extraordinariamente, pienso debimos escapar con vida del chapuzón, en que antes de él todos dábamos por seguro perderla. Pero mientras hay vida, no le abandona al hombre la esperanza. Como además hacía tiempo que ya pensaba yo en la caída al mar y en el buceo, creyendo deber mío de jefe hacer cuanto pudiera para defender nuestras nueve vidas, siquiera fuera remotísima la posibilidad de salvarlas, dispuse que con paquetes de heno, sobrantes de los empleados en el techo al montar la casa, fueran rellenos los vanos entre las dobles puertas y ventanas; y afianzando los batientes interiores de ellas, hice atornillar al muro

recias vigas tomadas de los durmientes del piso.

Además, el carpintero y el herrero prepararon con viguería y tablón grueso tres recios y macizos escudos de blindaje de las dimensiones del cañón de la chimenea, para obturarla a última hora con ellos y con heno apelmazado entre cada dos consecutivos.

Como ni el techo ni los muros, uno y otros protegidos por varios metros de durísimo hielo, era de temer cedieran a la presión del agua en el escaso tiempo que, a no quedar permanentemente sumergidos (y entonces no habría posible salvación), duraría la inmersión de la casa, me proponía con aquellas prevenciones, ya que no impedir totalmente el anegamiento durante la zambullida, dificultarlo y retrasarlo por si teníamos la suerte de volver arriba antes de que se hiciera total.

A Arteijo se le ocurrían muchas cosas; pero, pendiente con verdadera ansia del relato, no quería interrumpir al Profesor, que continuó:

—Si puertas y ventanas pudieron barretearse con gran anticipación, no era posible pensar en barrear la chimenea sino con escasa anticipación a la caída, porque en cuanto fuera cerrada quedaríamos privados de posibilidad de renovar el aire; y, de equivocarme en el cálculo del tiempo o de disminuir la velocidad con que corríamos al mar, antes que el peligro de ahogarnos en él llegaría el de morir por asfixia dentro de la casa tapiada.

Cuando creí llegado el momento oportuno se montaron los blindajes en la chimenea, relleno los vanos con el heno bien atacado; y hecho esto, pasamos todos, de crujía en crujía, hasta la más alejada de la fachada: no andando, sino subiendo, para pasar de unas a otras por una escalera de mano hasta llegar a la cuarta y última, cuyas puertas, entonces parecidas a trampas de cueva, pero al revés, pues colgaban hacia abajo, atornillamos firmemente.

Para que ahora comprenda usted lo que va a oír conviéndeme tenga en cuenta que nuestra casa, normalmente de un piso, tenía cuatro desde que se empinó, es decir, el de crujías paralelas a la fachada, que había quedado abajo; y que los antiguos techo y suelo habían pasado a ser paredes, mientras los muros y tabiques de antes, por fortuna tan recios como por aquí hace falta construirlos para aguantar el



peso de la nieve y el hielo, hacían veces de pisos y techos de las habitaciones.

Una vez encerrados en nuestro cuarto piso y sumidos en silencio de tumba, en lo que verosímilmente sería la nuestra, pues habíamos cerrado y acolchado todas las aberturas por donde podían llegar ruidos de afuera, nos encomendamos a Dios y aguardamos el instante incierto de una muerte tenida por segura; porque para salvarnos hacía falta poco menos que un milagro, y con el milagro nadie cuenta.

Como entonces no estábamos para acordarnos del reloj, y luego nos solicitaron apremios muy urgentes, ni yo ni mis compañeros en el tremendo trance sabemos cuánto duró el tormento de la espera, que, pareciendo inacabable, no pudo ser muy larga, puesto que no sufrimos por enrarecimiento de la limitada e irrenovable provisión de aire contenida dentro de la casa.

Pasaba el tiempo y no pasaba nada, nada, hasta que, al cabo de no sé cuánto, sentimos brusca sensación, igual a la experimentada dentro de un ascensor que inicia rápido descenso, pero incomparablemente más violenta. Era que con los demás nacientes *icebergs* en cuya compañía corríamos, habíamos llegado al borde de la cascada por donde de la tierra se precipitaban al mar, no torrentes de agua, sino aluviones de montañas de hielo.

Sin que cesara la caída, fuimos todos súbitamente arrojados contra una de las paredes, todos lastimados y algunos descalabrados por un fortísimo cabeceo de nuestro *iceberg*, que, reaccionando pronto en sentido contrario, nos lanzó de nuevo, zaran-deados y revueltos, contra la opuesta: es decir, desde el techo hasta el piso; pues recordará usted que éstos hacían a la sazón veces de muros.

La velocidad de la caída (todo ocurrió rapidísimamente, sin darme tiempo de hacer entonces los comentarios que hago ahora) aminoró de pronto, sin duda a causa de la resistencia que al llegar al agua oponía ésta a la inmersión de la enorme mole; y la caída prosiguió, pero más lentamente cada vez, hasta cesar por un instante cuando llegamos a profundidad en la que, consumido el impulso de la caída en vencer aquella resistencia, fué superada la fuerza del peso por la impulsión ascendente de las aguas, que nuestros cuerpos percibieron al experimentar la sensación de que empezaba la subida, saludada con gritos de júbilo,

ahogados inmediatamente por el fragor de una estruendosa detonación que resonaba *dentro de nuestra casa, a nuestros pies.*

Era el mar, que, empujando, empujando, había al fin derribado los *barrajes* de puerta, chimenea y ventanas; las aguas, que irrumpían en las habitaciones de la crujía de fachada y subían a las otras, mas no rápidamente; pues pugnando con la presión del aire contenido en ellas, empujándolo a las más altas, lo comprimía, aumentando por instantes la resistencia con que contrariaba la subida del agua, y haciéndonos sentir dura opresión respiratoria. Felizmente, sólo duró tal situación unos segundos; pues el movimiento ascensional del *iceberg* disminuyó rápidamente la altura de la superficie del mar sobre los boquetes por donde entraba el agua en la casa, y, consiguiénte-mente, la presión de aquélla, que cuando llegamos a lo alto por sí sola volvió a salir por donde había entrado, dejando, no enjutas, pero ya no inundadas las habitaciones inferiores. Y después de varios balanceos que nuevamente nos hicieron rodar, flotó al fin en las olas el *iceberg*, llevando arriba los restos de la superficie del glaciar despedazado, sobre los cuales estaba la casa (1).

—¡Gracias a Dios! Pero ¿seguía tumbada?

—Sí, aun cuando menos que antes. Y gracias a su tumbamiento no nos ahogamos al invadirla el agua; pues convertidas sus crujías en pisos, solamente subió poco por cima del tercero, estando nosotros sobre el cuarto.

—Pero, aunque no completamente a plomo, tampoco estaba en tan trastornada posición cuando en ella entré yo.

—¡Ay, ay! En los quince días transcurridos desde la caída al mar hasta que usted nos encontró pasó nuestra inquieta residencia por todas las más absurdas e incómodas inclinaciones, que no resistirían el Monasterio de El Escorial ni el Capitolio de Wáshington; pues excepto ponérse- nos el suelo por montera, ha tenido todas las imaginables posiciones, variándolas frecuentemente cuando deshielos o desprendimientos

(1) Lo ocurrido fué sencillamente lo que sucede cuando en un barreño de agua se introduce boca abajo un vaso vacío, apretando en su fondo para vencer la resistencia opuesta por aquella que va subiendo dentro de él conforme más lo hundimos, pero sin llegar nunca a lo alto, donde siempre queda alre comprimido, cuya presión impide que lo llene completamente el agua.



de peñascos alteraban el equilibrio del *iceberg*: sin haber apenas día en que, más o menos, no ocurriera esto, y en alguno tres veces.

—Pues no cabe duda que han hecho ustedes una cómoda travesía.

—Con ser muy grande, la incomodidad era lo de menos. Lo terrible era la zozobra de que cualquiera de esos cabeceos nos echara de una vez abajo.

—Verdad, verdad. La situación era angustiante. Y, además, separados más de tres mil kilómetros de los más próximos derroteros de barcos.

—Y, con nuestra antena, que nos había permitido comunicar semanalmente con la estación radiotelefónica de Cabo Norte (Noruega), rota en tres pedazos, de los cuales uno seguía arbolado en la casa, otro pendía de los alambres rotos, pero el tercero había desaparecido. Y con el motor de gasolina del alternador de la radiotelegrafía lleno de la basura que con el agua entró.

—Pero, entonces, ¿cómo pudieron ustedes telefonarnos?

—Al cabo de nueve días, en los que, a costa de ímprobos esfuerzos y tremendos peligros, lograron Loketeck, Bopp, el carpintero y el mecánico montar una antena más baja, y entre el último y Lesko limpiar el motor.

—¡Ah! Ahora que me acuerdo. ¿Porqué dejaron ustedes de telefonar cuando nosotros recibíamos las ondas, pero no las palabras, de sus transmisiones, y supongo que también nos oírían ustedes cuando seguíamos enviándonos impulsos?

—No, no señor; oírlos no: es decir, oír sí, pero sin entender; mas como a las horas convenidas sonaban, aun cuando inexpresivamente, nuestros teléfonos, dedujimos que de un modo u otro también ustedes recibían nuestras señales y no nos habían abandonado.

—Lo mismo que nosotros. Pero ¿por qué en vez de hacer esas señales no telefonaban?

—Porque en uno de los volquetazos del *iceberg* se nos rompieron las bombillas de Forest con las que amplificábamos la frecuencia de ondulación electromagnética irradiada por la antena para que las acústicas del micrófono la modulara en forma que al llegar al teléfono auditivo fuera inteligible como palabras (1).

(1) Es sabido que en el teléfono ordinario fluye una corriente eléctrica continua, de intensidad cam-

—Lo que yo supuse... Bueno, ¿pero si no podían telefonar por qué no telegrafaban?

—Porque al pobre Lesko, el único de nosotros que sabía manejar, aunque con poca práctica, el manipulador del telégrafo Morse, le rompió la cabeza el mismo barquinazo que hizo añicos las bombillas eléctricas.

biante incesantemente gracias a un electroimán, cuya fuerza es modificada a cada instante por la variabilidad de la distancia a él de una placa sacudida, por virtud de las vibraciones sonoras de la voz de quien habla delante de dicha placa, situada en la bocina transmisora.

Así se convierten las oscilaciones de la voz en *oscilaciones de la corriente eléctrica* llegada al teléfono receptor, las cuales hacen variar la fuerza con que el electroimán de él (igual al anterior) atrae otra placa sonora vibrante idéntica a la de la estación transmisora, que vibrando como ella, reproduce los sonidos que pusieron a ésta en movimiento.

La diferencia entre telefonía y telegrafía ordinaria es que esta última no emplea corriente eléctrica que constantemente fluya entre las dos estaciones durante la transmisión de un telegrama, sino impulsos discontinuos de ella en los que la corta el manipulador de la transmisora, en número, duración y agrupaciones tales que hagan temblar la palanquilla del aparato de la estación receptora, de modo que den lugar a las señales convenidas que representan las letras del alfabeto telegráfico, o atraiga las teclas correspondientes a las diversas letras.

Pasando ahora a la telegrafía y a la telefonía sin alambres, resulta que la corriente de una a otra estación es en ambas substituida por inmatrimales ondulaciones que atraviesan la atmósfera entre las antenas transmisora y receptora: ondulaciones producidas por corrientes nacidas, en el transmisor, que después de salvar el espacio como ondulaciones, vuelven a convertirse en corrientes en el receptor. Y como la telegrafía no ha menester sino corrientes discontinuas, discontinuas pueden por tanto ser las ondas telegráficas. Pero claro es que ondulaciones constantemente interrumpidas no sirven para transmitir una conversación cuyas vibraciones sonoras son continuas, pues éstas no serán reproducidas sino en los momentos en que la corriente fluya o la ondulación vibre, pero no en los intervalos de reposo, en los cuales falta ondulación en el aire y corriente en el teléfono, cuyas intensidades puedan ser moduladas por la voz.

De aquí la ineficacia de los primeros ensayos de telefonía sin hilos empleando las ondas usuales en la telegrafía, las cuales no produjeron resultado hasta que se acertó a producir *ondulaciones sostenidas*, que si no absolutamente continuas, vibran con frecuencias cercanas a 100.000 veces por segundo, las cuales en la práctica dan sensiblemente el mismo resultado que si lo fueran.

Este resultado se ha conseguido por varios medios, siendo los más notables los del *arco eléctrico cantante* de Dudley y de Poulsen, y sobre todo, los de las bombillas también cantantes llamadas *válvulas de vacío* de Feddersen y *odion* de De Forest.



—¡Ah! ¿El herido que sacamos privado de allá abajo?

—Sí. Después se le infeccionó la herida y desde entonces no lo deja la fiebre, ni recupera sino por breves intervalos el sentido. Y como ni esos ratos coincidieron con las horas con usted convenidas, ni aunque cuadraran tenía el enfermo la cabeza para nada, hubimos de contentarnos con que uno de nosotros enredara en el manipulador: sin más propósito que producir interrupciones de corriente e impulsos de ondas para que a ustedes les llegaran, por si tuviéramos la suerte, como la tuvimos, de que ustedes entendieran que todavía vivíamos.

—¡Vaya una odisea la de ustedes!

—Espantosa, amigo mío. Cuanto se diga de nuestros padecimientos y angustias en estos días no puede dar idea de ellos.

—¿Y cómo sigue el pobre compañero de usted?

—Parece que esta misma mañana se ha

iniciado franca mejoría, y Ana dice que ya se atreve a responder de él. Creo no haber todavía dicho a usted que mi mujer es Doctora en Medicina.

—No; no señor.

—En cuanto llegamos al buque celebró una consulta con el médico de a bordo y felizmente coinciden en el favorable pronóstico acerca del herido. Hasta ahora nunca había ejercido sino como especialista en enfermedades de niño, en las cuales alcanza crédito que le hizo ganar la dirección del Orfelinato Municipal de Lodz; pero ahora ha tenido que ser médica de hombres en este viaje, al que se obstinó en acompañarme.

Con estas palabras, dichas en tono y actitud que transparentaban el orgullo que a Lubecki inspiraba aquella obstinación de su mujer, y que Eduardo no dejó de percibir, terminó el relato de las tremendas aventuras de la comisión polaca.

## XIX

### ANA COMPONE UN BRAZO Y SE GANA UN AMIGO DE POR VIDA

Al acabar Lubecki su narración se lo llevó Eduardo consigo al puente para que le oyera dar orden a Maucelo de llevar el buque hacia las aguas del norte, donde fuera probable encontrar balleneros, y de encargar a los vigías gran cuidado para evitar pasara inadvertido ninguno que cruzara al alcance de la vista, aun cuando fuese muy lejano.

Dada esta orden, recordó Eduardo que al aparcar aquella mañana el anfibóvil había notado irregularidad en el giro de una de las pestañas de la cubierta, que al cerrarse sobre aquél dió un pequeño golpe en lugar de encajarse suavemente y sin ruido; y como de no ser vista la causa, y en seguida remediado el efecto, podía serlo de entorpecimiento o avería cuando llegara necesidad, que había de ser frecuente, de emplear el América en sus planes, decidió examinar la anormalidad y corregirla incontinenti; y diciéndoselo así al Profesor lo dejó en libertad de irse donde quisiera: siendo lo que éste quiso acompañarle y curiosear el ingenioso mecanismo; pues nada mejor tenía en que emplear el tiempo, estando su mujer durmiendo y no corriéndole a él prisa

ninguna dar a sus compañeros la mala noticia de que el Iberia no volvía a la otra costa cual todos suponían, fundando en tal suposición esperanza, si no de breve, por lo menos de un próximo regreso a Polonia que pasaba a problemático.

Auxiliado de un mecánico y dos carpinteros, pronto vió Arteijo dónde estaba la irregularidad, que leve y fácilmente corregible, no merecería mención en esta historia a no ser porque la compuerta que se quería reconocer ocasionó un accidente de importancia,

He aquí cómo el accidente sobrevino: el levantamiento de dicha compuerta no fué efectuado por presión hidráulica como a la salida del anfibóvil, pues sólo en casos análogos entraba en los depósitos del buque el agua, sino con un torno auxiliar movido a mano por los carpinteros; quienes cuando aquélla estuvo abierta cebaron mal, en la muesca a tal fin destinada, la rabera de la palanca de retenida del torno que sostenía todo el peso de la pestaña.

Así, en cuanto ellos soltaron el torno y volvieron las espaldas comenzó la rabera a resbalar en la muesca, lo que visto por



Eduardo, que estaba junto a aquél, le hizo echar rápidamente mano a la cigüeña del manubrio creyendo llegar antes de que el diente acabara de zafarse y dejara caer de golpe la compuerta desde toda su altura sobre el mecánico que debajo de ella trabajaba, y al cual gritó que se echara afuera.

Pero por mucha prisa que quiso darse, ya la palanca de seguridad había escapado cuando él llegó a la manivela, que no pudo detener, y que con la fuerza del torno girando por la acción de todo el peso de la compuerta lo despidió rodando por el entrepuente en donde estaban él y los carpinteros. Y gracias que al mismo tiempo, y prevenido por las voces, saltaba a él desde la cubierta el mecánico, tras del cual cayó con estrépito la trampa.

Por desgracia, el estirón que del brazo dió la manivela había dislocado el hombro a Arteijo. Para mayor desventura, el médico de a bordo, perfectamente idóneo en su profesión, se equivocó, sin embargo, en el primer reconocimiento, sobre las particularidades de la dislocación, procedió erradamente al intentar reducirla, y obcecándose al ver que sus primeras intenciones eran infructuosas, las convirtió en esfuerzos y tirones: no solamente suyos, sino del practicante; y de los cuales hubo de desistir, no tan pronto cual hubiera debido; pues el mismo grandísimo interés que tenía por Arteijo, unido a la equivocación primera, le hizo prolongarlos imprudentemente.

—Hay que aguardar un rato—dijo al cesar en sus tirones; y sin ver todavía el error en que estaba, agregó—: Un espasmo contrae músculos y tendones que agarrotando el hueso desencajado no permiten volverlo a su lugar hasta que pase.

Transcurridos diez minutos, repitió durante otros tantos y con igual ineficacia que antes las mismas probaturas, segunda vez suspendidas, y vueltas a reanudar y a interrumpir otras dos veces más.

Eduardo, lívido, parecía un cadáver; Lubbecki, con él llegado a la enfermería, estaba aterrado de la tortura a que la obcecación primera y el atortolamiento subsiguiente del médico lo tenía sometido hacía ya más de una hora; y pensando que el último tenía perdida la cabeza, le trotaba en la suya algo que no se atrevía a decir.

Roca y Maucelo, también presentes a la cura, que más que tal parecía tormento, estaban asustados de la cara de su jefe y de la creciente gravedad del trance, al cual no

veían cercana solución; pues tan pronto se oponían a que el médico reanudara estirones y retorcimientos, como, rindiéndose a la necesidad imprescindible de no dejar el brazo fuera de su sitio, lo incitaban a repetirlos: con negativas y con excitaciones que de parte de Maucelo iban entreveradas de comentarios poco gratos y nada suaves para don Julián—el nombre del apuradísimo galeno—, que con esto perdía cada vez más de prisa serenidad y juicio, sin comprender porqué encontraba imposibilidades jamás halladas en tratamientos semejantes, ni saber ya qué haría ni probaría cuando pasara el incruento rato en que Eduardo descansaba de la última intentona, y hubiera que comenzar otra, no menos temida por el doctor que por el paciente.

Pero cuando en este apuro estaba se abrió la puerta, y entrando el enfermero destinado a la asistencia del polaco herido, dijo:

—Don Julián. Usted no podrá salir ahora.

—¡Qué he de poder! ¡Estúpido!

—¿Es que hace falta el Doctor en otra parte? ¿Qué ocurre? ¿Hay alguna urgencia?—preguntó Arteijo.

—No, señor: es que está ahí la señora de esta mañana aguardando a que el Doctor acabe aquí, para entrar con él a la visita del herido que trajeron de allá abajo.

—No, no: que no entre allí, que venga aquí inmediatamente—gritó el médico, que en la consulta de la mañana había formado buen concepto de la competencia de la colega, y que según estaba habría sido capaz de demandar ayuda hasta a un albéitar.

—¡Gracias a Dios!—se le escapó a Lubbecki, que en Ana pensaba hacía ya rato, y que a no llegar ella tan oportunamente, habría acabado por proponer se la llamara: sentárele bien o supiérale mal a "aquel bárbaro".

Pero el bárbaro, que no lo era *per se*, sino *per accidens*, ya estaba convencido de que no veía claro; recelaba que, precisamente por querer mucho a Arteijo, iría viendo cada vez más turbio; y comprendiendo cuánto urgía no perder más tiempo, llamaba a Ana, no para discutir, sino para poner a Eduardo en manos de ella, reconociendo que las de él estaban desdichadas. Así que al salir a la puerta, al encuentro de la recién venida, dijo a ésta al verla entrar:

—Compañera, ahora no se trata de consulta: la cosa es más urgente; y como



no quiero influir en la opinión de usted con la mía, de la que desconfío ya, vea por sí al paciente, y dé la suya.

Dando gracias por esta deferencia, se dirigió Ana a Eduardo, ocurriéndosele, tan pronto vió la enorme hinchazón del hombro, cosas por el estilo de las que Maucelo había dicho a don Julián; pero ella las calló.

La primera dificultad para la doctora era que en el estado de tumefacción en que encontraba músculos y tejidos no cabía obtener deducción categórica del reconocimiento realizado por presión de los dedos, ni aun del ensayo de suaves y pequeñas variaciones de posturas; pues en cualquier lugar del hombro donde se tocara, o por mucha que fuera la suavidad de los movimientos que se intentaran con el brazo, determinarían agudísimos dolores inútiles en cuanto indicadores del estado y caracteres de la dislocación; pues podrían proceder, no de ésta, sino de la cruenta mortificación que en todos los ligamentos y tendones de una extensa zona alrededor de la coyuntura había producido el torpe y duro tratamiento que con su persistencia había dejado sobreexcitadísima la sensibilidad del sometido a él.

Por eso, antes de poner la mano en la parte dolorida preguntó si la inflamación había sido inmediatamente consecutiva al golpe, cuánto tiempo había transcurrido desde éste y qué medios se habían empleado al intentar restablecer el brazo en su normal posición, contestando Maucelo sin dar al médico tiempo de responder a estas preguntas:

—Tirar y retorcer sin compasión: como si tiraran de vergas y retorcieran jarcia.

—Capitán—replicó Ana, viendo la cara del pobre médico—, estas curas son siempre muy dolorosas, y los tirones ineludibles en ellas... Mas lo que yo deseo, Doctor, es saber lo que no podrá haber apreciado el Capitán: es decir, la clase y el sentido de los movimientos ya ensayados.

Con una mirada de gratitud a quien sabía a su defensa, dió don Julián explicaciones técnicas que convencieron a Ana de lo justificado del duro juicio del marino; pero como el reconocerlo públicamente no había de aprovechar al remedio del daño ya causado, se guardó para sí el convencimiento, en seguida formado, de ser lo más urgente e indispensable no producir nuevos dolores, dar descanso a los músculos castigados en

la pasada brega, y emplear por lo pronto tratamiento limitado a relajar su excesiva tensión.

Necesitando, sin embargo, formar antes idea siquiera aproximada del estado real de los tendones, con independencia de la provocada hiperestesia, procedió a un rápido reconocimiento, pero no de la zona inflamada, a la cual no llegaron sus dedos suavemente paseados alrededor y tan lejos de ella como lo permitía lo que deseaba averiguar, y de cuando en cuando detenidos para comprimir ligeramente diversos lugares del cuello y las partes altas de tórax, espalda y brazo.

Al comenzar la exploración previno a Eduardo que, aunque no muy violentos, produciría dolores, y al ver que las primeras comprensiones no le arrancaban quejas, agregó:

—Caballero, ni se trata ahora de que usted acredite su resistencia para aguantar el dolor, ni me conviene esa impasibilidad; pues saber cuándo y dónde duele es mi único medio de orientarme y formar criterio.

Al cabo de un rato en que a cada tanteo respondía Eduardo "no, no", o "ahí, sí; ahí duele", desapareciéndole el dolor apenas iniciado por cesar instantáneamente la leve presión que lo ocasionaba, ya sabía Ana cuáles eran los ligamentos adoloridos solamente en las partes de ellos comprendidas en la región inflamada y en cuáles se extendía el dolor más allá de ella: éstos eran los realmente castigados por la dislocación, los otros los que únicamente habían sido mortificados por el tratamiento; y en cuanto lo supo dijo volviéndose hacia el médico:

—Creo que ya tengo opinión.

—¿Pero ha acabado usted ya?—preguntó Arteijo sorprendido de lo moderado y pasajero de los dolores del reconocimiento.

—Por unas horas sí... Siempre que el Doctor esté de acuerdo con lo que voy a proponerle.

—¡Ay, don Julián, éstas son otras manos!—se le escapó a la víctima de los tormentos pasados al ver que no se reanudaban, y comparar la delicadeza de los sedosos dedos de Ana con las tenazas del médico y del practicante.

—La costumbre de asistir a niños poco resistentes al dolor. Y que esto no ha sido todavía la cura, que es preciso aplazar a mañana, sino sólo el reconocimiento—replicó ella.



Después de breve cuchicheo con el médico, en el que éste no hizo sino decir amén a todo, rehusando ser él quien aplicara el tratamiento y no aceptando otro papel que el de modesto auxiliar de la que se había hecho árbitro de la situación, puso ésta en la parte hinchada una inyección emoliente, y lejos de ella otras dos tónicas a las inmediaciones de los tendones más lastimados por la dislocación propiamente dicha. Seguidamente, cogió el brazo de Eduardo, y atenta a las contracciones que en su semblante espiaba fué moviéndolo muy despacio, deteniendo el movimiento o variando su sentido cuando veía indicios de crecer el dolor; pues no trataba de llevarlo a su posición normal, sino de elegir la que en su actual estado fuera menos molesta; y una vez hallada tal postura aplicó un vendaje, para inmovilizar en ella brazo y hombro, y un anestésico cuya acción, unida a la del emoliente lento ya inyectado, produjera el efecto sedante necesario para que en unas horas cesara la sensibilidad exacerbada de ser obstáculo al tratamiento de la dislocación. Cuando el vendaje estuvo ya sujeto, dijo la doctora:

—Ahora, Doctor, tenga la bondad de llevar al señor Arteijo a la cama: acúñele cuerpo y brazo con almohadas, y espero que con reposo e inmovilidad sea mañana fácil lo que ahora no me atrevo a intentar.

—Sí, las barbaridades en que don Julián se había empuñado—dijo Maucelo por lo bajo a Roca, agregando: —Me gusta mucho, me gusta mucho esta señora.

—Ya, ya lo sabíamos; ya lo hemos visto antes.

—¡Antes! ¿Cuándo?

—Esta mañana. Cuando no cabía usted en el pellejo y la cubierta del Iberia le venía estrecha al llevarla del brazo.

—¡Bah! ¡Qué tontería!

Sin duda era sino de la protagonista de la anterior escena levantar vanidades, pues entonces era otro quien no cabía en el pellejo: su marido, que menos modesto que ella, por no tratarse de él, sino de ella, se desquitaba del anterior mutismo, enterando primero a Arteijo y al Doctor y luego a Maucelo y a Roca de que Ana era especialista en porrazos, dislocaciones y huesos rotos, porque en el orfelinato, cuya dirección facultativa *había ganado en dura oposición*, con frecuencia acababan en tales accidentes los juegos de más de mil muchachos de la piel del demonio. Al practicante no se lo

contó, porque no estaba ya en la habitación.

Hasta cerca del mediodía siguiente no volvió Ana a ver a su enfermo, no en la alcoba de éste, sino en la enfermería, por necesitar para la cura definitiva elementos que allí estuvo preparando desde una hora antes, ayudada por don Julián, que ya se ve no era vanidoso: unas dobles tiras anchas y gruesas de algodón en rama, con las cuales entretejió en la dirección de su longitud y en lo interno de ellas varios alambres que las recorrieran de punta a punta; una batería de pequeños acumuladores eléctricos, a cuyos polos opuestos conectó los extremos de los alambres; un galvanómetro para medir la intensidad de la corriente que, manipulando en los acumuladores, probó y varió unas cuantas veces, y un termómetro cuya cubeta introdujo entre el algodón, diciendo al médico mientras hacía lo indicado:

—Yo creo que con temperatura de cincuenta y cinco grados sostenida un cuarto de hora tendremos suficiente para obtener dilatación de los ligamentos muy suficiente a permitirnos obtener sin gran esfuerzo los movimientos que necesitamos imprimir al brazo y a la articulación. ¿No le parece a usted?

—Lo que a usted... Después de los desatinos de ayer, ni debo ni quiero opinar.

—No, Doctor. ¡Por Dios!, no.

—Si ahora estamos solos, ¿por qué no confesárselos a usted que los ha visto, teniendo la delicadeza de hacer que no lo veía? Gracias que Dios la trajo cuando yo estaba inconcebiblemente obcecado.

—Todos nos obcecamos alguna vez en la vida. Y no todos tienen la sinceridad de reconocerlo... Bueno, esto ya está. Puede usted ir a buscar al enfermo.

Cuando don Julián llegó al camarote de Arteijo estaban haciendo compañía a éste el Capitán y Lubecki que, para presenciar la cura, se fueron con aquellos dos a la enfermería.

Levantado el vendaje, y visto que había desaparecido totalmente la hinchazón, fué el hombro rodeado en seguida con doble vuelta de las tiras de algodón, previniendo Ana a Eduardo que pronto sentiría mucho calor, y encargándole que de hacerse demasiado molesto no demorara el avisarlo; pues lo que se buscaba era un duradero aumento de la temperatura de tejidos y



músculos, mas no al punto de hacerla insoportable.

Abierto paso a la corriente, y vigilando Ana termómetro y galvanómetro, no hubo lugar a interrumpirla; pues aunque Eduardo sudó a chorros, el calor no llegó a hacerse intolerable.

Así pasaron veinte minutos, en los que Ana dijo dos o tres breves frases al médico, éste a Arteijo que la paciencia ha de ser la primera virtud de los pacientes y Maucelo a Lubecki que en su oficio había visto tratar muchas fracturas y dislocaciones, pero ninguna por tan suaves procedimientos; contestando el anciano con ponderaciones de la suficiencia de la actuante, que, oídas por ésta, le valieron una mirada que le obligó a cesar en ellas.

—Ahora, don Julián—dijo Ana mientras quitaba los algodones—, hágame el favor de coger el codo como antes le indiqué, limitándose a sostener únicamente el brazo, sin moverlo, mientras yo atiendo a lo de arriba.

Para poner cual necesitaba una mano a cada lado del hombro dislocado, que era el derecho, se colocó Ana a la izquierda de Eduardo, estiró los brazos pasándole uno por delante del pecho, otro por detrás de la espalda, y estirando ambos para alcanzar con las manos a los lugares donde necesitaba colocarlas; y cuando sus dedos los hubieron hallado dijo:

—Caballero, va a doler un poco, pero pasará pronto. Doctor, prepárese. Ya sabe: despacio... Ahora.

Don Julián tiró suave y progresivamente del brazo; Eduardo sintió un dolor agudísimo, pero sólo por dos o tres segundos; pues las dos manos de la médica aprovecharon el instante mismo en que el hueso se separaba de la coyuntura para imprimir a aquél un pequeño movimiento, empujándolo y guiándolo rapidísimamente hasta encajarlo en ésta.

—Ya, Doctor. Basta

—¡Ya!—exclamó el Capitán.

—Sí, sí—contestó Eduardo—. Ya lo siento, ya lo siento en su sitio.

—Sin tirones ni retorceduras—dijo el implacable Maucelo.

—No, sin tirones no—contestó ella—. Tiron ha habido; y alguno había de ser el último.

Frase que el pobre médico pagó con una mirada donde Ana leyó que había ganado un amigo capaz de dar la vida por quien la había pronunciado.

Un minuto después, esquivándose a las efusiones de la gratitud de Arteijo y a los elogios del Capitán y el médico, salió aquella de la enfermería, dejando al último el cuidado de poner el vendaje y cabestrillo, y teniendo ella el de llevarse a su marido; por pensar, cual le dijo cuando afuera estuvieron, que si allí lo dejaba iba a ponerse y a ponerla en ridículo.

Cuando en la enfermería estuvieron solos los que en ella quedaban, con el buen humor consiguiente al feliz desenlace de la pesadilla de la víspera, dijo Maucelo:

—Lo que yo no comprendo, Don Eduardo, es cómo no se desmayó usted cuando le apretó el hombro.

—¡Qué disparate! No fué para tanto el dolor.

—¡Ca!, si no lo digo por el dolor, sino al contrario... A mí me estaban dando ganas de dislocarme también...

—Maucelo, esa broma es de mal gusto: de mal gusto por lo que toca a esa señora, por Lubecki y por mí.

—No, don Eduardo, libreme Dios de querer ofenderla, ni a usted. No, no... Ha sido sin la menor malicia, una tontería, una ligereza. Dispénsame.

—Está usted dispensado; pero, efectivamente, ha sido una ligereza.

## XX

### DONDE LO QUE SE VE Y SE HABLA ES LO DE MENOS

En la velada del día en que Arteijo se dislocó el hombro, víspera de la definitiva cura, fueron los polacos informados por su presidente de la segura demora del regreso y la posible duda de no realizarlo sino en

largo plazo, por depender posibilidad y época de hallar o no balleneros, y de que éstos quisieran recogerlos a bordo. Primordiales dudas que no dejaban lugar a la secundaria preocupación de que, aun supuesta la



afirmativa en ambos puntos, no podría contarse con emprender el viaje antes de que acabara, a fin de julio lo más pronto, la campaña ballenera, ni a hacer alto en cuan grandes incomodidades de alojamiento y deficiencias de alimentación tendrían que padecer en barco que, además de pequeño, como todos los dedicados a tal tráfico, habría de ser inmundo, a causa del descuartizamiento de las presas, preparación de grasas y demás repugnantes operaciones inherentes a tal clase de pesca.

Al tocar este último extremo, alguien habló de probabilidad de tener que ir tirados en un rincón del entrepuente, entre barriles y piltrafas, ya que en dichos buques, donde todo cede al afán de abarrotarlos con su nauseabunda carga, no hay otros camarotes que los cuchitriles del patrón y del segundo; pero tal apretaba a todos el deseo de verse en su país, que pronto fué desviada la conversación de tan desagradable perspectiva para no versar sino sobre las contingencias de hallar barco, bueno o malo, donde volver; pues, de hallarlo, siempre era preferible tardar tres meses en llegar a Polonia, y más no podía ser por estar ya acabando mayo, a resignarse a pasar entre hielos los catorce o quince meses con que la permanencia en el Iberia los amenazaba: y eso saliéndole sus cuentas al Señor Arteijo, cosa bastante incierta en los mares en donde iba a meterse.

Además de que, según dijo Bopp, más todavía que tan larga demora en el regreso debían preocuparlos el afrontar nueva invernada en los parajes trastornados por las convulsiones de que tenían tan terrible experiencia, y los peligros de una empresa donde probablemente serían grandes los que se corrieran, e imposibles además de prever ni aun de presumir, desconociendo dónde ni a qué iba el Iberia, e ignorando el misterioso objeto que lo llevaba al norte; porque la especie que entre la tripulación corría, de ser aquél efectuar una campaña de sondajes en los pasos entre los hielos y el continente europeo-asiático hasta el Estrecho de Bering, era buena para incautos; pues variando todos los años el contorno que al congelarse toma el gran banco del Océano Polar, cambia de uno a otro el trazado de dichos canalizos, siendo, por tanto, completamente inútiles para los navegantes los sondeos de ellos.

—No tan en absoluto, amigo Bopp, ni en todas partes—objetó Lubecki.

—No vale la pena de discutirlo, querido Presidente, pues sean sondajes u otras cosas las que al señor Arteijo le preocupen, y aun cuando sea su expedición utilísima para otros, como no lo es para los fines geológicos de nuestra comisión, no veo el menor motivo para arrostrar nosotros los peligros de ella.

—Sí, efectivamente, y crean ustedes que tan poca gracia como ahora les hace esta contrariedad me hizo a mí al enterarme de ella. Pero en lo que discrepo de usted, amigo Bopp, es en su rotunda afirmación de que si nos viéramos obligados a continuar en este barco, no pudiéramos todavía hacer allá arriba nuevas investigaciones y tal vez más fructíferas que las pasadas; pues los trastornos sísmicos de que hemos sido víctimas han de haber dejado al descubierto datos interesantísimos de los períodos para nosotros más interesantes de la vida de la Tierra al desnudar algunos valles de glaciares: testimonios donde acaso halláramos la definitiva solución del problema de si fué una o fueron varias las veces que el mundo quedó sepultado bajo el hielo.

—No lo creo fácil, querido Presidente; pues para ello habríamos de ser dueños de encaminar las pesquisas por donde conviniere a nuestros estudios, lo cual es imposible, no siendo en este barco sino meros huéspedes en situación subalterna.

—¡Subalterna! La verdad, Boleslao, no creo que el modo como somos tratados justifique...

—Lo que digo no envuelve queja de tal trato—se apresuró a decir Bopp, no sólo al oír a Lubecki, sino al ver a Ana, que sin terciar en la discusión, levantaba la cabeza, como si también la hubiese sorprendido la palabra "subalterna" y el tono en que fué dicha—. Al contrario, nadie más agradecido que yo; y al hablar de situación subalterna no me refiero a la consideración personal que disfrutamos, sino a nuestra posibilidad de disponer del barco para llevar nuestras investigaciones por donde fuere necesario. Pienso que en eso no me quitará usted la razón.

—Claro que no. Además, que mi creencia sobre posibilidad de ampliar las investigaciones acaso esté influida por un poco de romanticismo, del que podría dejarse llevar Walter Lubecki, pero no llega a convencimiento suficiente para que el jefe de la comisión arriesgue, por lo problemático, que volviendo al norte se pudiese encon-



trar, la pérdida de lo cierto ya alcanzado, ni las vidas de ustedes. Abundando, pues, en la general opinión, creo lo más prudente volvernos, si podemos, a Polonia con las rocas y los fósiles encontrados y con el fruto de nuestras observaciones, dejando ahí lo que por descubrir quede para que sea gloria de otros.

—Me alegro que piense usted así—contestó Bopp—, pues me parecería temeridad no aprovechar cualquier medio, por malo que sea, de volver.

—¡Hombre, por malo que sea!... Tal podría ser que hubiera mayor riesgo en utilizarlo que en quedarse.

—Eso lo apreciará usted; pues por lo que a mí hace, y ya tranquilo con haber dado mi leal opinión, no me queda sino decir que, hagan los demás lo que quieran, yo no me separaré de usted: tanto si se le antoja ir hasta el polo, como si se le ocurre ir al infierno: lo mismo por un año que por diez.

—Gracias, gracias, Boleslao. No esperaba yo menos de su gran espíritu y de su amor a la ciencia.

—No, Lubecki: no es el espíritu ni el amor a la ciencia lo que me haría seguir a usted, sino el corazón.

Impresionado con tal prueba de afecto, y con el vibrante tono en que Bopp declaraba su adhesión absoluta, se levantó el anciano y lo estrechó en sus brazos, diciendo conmovidísimo:

—Gracias, amigo mío, gracias. Estas son cosas que se ven pocas veces y no se olvidan nunca.

Las efusiones de Boleslao y Walter contagiaron un tanto a los demás, que manifestaron no tener tampoco otra voluntad que la del presidente: tal vez por haberle ya oído que su propósito era regresar.

La única persona cuya frialdad descompuso el concierto de cordiales efusiones fué Ana, a quien había molestado lo cálido del tono de Bopp al decir que impulsos del corazón lo retendrían junto a Walter; pues comprendió que a éste se lo decía para que ella entendiera ser ella y no él el objeto de tales sentimientos y de la abnegación mentida, que sólo era traición a la amistad de quien en aquel momento lo tenía entre sus brazos. Sin que para penetrar tal oculta intención y convencerse entonces de no ser temeraria injusticia su antigua prevención contra aquel hombre, hubiera menester Ana mirarlo; porque las vibraciones de

pasión, más fogosa que el tranquilo afecto de serena amistad, sonaban en la voz de Boleslao, al hacer sus protestas, en forma que bastó a darle a ella certeza del cómo por cima del hombro de su marido era mirada en aquel momento: aun cuando no viera la mirada por no querer darse por enterada de ella.

Por eso dijo, con frialdad contrastante con las efusiones de los otros actores de la anterior escena:

—Bueno, Walter. Supongo que no sentirás vacilación ninguna, y que esas tentaciones de reanudar los trabajos no son sino veleidades ya por completo desechadas.

—Claro, mujer. Ya he dicho que no me atreveré nunca a asumir la responsabilidad de exponer a nuestros amigos a...

—No, ni a exponerte tú.

—No, mujer, no.

—Entonces ya no es necesario que yo dé mi opinión, en todo acorde con la de estos señores y todavía más categórica; pues me parecería insensatez no aprovechar cualquier medio de volver a nuestro país: pronto o tarde, pero siempre antes de lo que, de continuar en este barco, podríamos hacerlo. Y si te parece, nos recogeremos, porque ya es más de media noche.

Con esto se disolvió la tertulia, yéndose por un lado el matrimonio y por el opuesto sus compañeros, que, andando muy despacio, comentando la reciente conversación, elogiando el buen sentido de Ana y congratulándose de tener de su parte aliada de tanta fuerza con Lubecki, se dirigieron a los camarotes donde estaban alojados. Siendo extraño que Bopp, principal impugnante en la pasada discusión de los romanticismos científicos y las descabelladas ilusiones de Lubecki, fuera el que menos hablara. Y, sin embargo, a observarlo alguien habría notado en su rostro visible satisfacción nacida de haber oído a la Señora de Lubecki afirmar categórica y vehementemente su deseo de abandonar el barco; y quien pudiera ahondar aún más, penetrando su pensamiento, lo habría hallado ocupado, no solamente por la imagen de Ana navegando en un buque hacia el sur, sino además por la de Arteijo, alejándose en el Iberia al norte.

El matrimonio sostuvo, antes de recogerse, un breve diálogo, ponderando él la amistad, la adhesión y el gran corazón de Boleslao, llevándole ella la corriente, aunque con mucho menos entusiasmo y con tal



trabajo, que momento hubo en que, al ver la inocencia del pobre viejo, estuvo a pique de decirle quién y cómo era el buen amigo. Mas se contuvo por pensar que, sin provecho alguno, haría tal revelación difícilísima la intimidación forzosa en que Walter y Bopp tenían que vivir, y por parecerle imprudente despertar la animosidad de su marido contra un hombre mucho más joven, mucho más fuerte, y tan artero, ahora ya estaba cierta de ello, como sencillo y leal él.

En cuanto a sí misma, ya sabía cuál debía ser su conducta: fingir que nada veía; seguir tratando a Bopp como antes y como a todos sus compañeros, sin pecar de sequedad reveladora de su prevención; pero manteniéndose muy sobre sí para que ni siquiera en ilusiones pudiera él encontrar incentivo que lo animara a producirse en forma que la impidiera continuar simulando ignorancia de sus sentimientos.

A la tarde siguiente hizo Ana nuevo descubrimiento relativo al mismo personaje, cuando por él y sus compatriotas fué felicitada con ocasión de haberse divulgado, por todo el buque, y ponderado a aquéllos Walter, el éxito alcanzado por ella aquella mañana en la definitiva cura de la dislocación de Arteijo; pues la frase "nuestro salvador" empleada por Bopp al referirse a Arteijo la extrañó por su entonación, que a quien, como ella, estaba tan en guardia con aquel hombre, le sonaba, más que a agradecimiento, a antipatía.

¿Antipatía! ¿Porqué había Bopp de tenerse a quien le había salvado la vida, y con quien no había tenido diferencia, discusión ni casi trato en el poquísimo tiempo de su conocimiento?

La idea era absurda, y probablemente sin otra realidad que sus recelos, siempre alerta contra el botánico, que era inverosímil sintiera tal antipatía.

A menos de creer que el español le fuera a ella simpático.

Claro que se lo era; pero ni al otro ni a nadie podía sorprenderle tal simpatía hacia quien por las vidas de ella, su marido y sus amigos había expuesto la suya generosamente.

¿Pero sería que al botánico le hubiera parecido excesiva dicha simpatía?... Porque en todas las ocasiones en que ella hablaba con Arteijo estando Bopp delante, no dejaba éste de mirarla cual si la vigilara; y como

el otro era joven y guapo... ¡Qué disparate! Precisamente por no haberla perdido de vista debía el odioso espía estar convencido de que en aquellas breves conversaciones no había olvidado ella el especial cuidado que, pensando en la edad de su marido, ponía siempre en su trato con todo hombre joven.

¿No la había oído Bopp rehusar la invitación para ir a la cámara del anfibóvil, donde con Arteijo estaba Walter cuando éste fué a buscarla para que fuera a contemplar el panorama del banco de hielo?... ¿No la había visto cuando en el comedor tomó el brazo del rudo y machucho Capitán en vez de aceptar el del otro?... ¿Habría conocido que en esto no obró ella por impulso propio, sino precisamente por darse entonces cuenta de la vigilancia de él?

"¿Pero es, se dijo, cortando el hilo de sus meditaciones, que no voy a vivir sino pensando en Bopp, ni a poder moverme sino preocupada con lo que de mis actos pueda pensar?... ¡Qué desatino! para gobernarme no necesito sino de mi juicio; y bien claro demostré anoche mismo que nadie tiene más deseo que yo de dejar el barco; y en la cura de la dislocación buen cuidado tuve, en cuanto acabé lo que era preciso hiciera por mí, de que don Julián fuese quien pusiera el vendaje y el cabestrillo."

En esto andaba Ana de sus mentales soliloquios, cuando advirtió ser hora de hacer la visita de la tarde a su otro herido; y al decir a Lubecki, enfascado junto a ella en la contemplación de sus queridos fósiles, adónde iba, dejó él de recrearse en ellos para acompañarla; pues también él quería ver al "pobre Lesko".

Llegada a la enfermería, pasó Ana aviso al médico para ver al enfermo en su compañía; pues en el pasado fracaso de don Julián veía motivos para extremar con él las atenciones.

La visita fué breve, pues el polaco estaba ya en franca convalecencia; y al acabar la propuso don Julián que, pues estaban juntos, se fueran a ver cómo siguiera el otro.

—Bien, de seguro—repuso Ana—. Aquello ya no tiene sino consolidarse, y no hay nada que hacer.

—Desde luego. Pero parece natural darse una vuelta por allá, por si surgiera alguna complicacioncilla.

—Usted se basta y sobra para todo.

—Es que del mismo modo y con mayor



motivo que usted no ha querido ver a este caballero sin mí...

—Es diferente, es diferente. Usted es aquí el médico de a bordo.

—Y usted, en cambio, quien ha llevado la batuta en la asistencia de don Eduardo.

—De ningún modo. Precisamente como prueba de que no admito tal dirección quiero que usted solo sea quien sin mí continúe encargado de ella.

—No me avengo. Ni creo que a él le parezca bien ese abandono de quien le ha curado.

—Abandono, no, puesto que usted lo asistirá.

—Tiene razón el Doctor—dijo Lubecki—. Debemos demasiado al Señor Arteijo para exponernos a que nos crea ingratos; y pues el mismo Doctor te insta, claro es que no ha de molestarle que hagas lo que dice.

—Como ustedes quieran—contestó Ana, comprendiendo que tanto se peca a veces por exceso de precauciones como por olvidarlas.

A Arteijo nada había que hacerle, pues estaba tan bien, que recibió autorización para salir del camarote al día siguiente: desde luego con el brazo en cabestrillo, que había de usar por una temporada.

En gracias dadas por Eduardo a la mujer de Lubecki fué consumido casi íntegramente el tiempo de la visita, que Ana procuró abreviar cuanto pudo para irse pronto del camarote; al salir del cual a cubierta tuvo la contrariedad de hallarse cara a cara con Bopp, que, dirigiéndose a ella y a su marido, dijo:

—De ver al enfermo, ¿eh? ¿Cómo sigue?

—Muy bien—contestó Lubecki.

—Gracias a Ana, que ha tenido la suerte de ser la primera en hallar ocasión de empezar a pagar nuestra deuda con ese caballero. Felizmente para todos; pues ni nuestra gratitud puede estar mejor representada ni la de nadie será para él tan grata como la de ella.

Al oír tan corteses parabienes miró Ana, alarmada, a Walter, por comprender que no eran alfilerazos contra ella dirigidos, sino estocada asestada a él, y parecerle tan transparente la aviesa intención de ellos, que supuso había de percibirla; mas se tranquilizó inmediatamente al ver que la ruin arma se embotaba en su noble inocencia: coraza de tan fino temple que había resistido a las miserias vistas en el mundo y a los golpes recibidos de él en los setenta

años de vida del anciano, quien, creyendo en la sinceridad de las palabras de su desleal amigo, contestó:

—Sí, Boleslao, aunque deploro el accidente, es para mí grandísima satisfacción que la habilidad de Ana haya podido ser útil a quien tanto debemos.

Ella estuvo a punto de dejar escapar réplica tan sutil como el pinchazo, la cual no habría dejado de entender el taimado Bopp, y tal que le doliera a proporción del daño que pretendía causar; pero se reprimió pensando que mientras Walter y ella hubieran de vivir en inevitable intimidad con él, era más prudente continuar fingiéndose ciega y tonta.

\* \* \*

Como final etapa de la excursión que venimos haciendo por lo interno de algunos personajes de esta historia, réstanos asomarnos a la mente y al corazón de Arteijo, en quien la gratitud a su médica se mezclaba con molestia, excesiva tal vez y acaso demasiado pertinaz contra el "bruto de Maucelo" y su inconveniente broma; pues, falta de intención indiciosa, no merecía ésta en verdad la gran indignación que provocaba ni la persistencia de ella, que, sorprendiendo al mismo Eduardo, le hizo preguntarse porqué había de preocuparlo de tal modo semejante pequeñez, y decirse, al tratar de explicárselo, que la delicada situación de mujer tan hermosa como Ana, casada con marido de la edad del suyo, requería se tuvieran con ella prudencia y miramientos que, ni aun exagerándolos, pecarían de excesivos; pues la prueba de ser grave en tal punto la menor ligereza la estaba palpando él desde que, por culpa de la barbaridad de Maucelo, no hacía sino cosquillearle en la memoria el inocente abrazo completamente involuntario que, no habiéndole hecho impresión al recibirlo, lo turbaba en recuerdo por venir trabado con el de la belleza de ella.

Ea, a pensar en otra cosa: seguir pensando en aquello parecíale mal pago del favor recibido; pues aun siendo contra su voluntad, era ofenderla... a ella y al pobre viejecito, ¡tan cordial, tan simpático! A pensar en otra cosa.

Y el pensamiento, obedeció. Mas quedándose cerca de la anterior preocupación, reprodujo una terca pregunta que varias ve-



ces se había hecho Arteijo ya, a la cual siguieron otras y una larga cadena de dudas y suposiciones acerca de Ana de Walter:

—¿Porqué se habrán casado dos criaturas tan dispares?... Es rarísimo... ¡Y con qué entusiasmo habla siempre él de ella!... Cuando por él se ha expuesto a estos peligros, mucho debe de quererlo...

Pero ¿será posible que esté enamorada de él!

La curiosidad o el interés de Eduardo continuó aquella noche dando vueltas a estos problemas hasta que llegó el sueño, tardando mucho más que solía cuando solamente lo preocupaban científicos problemas.

## XXI

### BALLENEROS A LA VISTA

Aun cuando el número de los *icebergs* había dejado de ser peligro de todos los instantes, era mucho mayor de lo usual en aquella época y parajes el de témpanos desprendidos del congelado océano que circunda el polo boreal: el que navegantes del antaño remoto presumían libre acaso de hielo; el que por libre dieron novelescos héroes, y el que otro héroe, no de la fantasía, sino hijo de sus altos hechos, el insigne Peary, halló en la realidad rodeado de inmensa llanura de petrificadas aguas, que a pie recorrió hasta sentar su planta en dicho polo (1): que ni antes pisó nadie, ni nadie ha vuelto a hollar después.

A consecuencia de tener siempre a la vista número no pequeño de estos inestables islotes, navegaba el Iberia con pre-

caución que solamente le permitía utilizar un tercio de su marcha normal, reduciendo todavía más la efectividad de sus avances los rodeos que con frecuencia había de dar para sortearlos. Por ello, hasta tres días después del accidente de Arteijo no entró en las aguas donde, a cien millas escasas del Archipiélago de Spitzberg, resultó justificada la esperanza que Maucelo tenía de encontrar balleneros.

Suponiendo que no hubiera otros más allá, cinco eran los buques señalados por el vigía, poco antes de la puesta del Sol, los cuales formaban una de las escuadrillas en que suelen juntarse los pesqueros de su clase para prestarse auxilio en los duros mares y apretados trances de la pesca, preñada de peligros, a que se dedicaban.

La lejanía de ellos cuando fueron divisados quitaba la esperanza de llegar a sus inmediaciones con luz del día; pero era seguro que a temprana hora de la siguiente mañana sería posible acercarse a ellos lo suficiente para que divisaran las señales que por medio del telégrafo internacional de banderas les haría el Iberia invitándolos a que a su bordo fuera quien pudiera contratar el pasaje a Europa de los polacos.

Con el natural júbilo recibieron éstos la noticia, mientras en el comedor tomaban el té de última hora, y su impaciencia los hizo madrugar al día siguiente más de lo acostumbrado. Madrugón fallido para el objeto que lo determinaba; pues la nerviosidad de los madrugadores hubo de resignarse a aguardar varias horas, que fué preciso dejar pasar antes del intento de ponerse al habla con los balleneros, porque tan pronto clareó el día, comenzaron a ma-

(1) No la casualidad, ni la suerte, sino la perseverancia más infatigable, unida a brillantes condiciones de inteligencia y pericia, fueron las que dieron el éxito a Peary (Ingeniero y marino americano), llevándole a sentar su planta sobre el extremo del eje del mundo. Prueban dicha perseverancia ocho expediciones por mares y tierras boreales, realizadas desde 1886 a 1909: las cinco primeras dedicadas a perfeccionar los conocimientos geográficos sobre la costa norte de la Groenlandia, de las tierras de este continente y de diversas islas de los archipiélagos al norte de América, y las tres últimas decididamente encaminadas ya a llegar al polo, al final alcanzado en cinco terribles marchas forzadas sobre el campo de hielo, el 6 de abril de 1909.

A su regreso se halló con la sorpresa de que el Dr. Cook, que como médico le había acompañado en una de sus anteriores expediciones, había públicamente declarado que el año anterior había llegado al Polo Ártico. Sometidas a árbitros científicos las pruebas por Peary y Cook aportadas, fallaron aquéllos a favor del primero, aviniéndose el segundo a reconocer que acaso había sufrido una equivocación.

Dos años después llegaba Amunsden al Polo Ártico.



niobrar, desplegándose los cinco en media luna de más de dos millas de extensión; al ver lo cual, dijo Maucelo a Lubecki, Locketek y Bopp, asomados junto a él a la borda:

—Lo siento por ustedes, pero tienen que aguantarse la impaciencia; pues no será posible comunicar con ellos en unas cuantas horas: tal vez hasta la entrada de la tarde.

—¿Por qué?

—Porque aunque los llamemos no nos harán caso, o porque, aun suponiéndolos más finos de lo que suele serlo esta clase de gente, contestarán que aguardemos a que acaben lo que ahora les importa mucho más que nosotros.

—¿El qué?

—La pesca para que se disponen. Sin duda la han visto ya hacia saliente, cuando se abren y ponen proas hacia allá. Y no ha de ser poca, y deben de creer dé para todos cuando no guardan turno, sino que los cinco van a ella.

—¿Y usted supone que si los llama no harán caso?

—¡Ca!, no supongo: tan seguro estoy de ello que no perderé tiempo en llamarlos hasta ver las ballenas trincadas a los barcos.

—Y ¿tardará eso mucho?

—Las ballenas lo dirán. A veces se ponen bastante posmas antes de dejarse coger. Y eso que esto ha variado mucho de cuando el arponeo se hacía a brazo desde las chalupas balleneras, y aun desde que éstas los lanzaban con cañoncejos de aire comprimido.

—¡Ah! ¿No se pescan ahora así?

—No, señor. Pero ¿ustedes no han visto nunca pescar ballenas?...

El marino, que había pasado media vida navegando en altas latitudes, decía esto con igual asombro que Lubecki habría experimentado al oír a algúien confesar su ignorancia del número de vértebras de un *diplodocus* o de dientes de un *arsinoterius*, y con la misma lástima con que hablaría un gastrónomo al pelagatos que le confesara no haber nunca probado manjares tan vulgares como los clásicos langostinos ni la solemne galantina de pavo. Solemne por ser obligado personaje en toda oficial solemnidad.

—Yo, no.

—Ni yo.

—Ni yo.

—Pues entonces ya tengo con qué entretenerles la impaciencia. Aguardenme, que ahora vengo. Voy a dar orden al oficial de cuarto de acercar el buque a los balleneros para seguir de cerca las peripecias de la pesca. Y en seguida a despertar a don Eduardo, que no sentirá verla.

—Y yo voy a buscar a Ana. Estas cosas no se ven todos los días.

A poco volvió el Capitán junto a Bopp y Locketek. Un rato después llegó Arteijo con su brazo en cabestrillo, y en pos de éste, el matrimonio.

Los balleneros, que antes no se veían sino muy pequeños, iban ya entonces creciendo en tamaño y perfilando más limpiamente sus formas; al apreciar las cuales se disgustó Maucelo, porque los buques donde los pobres polacos pensaban regresar a su país tenían chimeneas, ridículas chimeneas, pues aun cuando a él le pareciera absurdo, eran ¡vapores!: y no vapores caldeados con alcohol o gasolina, de los que todavía y rarísimas veces se veían algunos por los mares en el siglo XXI; pues la naturaleza del espeso y negruzco humo salido de los antiestéticos armatostes que sobre la cubierta llevaban los barcos a la vista decía bien claro que quemaban carbón: cosa que a no estar viéndola no habría creído Maucelo, por estar persuadido de que en el mundo no quedaban, desde hacía medio siglo, barcos de tan vetusto tipo; pero sobre la cual no dijo nada por no anticipar el mal rato que en cuanto se enteraran de tan desagradable sorpresa habían de llevarse los presuntos pasajeros de semejantes antiguallas.

Pero no le sirvió callarse, porque las humaredas eran tan espesas, que no pudieron menos de llamar la atención de los geólogos, habituados, como todos sus contemporáneos, a ver buques cuyas hélices giraban movidas por dinamos donde la corriente nace al impulso de las ondas que los tele-dinos (1) de a bordo reciben de centrales de energía eléctrica establecidas en los continentes; y al preguntar qué estarían quemando en los balleneros, y decirles Maucelo que el carbón necesario a sus calderas de vapor, se asombraron, cual hoy se asombraría el viajero que llegado a Cádiz a tomar un trasatlántico para Buenos Aires se viera embarcado en una nao del corte de las que a Oriente llevaron a los almogávares.

(1) *Tele*, lejos; *dina*, fuerza. Transmisión a distancia de la fuerza.



res de Roger de Flor o en un trirreme de las guerras púnicas.

Como ya no cabía el prudente disimulo que en un principio quiso guardar el Capitán, se disparó éste diciendo:

—Vapores, sí, señores, vapores... Valientes lañas. Parece mentira que haya capitán de puerto que consienta hacerse *eso* a la mar, y menos a estos mares.

—¿Porqué, señor Capitán? — preguntó Ana.

—Por que no hay sino ver la facha de esos barcos para saber qué pueden dar de sí.

—De modo que le parecen a usted muy malos—dijo Lubecki, pensando que en uno de ellos había de embarcar con sus compañeros y con su mujer.

—Malísimos. Desde luego, siendo vapores, ya ustedes comprenderán que han de ser viejísimos y estar, naturalmente, medio podridos de tanto navegar; pues sabe Dios el tiempo que hará que en el mundo no se botan al agua tales vejeces. Ya que los armadores no tengan conciencia, debían las autoridades de marina impedirles que de este modo jueguen y trafiquen con las vidas de tripulaciones enteras.

—Pero ¿cómo esas tripulaciones se avienen a embarcar en barcos tan inseguros?

—Primero, que el hambre puede mucho. y segundo, que los marinos se meten en todas partes. Habían ustedes de ver los pataches de cabotaje del Cantábrico y sus tripulantes, héroes oscuros de todos los días y de toda la vida, que en cuatro tablas carcomidas, con cuatro velas remendadas desafiaban constantemente aquel bravísimo mar, en donde al cabo mueren casi todos. Comparados con aquellos barquichuelos, son catedrales estos balleneros. Lo cual no quita que sean unas carracas.

—Pero ¿todos? ¿Son todos tan malos?

—Ya usted se hará cargo de que a esta distancia no puedo saber si alguno es menos malo. Lo que digo es una impresión de conjunto.

Siguió a estas palabras un momento de general silencio, en que se hizo visible la preocupación de los polacos.

—Mucho será que entre los cinco no haya uno siquiera que no esté tan ruinoso—dijo al fin Bopp, siendo el primero de todos que rompió su mutismo.

—Es lo probable—asintió Ana.

—Y eso ya lo verá el Capitán antes de que embarquen ustedes—agregó Arteijo,

queriendo desimpresionar a sus huéspedes—, y elegirá el que mejor le parezca. Además, la distancia desde aquí hasta Noruega, de donde probablemente serán esos buques, no es larga; pues hasta Tromsøe o Håmmesfjord no pasará de trescientas millas, que, a poco que anden, no puede llevarles más de dos días: a lo sumo dos y medio.

—¡Bah! Entonces, poco durará el peligro, aun cuando lo haya. Y mucha casualidad habría de ser que el que nos lleve haya durado tantos años para aguardar a hundirse precisamente en los dos días que lo necesitamos.

—Tiene usted razón, Boleslao.

—Y en cuanto al mal alojamiento, las incomodidades que en esos buques padecemos serán muy llevaderas con el convencimiento de que han de durar poco.

—Verdad, verdad—dijo Loketech.

—Sí, señora; y crea que, a no haber usted de soportarlas, ni ahora ni la otra noche habría yo hablado de ellas. Los hombres nos arreglamos en cualquier parte.

—Y yo también. Para ser un estorbo en la expedición, me habría quedado en mi casa; pues al pedir a mi marido me trajera, fué para serle útil, no para aumentar sus preocupaciones.

—Es usted valiente—dijo Arteijo.

—No señor; es que entre los posibles, mas no indudables, riesgos que juntos pudiéramos correr aquí, y la constante zozobra de los que a no venir habría yo a todas horas dado por seguro estaría él padeciendo, me asustaron más éstos.

—Ya lo oye usted—exclamó Lubecki, mirando a su mujer con sonrisa en que a la cara le asomaba la honda felicidad del alma—. No es por valiente, sino por cobarde, por lo que está aquí.

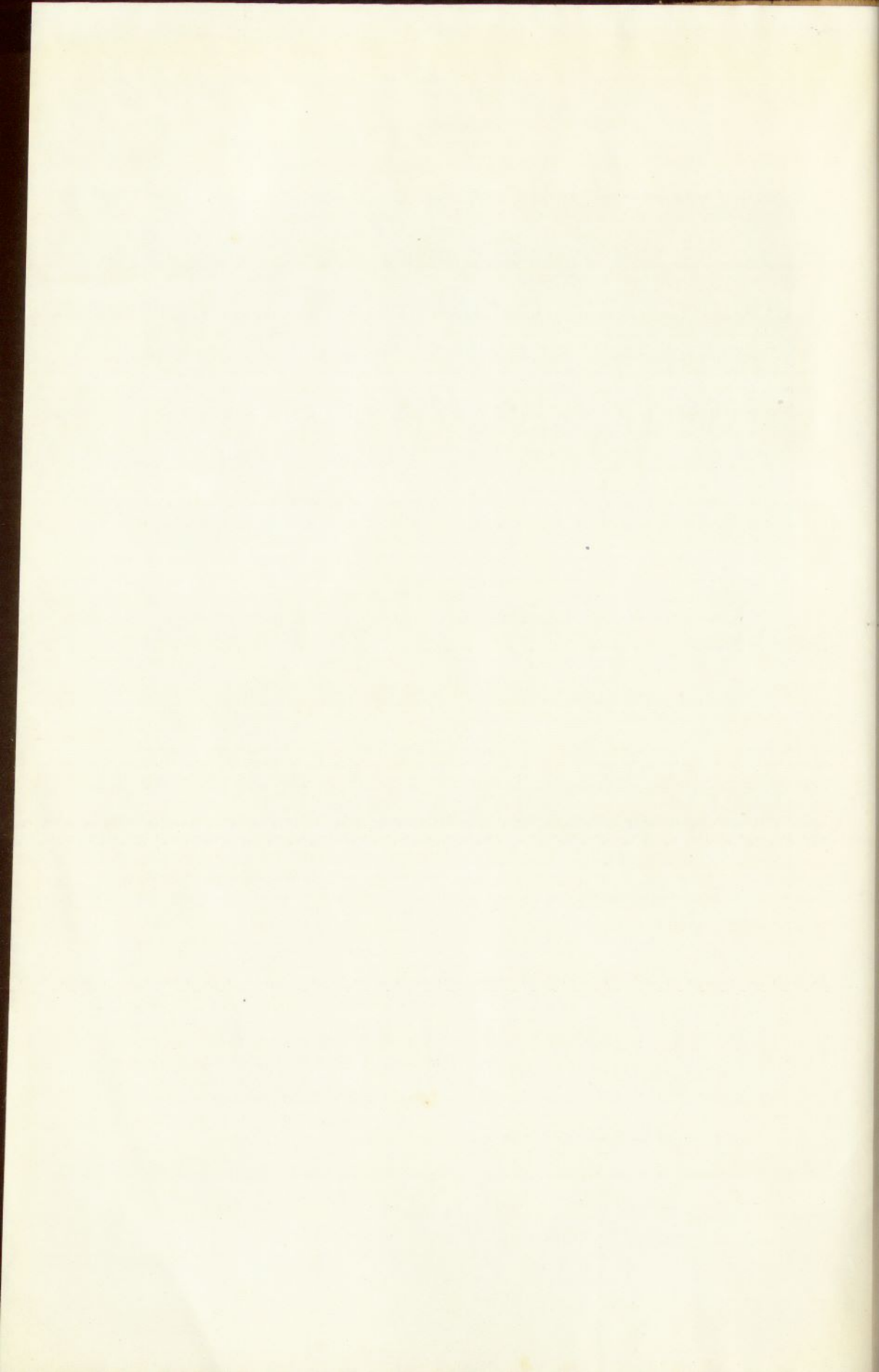
—Sí, ya lo veo—respondió Arteijo, mirando a Ana como queriendo profundizar hasta la última y más profunda causa de aquellos miedos y de aquel gran cariño a su marido, y preguntándose cuál sería el secreto de que un viejecito en el ocaso de la vida hubiera sabido encender amor tan firme y abnegado en el corazón de una mujer que comenzaba a entrar en la plenitud de ella. Porque prueba de amor cual la que ella había dado sólo se le da al hombre de quien se está profundamente enamorada o, con menos frecuencia, a un padre queridísimo. Y no siendo Lubecki padre, sino marido, era evidente el enamoramiento de su mujer, aun cuando en su habitual modo de





La pesca de ballenas en hidroaviones.







hablarle y de mirarlo no se transparentara tal naturaleza de su afecto, que más tenía traza de filial. Observación que prueba haber aprovechado bien Eduardo los pasados días en examinar atentamente al matrimonio.

Aun cuando la que despertaba tales curiosidades, y hasta preocupaciones, no pudiera penetrar la intención de la larga mirada de Arteijo ni nada la alarmara en su expresión, la vió; así como otra que Bopp, bien enterado de que aquél la miraba, paseaba de él a ella, y vió asimismo que en aquel momento también miraba Arteijo alternativamente a Bopp y a ella. Y con deseo de cortar sin violencia aquel juego de miradas y cesar de ser blanco de ellas, se volvió hacia Maucelo y echó por otros cauces la conversación, diciendo:

—Capitán, la pesca va, por lo visto, despacio, pues todavía esos barcos no han echado al mar los botes con los arponeros.

—Es que no han llegado aún bastante cerca de las ballenas, y porque, además, ya no se las arponea como usted supone. La de los arponeros en botes es moda desusada.

—¿Cómo, cómo?

—Sí; esta clase de pesca, como todo en el mundo, ha progresado mucho desde los tiempos en que una ballenera con unos cuantos remeros tenía que aproximarse a la ballena a la que iba a atacar bogando cautelosamente, cosa no fácil, hasta acercarse tanto a ella que la escasa distancia permitiera al arponero lanzar a brazo el arpón. En esto había varios peligros: el de que, antes o después de herido, volcara el animal de un coletazo la chalupa; el de que la cuerda atada al arpón no se desarrollara tan de prisa como aquél huyera buceando en las aguas, y el de que una vez desarrollada toda ella no pudieran los remeros bogar en su seguimiento a tan rápido aire como él escapara. Quiere decir tres causas que con frecuencia hacían zozobrar las balleneras: a veces a distancia de sus buques o de las otras chalupas que imposibilitaba se les prestara auxilio.

—¡Qué terrible profesión!

—Aun descartando el riesgo del vuelco, no era raro que el imprudente entusiasmo de la caza llevara las chalupas tan lejos a veces de sus barcos, que ni ellas podían volver a éstos, ni ellos recogerlas: sobre

todo en los tiempos de la navegación a vela, cuando la llegada de la noche o corrientes o vientos adversos se oponían al salvamento. Así han perecido muchos centenares de hombres en este tremendo oficio.

—¡Infelices! De modo que entre esos que ahora se disponen a lanzarse a esta terrible pesca habrá algunos que tal vez a la noche...

—No te asustes, Ana—interrumpió Lubecki—el arponeo a brazo dejó de practicarse ya a fines del siglo XIX, y, por tanto, ha desaparecido el peligro. Ahora son arrojados los arpones con unos cañoncillos de aire comprimido montados a proa de las chalupas balleneras.

—No, amigo Lubecki; todavía está usted un poco atrasado de noticias. Eso era antes, porque desde mediados del siglo XX el ataque a las ballenas y a los cachalotes se verifica con...

—Don Eduardo, no me estropee usted la novedad del espectáculo que preparo a estos señores.

—Ya me callo, Maucelo.

—Señora—dijo éste entonces—, con los cañoncillos de que hablaba su esposo se disminuyeron los peligros de los coletazos, mayores que en el primer ataque cuando era preciso arponear segunda o tercera vez a las ballenas, pues muchas no morían del primer arponazo.

—¿Y por qué eran mayores?

—Porque las primeras heridas enfurecían a los animales. Pero aunque aquel riesgo fuera ya remoto, todavía quedaban los procedentes de la cuerda, que arrastraba a la ballenera, y los de excesivo alejamiento del buque, ahora evitados con los modernísimos procedimientos de pesca.

—¿Y en qué consisten?

—¿Cuáles son?

—Pronto van ustedes a saberlo; pero como prefiero que por sí los vean a explicárselos yo, subiremos al puente, desde donde dominaremos mejor lo que por las muestras no tardará mucho en empezar, pero sí lo bastante para darnos tiempo de tomar el desayuno, del cual no veo motivo para que prescindamos. Vayan al comedor, donde yo iré en cuanto ordene que mientras matamos este gusanillo mañanero, que ya me cosquillea en el estómago, aviven la marcha para acercarnos a la pesca, que más que pesca va a parecer a ustedes caza.



## XXII

## LA PESCA DE BALLENAS EN EL SIGLO XXI

Al llegar los *invitados* al puente, ya el Iberia se había aproximado a la línea formada por los cinco balleneros, yendo detrás de éstos, frontero al intervalo entre dos de ellos, y suficientemente cercano para que en sus cascos apreciara Maucelo detalles que calló por lo pronto para no apurar más a los polacos, pero los cuales corroboraron el lastimoso concepto que su experto ojo marino había formado de ellos al verlos a distancia; pues no solamente eran vapores, sino ¡de madera!

No es de extrañar su asombro, pues no los cascos de madera, pero los mismos de chapa metálica eran antiguallas en la época de esta historia, por construirse ya todos los buques de cemento armado.

El negro y espeso humo salido de las vetustas chimeneas, que tanto sorprendieron a quienes por primera vez veían en un buque aquellos enormes y extravagantes canutos, había aumentado, saliendo entre él revueltos rojos pedazos de carbón sorbidos del hogar por la fuerza del tiro. Lo que, según el Capitán dijo a su auditorio, era indicio de que los vapores forzaban la combustión en sus parrillas para alcanzar mayores marchas.

A gran distancia por delante de ellos revoloteaban unos cuantos pájaros, que la lejanía fingía pequeños a quienes desde el Iberia los miraban bajar hasta rozar las olas y tornar a la altura. Y como, salvo los balleneros, ellos eran lo único que se divisaba hasta el confín común de cielo y agua, atrajeron la atención de Ana, que exclamó:

—¡Calla, gaviotas!

—No creo—contestó su marido—. A la distancia a que están esos pájaros no los veríamos si fueran gaviotas. Tienen que ser mucho más grandes.

—Alcatraces tal vez—dijo Locketek.

—No los hay en estas latitudes—objetó el botánico Bopp, demostrando que también sabía zoología.

Arteijo nada dijo, pues no atendía a la conversación por estar distraído con la idea de que una señora hubiera de embarcar en

semejante porquería de barcos, cuya facha externa hacía colegir cómo podría ser lo interior de ellos. Callando y sonriendo socarronamente, dejó Maucelo a los polacos discutir un rato sobre la clase de las aves borrosamente columbradas, hasta que sacando sus marinos gemelos prismáticos del estuche, que siempre llevaba en bandolera, y dándoselos a Ana, la invitó a salir de dudas, viendo por sí misma la casta de los susodichos pájaros, que en cuanto con auxilio de los anteojos fué por ella apreciada, la hizo gritar: “¡Aeroplanos, aeroplanos!” Contestándola el Capitán:

—Hidroaviones.

—Pero parecen muy pequeños.

—Para lo que han de hacer no han menester mayor tamaño; y como, además, son transportados cada uno en un buque no grande, por eso son pequeños para aeroplanos; pero para gaviotas, demasiado grandes, según decía, con razón, el señor Lubecki.

—Pero ¿qué hacen?

—Primero buscar a las ballenas desde lo alto. Y ya deben de haberlas encontrado, pues el rápido andar que llevan ahora los balleneros obedece sin duda a señales con que los hidroaviones han de haber avisado que van a comenzar la caza.

—A simple vista se ve ya que son monoplanos. Pero ¿son ellos los que van a dar caza a las ballenas?

—Sí, señor Locketek. Esa es la sorpresa que reservaba a ustedes; pues el avión moderno ha reemplazado a la vieja chalupa ballenera. Y uno ha agarrado ya carne.

—¿En qué lo conoce usted desde aquí?

—Mire hacia allá, señora: por babor de la proa del barco que a estribor tenemos más cercano.

—No sé por dónde: me marean esos términos marinos.

—Por la izquierda del buque de la derecha. ¿No ve usted moverse en el aire una bola encarnada?

—Sí, señor; pero muy pequeñita: como una nuez. Parece un globito de juguete de niño.



—Pues globito es, aunque un poco más grande, mucho más fuerte, y no cautivo de la mano de un chiquillo, sino preso al arpón clavado en el cuerpo de una ballena.

—¡Ah!

Maucelo no se preocupaba de dar sus explicaciones sino a Ana, y en la forma más propia para maravillarla, llevándola de sorpresa en asombro y de charada en acertijo, pero poco adecuada a enterarla fácil y prontamente del moderno método de pescar ballenas. Eduardo, por su parte (a causa de un incidente no puntualizado ahora para no separarnos de la pesca) había vuelto las espaldas a uno y a otra, y con explicaciones menos aparatosas, pero mucho más claras e incomparablemente más breves, oficiaba de *cicerone* de la parte masculina de la comisión geológica: dos razones para que entre uno y otro narrador optemos por escuchar al que habla sin circunloquios ni arrequives.

—Estos hidroaviones —decía— emplean motores de escaso poder, pues nunca necesitan volar gran número de millas, por lo común a la proximidad de su barco y a escasa altura, con la que no se preocupan, pues las caídas no son para ellos accidentes peligrosos, porque en ellas no chocan contra tierra, sino que se deslizan sobre el agua como antes volaban en el aire. Su diferencia con los hidroaviones ordinarios es que el *fuselaje* o casco de estos que vemos tiene mayor fuerza de flotación y superior cabida, llevando en él un cañoncillo vertical, que sucesivamente puede disparar hasta cuatro arpones con igual número de cartuchos neumáticos; pero no llenos de aire, sino de hidrógeno comprimido, lo cual es más interesante, por lo que después verán ustedes.

Cuando el barco ballenero se acerca a los lugares frecuentados por cachalotes o ballenas, lanza su hidroavión desde la plataforma que a proa le sirve en viaje de sostén, o bien, de hallarse aquél ya en el agua, comienza a navegar por la acción del motor breves instantes, hasta que la velocidad lo eleva al aire. Claro es que su marcha, muchísimo mayor que la de un buque, y su vuelo elevado, le permiten registrar rápidamente grandes extensiones y atalayar la pesca desde largas distancias, con la ventaja de que, mirando desde arriba, la divisa con toda claridad; y en cuanto ve una presa vuela a

ella, la alcanza, planea por cima de su enorme cuerpo; y cuando se halla a plomo sobre él, dispara con el cañoncejo un arpón que ocasiona heridas más mortíferas que los antaño usados: no solamente por ser mayor, sino porque en vez de perder, como aquéllos, fuerza desde el lugar del lanzamiento hasta herir a la pieza, la gana en su caída de lo alto. Así, rara vez es necesario lanzar segundo arpón a una ballena; pues la primera herida suele matarla en poco tiempo.

—Pero la cuerda del arpón tirando de un aeroplano ha de hacer difícil y peligrosísimo el equilibrio en vuelo, y aun flotando en el agua; pues la estabilidad sobre ésta de los hidroaviones es sumamente precaria.

—No, amigo Lubecki, ese riesgo no existe ni en el mar ni en el aire; pues el extremo de la cuerda no queda sujeto al aeroplano, sino a un pequeño globo de lona-goma con diámetro, después de henchido, poco mayor de un metro, y que antes pende desinflado del fuselaje hasta el momento del disparo, que al arrojar el arma, lo infla automáticamente con el hidrógeno del cartucho, expandido en la recámara del cañoncillo y desde ella conducido a dicho globo en vez de dejarlo difundirse en la atmósfera. Así, el globo, flotante en lo alto de la cuerda y surcando el aire, va marcando el camino por donde la ballena escapa en tanto tiene vida y fuerza para huír, permitiendo perseguirla sin los antiguos riesgos, y darle nuevo golpe si es preciso; y cuando al fin se detiene y permanece quieto, señala el lugar en donde para y muere el animal, al que se acercan las gasolineras del ballenero, desembarcando sobre él sus tripulantes calzados con las clásicas botas erizadas de púas precisas para andar sobre la grasienta y resbaladiza piel del muerto cuerpo.

Estos marineros hincan nuevos arpones amarrados a cables, con cuyos opuestos cabos retornan al buque, que en tanto se ha acercado más todavía a la presa, de la cual halan los cabrestantes de a bordo hasta atracarla al costado mismo del barco, para dar principio a la bestial y larga faena de destazar el corpanchón, seguida de las inmundas del derretimiento, embarrilado y estiva de las grasas y demás aprovechamientos de los fructíferos cetáceos.

Durante estas explicaciones de Arteijo, y otras muchísimas, más peregrinas y pintorescas, de Maucelo a Ana, habían los vapores, y el Iberia en pos de ellos, acercándose mucho a las aguas de que no se aleja-



ban los aviones al volar de una parte a otra sobre ellas, sin remontarse nunca mucho.

A simple vista se los veía bien. Ora uno, ora otro, descendía de pronto hasta llegar tan próximo a las olas, que visto a distancia parecía tocarlas; y después de disminuir por breves instantes la velocidad, raudamente subía de improviso a cernerse otra vez en la altura, en nuevo rumbo para volar, adonde más cerca o más lejos repetía la misma maniobra. Mas cada vez que la realizaban, y en el momento mismo de remontarse los aviones, se desprendían de lo inferior de éstos globos rojos, blancos, amarillos, negros, blancos y rojos, que, hendiendo el aire más o menos altos, según a la profundidad a que nadaban las ballenas alcanzadas por los arpones de que los globos iban cautivos, trazaban en la atmósfera con aéreas estelas los caminos invisibles bajo las aguas recorridos por aquéllas, en seguimiento de las cuales se lanzaban aeroplanos y buques.

Y los globos corrían en direcciones múltiples y con velocidades cuyo decrecimiento iba acentuándose a medida que la agonía agotaba las fuerzas de los heridos monstruos.

Cercano el mediodía, fueron los aeroplanos dando vuelta a sus barcos y posándose en sendas plataformas voladas a proa de ellos. Allí dejaban diez y seis globos de diversos colores, que, ondulantes a impulsos de la brisa, decían con sus movimientos de vaivén alrededor de posiciones relativamente fijas que ya habían muerto las ballenas donde estaban prendidos, y atestiguaban haber sido la pesca excepcionalmente copiosa, más aún, afortunadamente loca, por tratarse de una cada día más escasa.

A ello sin duda obedecía la algazara que en el ballenero más cercano al Iberia oían los pasajeros de éste; pues aquél entre todos era, según aprovechando esta ocasión de demostrar saberlo todo dijo Maucelo, el que más piezas había cobrado.

—¿Y cómo puede usted saberlo?

—Muy sencillamente, señora. ¿No ve usted en los palos mayores de cada uno de esos barcos banderitas cuadradas de diferentes colores de uno a otro?

—Sí señor: de los mismos de los globos cautivos de esos pobres animales.

—Pues eso quiere decir que cada hidroavión lanza globos únicamente del color de la bandera de su buque, quedando así marcadas las presas que son propiedad de ést

—Ya.

—Y como esos que tanto chillan tienen el color amarillo, del cual hay nada menos que cinco globos, y como la marinería lleva en esta pesca un tanto en los productos de ella, resultan ellos los más afortunados de toda la escuadrilla.

—Es interesantísimo todo esto —dijo Ana—. Pero lo que más me ha agradado ha sido ver cómo la ciencia ha sabido hallar modo de evitar las grandes pérdidas de vidas de otros tiempos.

—¡Ah! ¿Usted cree que a la ciencia hay que agradecerse?

—Me parece que a no ser por el descubrimiento de los aeroplanos...

—Sí, sí, los aeroplanos sí; pero éstos no han hecho sino copiar a los esquimales, de quienes es la idea original.

—¡Los esquimales!

—Sí señora; muchísimo antes de que en el mundo hubiera aeroplanos, ya ellos lanzaban sus arpones sin quedarse con la cuerda en el bote, sino atándola a odres rellenos de aire, que flotaban en el agua, indicando por dónde escapaban o en dónde morían las ballenas.

—Es curiosísimo... Pero ¿es verdad?

—Y tan verdad... Los aviones, la ciencia, no son sino serviles imitadores; los que trajeron las gallinas, los verdaderos inventores, fueron los pobres esquimales (1).

—Lo cual prueba que no hace falta ciencia para tener talento, sino para aprovecharlo.

—Y que los esquimales tienen más talento que los sabios.

Arteijo, que no pudo ofenderse por no haber oído esta sentencia de su subordinado, gritó entonces desde el otro extremo del puente:

(1) Maucelo tenía razón: testigo de ello Sir Roberto Mac-Clure, que mandando el Investigator, fué uno de los pocos exploradores (1850) que entraron en el Océano Glacial por el Estrecho de Bering, para bordear las costas septentrionales de América, y el cual presenció en las cercanías de Cabo Bathurst cómo los esquimales pescaron una ballena.

Su primera sorpresa fué ver más pescadoras que pescadores. Usaban botes de dos clases: los más ligeros, *kayaks*, tripulados por dos hombres, y otros mucho mayores, *umiaks*, con remeras y en la proa un varón que empujaba una lanza.

Sin entrar en detalles prolijamente descriptos por Sir Mac-Clure, diremos únicamente que la cuerda, o mejor, tira de cuero de *walrus* (una variedad de foca) atada a la lanza, no estaba amarrada por su opuesto extremo al bote, sino a unos odres, también de piel de foca, llenos de aire y cerrados, que cuando la ballena huía herida, flotaban, indicando por donde nadaba sumergida.



—Oiga, Maucelo. ¿No podríamos adelantarnos a los vapores? A estos caballeros les gustaría ver de cerca las ballenas y el ataque a ellas de las gasolineras, que ya esa gente está botando al agua.

—Ahora, terminado el arponeo, no hay inconveniente, pues ya no temerán les ahuyentemos la pesca. Y, además, para que no se escamen al ver que nos colamos en sus aguas, les diré con el telégrafo internacional de señales que no somos pescadores.

Efectivamente, según decía Eduardo, los barcos estaban botando al agua las chalupas, pero se equivocaba al suponerlas gasolineras; pues, con aumento del desprecio de Maucelo a los decrépitos cascajos y a la gentualla que de cierto los tripularía, pronto se vió que aquéllas iban movidas ¡a remo!

Eran trece o catorce, que, gracias a haberse los vapores aproximado mucho ya a las aguas encima de las cuales se mecían los globos, pronto abordaron a los flotantes cuerpos de las muertas víctimas, ocurriendo con ocasión de la faena que allí iban a realizar sus tripulaciones, un conflicto, presenciado de cerca por los del Iberia a causa de haberle servido de escenario el lomo de un magnífico ejemplar de ballena franca—la especie que alcanza mayor longitud de todas—, que debía haber llegado por el lejano Estrecho de Bering, por no soler hallarse las de tal clase en los mares donde había sido pescada, y cuyo descomunal tamaño, acaso bordeante los treinta y cinco metros, hacía muy codiciable su captura.

Véase cómo aconteció el suceso. Cuando los tripulantes de una de las balleneras acababan de saltar sobre el cetáneo y, para cerciorarse de si el arpón estaba suficientemente firme para atarle un remolque, tiraban de la cuerda en lo alto de la cual estaba preso un globo rojo, otra chalupa, guiada por un segundo globo, pero blanco, y correspondiente a otro arpón también clavado en la ballena, la abordó a la altura de la aleta del costado opuesto.

Los gritos que, al señalar unos y otros al globo del color de su buque, daban los marineros de las dos chalupas, ya sobre el lomo de la que las dos partes reclamaban como presa de su pertenencia, nada decían a los oyentes de las razones alegadas en pro de los contradictorios títulos de propiedad exclusiva, pues las invocadas se vociferaban en idioma que, aun oído de cerca,

no habrían entendido; pero el desaforado tono y la retadora actitud de los pleiteantes pregonaban ser aquello, más que alegato de derechos, querrela de denuestos, en donde cada bando braveaba para obligar al otro por riñones a reembarcar e irse por donde había venido.

Mas pronto vieron ambos que ni dicterios, ni bravatas, ni fieros conquistaban el campo, y, buscando expedita sentencia, erigieron en jueces a las facas, empeñándose un rabioso combate, que en breve hizo rodar sobre la grasienta piel de la ballena, y resbalar al agua unos cuantos heridos y tal vez algún muerto. Con lo que rápidamente terminó la quimera en fuga y reembarco del grupo al que le cupo peor parte.

—¡Qué fieras!—exclamó Ana, volviéndose de espaldas en cuanto vió brillar los cuchillos al sol.

—Cada uno de éstos muere o mata por unas pocas pesetas—contestó Arteijo.

—¡Qué bestias!—agregó Lubecki.

—En las tripulaciones de los balleneros, que suelen componerse de gente maleante, nunca faltan quienes, por tener cuentas atrasadas con la justicia de la tierra, hallan más sanos los aires de los mares; y como para este duro oficio se necesitan ante todo hombres a quienes nada asuste, no suelen los capitanes escrupulizar en la recluta.

Nadie hizo comentario alguno a estas palabras de Maucelo; pero la falta de ellos, y el no volverse a hablar de la escena trágica que podía haberlos motivado, evidenció, con un silencio cuya elocuencia superaba a la de todo comentario, la impresión de los polacos al descubrir el jaez de la ralea en cuya compañía habían de hacer el viaje de regreso a Europa. Mas deseando efectuarlo a todo trance, callaban todos: aunque todos tenían la misma idea y todos se la adivinaban al mirarse.

A Eduardo, en cambio, estuvo a punto de escapársele que, si para hombres era desagradable y peligrosa semejante compañía, sería insensato la aceptara una dama, y criminal el imponérsela. Pero discretamente pensó a tiempo que, estando Ana entre compatriotas y antiguos amigos, y teniendo a su esposo junto a sí, parecería extraño que él, conocido de poquísimos días, exteriorizara interés en su favor no sentido o llamado por ellos... Además, que cuanto antes se fuera aquella señora de su barco, mejor para él.

En esto, recordando Maucelo que no ca-



pricho de presenciar la pesca, sino otro objeto les había hecho buscar a los balleneros, rompió el silencio diciendo:

—Con el trajín en que ahora están metidos será inútil pretender venga ninguno de éstos a tratar del pasaje de ustedes; pues mientras no tengan todas las ballenas arriadas a los costados de los barcos, o sujetas a éstos con remolques, es seguro que no han de hacernos caso.

Para aguardar el fin de la faena a que se refería, puso el buque al paio, dejó pasar muy cerca de cuatro horas que duró aquélla; y cuando, alrededor de las tres de la tarde, la vió ya terminada, hizo lanzar a la sirena del Iberia persistentes bramidos para llamar la atención de los balleneros, a quienes con el telégrafo de banderas dijo: "Necesario venga capitán u oficial, asunto urgente", recibíendose esta contestación: "No puede ir nadie. Vengan si quieren."

Tal respuesta de unos indecentes barquichuelos a buque del porte y fuste del mandado por Maucelo fué por éste considerada insolencia intolerable que le hizo prorrum-pir en improperios contra "esos tíos groseros".

Pero no habiendo otros más corteses con quienes tratar sobre el pasaje, no hubo sino pechar con la *humillación* de ir a buscarlos: para Arteijo mucho menos indignante que para el resentido Capitán; pues si de todos modos era preciso acercarse a los buques para elegir el de traza menos mala y luego visitar el elegido a fin de ver los alojamientos que en él pudieran tener los polacos, parecía igual ir antes o después. Y aun yendo antes se perdería indudablemente menos tiempo.

Como habían de tratarse fecha de partida, puerto de llegada, instalación, trato y precio, puntos sobre los cuales solamente competía resolver a los señores de la comisión, y como Maucelo había de indicar el barco al que debiera darse preferencia, Lubbecki y Bopp, designados por sus compañeros, y el Capitán por aquella razón eran los obligados concurrentes a la visita, agregándose a ellos espontáneamente Arteijo en el momento de embarcar en una chalupa gasolinera; pues no se empleó la telegobernable desde el Iberia por ondulación eléctrica, porque los que sabían adónde y cuándo debía ir la pequeña embarcación no quedaban en el buque, sino que iban en ella (1).

(1) Estas chalupas telegobernables eran del tipo del *telekino* Torres Quevedo, ya citado en anterior nota.

Comenzó el bote por dar una vuelta entera en torno del espacio de mar donde al paio se bamboleaban los vapores ocupando extensión de unas dos millas y pasando suficientemente cerca de todos para que Maucelo los examinara, aumentando, más que corroborando, con aquel examen la mala impresión formada en el vistazo *a priori*; pues el deterioro de la pintura de los cascos, escaso porte de éstos y sus malos aplomos delataban el deplorable estado de ellos. Por si esto fuera poco, la broma que los carcomía subiendo hasta la misma línea de flotación, muy alta sobre el mar por lo liviano entonces de las cargas, y de la cual no se curaba la desidia de "aquellos gorritos", pregonaba que los vapores eran verdaderas momias, según decía el Capitán: buques de remotos tiempos, en visible ruina acelerada por la incuria de sus tripulantes, que si no se cuidaban de la broma, tampoco se inquietaban con la escora que permanentemente tenía ladeados a algunos.

Lo único de aspecto moderno en ellos eran los remiendos a proa recién echados al superponerles las plataformas, frescamente pintadas, de aterrizaje de los hidroaviones, junto a las cuales resaltaba la pintura vieja o ausente del resto de las naves y la vejez de formas de ellas ofreciendo el conjunto aspecto tan extraño como sería el de un aventurero del siglo XVI, que ataviado con los arreos propios de un soldado de las huestes desembarcadas en América con Cortés o Pizarro, se tocara con sombrero de copa o *cannotier* de paja.

Aquel chillón anacronismo entre las amacotadas y vetustas siluetas de cascos y aparejos y las ligeras de plataformas y aeroplanos sugirió dos observaciones a Maucelo, nacida una de sorpresa de que gentes tan atrasadas e ignorantes como el aspecto de sus barcos revelaba ser aquéllas, quienes parecía lógico estuvieran aún en la época del arponeo a brazo, emplearan los progresos novísimos de la pesca con aviones, y referente la otra a la influencia que en las condiciones marineras, ya por sí lastimosas de tales buques, había de ejercer la absurda chapuza de superponer a su arquitectura inicial, no trazada para la sobrecarga de las plataformas de aterrizaje, el peso de tales armatostes gravitantes sobre la obra muerta de encima de la proa y sobresaliendo de ella. Con lo cual quedaba perturbado el natural equilibrio de los barcos, que a poco mar que soportaran darían forzosa-



mente espantosas cabezadas: con no leve peligro de que en alguna se quedara la proa, y lo demás con ella, por siempre bajo el agua.

Después de echar su ojeada general, en la cual vió que todos eran pequeños vapores de cabotaje entre 400 y 800 toneladas y que el más del agrado de Lubecki, por más grande, tenía forma demasiado panzuda y proa inquietamente baja, dijo señalando a uno, como de 600, que aquél era el de facha menos mala y el menos cabizbajo, y en consecuencia a él puso la proa.

Diez minutos después, sin que los muy groseros de allá arriba se molestaran en bajar la escalera de a bordo, subían los de la gasolinera a la cubierta del vapor por una

mugrienta cuerda de nudos que por toda escala les echaron: es decir, subieron Arteijo, Bopp y Maucelo, pues el pobre anciano, de cuyos largos años y cortas fuerzas no podía esperarse lo subieran de tal modo, cuyas dificultades agravaba el duro balanceo del buque en mar tan gruesa como hasta en buen tiempo son las de tan altas latitudes, tuvo que ser por aquéllos subido desde arriba amarrado a otra cuerda. Sin que ninguno de los tripulantes del ballenero se creyera en el caso de echarles una mano: abstención interpretada por Maucelo con el siguiente juicio:

—No, muy finos no son. Y por lo visto tampoco tienen gana de recibir visitas.

## XXIII

### LOS BARCOS SIBERIANOS

Tan grasiento e inmundado como la escala y la pintura renegrida o descascarillada de las bandas, estaba cuanto vieron los recién llegados al saltar a la cubierta resbalante de mugre, haciendo pensar a Maucelo que si tal era la inmundicia que todo lo emporcaba allí antes de comenzar las operaciones del aprovechamiento de las ballenas, era imposible imaginar cómo llegaría a estar el barco después de ella.

La primera dificultad con que se tropezó fué la de entenderse con el montón de pieles de oso que salió a recibir a los visitantes, quienes al reparar era él el único vestido con peludos pellejos, pues los demás lo estaban de cuero de foca, supusieron fuera el capitán: no, el patrón, pues no es cosa de molestar a Maucelo que protestaba en cuanto oía a alguien llamarlo capitán.

Igual dificultad impidió comunicar con ninguna de las focas distinguidas, piloto y contramaestre, que lo acompañaban, ni con ninguna de las de la piara marinera; pues entre aquella gente de pelaje asqueroso y abrutada facha no había quien entendiera ninguno de los idiomas entre los cuatro europeos poseídos y sucesivamente ensayados: español, francés, inglés, alemán, portugués, polaco, resultando baldíos también el tiempo y los esfuerzos que, empleando no un idioma, sino una jerga marina de léxico tan corto como extendido por todos

los puertos y barcos del mundo entero, invirtió Maucelo en hacerse comprender.

Cuando éste se hubo convencido de que tampoco su caló internacional daba resultado, y de no haber manera de hablar con aquellos salvajes en lengua alguna, dijo a sus compañeros en francés:

—¿Pero de qué país son estos brutos? Porque de ser noruegos seguramente algunos entenderían, bien o mal, el inglés, y de ser rusos, el francés.

—Japoneses tampoco son; chinos, tampoco: eso está a la vista, pues me parecen de raza blanca.

—¡Blanca! No lo juraría yo, pues sus cochinas caras no permiten averiguarlo, y porque tampoco dejo de advertir en ellos algunos rasgos de las razas mongólicas.

—Bueno; sean lo que quieran, lo que ahora importa ver es cómo diantres nos vamos a arreglar para explicarles lo que necesitamos.

Estando en estas dudas vieron venir hacia ellos un marinero que poco antes, y por orden del patrón, se había apartado del grupo de sus compañeros, agolpados frente a Arteijo y los suyos, a quienes, como si fueran bichos raros, contemplaban con curiosidad análoga a la que en casos semejantes manifiestan los esquimales, con quienes tenían parecido grandísimo y a cuyas modas se ajustaban sus trajes. Aquel hombre re-



tornaba trayendo la solución de la dificultad, en la forma de un individuo de traza y vestimenta un poco mejores que el resto de los tripulantes, sin excluir de entre éstos al patrón mismo.

Era el piloto del hidroavión, de nacionalidad rusa, enviado a buscar por el hombre oso para que si podía lo sacara del atasco en que lo habían puesto los inoportunos extranjeros, y lo enterara de qué se les había perdido en su barco.

Como el piloto hablaba el francés, ya que no bien, como todos los rusos de mediana cultura, lo suficiente para bandeárselas, fué utilizado por Lubecki como intérprete que al oso dijera lo que de él se quería y de él inquiriera las noticias que a los polacos importaban.

Súpose por el ruso que aquél y los demás balleneros de la flotilla eran siberianos, y sus tripulaciones, mosaicos de semisalvajes, —acaso sobra el semi—samoyedos, iakutos, yukaguires ribereños del Océano Glacial que hablaban enrevesados dialectos siberianos.

Los cinco barcos eran propiedad de un comerciante japonés de Sakhalin (la más septentrional de las islas del Archipiélago del Japón) establecido en Sagastyr, puertecillo siberiano situado en el delta de la desembocadura del río Lena, en la parte del Océano Artico llamada Mar de Nordenskiöld, a la matrícula del cual pertenecían todos los buques.

Aquel año era el primero que éstos pescaban con hidroaviones, no propiedad del japonés, sino que con sus pilotos rusos o japoneses, gente menos ruda que la de las tripulaciones, le habían sido alquilados durante el tiempo de la campaña de pesca por la empresa aeronáutica del correo, vía aérea, San Petersburgo, Arkángel, Yakust, Wladivostok, Petropawlosk: línea en la que solamente por tal medio podía mantenerse la comunicación postal sin las largas interrupciones ocasionadas en cualquier otro sistema de locomoción por las nieves y los fríos siberianos en aquel recorrido superior a 8.000 kilómetros.

Después que el aviador dió estas noticias, por intermedio de él se hizo saber al patrón el objeto de la visita de los europeos, dando éste por primera respuesta que el suyo no era un barco de pasaje, cosa que no había menester la demostrara, pues saltaba a la vista; agregando en seguida que tampoco quería tomar ninguno, por tener

que atender lo primero a lo suyo. Pero después de habersele indicado que no se pretendía perturbar su campaña, que los pasajeros se avendrían a aguardar a su bordo el fin de ella, y sobre todo cuando supo que pagarían bien, insistió aquel bárbaro, pero en el fondo ya amansado, en que así le saldría a él peor la cuenta, por la necesidad de mantener nueve bocas dos y medio a tres meses, tal vez más; pues mientras hubiera ballenas y luz para pescarlas no dejaba él su trajín; y porque lo que en ese tiempo comen nueve no es grano de anís. Además, había que contar con la molestia de alojarlos, perdiendo sitio donde sin ellos podría meter bárricas de grasa o haces de barbas de ballenas.

Como consecuencia de tan largo y solapado exordio, y comprendiendo el trance en que se hallaban los polacos, pidió por el pasaje el grandísimo bruto, que para su negocio no lo era, cantidad mayor de la que en el más lujoso transatlántico cuesta la travesía del Gran Océano desde Tokio a San Francisco; y cuando supo que al enterarse Maucelo de ello le llamaba ladrón, con poquísima diplomacia que el intérprete no se curó de suavizar, contestó que podían tomarlo o dejarlo, pues él no había ido a buscarlos: por supuesto sin molestarle lo más mínimo el calificativo.

Al conocer las categóricas e intangibles condiciones de aquel hombre, manifestó Bopp que habiendo el siberiano conocido ser árbitro de la situación, era inútil indignarse; pues el dilema claro y de resolución urgente era, o pasar sin discutirlo por lo que él dijera, o renunciar desde luego a la vuelta a Polonia.

Como tal era, en efecto, la realidad, y así lo vió Lubecki, inmediatamente pasó éste a tratar del puerto de desembarco que él deseaba fuera uno de los meridionales de la Península Escandinava, aconsejándole Arteijo y Maucelo diera la preferencia a Hammerfest o Tromsøe, en el norte de ella, y todavía mejor al puerto ruso de Arkángel, en el Mar Blanco, más próximo y de comunicación menos larga y penosa con San Petersburgo y, por lo tanto, con Polonia.

Pero uno y otros se quedaron iguales, porque el patrón, que por lo menos no era vanidoso, confesó, sin el menor empacho, no saber navegar en el Mar de Noruega ni embocar el Mar Blanco, ni conocer otras rutas marinas que las del Océano Glacial desde la parte en donde estaba hasta el Mar de Nor-



denskiold; y que en lo de bajar, no a Arkángel, mas ni siquiera a Hammerfest, ni pensarlo; porque en cuanto acabara la primera parte de la campaña de pesca en aquellas aguas de Spitzberg, tenía que irse a continuarla al sur de Nueva Zembla en el mar de Kara, y a terminarla por último entre los archipiélagos de Liakow y Nueva Siberia; pues él sabía que en dichos sitios y épocas hallaría ballenas. Y no queriendo llegar a ellos después de haberse ido la pesca, ni dejar la proximidad de Spitzberg mientras allí la hubiera, era perder el tiempo hablarle de malgastarlo en inútiles idas y venidas a los puertos que decían los señores.

En vista de esto, y previo un breve conciliábulo de Bopp y Lubecki, le fué manifestado que los pasajeros se resignaban a no entorpecerle la campaña, aviniéndose a que al terminarla los llevara a cualquiera de aquellos puertos.

La primera parte de la contestación fué una carcajada; la segunda, ésta:

—¡Volver atrás entonces! ¿Desde Nueva Siberia a Noruega, a fin de agosto, puede que ya entrado septiembre? Bien se ve que no saben lo que dicen. En tal tiempo ya no puede pensarse en tales latitudes sino en volverse aprisa a casa.

—En eso tiene razón ese hombre—dijo Arteijo—. En tal época la navegación se hace difícilísima en aquellos mares lejanísimos de Europa; pues la vuelta a ella exigiría recorrer en sentido contrario nada menos que la misma derrota seguida por Nansen en su Fram: cosa que quien conozca aquel célebre viaje del insigne explorador comprenderá que si difícilísima en verano cuando él la recorrió, es impracticable en otoño (1).

—Y para barcos de esta facha y marinos de este fuste, que según hemos oído sólo saben ir y volver a casa si no les cambian el camino, es, no punto menos que imposible, sino imposible en absoluto—agregó Maucelo.

(1) Nansen salió de Cabo Norte, entró en el Mar de Kara por el estrecho entre la Isla Walgatz y la costa siberiana, frente a Kharbarova; bordeó, a la salida de aquel mar, la Península de Tamir, frente a la desembocadura del Olenck, puso rumbo al norte, y quedó al fin preso entre los hielos, al noroeste de las islas de Sannikof, que tienen igual situación con respecto al archipiélago de Nueva Siberia. Próximamente al sur de aquel lugar se halla el puertecillo de Sagastayr. Este viaje se verificó desde 24 de junio a 10 de septiembre; es decir, en pleno verano.

—Pero a todo esto, y puesto que él no nos lleva sino a su casa, ¿dónde está su casa?—preguntó Lubecki.

—En su matrícula, en el puertecillo de Sagastayr.

—Señor Arteijo, si no me dice usted más, me quedo como antes; porque no sé dónde está Sagastayr.

—En la Siberia Oriental, en el Mar de Nordenskiold: casi en el fin y en lo más espantoso de aquella terrible tierra.

—Es decir, que está muy lejos, muy aislado, muy al norte.

—Señor Lubecki, la situación exacta podemos verla en los mapas de a bordo, al volver al Iberia, mas desde luego le anticipo que ha de hallarse a seiscientos o setecientos kilómetros, por corto, al norte del círculo polar, tal vez a dos mil millas de aquí y a muchísimas más de San Petersburgo y Moscú.

—¡Canario! Las noticias no son gratas.

—Querido Presidente, aunque ni a usted ni a mí nos lo parezcan, por lejos que ese puerto esté y por mala que esa tierra sea, siempre es tierra firme; y por lo tanto lugar más seguro que un barco que ahora comienza su navegación por los mares polares.

—Acaso sea usted quien esté en lo firme, Señor Bopp—replicó Arteijo—; pero mi opinión es diferente; pues los peligros que pueden ustedes correr en el viaje de bastantes millares de kilómetros, en trineo o a caballo, que después de la navegación tendrán ustedes que emprender a través de la desierta y helada estepa siberiana, y las penalidades de un invierno entero esperando en tan horrible tierra la época posible de efectuarlo, muy bien pudieran ser mayores que los que corrieran en el Iberia y en una invernada para la cual lo traigo todo preparado a fin de hacerla muy llevadera.

—Como soy hombre poco hecho a la mar, para mí es siempre más segura la tierra firme que el puente de un barco.

—Pero no creo encuentre más seguro el de este pontón carcomido, donde a esa tierra habrá de ir, que el de mi barco—dijo Maucelo atajando a Bopp, que después de contestarle rápidamente continuó dirigiéndose a Arteijo y Lubecki:

—Ya usted supondrá, Señor Capitán, que nada más lejos de mi ánimo que comparar buque con buque. Además, hasta los hielos de esa horrible Siberia me parecen a mí



mucho más seguros, por estar sobre un sólido continente, que los movedizos témpanos e *icebergs* de por acá, de los cuales tenemos experiencia mucho más espantosa, por haber sido realidad, que cuantas presunciones de aquel país puedan asustarnos. Por eso, amigo Lubecki, mi voto es favorable a la vuelta. Salvo mi respeto al opuesto del señor Arteijo.

—No, no. Yo no he dicho sino lo obligado para no faltar al deber de dar antecedentes que, conociéndolos, habría sido falta de humanidad callarme a la hora de adoptar ustedes una resolución de transcendencia; y cumplir el de expresarme en forma que les permita tomarla sin estar influídos por la idea de que son un estorbo en mi barco, del que solamente su propia conveniencia puede ser lo que a dejarlo les apremie.

—Gracias.

—Gracias.

—No hay de qué, Señor Bopp; no hay de qué, amigo Lubecki. Conste, pues, que no he pretendido dar voto en asunto que a ustedes solos les compete resolver: *voto no*.

Recalcó mucho Eduardo las palabras finales "voto no" porque en el modo como Bopp había salvado su respeto al parecer que acababa de oírle creyó notar cierto desagradable dejo irónico. Pero apenas Lubecki oyó la enérgica negativa la contestó diciendo:

—Querido amigo, si no lo da no será ciertamente por faltarle títulos para aconsejarnos; y crea que por nosotros sería agradecido.

—Soy en absoluto de la opinión de mi presidente.

—Que le agradezco como a él—contestó Eduardo, en quien lo deferente de la última frase del botánico polaco no consiguió borrar la impresión del tono empleado en la anterior; y en seguida agregó:

—Pero me parece, Lubecki, que estamos perdiendo tiempo; pues como antes dijo usted que deseaba ver dónde los habrán de alojar y se va haciendo tarde no creo debamos aguardar más.

Conformes todos con lo atinado del consejo, hizo Lubecki presente al piloto ruso la necesidad de ver los camarotes donde los pasajeros hubieren de alojarse, contestándole aquél que, aun no sabiendo que en el barco los hubiese, transmitía al patrón su deseo.

Enterado éste de lo que le pedían, condujo a los europeos a un sobrado o camaranchón bajo el castillo de proa y lleno de barriles,

por cierto tan descuidadamente estivaos, que en caso de temporal doblarían los peligros de éste, según Maucelo hizo notar.

Señalando al zaquizamí, manifestó el oso que para aislarlo del resto del sollado se armaría con tablones un mamparo de quita y pon, entre el cual y el rincón de proa podrían acomodarse todos; agregando que allí estarían como en su casa, pues nadie les molestaría, sino cuando hubiere que sazar barriles vacíos y al volver a meterlos, una vez llenos.

El cuchitril, muy parecido a espelunca de alimaña, tenía por toda ventilación la recibida con el viciado y mal oliente aire del sollado; luz, la de un candil, alimentado con pestífero aceite de foca. Todos sus ocupantes habrían de dormir en promiscua comunidad, no teniendo, por todo lecho, sino hamacas bastas de cuero; y cuando al bruto aquél le preguntaron cómo y dónde podrían los pasajeros lavarse, respondió con toda naturalidad que si alguna vez les diera tal capricho, no había inconveniente en que sobre cubierta y en un cubo lo satisficieran.

No es de extrañar el sorprendido tono del patrón al hablar de esto, pues su aspecto, el de sus subordinados, el tufillo que acometía las narices de quien pasaba junto a ellos, convertido en hedor sofocante en los lugares donde la chusma se alojaba, decía bien a las claras que el lavarse no era considerado por tal gente, en tan frío clima, como necesidad, sino como acontecimiento raro o accidente tan remoto como lo es entre los esquimales, de costumbres y vida en muchos puntos semejantes a los de las tribus siberianas de donde habían salido las tripulaciones de aquellos barcos, acostumbradas como aquéllos a pasar sin desnudarse meses y meses muy ricamente envueltos en la espesa costra de porquería rancia almacenada en lo interior de los trajes de foca (1).

(1) No hay que juzgar demasiado duramente a los esquimales por su característica suciedad; pues no es fácil el aseo personal en aquellos climas, y buena prueba el caso del ilustre Nansen, al encontrarse, al término de su expedición, con el Dr. Jackson-Harmsworth, que habiéndolo tratado en Nueva York, no lo reconoció por tener la cara cubierta de una costra de porquería que le hacía parecer negro. Cosa bien explicable, pues el encuentro acaeció a finales de mayo, y Nansen no se había lavado desde que el día de Navidad se permitió el lujo de hacerlo con el agua contenida en una taza de té. En aquel mismo día, y para celebrarlo, él y su compañero Johansen se habían mudado de camisa,



Claro es, por tanto, que el patrón, habituado a los usos de su tierra, donde toda una familia, y a veces varias, viven en íntima comunidad de edades y sexos en casas, enterradas en hielo, con una sola habitación, que es a la par sala, cocina, comedor, alcobá, *y todo lo demás*, había de sorprenderse al oír hablar de lavatorios, y todavía más cuando los presuntos pasajeros le dijeron que por haber entre ellos una pasajera necesitaban alojamiento aparte para ella; a lo cual contestó que no podía darlo por no tener sino lo ya enseñado.

Entonces ocurriósele a Bopp que tal dificultad podría orillarse separando, con tablas, del camaranchón un apartadizo que podría servir de camarote a la Señora de Lubecki.

—De camarote no, de cajón dirá usted—le contestó éste, amostazado de ver resuelto con tan expedita sencillez el problema de la instalación de Ana.

—Así todo se arregla fácilmente—remachó Maucelo—. Y ni tanto hace falta; pues aun sería más sencillo meter a la señora en un barril.

—Ni supondrá usted que tal sea mi intención, ni puede pretender aventajarme en consideración a esa señora.

—Yo no supongo nada; pero veo poca diferencia entre una barrica y el cajón en que quiere usted meterla.

—¿Que yo quiero meter? Señor Capitán, ese lenguaje es intolerable.

—Suplico a ustedes—dijo Arteijo—cesen en tan desagradable discusión que a nada conduce.

—Yo no he hecho sino afirmar lo que con muchísima razón ha dicho el Señor Lubecki.

—Y yo rechazar como debo...

—Basta, Maucelo. Señor Bopp, a usted no puedo sino suplicarle que no insista. Eso está terminado.

Aun cuando en la palabra "súplica" dicha a Bopp faltaba el significado de mando del basta, dicho a Maucelo como orden, no dejó el polaco de advertir en la voz de Arteijo al hacerle el ruego inflexión que sonaba a mandato de quien con la autoridad que allí ejercía estaba dispuesto a no consentir se prolongara discusión parecida ya a altercado; y contestó:

—Obedezco, Señor Arteijo.

de la única manera que les era posible hacerlo a quienes sólo las puestas tenían: volviéndolas del revés; porque por afuera no estaban tan inmundas como por adentro.

—No he mandado a usted nada, Señor Bopp: solamente he hecho un ruego.

—Que me complazco en acatar como orden—insistió el otro, encubriendo en urbanas formas la grandísima molestia experimentada al someterse a Arteijo; pero con frío tono, desdichado de la complacencia declarada en la frase, a la que aquél correspondió con un "Reitero las gracias", donde faltaba la sinceridad habitual en todas sus palabras.

Terminado aquel diálogo, más agrio en el fondo que vivo de palabras, indicó Lubecki que habiendo visto ya cuanto les interesaba, parecía oportuno regresar al Iberia, y encargó al intérprete dijera al ballenero que, pues su barco no se había de mover de donde estaba, por retenerlo allí el ya comenzado destazamiento de las ballenas, a la mañana siguiente le sería enviada noticia de la resolución que se adoptara en el asunto del pasaje. Pero tan pronto lo hubo dicho, se detuvo vacilante; y arrepentido de la libertad que se había tomado, se volvió hacia Arteijo, diciéndole:

—Perdóneme: He hablado en el supuesto de que no sea abusar de la bondad de usted el detener su buque las pocas horas que nos son necesarias para adoptar decisión definitiva.

—Esas horas de espera no perturban mis planes en lo más mínimo.

—Gracias, amigo mío, por este nuevo favor.

.....  
.....  
.....  
A la vuelta al Iberia se sentó Eduardo al lado de Maucelo, y al otro extremo de la gasolinera donde conversaban Lubecki y Bopp; pues apenas instalados en el bote reverdecíó el último el tema de su rifirrafe con Maucelo, manifestando que aun no creyendo necesario hacer protestas de su consideración a la mujer del primero, ni de cuánto lo apenaban las incomodidades que habría de pasar en el molesto viaje en perspectiva, únicamente le importaba hacer notar que por ser la vuelta en los balleneros resolución no tomada por él, sino por el mismo presidente la noche que de tal punto habló con todos sus subordinados, se le había ocurrido la idea de habilitar, *no un cajón*, sino un lugar reservado para alojamiento de Ana, queriendo substraerla, dentro de lo hacedero, a algunas de las inevitables penalidades que forzosamente habría



de sufrir, no por culpa de él, sino de lo apurado de las circunstancias y de faltar opción sobre el modo de volver a Polonia.

—No se preocupe de eso; no le doy importancia, y reconozco que lo uno es consecuencia de lo otro; pues, decidida la vuelta, no habrá sino plegarse a cuanto sea preciso en ese barco; porque ya ha oído usted al intérprete que, estando los demás cortados por el mismo molde, nada adelantaríamos con visitar los otros.

—Pues si cree usted que hay que avenirse a todo, y todo lo tiene decidido, ¿por qué no ha dejado ya contratado el pasaje?

—No me ha entendido usted: no he querido decir que la vuelta esté decidida, sino que si la decidimos será preciso...

—¡Ah! Entonces es que ha variado usted de pensamiento.

—Perdone que le calle mi personal criterio: la demora que he pedido al señor Arteijo obedece a que considerando demasiado grave la resolución para adoptarla por mí sólo, voy a reunir a los compañeros para que, expuestos ante ellos pros y contras, ustedes sean quienes determinen lo mejor. Y

claro es que ni en el ánimo de usted ni en los de los demás quiero pesar de antemano anticipando mi opinión. Más todavía: ni siquiera después de oír las de ustedes pienso darla, pues he resuelto unir, sin discusión, mi voto al de la mayoría.

Después de esto no consiguió ya Bopp reanudar con su amigo conversación de la que, por lo visto, tenía poca gana. Actitud que en hombre tan impresionable y locuaz como Lubecki, le sorprendió, atribuyéndola a preocupación causada por aquel laborioso viaje, o más bien serie de viajes poco gratos, pero satisfaciéndole en definitiva la proyectada abstención de influir en sus compañeros, por saber de sobra lo que éstos habrían de opinar—sobre todo, no habiendo visto por sus ojos el barco donde habían de embarcar cual lo habían visto los que lo visitaron—e inspirándole desdeñosa lástima el pobre viejo, cuya pusilanimidad rehuía no solamente la responsabilidad que como jefe debería afrontar de la transcendental resolución que iba a adoptarse, sino que se apocaba al punto de no atreverse a dar siquiera opinión sobre ella.

## XXIV

### ARTEIJO PRUEBA CUÁN DIFERENTES SON TALENTO Y SESO

Cuando la gasolinera atracó a la banda del Iberia ya estaban todos los compatriotas de Lubecki en el portalón de lo alto de la escala, ansiosos de recibir noticias, y confiados como en cosa inmediata, en su traslado al barco que había de llevarlos a Europa, esperanza fallida al oír a su presidente que era preciso celebrar consejo, donde daría explicaciones, y el cual no pudo ser incontinenti reunido porque pasadas ya dos horas de la habitual de la comida de la tarde, toda la oficialidad del buque y los mismos polacos estaban aguardando para efectuarla la vuelta de los que llegaban.

Durante ella sorprendió a Ana el insistente e inusitado silencio de su marido; y no estando más locuaz Arteijo, que con ambos comía en la mesa presidencial, llegó a preocuparse aquélla, por parecerle tan cerrado callar de mal augurio. Maucelo guardaba igual silencio; así que de lo visto y averiguado en la visita al buque siberiano, nadie habló sino Bopp, al contárselo

a media voz a sus compatriotas y compañeros de mesa, a quienes es presumible indujera a secundar en la próxima junta la opinión que a él ya le conocemos.

Terminada la comida, Lubecki pidió a Eduardo licencia para reunir a sus compañeros en la cámara de derrota, por estar allí la colección de los mapas de a bordo, cuya consulta creía necesaria para adoptar resolución; y una vez obtenida, solicitó que él y Maucelo asistieran al consejo para asesorar a la comisión con sus experiencias geográfica y marina, sorprendiéndole que, conviniendo Arteijo en la utilidad de la concurrencia del capitán, excusara la propia por innecesaria, y resistiera porfiadas instancias que el geólogo fundaba en el conocimiento que de Siberia le había parecido tener aquél cuando de tal país se había hablado en el ballenero.

—¡Siberia! — exclamó sorprendidísima Ana al oír mencionar la lejana tierra, cuyo nombre suena tétricamente en todo oído po-



laco, como el de inmenso osario donde yacen los huesos de innumerables mártires de la patria enviados allá por el despotismo ruso a morir en montones cada vez que la esclava Polonia intentaba sacudir sus cadenas o, aun sin eso, aspiraba a vivir vida propia—. ¿Qué tiene que ver ese horrible país con nuestro viaje?

—Que tendremos que atravesarlo en el viaje de vuelta.

—No puede ser, Walter: estamos lejísimos, y queda completamente desviado de nuestro camino.

—Sí, Ana, sí; pero es que... Ya verás el porqué cuando dentro de un momento explique la situación a nuestros compañeros, que ya nos están esperando allí, y a quienes bien se les conoce la impaciencia, que no quiero aumentar. Anda, vamos. En cuanto a usted, amigo Arteijo, no insisto; pues aun no alcanzándoseme cuáles puedan ser las razones de su negativa, doy por seguro que quien tan grandes pruebas nos ha dado de su interés, las tendrá poderosas para negarnos su ayuda ahora.

—No, Lubecki: negar, no; pero creo indiscreto inmiscuirme en asunto que a ustedes solamente incumbe resolver.

—¡Anda! ¿No es sino eso?... Pues entonces sí insisto; pues veo que no se trata sino de un reparo pueril nacido de la discusión de hace un rato con Bopp.

—¡Con Bopp?—interrumpió Ana con alarmada viveza, que no escapó a Eduardo, aun cuando ella la reprimiera en seguida preguntando con tono de mera curiosidad—: ¿Una discusión?

—Nada, Ana, nada. No haga usted caso de eso, amigo mío. No vale la pena. Ni él se acuerda ya de ello, ni yo creí que fuera usted tan quisquilloso que lo recordara.

—Pero ¿porqué ha sido?

—Nada, Señora; su marido de usted tiene razón: no vale la pena de acordarse de semejante pequeñez.

—Pues si usted mismo me la reconoce, ¿porqué rehusarme y rehusar a mis compañeros su consejo utilísimo?

—Para que nadie pueda suponerlo influido por egoísmo.

Antes de pasar adelante conviene advertir que la impulsividad de Eduardo y su falta de doblez dejaban escapar en la anterior contestación el real estado de su ánimo; pues teniendo dudas de si en su juicio sobre lo descabellado del viaje en el ballenero, y en su deseo de que no se efectuara.

influyó solamente desapasionada apreciación o pena por la marcha de Ana, había decidido no hacer por sí nada para impedirlo.

Pero apenas se le hubo escapado su imprevista respuesta, se arrepintió de ella, y más aún cuando en él vio fijarse una recelosa y escrutadora mirada con que la mujer de Lubecki parecía querer penetrar, sin preguntarlo, lo mismo que su marido, con el pensamiento a cien leguas de los derroteros por donde discurrían los de ella, inquiría claramente preguntando:

—¿Egoísmo de usted? No entiendo.

Cada vez más atortolado y vacilante, buscó Eduardo salida que le diera embustera pero aceptable explicación de porqué y cómo entraba en juego su egoísmo en que los polacos volvieran a Polonia o se quedaran en el Iberia; pero preocupándole mucho más que la franca pregunta de Walter el ocultar su pensamiento a la muda e inquieta curiosidad de Ana, de ésta desvió los ojos para evitar le viera contradicción entre ellos y las palabras que al contestar procuró hacer fríamente corteses.

—Claro está, amigo mío: el del placer de continuar teniendo a ustedes de huéspedes en mi barco.

Pero todavía más asustado que antes al pensar cómo podría ella interpretar tal respuesta, y querer enmendarla, la empeoró su precipitación, diciendo:

—No quiero que mi interés por ustedes lo atribuya el Señor Bopp, ni nadie, a deseo de retenerlos en el Iberia... para...

Y viendo que iba de peor en peor, echó por la primera callejuela que le ocurrió tomar para salir de aquel atasco, continuando, no fácil, sino desconcertada y premiosamente:

—... para... para: no quería decirlo, pero pues es preciso, lo diré: para aprovechar *egoístamente* en mi empresa las competencias geológicas de ustedes.

Aquellas perplejidades dijeron a Ana que algo ocultaba Eduardo, y en la cobarde huida de los ojos le conoció ser de ella, principalmente, de quien procuraba recatar el pensamiento cual chico temeroso de que en ellos le vean la verdad que con palabras trata de encubrir. Además, en el modo como había nombrado a Bopp pareció a ella percibir cierta agresividad; y acudiéndole a la memoria entonces, de pronto y juntos, los recuerdos de varias observaciones sueltas de los pasados días, que al reunirse a las del momento adquirieron relieve no alcanzado



antes, dieron por resultado que se preguntara: "¿Será que este hombre tenga celos de Bopp?", lo que, además de alarmarla por la importancia en sí de la pregunta, la ofendió con sospecha de qué podría Eduardo estar pensando de Bopp y de ella.

Lubecki, por su parte, se asombró al enterarse de improvisto de la impensada concomitancia entre sus geológicos saberes y la desconocida empresa de Arteijo; pues hasta entonces no se le había ocurrido relacionar con ésta el interés demostrado por su salvador en la explicación de las causas físicas de la catástrofe del glaciar. Pero siendo de interés más inmediato el descubrimiento de que solamente resquemores de la insignificante discusión con el botánico lo retraían de asistir al próximo consejo de la comisión, replicó:

—¡Por Dios, amigo mío! ¿Cómo es posible crea que nadie pueda pensar de usted tal cosa?

—Señor Arteijo—agregó Ana—, Walter tiene razón al instar a usted a que asista a nuestro cambio de impresiones; y todavía más después de habernos usted dejado conocer su *cavilosa sospecha*.

En esto se acercó Locketek a preguntar a Lubecki cuándo comenzaba la junta; y mientras ambos hablaban prosiguió Ana diciendo a Eduardo, muy despacio y recalcando las palabras:

—... pues el seguir negándonos su consejo parecería deliberada *ofensa*, no por llamada menos gratuitamente temeraria: no ya al Señor Bopp, sino a quien entre nosotros crea usted capaz de *compartir las ideas y sentimientos* que a ese caballero le supone. Walter tiene razón: ni nadie puede pensar tales cosas de usted, ni usted *suponerlas de nosotros*.

El tono enérgico de la mujer de Lubecki transparentaba claro resentimiento y sonaba a protesta de dignidad herida.

Esto, perfectamente percibido por Eduardo, y la imposibilidad de seguir rehuyendo el mirar a una señora que le estaba hablando, le obligó a arrostrar el brillo y la dureza que adquirió la mirada de Ana al pronunciar la palabra *ofensa*, cual si ella fuera la ofendida; pero sólo un instante, pues en seguida bajó los ojos, confundido por la altivez del continente con que ella rechazaba toda simpatía con Bopp, como si personalmente le hubiese sido atribuida; y abochornado al conocer, en esto y en el desdén que contrajo los labios de Ana al nombrar

al polaco, que ella le había adivinado el pensamiento con que estaba ofendiéndola:

—Basta, basta, Señora—contestó Arteijo, asustado de lo que había hecho. Y al ver que después de decir a Locketek que en seguida se reuniría el consejo, se volvía Lubecki hacia Ana y él, dijo a éste—: Entre usted y su señora me han convencido. Vayan al cuarto de derrota, amigo Walter, que dentro de unos minutos iré yo allá.

Aquella era la primera vez que al dirigirse al Profesor lo hacía en la forma afectuosa que implicaba el emplear su nombre propio.

Mientras él se iba huído por no hallarse en estado de continuar hablando con Ana, ni aun de seguir afrontando su presencia sin reponerse antes de su turbación, preguntaba el marido a la mujer qué había dicho a Arteijo, mientras él hablaba con Locketek, pues según la oyó comenzar, temía hubiese estado demasiado enérgica, y lo negaba ella, diciendo haberse limitado a decirle que sus recelos sobre el "pobre Bopp" no podían tener realidad ninguna: explicación que complació a Lubecki, pues aunque aquella tarde se había molestado con éste a causa de la propuesta del *cajón*, ya la molestia se le había pasado, y le agradó que Ana lo hubiese defendido, por parecerle indicio de irse desvaneciendo las injustas prevenciones de ella contra aquel buen amigo. Pero ni de esto, ni de en qué consistió la discusión de la tarde, ni de que en su fuero interno discrepaba él de Bopp en la cuestión capital del viaje en el ballenero tuvo tiempo Walter de decir nada a su mujer antes de comenzar la junta; pues cuando ella terminaba de darle la anterior explicación llegaban ya a la camareta de derrota.

Pero antes de entrar en pos de ellos y de reseñar el importantísimo consejo en seguida comenzado, preciso es decir unas cuantas palabras, aclaratorias de ciertas nebulosidades que la breve conversación, recién transcripta, de Eduardo y Ana deja subsistentes sobre el porqué de la inicial turbación del uno y de las alarmas que, al percatarse de las vacilaciones y torpezas de él, sintió la otra; pues mayor importancia que las palabras de ambos tuvo la predisposición de sus ánimos a suponerles intenciones y alcances que sólo ellos podían atribuirles, aunque dudando si realmente los tenían o sólo eran fingidos por suspicacias propias.



Y como en la presente historia importa, más que lo somero de los hechos, lo hondo de sus causas, engendradas en afectos, pasiones, vicios y virtudes de los protagonistas de ellos, preciso es no pasar adelante sin decir que el desconcierto, los juicios temerarios y las torpezas de Arteijo tenían por causa lo pensado y sentido por él desde que le oímos monologar llamando bruto a Maucelo por su broma, y repitiéndose las tercias preguntas que desde antes de ella ya se venía haciendo sobre el matrimonio Lubecki.

Como tres días de cavilar sobre una mujer vista con forzosa frecuencia durante ellos, dan mucho de sí, y sobre todo si la mujer es guapa, no es extraño pensara en dicho plazo Eduardo una porción de cosas que, procurando no pecar de prolijos, condensaremos cuanto posible sea.

Al dar cuenta de cómo, en el puente, explicaba Maucelo la pesca en aeroplano, dijimos que un incidente, cuya noticia aplazábamos, hizo a Eduardo volver la espalda a aquél y a Ana, cuando tomó a su cargo desempeñar con la parte masculina de la reunión el papel que el Capitán no se preocupaba de llenar sino con la dama.

Dicho incidente fué que estando distraído de aquellas explicaciones, por tener puestos los ojos en Ana y la imaginación en el recuerdo de la broma consabida, se encontró sorprendido de improviso por los de ella; que al desviar los suyos, presuroso y turbado, con temor de que dejaran ver lo que su voluntad quería ocultar, tropezaron en Lubecki, y pensó al verle que a él y a ella los estaba ofendiendo, si no con reflexivo intento, con deseo instintivo. Y para poner fin a aquella ofensa, no menos real por ser callada, y para substraerse a nueva tentación, volvió la espalda a Ana y se enfrascó en conversación con su marido y sus paisanos.

¡Qué tipo tan raro! ¡Qué hombre tan ridículamente inverosímil!, dirán casi todos los lectores, y aun puede que alguna que otra lectora, maravillados de que turbaciones, escrúpulos y candideces, excepcionales ya hasta en los colegiales, perturbaran a hombre de los años, los bríos y la inteligencia de Arteijo, y que tanto sabía... de otras cosas.

Efectivamente, tan *rara avis* resulta nuestro héroe, que por pensar Ignotus que no casos corrientes, sino los insólitos son los merecedores de la narración, saca el presen-

te a luz sin pensar haber cumplido con decir: "así era Arteijo, porque sí"; pues sobre ser este porqué pobre razón, tiénelas mejores.

Era base del carácter de Eduardo un sedimento de inocencia, frecuente hasta en los hombres ya tallados cuando desde muy niños viven dedicados a estudios hondos, proseguídos después con carácter de intenso y absorbente trabajo cotidiano guardador del culto a inmateriales cosas respetables, que no por serlo líbranse de las burlas de ciertos *espíritus fuertes*, para quienes la vida no es estudio ni trabajo, sino goce o broma, que presto enseñan a despreciarlo todo: lo primero, a la Humanidad, por creerla exclusivamente compuesta de los hombres y las mujeres con quienes ellos tratan, a quienes ellos buscan.

Tal solera de candidez era muy propio campo para lozano crecimiento de lealtad, y no es extraño que el maridaje de ambas engendrara criatura que habrá de parecer tonta a los avisados, para quienes la vida no tiene más objeto que la satisfacción del egoísmo.

Por último, la virilidad poderosa, rasgo distintivo de aquel enérgico carácter, manifestaba su temple excepcional en la firmeza con que hasta la hora en que lo hemos encontrado habían sus convicciones regido su conducta a despecho de tropezones, luchas y aun caídas; pues no era Eduardo santo ni aun perfecto, sino impresionable, vehementemente, apasionado.

De cuáles fueran los preceptos por los que procuraba gobernarse, tenemos idea ya desde que en los comienzos de esta historia le vimos posponer su interés personal a la obligación de amar al prójimo como a sí mismo. Ahora, en conflicto muy diferente, pensaba que entre dichos preceptos hay uno que dice: "No desearás la mujer de tu prójimo"; y para que su voluntad no la deseara, hacía el infeliz lo que podía: volver la espalda a Ana para que hacia ella no se fueran los ojos ni éstos tiraran de la voluntad.

.....

Ya el mismo día de la cura del hombro, y como conclusión de las cavilaciones en que al quedarse solo se sumió, se había dicho que, a hallar soltera a aquella mujer, el enamoramiento habría sido inminente; pero estando casada, y casada además con aquel



bonísimo y simpático anciano, era preciso huir de enamorarse de ella, que, de otra parte, era mujer de continente y proceder muy suficientes a imponer respeto, no ya a él, sino hasta a quien tuviera manga más ancha para los merodeos en ajenos cercados.

Se interponían, en suma, entre él y Ana tres fuertes muros: primero, cristiana conciencia; segundo, innata hombría de bien, incapaz de robar nada a nadie, *ni siquiera la mujer a un amigo*; tercero, respecto a ella.

Mas de ser cierto que "*os demos non durmen*", cual reza un dicho popular de su tierra—Arteijo era gallego—, los demonios debieron ser quienes, pensando que el último era el más débil de los tres reparos, inmediatamente comenzaron a batirlo en brecha.

Y si no fueron ellos, tanto monta; pues lo cierto es que en la mente de Eduardo, y sugerido por la frecuencia con que desde la llegada de los polacos al América había visto a Bopp mirar a Ana, nació el mal pensamiento de que tal vez no fuera ésta tan digna como hacían pensar su digno porte y serio empaque; pues atendiendo a humanas verosimilitudes era más lógico estuviera enamorada de aquél que de Lubecki; y aunque las apariencias eran irreprochables, tenía Eduardo personal experiencia de cuánto abundan en el mundo redomadas hipócritas capaces de engañar al más ladino.

Se defendió contra la fea sospecha; pero ésta fué ayudada por la pícara circunstancia de que habiéndose Ana dado cuenta de que tan pronto tenía cerca de sí a Arteijo ejercía Bopp sobre ella celosa vigilancia, no podía reprimir en tales casos alguna que otra rápida y furtiva mirada dirigida al espía para ver si continuaba espiándola.

Y como no insistentemente, pero mucho más a menudo de lo que sus buenos propósitos resolvían a solas, y más también de lo que ella quisiera ser mirada miraba Eduardo a Ana, sorprendió varias de aquellas ojeadas al polaco, que, sospechosas a su ignorancia de la causa de ellas, aumentáronle la antipatía a Bopp. De quien estaba cierto, aun cuando sólo fuera instintiva tal certeza, le pagaba con la propia moneda.

Justamente la mañana anterior a la conversación con el matrimonio, en la que tan

apurado se vió para explicar su resistencia a asistir a la junta de los geólogos, había visto una de aquellas miradas cuando, estando todos en el puente, le dijo Ana que no por valentía, sino por cariño, había afrontado todo riesgo al acompañar a su marido. Mas en el mismo instante lanzó ella una ojeada de desconfianza a Bopp. según solía siempre que cruzaba más de unas cuantas palabras con Arteijo. Vió éste la mirada, no pudo ver la desconfianza, y sin duda los despiertos diablos le llamaron a callandas estúpido por creer hubiera sido hecho tal sacrificio por Lubecki, cuando en el momento mismo de referirse a él recordaba ella al otro, con aquella mirada, ser él el verdadero objeto de sacrificio y de cariño; pues esta fué la interpretación que Eduardo dió a aquella mirada.

Con esta idea trotándole en la cabeza, y molesto con ella, iba cuando acompañó a Lubecki al ballenero; ésta lo excitaba al discutir con Bopp, y ella fué causa de sus desconcertadas excusas de asistir a la junta, provocadoras de la respuesta de Ana, rechazando la sospecha con que su pensamiento la injuriaba con mancha que bastó a borrar el tono de la réplica y la actitud de quien la daba.

No es de extrañar que, arrepentido de su temerario juicio, y no atreviéndose a seguir mirándola cara a cara, se alejara precipitadamente, alegando el pretexto para ello aducido.

En cuanto a Ana, tan honrada y leal como Arteijo, pero menos cándida, no ofrece a estos psicológicos sondeos las transparencias que han permitido escudriñarle a él los rincones de pensamiento y corazón. Así que, por apariencias solamente, suponemos de ella que, aun apreciando bien la diferencia entre Bopp y Arteijo, tan en guardia estaba con éste como con aquél; que la produjo doloroso efecto que el último la creyera capaz de mancillar la honra de su querido viejecito con tiznón que a ella la tiznara; que impedir continuara subsistiendo, ni aun en lo más callado de la opinión de nadie, sombra siquiera que empañara el honor de ambos, fué lo primero a que creyó debía atender en la próxima reunión, sacrificando a tal objeto, si preciso fuere, todo, todo; pues lo más urgente era apartar de su lado a Bopp, demostrando que *ella era* quien quería apartarlo.



## XXV

## UN CONSEJO DE LOS GEÓLOGOS Y UNA REVELACIÓN DE ARTEIJO

Cuando Arteijo llegó a la camareta de derrota, sentándose *ex professo* a espaldas de Ana, ya el Presidente había comenzado a informar a sus compatriotas de lo visto y averiguado en la visita al ballenero; duración del viaje por mar; fechas entre las cuales podría oscilar la de llegada a puerto, y de ser Sagastyr el obligado del desembarco; condiciones materiales del pasaje, y necesidad, después de desembarcados, de aguardar en aquella aldea el retorno del buen tiempo, antes de emprender la segunda etapa, por tierra, del viaje a Polonia.

Ha de advertirse que al decir todo esto cuidó muy bien Lubecki de no hacer comentarios de los cuales pudiera deducirse su criterio sobre la conveniencia de efectuar el regreso o desistir de él; y, terminadas sus escuetas noticias, manifestó que, en lo tocante a las contingencias posibles en la travesía por el Océano Glacial, hecha en barco de las condiciones del utilizable, creía oportuno ceder la palabra a Maucelo, y que después daría Arteijo datos sobre distancias y dificultades en el terrestre viaje desde Sagastyr.

Maucelo dijo del ballenero y su patrón lo que era de esperar de su desprecio hacia ambos, recibiendo al acabar de hablar gracias de todos.

No fué Bopp el menos expresivo al dar las suyas; pero en seguida, y ya dirigiéndose a sus compañeros, dijo:

—Es indudable que, a no confiar que la Providencia repita ahora el milagro que todos los años hace, trayendo desde su tierra a ese bárbaro y su barco y volviéndolos sanos y salvos a ella, me parecería temerario fiarnos de él; pero algo hemos de dejar a la suerte, pensando que mala la tendríamos si con nosotros, y por una sola vez, fuera la Providencia menos caritativa que con los siberianos.

—Ante eso, caballero, nada tengo que decir. Porque como usted logre que la Providencia coja el timón, no hallará capitán más seguro ni viaje más feliz, por malo que sea el barco. Pero para eso sobraba mi opinión; y si...

—Puesto que ya la ha dado usted, no insista más, Maucelo. Estos señores no están para perder el tiempo en discusiones—dijo Eduardo, que seguidamente, y accediendo al requerimiento de Lubecki, dió las noticias que se le pedían de Siberia, mostrando al darlas los mapas en donde medía las distancias al informar citadas y dos tomos de otras tantas obras geográficas que de su camarote había traído, donde buscaba los datos que proporcionaba, y llegando a veces hasta dar los nombres de los viajeros de quienes eran referencias: todo para quitar a sus palabras el carácter de opinión propia.

La síntesis de sus informes fué que Sagastyr, a 750 kilómetros al norte del círculo polar, es un amontonamiento de chozas distante 1.300 kilómetros de camino, *sin camino*, de Yakoust, que es la población más cercana merecedora de tal nombre, aunque pequeña, pues no cuenta siquiera diez mil almas, y que en tal región, norte oriental de la Siberia, es donde precisamente se halla el *polo del frío* del hemisferio norte, siendo cuarenta grados bajo cero la temperatura media de ella en invierno, y descendiendo muchos días por bajo de sesenta (1).

Quinientos kilómetros más o menos, la

(1) Aunque en el mundo existen dos poblaciones, Arkangel y Trondjem, situadas más al norte que Yakoust, ésta es mucho más fría que ellas y más que ninguna otra de toda la Tierra, siendo su temperatura media la de la cúspide del Mont Blanc con diferencia entre las de verano y el invierno, de cien grados, y la que en esta última estación han de afrontar quienes del interior de una casa salen al exterior, llega a los sesenta.

Y esto no es todavía el *polo del frío*, no constituido, claro es, por un punto, sino por una amplia zona situada entre Yakoust y el puertecillo donde habían de desembarcar los polacos, de la cual no hay metódicas observaciones, termométricas, o a lo menos no las he hallado publicadas.

En regiones que no tienen tal fama de frías, aun cuando más al norte, y sobre los hielos del mar, los fríos más rigurosos registrados en épocas modernas son los de *cuarenta y cinco y cincuenta y cinco bajo cero*, experimentados, respectivamente, por Nausen y por Peary ¡durante el día estival! (abril de 1895 y junio de 1898). ¿Cuáles serán en aquellos parajes los del invierno sumido en la noche ártica?



distancia a Varsovia desde Sagastyr es de 10.500, de los cuales han de recorrerse en trineo más de 3.500 a través de páramos casi todo el año helados, hasta llegar a Tchita: estación la más próxima a aquel puerto del ferrocarril transiberiano, desde allí utilizable para ir a Moscou y Varsovia.

Del estudio de los gráficos de las temperaturas de Yakoust, mucho más benignas que las de Sagastyr por hallarse esta aldea en paralelo 1.200 kilómetros más al norte que aquel pueblo, resultaba que en abril, lo más pronto, sería cuando podría emprenderse la marcha hacia Tchita; pues hasta dicho mes no sube allí la temperatura media a diez grados bajo cero, bajando a veinticinco y más algunas noches; y como los 3.500 kilómetros habrían de recorrerse casi en totalidad campo a traviesa, sin camino ni aun trillado, resbalando con gran frecuencia en hielo, hundiéndose en nieve, y cuando nó luchando con el extraño y típico *suelo helado* de aquel terrible país (1) exigiría el salvarlos de cuatro a cinco meses de marcha, no pudiendo, por tanto, llegar al transiberiano hasta agosto o septiembre del venidero año: es decir, a los catorce o quince meses del embarco en el ballenero.

La abrumante monotonía del larguísimo

(1) En la desolada tierra de Siberia el invierno es tan terrible, que ni la llegada del verano consigue deshelarla sino superficialmente; pues es típico de dicho país el *suelo helado* que solamente allí se encuentra.

En la época de los más fuertes calores, dice Eliseo Reclus, el *zapapico* salta rechazado por el hielo, que en cuanto se llega a profundidad de dos metros a lo más, se halla bajo la capa de tierra blanda en verano, pero también dura como roca en invierno.

Esta capa de hielo subterráneo tiene espesor que Gmelin halló pasar de treinta metros. Erman corroboró en 1832 la veracidad de lo dicho por Gmelin, y en la actualidad existe en las proximidades de Yakoust un pozo de 116 metros de hondo, todo él perforado en roquizo hielo, sin haber aún alcanzado el término inferior de dicha capa.

En otros lugares se encuentran, sucesivamente, capas alternadas de tierra y de hielo, y en estas últimas se han encontrado en ocasiones no fósiles, sino cuerpos *con carne, piel y pelo* de elefantes, mammutos y rinocerontes, perfectamente conservados por el frío: animales que por no poder vivir en climas como el actual de la Siberia, son testigos que los siglos remotos han dejado de que ésta tuvo en tiempos otro mucho más suave, y hasta inducen tales hallazgos a pensar que el período glacial o uno al menos de los períodos glaciares de la Tierra (si ésta tuvo varios), sobrevino, no por enfriamiento lento, sino cual cataclismo, que sorprendió, mató y dejó enterrados a dichos animales.

En tres ocasiones que sepamos se han encontra-

y espantable viaje sólo sería interrumpida tros con manadas de famélicos lobos y con los clásicos ladrones salvajes de la estepa por caudalosos ríos, cuyos pasos ofrecen grandes dificultades y no pocos riesgos, o por los episodios poco gratos de los encuen-siberiana, contra los cuales es preciso prevenirse bien (1).

—En suma—dijo Lesko, cuyo estado ya le permitía asistir a la junta—: que, agregando a los del terrestre viaje cuatro mil kilómetros, a que con los rodeos de las etapas de la pesca en el Mar de Kara y en las Islas Liakow subirá la travesía en el ballenero, tendremos un total de quince millares hasta vernos en Polonia, de donde acaso no estaremos ahora ni a tres y medio.

—Y catorce meses de duración del viaje—agregó Lubecki.

Pareciéndole a Bopp que tales cuentas eran peligrosas para el convencimiento de quienes como aliados suyos habían entrado al consejo, acudió a reforzarlo contestando:

—Tal razón tienen ustedes para asustarse de tan ingrata perspectiva, que yo sería el primero en renunciar a ese largo y penoso viaje, acogiéndome a la generosa hospitalidad que esta tarde, y por *tiempo indefinido*, nos ha brindado el señor Arteijo, aumentando sus títulos a nuestra gratitud, si en tal aceptación no vislumbra posibi-

do en tal estado: en 1799, junto al lago Onkoul; en 1804 cerca de Yakoust, por el profesor Schumakoff, y recientemente otro por indígenas de una tribu de *lamutos*.

Este último fué hallado en el fondo de una gran grieta del terreno (rellena, claro es, con el hielo que cubría a la bestia, dos veces más larga y un tercio más alta que un elefante) donde según la opinión del Doctor Hertz, que fué la primera persona culta que lo vió y dirigió la expedición, supuso debió malherirse en la caída y no poder salir.

Si los *lamutos* que lo descubrieron bajo el depósito aluvial no hubieran removido éste dejando al aire el cuerpo del mammut, habría podido ser sacado entero del hoyo a la llegada del doctor, lo cual no fué posible por haber comenzado la descomposición que por siglos y siglos había impedido el hielo, pero el doctor halló restos de alimentos entre los dientes y otros a medio digerir en el estómago. Supo además por los indígenas que los perros de éstos habían comido pedazos de carne de la bestia muerta millares y millares de años antes. Transportado a San Petersburgo fué reconstruido el cuerpo e instalado en el Museo de Zoología de dicha capital.

Colmillos de mammut se encuentran a centenares enterrados en el duro suelo de Siberia.

(1) En los viajes por Siberia del alemán Erman y el noruego Hausten, se pueden leer noticias de estas cuadrillas de ladrones del helado páramo, relatos de ataques de ellos y curiosos detalles de sus arteros procedimientos.



lidad de más larga demora en el regreso, y, si no penalidades como las de Siberia, incertidumbre de *volver en ningún tiempo* a nuestro país. Además, temo que aventurarnos a correr los albueros de expedición como la del Iberia, de cierto tan arriesgada cual gloriosa, pero ajena al objeto de nuestra comisión, será exponernos a perder, no solamente nuestras vidas, sino los frutos obtenidos en las investigaciones realizadas: pérdida lamentable para el progreso de la ciencia, y no menor para el crédito científico de Polonia, pues ni ella ni el mundo llegarían a saber jamás que hijos suyos alcanzaron tales éxitos. La una y la otra son contingencias que, en mi opinión, debemos evitar, cueste lo que cueste, y acerca de las cuales convendría conocer el criterio de nuestro ilustre maestro y presidente.

El argumento relativo al peligro de perder la vida en una nueva expedición polar produjo efecto muy visible en Locketek y en Lesko, y la invocación al deber de no arriesgar en aventuras los descubrimientos realizados por la comisión, tan caros a Lubecki como demostró serle cuando todos los dejaban olvidados en la casa del *iceberg*, impresionaron no solamente a aquéllos, sino a éste: tanto, que, a no haber sido expresamente invitado por Bopp a exponer opinión, habría olvidado su propósito de callarla; mas lo directo del requerimiento se lo recordó, y le hizo contestar en los siguientes términos, que provocaron un movimiento de extrañeza de Ana y miradas de asombro cruzadas entre Arteijo y Maucelo:

—Boleslao, ya dije a usted esta tarde, y ahora lo hago saber a los demás compañeros, que, estando decidido a sumar mi voto al de la mayoría de la Comisión sobre lo que ésta deba hacer, no quiero que el peso de mis opiniones influya en las de nadie. No, es inútil, no pretendan variar en este punto mi criterio ni mi conducta: cuanto ustedes se disponen a decirme para hacerme variarlos lo sé ya, y lo agradezco; pero se trata de una resolución perfectamente meditada.

—Pero ¿es posible que te avengas a ir a remolque de otros en conflicto de la gravedad de éste?—preguntó Ana a su marido por lo bajo, mientras sus compatriotas hablaban entre sí y Maucelo decía a Eduardo que el pobre viejo era como el capitán que al llegar la borrasca resignara el mando de su barco en los grumetes.

—Déjame, y no te apures. No te apures,

Ana—fué la sola contestación de Lubecki a su mujer, sin que ésta pudiera ya insistir, pues no quería perder palabra de las de Bopp, que de nuevo hablaba, diciendo:

—Señor Arteijo, espero excuse, y no achaque a indiscreción, sino a necesidad, unas preguntas que, vista la abstención de nuestro presidente, me encargan mis compañeros haga a usted.

—Usted dirá.

—¿Puede usted fijar fecha al regreso del Iberia a los países habitados?

—¿Fijar? Eso es difícil en estos mares.

—No digo responder; pero ¿podría siquiera decirnos si en sus proyectos coincide esa fecha, o es, a lo menos, poco más remota que la de esos doce o catorce meses que nos asustan en la vuelta por Siberia?

—Dicha fecha depende de imprevistos que no me permiten aventurar cuál podrá ser—contestó Arteijo, arrepintiéndose en seguida de que a su sinceridad se le hubiese escapado tan categórica respuesta, pues pensó que ella daría el resultado, que Bopp buscaba, de precipitar a los polacos a embarcarse, metiendo a la señora de Lubecki en el irremediable y ruinoso barco; mas sobre no ser tiempo ya de recoger lo dicho ni permitirle su conciencia decir a medias la verdad a quienes habían de basar en sus palabras resolución donde se jugaban las vidas, tampoco le dió tiempo su interlocutor de agregar nada, pues apresuróse a decir:

—Mil gracias, Señor Arteijo. Amigos míos, ya lo oyen ustedes: no hay libertad de optar entre dos medios de regreso; pues sólo uno tenemos de volver a Polonia. Mi voto es, pues, que, a menos de renunciar decididamente a la vuelta, embarquemos mañana en el ballenero.

—Y el mío—dijo Locketek.

—Y el mío—agregó Lesko.

—Y yo uno a esos votos el mío. Queda, pues, acordado el inmediato regreso de la comisión—dijo Lubecki, recalando las palabras. Y, levantándose, prosiguió: —Y como no podemos perder tiempo en los preparativos necesarios para ejecutar el acuerdo, ahora mismo vamos a...

—Perdona, Walter, pero antes necesito decir dos palabras.

—¡Tú!

—Sí, yo... Y perdona, y no te sorprenda, que sin consultarte hable; pues la premura con que te dispones a preparar el viaje me obliga a no aplazar lo que debo decir.



—Dilo—contestó el marido, volviendo a sentarse.

—Y a ustedes, amigos míos, no les extrañará tampoco esta primera ingerencia mía en asuntos de la comisión, donde no tengo voz ni voto, en cuanto reflexionen que con los cuatro suyos han decidido sobre la suerte de nueve vidas; pues ninguna de las cinco personas que sin ser comisionados seguimos la de la comisión ha sido consultada.

—No sé si en ello habrán pensado estos señores; mas por lo que a mí hace, ya antes de haberlo dicho tú lo había pensado y tenido en cuenta.

—¡Ah! ¿Sí?

—Sí, Ana.

—Pero ¿es que usted se opone ahora al viaje? Todos la oímos hace muy pocas noches opinión contraria.

—Las opiniones, Señor Bopp, pueden y deben cambiar con los datos en que se fundamentan. No retrocedería ante la navegación en que pensábamos, aunque fuera en un barco malo, incómodo, pues ni molestias ni peligros me han detenido nunca a la hora de seguir a mi marido—al decir las palabras subrayadas vibraba con grandísima energía la voz de Ana, y sus ojos se fueron hacia donde estaba Eduardo, que hubiera querido lo tragara la tierra—; mas no puede extrañar mi cambio de criterio cuando detrás de una travesía muy otra de la que esperábamos veo ese larguísimo viaje por Siberia, con la amenaza de penalidades que, terribles hasta para hombres jóvenes como ustedes, acaso no soportara Walter. No puedo pues conformarme con el acuerdo al que se ha unido él, juzgando equivocadamente de las fuerzas de su cuerpo por las de su ánimo.

—Pero eso, amiga mía, no es lo que decía antes: esos son ya asuntos de la comisión; pues Lubecki es su presidente, y, como tal, ha resuelto.

—Pues por eso a él le ruego que, si como presidente cree deber suyo olvidarse de sí para no pensar sino en la ciencia, se acuerde a la hora de emprender un viaje loco de que su vida no es sólo suya, ni solamente de la ciencia, sino también de su mujer, la cual tiene el derecho de defenderla. Por eso no es posible que de buen grado me conforme...

—No sigas, Ana. Tranquilízate—la interrumpió, muy conmovido, Walter—. Ni yo he pensado nunca hacer tal viaje, ni impo-

nerte la intolerable vida que por tres meses habías de llevar en la pocilga del ballenero, ni una invernada en asquerosa comunidad con esquimales. A eso prefiero todos los peligros que quedándonos aquí puedan amenazarnos.

—Gracias, Walter, gracias.

La inesperada salida de Lubecki, que, sobre inesperada, era inconciliable al parecer con su voto ya emitido, dejó tan estupefactos a sus subordinados como a Eduardo y al Capitán. Así que después de darle su mujer las gracias, aun duró unos instantes el estupor general, hasta salir Bopp de él y preguntar:

—¿Quiere decir, entonces, que rectifica usted su voto?

—Nada de eso.

—Pues no me explico qué significa el haber declarado de antemano que se adhería al nuestro.

—Que el adherido o sometido a que la comisión proceda con arreglo a él es su presidente, pero nunca que Walter Lubecki fiara a ajenos pareceres su vida ni la de su mujer, ni enajenara su absoluta libertad de obrar por sí en asuntos personales.

—Bien, bien: está perfectamente; pero eso no se compagina con lo otro.

—Sí, Bopp. Desde que presumí que la opinión predominante discreparía de la mía, decidí que quienes desearan realizar el viaje llevaran a Polonia todos nuestros documentos y trabajos. La entrega de ellos era el principal de los preparativos de marcha a que me refería cuando mi mujer comenzó a hablar; así que ustedes tres, con los obreros y criados que opten por marchar, pueden trasladarse mañana mismo al ballenero.

—Es inadmisibile. La comisión no puede llegar a Varsovia diciendo que aquí deja abandonado a su presidente.

—Abandonado no, Bopp. Ni ustedes me abandonan, ni nadie lo podrá pensar, pues llevarán ustedes un escrito mío.

—Ni aun así, Lubecki; ni aun así.

—Repáre, amigo Bopp, que es ya acuerdo firme que la comisión regrese inmediatamente a dar cuenta de nuestros descubrimientos.

—Que usted es el primero en no querer cumplir.

—No. El que por motivos particulares no regrese yo no es óbice a que cumplan el acuerdo quienes personalmente se han ma-



nifestado partidarios del viaje. Ustedes tres pueden, por tanto...

—Tres no, querido Lubecki; pues de antemano tengo dicho que, pase lo que pase, no me separo de ustedes.

Ana, que no perdía fácilmente la calma, iba, sin embargo, sintiendo acabársele la suya al ver cómo pretendía Bopp imponerse a Lubecki explotando el acuerdo; mas no queriendo inmiscuirse en discusión que, por oficial, correspondía sostener a su marido, se abstenía de intervenir en ella; pero cuando, en vez de "no me separo de usted", oyó al primero decir, en plural, "no me separo de ustedes", no pudo reprimirse, y, adelantando su respuesta a la de su marido, dijo con visible sequedad, acentuada, sobre todo, al pronunciar ceremoniosamente el nombre del botánico:

—Nadie, Señor Bopp, agradece más que yo esa adhesión a *mi marido*.

—Y yo, y yo; pero no puedo aceptar.

—Eso iba a decir yo. Y permíteme, Walter, completar mi idea, que veo es la tuya, agregando que sería falta de delicadeza aceptar sacrificios cuyos límites rebasan los que solamente de un cónyuge o de un hijo hay razón de esperar.

—Mi amistad.

—Sí, sí; pero a esa misma amistad suplico que, en vez de ése, haga por mi tranquilidad otro sacrificio: el de no intentar modificar el propósito de Walter, echando sobre su ánimo el peso de la abnegación de usted, en la amistad poco frecuente; y que, pues es usted vicepresidente de la comisión, ejecute el acuerdo, que usted mismo propuso, prestándose a reemplazarlo en el cometido de llevar a Varsovia los trabajos de ella.

La impresión causada por estas palabras, grande en todos, fué tremenda en Arteijo y espantosa en Bopp, únicos que podían entender la intención de Ana, a los otros oculta y para ambos evidente, de hacer ver claro su deseo de alejar de sí al *abnegado amigo*.

A los demás, incluyendo a su marido, les pareció que se expresaba con sequedad excesiva; mas explicáronse por la viveza del temor, explícitamente manifestado, de que Bopp consiguiera arrastrar a Lubecki al temeroso viaje.

Ni por disimulado dolió menos el latigazo de Ana a quien lo recibía, ni por ello dejó de producir verdadera alegría, aunque un tanto amargada por remordimiento,

al que poco antes la había en su fuero interno calumniado.

Tal fué el coraje de la pisoteada soberbia del primero, que, para demostrar no ser él hombre capaz de resignarse a soportar tal desaire, a punto estuvo de contestar que estaba dispuesto a irse en el ballenero; pero al mirar a Ana cuando ésta lo invitaba a ello, vió al mismo tiempo a Eduardo sentado detrás de ésta, y en su móvil y expresiva fisonomía el regocijo que le causaba la actitud de ella. Los irreflexivos celos que en el alma le ardían desde la vez primera que una y otro cruzaron la palabra, crecidos ya de varios días, sugirieron a su vileza, entonces, análogo villano pensamiento al que, a despecho de su lealtad, no había podido substraerse Eduardo; y al suponer que por quedarse cerca de éste, y no por evitar a Walter el peligroso viaje, deseaba Ana permanecer en el Iberia; que no por su marido, sino por aquel hombre, quería alejar a quien *sabría ver* y jamás consentiría alcanzara otro lo que a él se le negaba, dijo para sí: "Me quedo", y en voz alta contestó:

—No, amiga mía; no intento disuadir de su propósito a Walter. Pero tampoco puedo reemplazarle en el viaje a Polonia, pues yo no tengo sino una palabra; y como ya la tengo dada de correr hasta el fin su suerte, con él me quedo.

Inútilmente se esforzó Lubecki en obtener lo que se negaba a Ana—la cual cesó inmediatamente de intervenir en la porfía—, contestándole Bopp que si la comisión podía regresar sin presidente, menos falta le hacía el vicepresidente; pues para presentar memorias, fósiles y monografías en Varsovia, bastábales a Locketek y Lesko se los comisionara al efecto en comunicación firmada por Lubecki, donde éste podía manifestar que él y Bopp quedaban continuando las exploraciones geológicas en las regiones boreales.

Así se acordó hacerlo, disolviéndose la junta para proceder inmediatamente al arreglo y entrega de papeles y colección de fósiles y a explorar la voluntad de obreros y criados sobre sus preferencias a regresar o quedarse en el Iberia.

\* \* \*

Al despedirse de los polacos hasta la mañana siguiente y faltarle a Arteijo fuerza de voluntad para cumplir su propósito de no mirar a Ana, le sorprendió ver en su



semblante fruncimiento de ceño revelador de preocupación o contrariedad, en vez de la satisfacción de quien se había librado de los peligros del temido viaje; y preguntándose cuál podría ser la causa, le pasó por la imaginación que acaso obedeciera a disgusto por la continuación de Bopp en el Iberia.

—No me gusta ese hombre. Si yo pudiera echarlo...—se decía camino de su camarote.

La idea le agradaba, indudablemente; pero con pena tuvo que abandonarla, pues no pudiendo echarlo sino al mar o a los hielos, su ejecución era tan bárbara como impracticable.

—Y ni siquiera me ha mirado al despedirme de ella... Claro, está resentida, pues la he agraviado torpe e injustamente, la he ofendido brutalmente... Además, ¿por qué ha de mirarme ella?... Mas lo esencial ahora es que no se va, que no se va... Y hago mal en alegrarme, pues más valiera que se fuera, y mejor aún que no hubiese venido; porque ahora voy a tener siempre delante ese imposible.

Al mismo tiempo que Arteijo las anteriores reflexiones, hacía Lubecki una multitud de encargos a sus subordinados, recomendándoles especialísimamente la rana y el lagarto, de los que sólo por su Ana se separaba él, y redactaba una larga comunicación dirigida al Instituto Geológico de Varsovia; y Ana cavilaba si a su satisfacción de ver a Walter y verse ella libres de la terrible y larguísima aventura a que se habían substraído no se mezclaba alegría diferente, menos pura, e hipócritamente escondida, que por causa distinta le hiciera grata la permanencia en el Iberia.

Vueltas y vueltas a tan hondo problema no la llevaron a categórica solución, mas suscitaron turbadora duda, que, espantado de posibilidad de respuesta afirmativa, formulaba el pensamiento en esta pregunta:

—¿Será éste aquel hombre digno de ser amado que Walter presentía podría yo encontrar cuando ya no me fuera permitido amarlo? ¡Pobre Walter! ¡Cómo hasta entonces quise su paternal cariño defendirme de mí misma!... ¡Pobre padre! No, no: padre tan sólo en lo hondo de mi alma; marido, marido de una mujer honrada. Honrada siempre, pase lo que pase: si es preciso, a despecho de corazón y sentimientos que todavía no es posible hayan nacido, que ahogaré antes que crezcan de simpatía a

amor. Pero mejor habría sido poder irme en ese barco.

\* \* \*

Amaneciendo, embarcaron en el ballenero Locketek, Lesko, los obreros y la criada esquimal, previa conmovedora despedida, en la que tanto ellos como los que en el Iberia se quedaban se preguntaban para sí quiénes serían más dignos de lástima, y casi convencidos unos y otros de que aquella era la última vez que se veían.

Quedaban, pues, ligados a la suerte de la expedición de Arteijo el matrimonio, Segismundo (el criado de Lubecki), que no quiso separarse de su amo, y Bopp.

Dicha expedición, que para quienes a ella iban arrastrados era una incógnita, dejó de serlo para Lubecki aquella misma mañana; pues apenas el Iberia comenzó a alejarse del ballenero para reanudar su rumbo, lo invitó Eduardo a acompañarlo a su camarote, en donde con él se franqueó respecto a la finalidad del viaje y a los medios de alcanzarla.

Movíanle a tales confianzas, un poco, el creer que a quien a la de él ligaba su suerte no tenía derecho a seguir ocultándole adónde iba ni a lo que se exponía, y mucho, porque sus cavilaciones de la noche le habían dicho que para defenderse de la atracción de Ana necesitaba robustecer y hacer más alto de día en día el segundo muro que entre ella y él interponía su lealtad, estrechando para ello cuanto más pudiera trato, amistad, afecto y aun colaboración con su marido, a fin de levantar sobre tales sillares obstáculo que para todo hombre bien nacido fuera insuperable.

Tan larga fué la conferencia, tan hondos los científicos puntos tocados en ella por Arteijo al exponer la gigantesca empresa que iba a acometer y los medios que para darle cima pondría en juego, que ni su relato cabe ya en el presente tomo, ni sería oportuno reducir la narración de ella a frío e inseguro programa de los hechos por venir cuya narración da materia al siguiente.

Mas para no quedarnos en absoluto *in albis* de lo más esencial de la revelación y del efecto que produjo al maravillado geólogo, diremos que éste se quedó atónito en el momento de conocerla; que en seguida pensó que el pobre Arteijo no debía de estar en sus cabales, y que cuando, después de oír a éste cuáles eran sus proyectos y los



medios de llevarlos a cabo, se convenció de lo hacedero de la genial y magna empresa, se entusiasmó y bendijo a su estrella—ya se comprende que habla el sabio—, que le había deparado el asistir a ella.

—Sí, sí—exclamaba enajenado, después que Arteijo hubo terminado sus explicaciones—. Tiene usted mil razones, y es magnífico, magnífico, soberbio... Va usted a ser el mayor bienhechor de la Humanidad, dándole un mundo remozado más tibio, más fértil. Porque en vez de tener que aguardar para disfrutarlo por diez mil años que por sí tardarán en derretirse por completo los casquetes de los hielos polares—así lo afirman cálculos de sapientísimos geólogos bajo la fe de quienes hace la afirmación Lubekki—, podrá gozarlo dentro de pocos años gracias a la portentosa aceleración que usted va a imprimir a la paulatina, pero cons-

tante, retirada hacia los polos de los bordes de dichos casquetes.

¿Estaba loco Eduardo? ¿Había contagiado a Lubecki?

No. Aunque parezca extraordinario, más todavía increíble, la empresa a la que Arteijo se lanzaba era librar al mundo de los hielos polares, devolviendo la vida a los continentes que en aquellas regiones yacen enterrados bajo ellos desde los períodos glaciares, como en tiempos estuvieron otros que hoy surca el arado y donde el trigo grana; caldear los inviernos de las zonas templadas, hoy enfriados por el hálito de las regiones circumpolares; resucitar sus tierras, abrir a la navegación sus mares, devolviéndoles vida y movimiento de olas a sus petrificadas aguas.

## FIN DE LOS NAUFRAGOS DEL GLACIAR (1)

(1) Seguirá "Ana Battori", segunda jornada de "Tierras Resucitadas"



# BIBLIOTECA NOVELESCO-CIENTÍFICA

DEL

## CORONEL IGNOTUS

Serie de interesantísimas y vibrantes novelas con lujosas y artísticas ilustraciones en color. En todas las librerías, a 4 pesetas tomo.

### OBRAS PUBLICADAS

(Cada volumen forma por sí solo un episodio completo.)

#### NOVELAS

#### VOLÚMENES

Viajes Planetarios en el Siglo XXII. . .	{	I.—De los Andes al Cielo.
		II.—Del Océano a Venus.
		III.—El Mundo Venusiano.
La Desterrada de la Tierra. . . . .	{	IV.—El Mundo-Luz.
		V.—El Mundo-Sombra.
El Amor en el Siglo Cien . . . . .		VI.
La Mayor Conquista . . . . .	{	VII.—Los Vengadores.
		VIII.—Policía Telegráfica.
Tierras Resucitadas . . . . .	{	IX.—Los Modernos Prometeos.
		X.—Los Náufragos del Glaciær.

### EN PREPARACIÓN

ANA BATTORI y otras muchas que se publicarán a razón de un volumen cada cuatro meses.



